

Operación

PETER PAN

cerrando el círculo en CUBA

Basado en el documental de **Estela Bravo**

Edición al cuidado de **Olga Rosa Gómez Cortés**

casa

Este material es solo para uso promocional y se prohíbe su reproducción total o parcial.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



Operación

PETER PAN

cerrando el círculo en CUBA

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Operación

PETER PAN

cerrando el círculo en CUBA

Basado en el documental de **Estela Bravo**

Edición al cuidado de **Olga Rosa Gómez Cortés**

Fondo Editorial
Casa de las Américas

casa de las américas

Edición: *Iris Cano*
Diseño: *Ricardo Rafael Villares*
Ilustración de cubierta: *Yoan Capote*
Diagramación: *Marlen López Martínez*

© Estela Bravo, 2013
© Sobre la presente edición:
Fondo Editorial Casa de las Américas, 2013

ISBN 978-959-260-380-6

casa

CASA DE LAS AMÉRICAS
3RA. Y G, EL VEDADO, LA HABANA, CUBA
www.casadelasamericas.org

PRÓLOGO

Este libro, *Operación Peter Pan, cerrando el círculo en Cuba*, es muy importante. Recoge un episodio triste que la mayoría de los estadounidenses ignoran y del que los Estados Unidos fue en gran parte responsable.

La historia comienza en 1960, Fidel Castro había asumido el poder el año anterior y se encaminaba hacia un sistema socialista. Inevitablemente hubo enfrentamientos con los que se oponían a ello, en especial con la Iglesia Católica. En esta atmósfera cargada, corrió el rumor de que el nuevo gobierno iba a eliminar los derechos de los padres (patria potestad), y que los niños les podrían ser quitados y enviados a campamentos, o incluso, a la Unión Soviética. Circularon copias de una supuesta ley, aunque se comprobó que era falsa.

¿Quién fue el responsable de esos rumores que condujeron a la Operación Peter Pan? Tal como vemos en este libro, basado en el documental de Estela Bravo, fue la CIA, cuya estación de radio clandestina, Radio Swan, era una de las principales fuentes. Uno de los entrevistados, Álvaro Fernández Pagliery, relata en detalle cómo su padre, Ángel Fernández Varela, descrito como un agente clave para la CIA, poco antes de su muerte, lamentó su papel en el inicio y el aliento de una operación que afectó, en ocasiones trágicamente, a unos quince mil niños y jóvenes cubanos.

El objetivo, detrás del plan de la CIA, era causar perturbaciones y confusión en la sociedad cubana. La Iglesia Católica también estaba involucrada, aunque sus objetivos eran menos políticos y más humanitarios que los de la CIA –pudiera esperarse–. El padre Bryan Walsh, en Miami, era el principal director de la Operación. En su entrevista afirma haber recibido una llamada del Departamento de Estado, en Washington, el 23 o 24 de diciembre de 1960, solicitando asistencia de la

¹ Indistintamente, los entrevistados se refieren a la Operación Peter Pan como Peter Pan o Pedro Pan.

Iglesia, porque había alrededor de doscientos niños cubanos en su embajada en La Habana, cuyos padres querían enviarlos a los Estados Unidos, pero el Departamento de Estado no podía asumir la responsabilidad de ello. Las visas solamente podrían darse si la Iglesia asumía la responsabilidad. El padre Walsh estuvo de acuerdo.

El 3 de enero de 1961 el gobierno de los Estados Unidos rompió relaciones diplomáticas con Cuba. A partir de entonces su embajada fue manejada por diplomáticos suizos. El Departamento de Estado emitía las visas *waivers*¹ solamente para los niños a través de la Iglesia Católica, y el padre Walsh las firmaba.

Este fue el patrón por más de dos años, durante los cuales unos quince mil niños y adolescentes cubanos llegaron a los Estados Unidos solos, sin la compañía de sus padres. ¿Por qué los padres no viajaron también? Porque no les daban las visas *waivers*. Más tarde, muchos se reunieron con sus hijos, pero algunos nunca lo hicieron. La expectativa parecía ser que los Estados Unidos pronto terminarían con el gobierno de Fidel Castro y que todo volvería a la vida normal, con sus hijos de vuelta a Cuba. Pero estas ilusiones se esfumaron por el fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos en 1961 y luego con la Crisis de los Misiles de 1962, lo que significó la suspensión de todos los vuelos entre los dos países.

Mientras tanto, ¿qué sucedió con aquellos miles de niños cubanos? Situados en orfanatos, campamentos o dependencias de la Iglesia Católica, si tuvieron suerte fueron tratados bien, pero para otros no fue así, como ahora es bien conocido, algunos resultaron objeto de abuso por los curas. Muchos fueron asignados a familias, y otra vez, si tuvieron suerte...

Con la ruptura de relaciones entre los dos países, la mayoría fue separada de sus padres, a quienes, en unos casos, no vieron durante años y en otros, nunca.

Conozco a muchas de estas víctimas. Conocerlos es sentir su dolor. Sin embargo, sus historias, y este libro, terminan con una nota esperanzadora de reconciliación. Algunos de los Peter Pan han retornado, al menos brevemente, a la Isla, y han revivido amistades. En el año 2009, cinco de ellos regresaron como grupo, fueron recibidos como amigos, y se estableció un nuevo vínculo fraternal que podría, incluso, ayudar a que se establezcan relaciones normales entre ambos países.

WAYNE S. SMITH

(Jefe de la Sección de Intereses de los Estados Unidos
en Cuba de 1979 a 1982)

¹ Documento que eximía al portador de realizar los trámites reglamentarios para la entrada a territorio de los Estados Unidos. En este caso emitido solo a los niños.

EL DOCUMENTAL DE ESTELA BRAVO Y ESTE LIBRO

Más de cincuenta años han pasado de un acontecimiento que tuvo enorme repercusión para muchas familias cubanas: la Operación Peter Pan. Entre 1960 y 1962 más de catorce mil niños y adolescentes cubanos salieron solos, sin sus padres, hacia los Estados Unidos, producto de una operación clandestina.

En 1979, cuando los esposos Estela y Ernesto Bravo filmaban su documental *Los que se fueron* tuvieron un primer acercamiento a la historia de los Peter Pan por intermedio de emigrados cubanos. Ese propio año, en Nueva York, entrevistaron a la artista Ana Mendieta, quien fuera uno de esos niños, y a otros dos jóvenes que habían atravesado por iguales circunstancias. En ese tiempo –y por primera vez– intercambiaron con el monseñor Bryan O. Walsh, figura principal de la Operación en Miami. En el trabajo que realizaban entonces hicieron breve referencia al tema, pero en 1999, cuando conocieron a Elly Chovel, fundadora de Pedro Pan Group, Inc., organización creada en Miami, comienzan a ahondar en el conocimiento de lo ocurrido, e impactados por las profundas huellas que había dejado en quienes siendo niños fueron protagonistas de aquel proceso, decidieron emprender la realización de un filme a partir de los testimonios de algunos de ellos y de organizadores directos de ese éxodo, padres que viajaron posteriormente y personas que aportaron elementos esclarecedores y vivencias propias, recogidos en el documental *Operación Peter Pan, cerrando el círculo en Cuba*.

El contenido de esas entrevistas está en este libro, cuyo objetivo es ofrecer una visión de aquel hecho desde la perspectiva del impacto humano y emocional que significó para quienes, sin constituir una decisión propia, se vieron desarraigados de su país, de su cultura, de su familia y de su idioma; de la experiencia de vivir en el seno de familias ajenas o ser enviados a orfanatos; del desconcierto que sintieron en edades tempranas; del sentimiento de soledad y abandono que experimentaron; de las

dificultades que afrontaron ante el cambio abrupto de sus vidas, aun cuando hayan alcanzado realizaciones personales y profesionales, y tengan visiones y apreciaciones diferentes de sus consecuencias; de padres que expresaron el dolor que afrontaron, aunque manifesten no sentirse arrepentidos de la decisión tomada; de familiares que sufrieron la separación; de testigos o participantes en aquel acontecimiento, quienes expresaron sus opiniones y puntos de vista personales, sean o no coincidentes.

Cinco décadas después de aquellos acontecimientos, algunos de los niños salidos de Cuba durante la Operación Peter Pan visitaron la Isla como grupo, y en un diálogo con los niños y las niñas de la Compañía de Teatro Infantil La Colmenita,¹ les preguntaron si ellos sabían quién era Peter Pan. Una pequeña dijo que era un niño que no le gustaba crecer, y que vivía en el país del Nunca Jamás. Uno de los visitantes les refirió que ellos, un día, viajaron solos, a un país que no era el suyo, a veces con hermanos y a veces solitos, donde nadie hablaba español, todo el mundo hablaba inglés, que perdieron los amigos que tenían aquí, que pasaron mucho tiempo sin los padres, y algunos nunca más los vieron, que eso era parte de la historia;² y otro de los Peter Pan expresó: «Lo más importante que debe tener este cuento es que esto no vuelva a pasar, no solamente en Cuba, en cualquier país del mundo, que puede pasar y que ha pasado...».³

Estela Bravo, con la realización del documental, contribuye a que hechos como este no se repitan, ese es también el propósito del Programa de Estudios sobre Latinos en los Estados Unidos, de la Casa de las Américas, con la publicación de este libro.

OLGA ROSA GÓMEZ CORTÉS

¹ Reconocida compañía cubana de teatro infantil, fundada en 1990 por su también director Carlos Alberto Cremata.

² Ed Canler con los niños de La Colmenita, archivos de Estela Bravo, septiembre de 2009. La transcripción de este encuentro se incluye en el capítulo «Visita a la Compañía de Teatro Infantil La Colmenita» de este libro.

³ Alex López en el encuentro con los niños de La Colmenita.



ELLY VILANO CHOVEL

«Nosotros fuimos los que participamos en esa historia, nadie nos podía hacer un cuento de ella. Éramos nosotros mismos los que teníamos que recapturar la historia para dejarla a los que vienen detrás, con la esperanza de que ellos aprendan por el dolor, por el coraje que tuvimos, por todo lo que nosotros pasamos».

Miami, 1999

A los catorce años de edad salió de Cuba junto con su hermana, dos años menor. Ambas estuvieron sin ver a sus padres tres años y medio. Desarrolló una activa labor para localizar a otros niños. Fue fundadora de Pedro Pan Group, Inc., organización creada en Miami. Falleció en el año 2007.

Mi nombre es Elly Vilano Chovel y soy uno de los niños Pedro Pan. Era una niña de catorce años cuando mis padres decidieron enviarnos a mi hermana y a mí a los Estados Unidos, lo que cambió totalmente mi vida y lo que habría sido de haber permanecido en mi tierra natal. Inmediatamente fui responsable del cuidado de mi hermana, que era dos años más joven. Vinimos solas, una situación completamente inusual para los niños cubanos o para cualquier niño en el mundo, salir de su familia y de su tierra, y crecer separados de todas las cosas que nos eran familiares. Y esto le sucedió a catorce mil niños cubanos en un corto período de tiempo, en veintidós meses, de diciembre de 1960 hasta octubre de 1962, cuando la Crisis de los Misiles.¹

¿Catorce mil niños fueron enviados solos?

Sí, catorce mil. Parece increíble, pero así fue como muchos niños vinieron totalmente solos.

¿Qué edad tenían ellos?

Supuestamente tenían menos de dieciocho, apenas adolescentes, pero había muchos niños de dos, tres y cuatro años. Al principio de la Revolución, vinieron los adolescentes, después, con el tiempo, niños más pequeños también venían.

¹ También conocida como Crisis de Octubre. Tuvo lugar entre el 22 y el 28 de octubre de 1962. Pudo convertirse en una guerra nuclear entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, desatada por la instalación de cohetes soviéticos de alcance medio en territorio cubano, con el objetivo de garantizar la seguridad de la Isla ante una posible agresión.

¿Y por qué los padres enviaban a sus hijos?

Hubo una variedad de razones que llevaron a los padres a tomar esta decisión con los niños, pero creo que una cuestión clave es que pensaban que estaban enviando a sus hijos temporalmente lejos de ellos, que serían unas vacaciones cortas, de unos pocos meses, tal vez de tres meses, seis meses. Creo que nadie pensaba que sería durante muchos años. Por ejemplo, mi madre era española, es española, y ella recuerda cómo los niños en España fueron enviados a Rusia durante la guerra. Muchas cosas estaban sucediendo al principio de la Revolución y los padres estaban preocupados. Las escuelas fueron intervenidas, no solo las escuelas católicas, sino todas las escuelas privadas. Venía un nuevo sistema de educación y los padres tenían miedo del adoctrinamiento. Hay que recordar que esto fue durante la guerra fría y todo el mundo tenía miedo del comunismo. Existía esa lucha entre los Estados Unidos y Rusia, y los padres en Cuba no querían que sus hijos fueran adoctrinados en el comunismo. Luego hubo rumores sobre la patria potestad.

Los padres nos enviaron porque pensaron que iba a ser temporal. Mirando hacia atrás, creo que debería haber habido otra solución. Es muy fácil mirar hacia atrás y nunca se aprende de la experiencia de otros pueblos, pero lo que esto me ha enseñado es que nunca se debe dejar de tratar de hacerlo. Nuestros padres tuvieron la oportunidad de ser parte de la solución. Soy una sobreviviente y he tratado de sobrevivir y de aprender a sacar lo mejor de todo lo que me ha pasado, pero la vida tiene muchas ironías; por ejemplo, vine a los Estados Unidos porque mis padres pensaban que debía vivir en libertad, aquí conocí a mi primer esposo, Tom Flannigan, que era un irlandés, irlandés-americano, y Tom fue enviado a Vietnam. Él dio su vida en Vietnam. Fue asesinado.

Él tenía un presentimiento, unas semanas antes de morir me escribió una carta, a su hija Brigitte y a mí, y en la carta decía que estaba arriesgando su vida tan lejos de casa y que no le importaba si las personas en Vietnam eran comunistas o no, que si perdía la vida sería una tragedia para Brigitte y que si por lo menos lo hubieran enviado a Cuba, me daría la oportunidad de volver a mi país si moría. Pero fue completamente irónico que diera su vida.

Pensé que mi vida originalmente iba a estar bien; mi amor con el muchacho americano que amaba tanto la vida, que le encantaba todo lo cubano también, pero fue inútil. Él derramó su sangre y he tenido que esperar más de treinta años para que Robert McNamara, secretario de Defensa de los Estados Unidos, admitiera que había sido un error. Los políticos cometen

errores. La única diferencia entre las personas de los países, de las naciones y las que están en el poder es que cuando los políticos cometen errores, los que pagamos somos nosotros. Y por eso creo que cada uno tiene que ser responsable, tiene que ser franco, y todo el mundo tiene que tratar de contribuir, tiene que aportar, tiene que ser parte de la solución. Uno no puede renunciar a la esperanza de que alguien haga que las cosas funcionen, porque todo el mundo es responsable de lo que nos pasa.

Usted llega a los Estados Unidos y ¿qué pasó?

Cuando llegamos a los Estados Unidos mi hermanita María del Carmen y yo fuimos a parar a un campamento que se llamaba Florida City. Era un campamento donde estaban las niñas y los que tuvieran menos de doce años, allí estuvimos como tres meses y medio. Era un lugar donde había mucho calor. Éramos doce niñas en una sola habitación, dormíamos en literas, era como un sueño o una pesadilla, porque nosotras jamás nos habíamos separado de nuestros padres. La familia cubana es muy unida, los padres son muy protectores, cortan el ombligo cuando el niño cumple ochenta y ocho años. Que los padres se separaran de los hijos yo creo que es una cosa increíble, irreal, todavía ni sé cómo pasó.



Elly Chovel, segunda de derecha a izquierda, con un grupo de niños del campamento.

Cuando llegamos allí estábamos cuidados por una familia también cubana. Eran un dentista y su esposa que habían llegado de Cuba. El sacerdote irlandés que estuvo a cargo de arreglar los campamentos empleaba a las personas cubanas que llegaban para que los niños pudieran hablar su lenguaje. Enseguida encontramos otras niñas, todas estábamos en la misma situación y por esa razón nos unimos, nos queríamos las unas a las otras, las mayores cuidaban a las más pequeñas.

Después que estuvimos allí tres meses y medio nos habíamos unido mucho a un par de niñas que venían de Matanzas, Marta y Raquel de la Portilla, tenían la misma edad nuestra, y cuando nos fuimos esa fue otra terrible separación, porque ya nos habíamos acostumbrado a esas niñas, que eran nuestras amiguitas.

Nos dieron un *foster home*, una casa de crianza. ¡Éramos tantos niños en Miami! Al principio al sacerdote Walsh le habían dicho que eran doscientos niños, pero después llegaron más y más, eran cientos que llegaban al día. Entonces no había cómo ponerlos todos bajo un techo. Era prácticamente imposible. Se abrieron casas de crianza, que era una palabra que no existía en Cuba ni los niños cubanos sabían lo que eran. En Cuba decían que nos iban a dar becas, y beca es lo que se da a un estudiante que asiste a la escuela, y eso no era apropiado para nosotros. Era una casa de crianza donde teníamos que vivir el año completo, no era que cuando hubiera vacaciones íbamos a ver a nuestros padres, no, era un lugar permanente o semipermanente, hasta que nos pudiéramos reunir con la familia de nuevo, y nadie sabía cuándo iba a ser eso.

Existieron las casas de crianza, se abrieron becas en escuelas, orfanatos, reformatorios, dondequiera que hubiera cupo para un niño. Aquí en Miami, en los campamentos, eran cientos y cientos de niños. En el caso de los mayores –que ya tenían cerca de dieciocho años–, nadie quería tomar un joven de esa edad, entonces la mayoría se tuvo que quedar en la casa del padre Walsh y en otras casas más pequeñas, porque no era posible mandarlos a ningún lugar.

¿Qué pasó con ustedes? ¿Dónde las mandaron?

A mi hermana y a mí nos mandaron a un *foster home* en Buffalo, Nueva York, en Williamsville. Primero estuvimos viviendo con una señora que era costarricense. Ella era maestra y se mudó a Baltimore. La trabajadora social nos había tomado mucho afecto a mi hermana y a mí y encontraron otro *foster home* para nosotras. Fue una familia italiana, muy cariñosa y muy buena. Ellos estaban en misa y oyeron al sacerdote explicar que había niñas cubanas que necesitaban un hogar. La



Elly Chovel con sus padres y su hermana en La Habana.

niñita, Anita, que iba a la escuela de mi hermana, le dijo a su mamá: «Mamá, mamá, ¿por qué no aceptamos a las niñas cubanas?».

¿Ustedes no estuvieron en un orfanato?

No, no estuvimos en orfanatos.

¿Cuántos años estuvieron sin ver a sus padres?

Tres años y medio. Fue muy triste. Yo estaba completamente segura de que nosotros veníamos solamente por unos meses y de que regresaríamos a nuestra patria, pero cuando la Crisis de Octubre se me cayó la venda de los ojos. Me di cuenta de que habíamos sido una ficha en esa gran escena de la guerra fría, que quizás no iba a ver a mis padres de nuevo, que quizás no iba a pisar mi tierra de nuevo, que quizás iba a haber una guerra mundial y que moriríamos todos, y yo quería morir en la tierra donde nací y no en Buffalo, debajo del hielo, y me dije: «¿Cómo es posible que nos hayamos ido así y ya?». Fue una tristeza enorme, me di cuenta de que esa separación no había sido nada temporaria.

¿Y cómo reaccionó?

Cada vez que pasaba algo quería ser fuerte para que mi hermana no se preocupara, y yo me sentía responsable por ella porque mi madre me dio

instrucciones de cuidarla, por lo que siempre traté de explicarle las cosas de forma que no se sintiera desesperanzada, pero dentro de mí yo sabía que había algo fuera de nuestro control y que había sido una pena.

¿Y qué pasó después en su vida?

Después llegaron mis padres. Yo estudiaba mucho porque, creo que pasó mucho con los Peter Pan, no queríamos ser una carga, queríamos dar un buen ejemplo, porque eso sí teníamos, el orgullo de ser cubanos, en la sangre nuestra sigue corriendo esa fibra cubana, y todos estudiábamos, queríamos superarnos y que ese tiempo no fuera perdido. Yo estudiaba muchísimo, saqué notas excelentes y tuve una beca. Quería estudiar Psicología. Siempre había soñado que en algún momento iba a dedicarme a cuidar niños. Parte de lo que abrió mi corazón creo que fue la experiencia de haberme desarraigado de mi país y de haber dejado a mis padres, a los que amaba. Me hizo tener una sensibilidad para otros, hacia otra gente.

Cuando vivía en Buffalo yo veía que había emigrantes de muchas naciones: irlandeses, alemanes, polacos, entonces traté de aprender de cada uno de ellos. Dentro de mi corazón había una responsabilidad hacia los niños, no quería que los niños estuvieran sin padres. Siempre tuve la inquietud, el deseo de ayudar a los niños. Conozco a muchos Pedro Pan que han estudiado Psicología, Sociología, son *social workers* (trabajadores sociales) y están involucrados con cosas relacionadas con la ayuda a niños.

¿Y cómo conoció a su esposo irlandés?

Mi esposo irlandés fue *exchange student* (estudiante por intercambio), en Columbia y había aprendido español. En el High School donde yo iba había una Noche Latina y él vino. Encontré muy gracioso que ese chico rubio, de ojos azules, me estuviera hablando en español. Nos hicimos amigos. Él era una persona muy feliz, muy optimista. Cuando uno le preguntaba: «¿Cómo estás?», él no decía: «Bien», sino «*Fantastic, fantastic*». Me hablaba de cómo íbamos a vivir en Cuba, trataba de animarme. Era una persona muy positiva, muy positiva. Nos enamoramos, y el corto tiempo que estuvimos juntos fuimos muy felices.

¿Qué pasó después? ¿Él entró en el Ejército?

Sí, estaba en la Universidad y había un programa en el que los estudiantes se inscribían en el Ejército. Cuando se graduó fue a la Flight School y aprendió a volar. Volaba aviones para la Fuerza Aérea, era piloto de reconocimiento. Él mismo se dio cuenta de la situación en

la que estaba envuelto en Vietnam y fue de una tristeza enorme. Cuando yo fui al Monumento de Vietnam por primera vez y vi aquella pared con cuarenta mil nombres, la tristeza que sentí al ver aquel desperdicio de sangre, me conmovió muchísimo. Cada uno de nosotros tiene que hacer algo para mejorar este mundo, la respuesta no va a caer del cielo ni por obra de magia, la magia está dentro de nosotros. Por esa misma razón decidí que quería participar en este filme suyo, Estela.

Cuando él llegó allí se dio cuenta de que Vietnam era un error. La guerra de Vietnam fue un gran error. Los políticos toman decisiones y la pobre gente del país paga por las decisiones de los políticos.

¿Qué le pasó a él?

Murió en un accidente aéreo en Vietnam. Brígida acababa de cumplir un año. En realidad nunca lo conoció, creció diciendo que Tom era «su ángel guardián». Nunca vio a su padre, tenía cuatro meses y medio cuando se marchó. Así que esa fue una vida dada por gusto.

¿Cuándo le avisaron de su muerte?

Me avisaron de su muerte por la noche, estaba sola con la niña en mi apartamento y de repente sonó la puerta. Cuando abrí, un oficial en



Elly Chovel con su esposo.

uniforme entró para decirme que lo sentía mucho, que a mi esposo lo habían matado, que había muerto en la guerra. Yo le dije: «Usted está equivocado, él tuvo un accidente, pero no está muerto», y me respondió: «No, está muerto». Entonces salí para el cuarto corriendo a buscar a la niña, a abrazarla. Él había tenido ese presentimiento y me lo había dicho, y que una noche un oficial venga a decirle a una que a su esposo lo mataron en Vietnam fue bien duro.

Dejé a mis padres en Cuba, dejé mi familia, dejé mi patria, ahora estoy en un lugar nuevo, con un hombre excelente y creía que mi vida estaba hecha, pero no fue así. Siempre estamos a merced de las circunstancias.

¿Él estaba contra la guerra?

Tom amaba a su país, amaba los ideales de este país y lo que representaban. Él fue víctima de un error político. Los políticos cometen errores, cometen errores a diario, y lo continúan haciendo y quien paga es el pueblo, la gente de buena voluntad, los niños.

Esa experiencia de haber perdido a mi esposo en la guerra de Vietnam creó una conciencia en mí y casi como una obligación de contribuir en todo lo que pudiera a crear paz y entendimiento entre las personas. Pienso que la violencia es lo más terrible que existe y no hay excusa para eso, porque cada vez que ocurre un acto de violencia los resultados son catastróficos y no podemos continuar haciéndolo. Cada día más la gente negativa causa violencia, causa muertes, causa desastres, entonces es la gente pequeña como nosotros, que parece que no tenemos nada que ver, quienes tenemos que hacer algo para crear un mundo mejor, porque si no lo hacemos nosotros, ¿qué le vamos a dejar a las futuras generaciones? Yo quiero, espero, rezo y hago todo lo que pueda para crear un mundo mejor, para mis hijos y para mis nietos.

¿Cuántos hijos tiene?

Tengo tres hijos: dos hijas y un hijo. Tengo tres nietos: dos varones y una niña.

Después usted se volvió a casar.

Sí, volví a casarme, con un francés, y tuve otra niña y un niño, y hace quince años que estoy divorciada.

¿Y está muy unida a sus hijos?

Sí, quiero mucho a mis hijos, los he criado como si fueran mis amigos. Siempre he sido muy sincera con ellos. Los he regañado cuando se merecen un regaño y los elogio cuando corresponden.

¿Y ellos saben toda la historia suya?

Sí. Ellos están muy conscientes de todo lo que ha pasado. Los he educado para el mundo, porque sé que aquí estamos de pasada y no quiero que nada los coja de sorpresa. Ellos son muy amorosos, tienen la paz con la que viven los individuos que poseen una conciencia humana. Las escuelas enseñan muy bien los cursos de Química, de Ciencias, de Matemática, pero hay una responsabilidad que es abrirles el corazón a los niños, y eso se hace creándoles una conciencia humanística, que aprendan a pensar con compasión en los demás y no solo en ellos. No alimentar su ego, no pueden ser egoístas. Creo que dando se recibe. Eso es lo que pienso.

Cuénteme un poco de la organización de los Peter Pan en la que usted ha estado al centro.

Desarrollé un sentimiento de responsabilidad desde el momento en que mi mamá me dijo: «Tienes que cuidar a tu hermana, ella no me va a tener a mí, ahora tú eres responsable de ella, vas a ser su madre». Tuve que pasar la tragedia de la muerte de mi esposo, después me volví a casar, nacieron otros niños, me establecí en mi carrera, en mi hogar. Cuando los niños tuvieron más o menos la edad que yo tenía cuando salí de Cuba, me trajo recuerdos, es como el salmón que vuelve a donde empezó. Creo que colectivamente, para los niños que vinieron solos, llegó un momento en que ya no estaban tan apurados, empezaron a mirar atrás. Cuando me di cuenta de que no habían sido cientos, sino de que fueron miles, me dije: «Esto no puede ser, es increíble que hayamos sido miles». Diferentes personas empezaron a contar cómo había sido y supe que eso era parte de la historia, no era la historia completa. Nosotros fuimos los que participamos en ella, nadie nos podía hacer un cuento, y teníamos que recapturar la historia para dejarla a los que vienen detrás, con la esperanza de que aprendan con el dolor, con el coraje que tuvimos, con todo lo que nosotros pasamos.

¿Ha regresado a Cuba?

Regresé a Cuba por la visita del papa.² Fue absolutamente maravilloso, para mí fue como cerrar el círculo, algo asombroso, porque hasta el

² Karol Józef Wojtyła, Juan Pablo II (1920-2005), sumo pontífice de la Iglesia Católica entre 1978 y 2005. Fue el primer papa que visitó Cuba, del 21 al 25 de enero de 1998, abogó por la globalización de la solidaridad y propuso que Cuba «se abriera al mundo y el mundo se abriera a Cuba».

último momento pensaba que no podía ir, perdieron mi pasaporte, mi pasaporte americano. En Nueva York me recomendaron que no fuera, porque no tenía pasaporte. Y dije: «Yo voy de todas formas, voy aunque tenga que ir en balsa, pero voy, quiero estar en Cuba cuando el papa esté en mi país». Y me sentí completamente parte de mi patria, no me sentí ajena a aquello, al contrario. Lo primero que comí fue como una explosión de sabor; los frijoles, el pescado, los platanitos, era como si se tratara de manjar de dioses lo que yo estaba comiendo, sentía como una explosión de sabores en mi boca, que nunca había comido nada mejor, el más delicioso manjar. Es una cosa biológica que no se puede explicar cuando uno va a donde nació.

¿Fue a la casa?

Fui a mi casa. Llegué a Guanabacoa y no sabía qué esperar. Fue algo maravilloso. He vivido en Coral Gables veinte años y cuando vi esta calle por primera vez, algo me dijo que aquí tenía que vivir, no sabía lo que era, pero algo me atrajo a este lugar. Cuando llegué a Guanabacoa fui a la parroquia donde me bautizaron e hice la primera comunión, y al parque donde está la estatua de José Martí, miré arriba y vi los flamboyanes, me di cuenta de que esa era la razón por la cual yo aquí, en Coral Gables, me sentía *at home* (como en casa), porque crecí rodeada de flamboyanes y fue precioso.

Cuando llegué a mi casa miré por una ventana. Pensé que allí habría viviendo mucha gente y que a lo mejor no me iban a dejar entrar, no sabía... Cuando miré, vi unos trabajadores con unas sierras eléctricas cortando tabloncillos enormes de madera, toqué y dije: «Hola, hola, cuando yo era chiquita yo viví aquí». Inmediatamente me dijeron: «Entre, entre, venga», y cuando fui a entrar oí que uno le decía a otro: «Es la hija del dueño». Fueron muy cariñosos conmigo. Mi casa ahora va a ser el museo de Guanabacoa, allí es donde están almacenados todos los archivos históricos de la ciudad. Así que me sentí complacida de que el lugar donde nací sirviera para todo el pueblo. Fue muy bonito para mí ver eso.

¿Ahora qué trabajo hace con los Peter Pan?

Con los Pedro Pan hay un poco de confusión, unos le dicen Peter Pan y otros Pedro Pan. El nombre que le dio un escritor del *Miami Herald* fue Operación Pedro Pan, porque éramos niños que habíamos volado pero que hablábamos español, así que el nombre correcto es Operación Pedro Pan. Lo que hice fue fundar una organización caritativa, sin fines de lucro, que se dedica a ayudar a los niños necesitados, y al mismo tiempo nos unimos, hay lazos de amistad y de comprensión increíbles entre nosotros,

la experiencia de la separación de la familia es lo que nos une, solamente pasar por una situación así permite comprender lo que quiere decir eso.

¿Cuántos ha encontrado?

Alrededor de dos mil de esos niños. Como nos situaban en diferentes lugares estamos por todas partes, en otros países, pero en el momento en que un Pedro Pan encuentra a otro es como si encontrara un primo, es increíble, y lo más bello es que creo que todos aman a su país, unos más que otros, pero todo el mundo. Hay algunos que están más traumatizados que otros, porque lo pasaron peor, y les sirvo, como me dicen, de *tinker bell*, que quiere decir campanita, porque ella es la que, al final del cuento de Pedro Pan, salva a los niños. Me siento como la madre de todos los Pedro Pan; vienen a mí y me hacen los cuentos de lo que pasó y yo siempre les doy esperanzas, porque en la vida es necesario no ser amargado, hay que saber perdonar, hay que saber entender. Y en realidad me siento orgullosa, porque a pesar de todas las vicisitudes, todo el mundo ha tratado de hacer lo mejor con sus vidas, y no veo resentimientos como en otras generaciones de cubanos.

Los Pedro Pan no son gente resentida. Hemos aceptado lo que nos pasó, porque pasó y todo el mundo tiene muchas esperanzas de que todo va a estar bien. Tengo esperanzas en el futuro, que va a estar mejor. Yo siento y espero que también el embargo va a terminar. El embargo viola el artículo 23 de la Declaración de los Derechos Humanos, creo que hay que hacer alguna negociación. En un momento futuro algo va a pasar, porque no se puede dejar así, tantos años y años, todo igual. El momento de la esperanza y del cambio ya llegó.

¿Un grupo de Peter Pan va a ir a Cuba?

Ya yo di ese paso, el de regresar a mi patria, lo hice aunque algunas personas me criticaran y fue una cosa ¡tan beneficiosa, tan hermosa!

Todo el mundo quiere ir y todo el mundo espera que en el futuro cercano pueda ir un grupo, a lo mejor para visitar el lugar donde nació, como si fuera una excursión para reencontrar la Isla, reencontrar las raíces, visitar a los niños cubanos, ver lo que perdimos. No, no lo perdimos, no siento que lo perdí, siento que han sido cuarenta años de una separación, de un abismo casi ficticio, porque los corazones del cubano que está allá y del que está aquí son iguales. Creo que, desgraciadamente, la gente negativa siempre tiene más prensa, siempre habla más, porque se hace escuchar más por su egoísmo, pero en realidad la mayoría de la gente es de buen corazón, de entendimiento, no es resentida. Yo creo que todo se va a arreglar.

¿Podría volver un poquito a qué papel desempeñó Penny Powers?³ ¿Quién era Penny Powers?

Me han contado que Penny, durante la Segunda Guerra Mundial, era enfermera y ayudó en la fuga de niños judíos de Alemania a Londres; en un momento había una gran cantidad en un avión, y ella se preocupaba no por los que lloraban, sino, sobre todo, por los que no estaban llorando, porque quería asegurarse de que estaban vivos, debido a las condiciones meteorológicas, al frío y a todo lo demás.

Penny había sido, después de que James Baker⁴ salió de Cuba y llegó a los Estados Unidos, a Miami, la encargada de hacer que los niños que querían salir pudieran llegar. En ese momento se dieron visas de estudiantes, eso fue antes de las visas *waivers*.

Supe por Ester de la Portilla, hermana de Berta Finlay, la esposa de Pancho Finlay, jefe de la KLM, que Penny Powers era la encargada de la distribución de las visas para los estudiantes. Ester de la Portilla estaba en la American Dominican School y les dieron la visa a los estudiantes de ahí. En cada escuela había una persona. Después de cerradas, los padres podían ir a pedir la visa *waiver*, de forma independiente uno de otro, cada escuela tenía su propia persona.

¿Cree usted que Penny fue la persona centro?

Creo que Penny fue, probablemente al principio, el centro. No sé exactamente cómo se desarrolló, pero sé que fue algo muy variado y había muchas personas involucradas. No creo que fue una sola persona, porque también he conocido de otras que han llamado a la Organización,⁵ fue de un extremo de la Isla a otro.

Y Penny, ¿cree que estaba muy involucrada con la embajada del Reino Unido?

Sí.

Alguien me dijo que ella trabajaba para la inteligencia británica. ¿Cree que es cierto?

Probablemente. Penny podría haber trabajado para la inteligencia británica.

³ Phyllis (*Penny*) Howell Powers llegó a Cuba en marzo de 1952. Fue profesora de la Ruston Academy. No se marchó de Cuba, nunca fue detenida por las autoridades, se mantuvo como directora de la escuela para hijos de diplomáticos. Falleció en La Habana, en 1995.

⁴ Propietario y director de la Ruston Academy en La Habana.

⁵ Se refiere al Pedro Pan Group, Inc.

Nunca fue detenida en Cuba, ¿verdad?

No. No era ilegal salir del país y es por eso que Penny nunca estuvo en la cárcel. Salimos con el permiso, nos fuimos con un pasaporte cubano, nos fuimos con un visado. Mi propio visado fue enviado en un sobre por mi tío, Emilio de Armas, que estaba en Miami.

Fue muy fácil.

Muy fácil. Sé que mis padres tenían que obtener el permiso del Ministerio del Interior para que los niños pudieran volar solos. Así que no era ilegal salir, todos salimos legalmente, nos fuimos al aeropuerto, tuvimos nuestros pasaportes sellados, nuestros documentos para ser revisados. Así que no fue ilegal abandonar el país.

Pero, hay otra persona llamada Mongo Grau.⁵ Dijo que era el jefe de todo esto y que él era un agente de la CIA. ¿Era realmente así?

Conocí a Mongo Grau en Miami, creo que era la cabeza de su grupo y él sabía lo que su grupo hacía. Estaba muy orgulloso de haber sido un agente de la CIA, pero otras personas que no estaban relacionadas con Mongo Grau también recibieron las visas. Pueda él descansar en paz, falleció. Él y Polita fueron sentenciados a prisión en 1965 y sé que los vuelos de Pedro Pan terminaron en octubre de 1962. Nunca he visto su condena y no sé si está relacionada, pero Pedro Pan no era ilegal, salir de la Isla no era ilegal, y ellos fueron condenados dos años y medio después.

En estos años, mirando hacia atrás. ¿qué fue lo mejor que le ha pasado?

¿Sabe qué creo que fue lo mejor que me sucedió realmente? Formar esta Organización, porque pensé que estaba haciendo algo creativo y positivo para recuperar nuestra historia, la de nuestro grupo. Es como la tribu perdida de Pedro Pan y nos hemos encontrado otra vez. ¡Es una sensación tan hermosa encontrarnos unos a otros y saber que tenemos nuestro país!

Camínamos en dos mundos: nos hemos convertido en parte de los Estados Unidos, de este crisol de culturas, aprendimos cómo movernos en él y hemos logrado lo mejor que hemos podido, pero es absolutamente maravilloso este vínculo con nuestro pasado, hacer que estemos recuperando nuestra historia y que lo estemos haciendo juntos, y saber lo que podemos decir a las generaciones futuras. No queremos cuentos o mitos, queremos la verdad.

⁵ Ramón (*Mongo*) Grau Alsina, sobrino de Ramón Grau San Martín (1882-1969), expresidente cubano. Figura clave en la organización y ejecución de la Operación Peter Pan. Agente de la CIA juzgado y sancionado en Cuba por actividades de espionaje.

¿Siente que esta historia de Peter Pan es una consecuencia del conflicto entre Cuba y los Estados Unidos, y que ha llevado a la separación de las familias? ¿Por qué queremos hablar de Peter Pan hoy y contar esa historia? ¿De qué serviría?

Creo que hay que hablar, aunque sea doloroso. Hay que ver lo que estaba sucediendo en ese momento, lo que significaba y obtener algún resultado positivo de esa experiencia, de lo que sucedió a otros niños en el pasado, de lo que nos ocurrió a nosotros y de lo que está ocurriendo hoy. Las familias nunca deben ser divididas, tenemos que hacer algo para proteger a los niños, para proteger a las familias. Tenemos la experiencia y sabemos cómo se siente. Mi corazón sangra cuando veo lo que le sucede a los niños de Kosovo,⁶ no puedo soportarlo. Y cuando veo a los niños balseros⁷ y a otros niños que pierden a sus padres, mi corazón sangra por estos niños.

Tiene que haber un entendimiento entre las personas. Puede haber conflictos entre los gobiernos, pero no es necesario entre los pueblos. No importa dónde, si es en China, en Rusia, en los Estados Unidos o en Cuba, hay personas de buena voluntad con un corazón en todas partes del mundo, y esas son las personas que tienen que hacer que las cosas funcionen. Tenemos que construir puentes.

La gente ha dicho que culpan a monseñor Walsh de ser responsable de esto, que él era la persona principal y que muchas veces hubo víctimas de abusos, no necesariamente por Walsh, pero por otros sacerdotes, en otra zona del país. Quiero su versión acerca de Walsh.

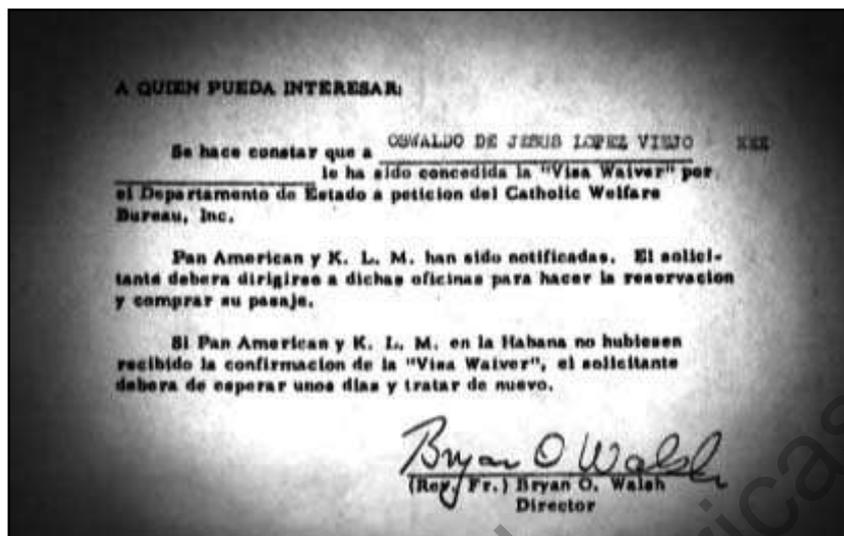
El padre Walsh tenía treinta años, era un emigrante de Irlanda, estaba muy consciente de la guerra y de lo que pasaba con los niños. Cuando a él le preguntaron si podía cuidar doscientos niños cubanos inmediatamente dijo que sí, porque es una persona muy humana, que trata de ayudar a todo el que está abajo, a toda persona necesitada.

¿No salió de Walsh?

No, no salió de Walsh. A él le preguntaron si podía ocuparse de doscientos niños cubanos que los padres querían mandar a los Estados Unidos y que no tenían familiares.

⁶ Conflicto entre la población de origen serbio y albanés (1996-1999) en el sur de la provincia serbia de Kosovo, parte de la antigua Yugoslavia; derivó en una guerra civil y en una limpieza étnica, que provocaron desplazamientos masivos de la población hacia países vecinos.

⁷ Niños llevados por sus padres, en embarcaciones poco seguras, de Cuba hacia los Estados Unidos, a quienes se les permite la entrada al país a través de la aplicación de la llamada Ley de Ajuste Cubano.



Visa waiver firmada por Bryan Walsh.

Ese fue el Departamento de Estado.

Eso fue cuando vino James Baker. Al padre Walsh lo llamaron el día antes de Navidad y él, sin preguntarle al arzobispo, porque no estaba en Miami, se comprometió y dijo que sí. ¿Cómo iba a decir que no se iba a ocupar de doscientos niños? Él dijo que sí. Después se multiplicaron los niños como los peces, nunca pensó que iban a ser miles, miles y miles. Por ser tantos no podía dejarlos a todos aquí en la Florida, no era posible. Vinieron niños católicos, judíos, protestantes. La Iglesia Católica se hizo cargo de los niños católicos, los judíos y los protestantes eran pocos. Él ha sufrido mucho sabiendo que algunos niños no la pasaron bien, que fueron abusados. Se siente adolorido y triste por eso. No solo fue responsable de los niños por dos años, sino por muchos años, porque los padres no vinieron enseguida, como todos esperaban. Hasta hoy, para cualquier Pedro Pan que necesite su ayuda él está, jamás dice no; los ha casado, ha bautizado a sus niños, a sus nietos, ha enterrado a muchos de nosotros ya. Jamás tiene un no para un Pedro Pan. Es una cosa que se quedó con él para el resto de su vida, aunque digan lo que digan algunas personas que no saben, lo dicen porque no conocen la historia completa. Lo que hizo fue tratar de aceptar a los niños que venían sin sus padres, no provocó que los niños salieran, no fue él quien lo provocó.

Él mandaba las visas waivers ¿no?

Él mandaba algunas visas *wavers* que le daban, lo que pasa es que en Cuba las falsificaban, porque hacían copias y las falsificaban. No fue que

él mandó catorce mil visas *waivers* de aquí, es que otras personas las copiaban y las daban.

Pero aquí las aceptaban.

Sí, sí, sí, el gobierno americano aceptaba a todos los niños que venían y la mitad de ellos tenía donde quedarse y la otra mitad no, ocho mil fueron con familiares, algunos que se quedaron con familiares tampoco la pasaron bien.

¿Quién es el culpable de esa tragedia, de esa historia?

Las circunstancias de la guerra fría, mitos que se crearon; que era algo temporal; que en Cuba, a noventa millas de los Estados Unidos, no podía haber un régimen comunista. Los padres pensaban que los *marines* iban a intervenir en cualquier momento y no querían que los niños pasaran por una guerra. Era como una comedia de errores y lo que pasó fue que nosotros perdimos la oportunidad de participar en nuestra patria.

Y en cierto sentido perdieron la patria potestad los padres.

Es curioso, otra ironía. La vida siempre está llena de ironías. Los padres tenían miedo de perder la patria potestad y en realidad ellos la dieron sin saber; creían que sería algo temporal y después llegó la Crisis de los Cohetes que extendió la situación por muchos años.

Fueron cosas que pasaron por etapas, en veintidós meses, era una locura. Los primeros que salieron fueron los niños mayores, de buenas familias o los niños ricos; después, las hembras, los niños de la clase media, y, al final, con lo de la patria potestad, salieron los más chiquiticos, porque los padres dijeron: «No, no, no, a mi hijo no me lo van a quitar», entonces decidieron. ¿Quién se quiere separar de un niño de dos años? Mi nieta tiene dos años y me parece totalmente imposible. Y eso fue lo que pasó, fue una locura total. A veces me pregunto «¿cómo fue que nos dejaron entrar a todos aquí?, ¿por qué nos dejaron ir?» Nos dejaron ir porque pensaron que regresábamos. Hay cosas que no tienen respuesta y yo no creo que en esta vida vayamos a encontrar todas las respuestas. Lo que quiero es hallar más cosas que nos unan, creo que tenemos muchas cosas en qué basar el puente, en cómo sanar las heridas, en cómo podemos hacer algo para ayudar, para construir. Todo el mundo está harto de la negatividad, de la retórica y de cosas que no funcionan, hay que tener alternativas constructivas de buena voluntad y así fabricar los puentes que ya están ahí. Caminar sobre el puente.

¿Qué fue lo peor de Peter Pan?

Lo peor que sentí es que me habían engañado, porque no era una separación temporal, iba a ser una separación eterna. Cuando vi lo de la

Crisis de los Cohetes pensé que ya ese era el final y que moriría fuera de mi patria, que no iba a ver a mis padres jamás y dije: «¿Por qué yo no tuve la opción de decidir?, ¿por qué me mandaron diciendo que iba a ser unos meses?». Eso fue lo peor. En ese momento me rebelé y pensé: «¿Dónde están los hombres cubanos que nos han embarcado?, ¿cómo no hicieron algo?». Estaban esperando los *marines*.

¿Se enojó?

Sí, me enojé, porque me di cuenta de que mi futuro estaba totalmente cambiado, me cambió la vida. No sé si hubiera sido mejor o peor si me hubiera quedado, pero no era lo que yo pensaba. Vine porque era temporalmente e iba a regresar a mi país, iba a estudiar unos meses o lo que fuera, aprender inglés, a usar mi tiempo de manera creativa para hacer lo mejor que pudiera, pero nunca pensé que era una cosa eterna, que era para siempre. Esa no fue mi elección, esa fue una elección de los padres. Por eso pienso que todos los niños que se fueron de Cuba en ese entonces deben tener una visa especial, porque para algunos quizás fue su elección, pero para la mayoría no.

¿Está proponiendo una para los Pedro Pan?

Ah... sí. Eso es lo que quiero. Algunos de los muchachos que ya tenían edad suficiente escogieron irse de Cuba porque tenían miedo o por cualquier razón. Ellos decidieron venir, pero hay una inmensa mayoría que no tuvo la oportunidad de elegir, vinieron porque los padres pensaron que era la mejor opción. Nos dieron las visas *waivers*, que era un permiso especial del gobierno americano para no tener visa.

Lo justo sería que a esos catorce mil niños –incluyéndome a mí–, que vinimos sin haberlo elegido, el gobierno cubano, como acción de buena fe, nos diera visa *waiver* cubana, para que podamos, con permiso especial, regresar a nuestra patria, ¿verdad? Me parece que sería justicia. Dicen que la justicia no existe, pero podemos ayudar a hacer justicia. Eso sería magnífico, se me acaba de ocurrir, sería una buena forma de establecer ese puente. Una visa *waiver* del gobierno americano para irnos y una del gobierno cubano para el regreso. Porque cuántos de nosotros, miles, están pensando: «Ay, quisiera volver, pero qué pasará, qué habrá sido de mi patria, qué habrá sido de mi casa, qué habrá sido de mis vecinos, del parque donde yo jugaba, de la playa donde me bañaba, de la yagua en que me tiraba en el campo». Sería una buena idea.

Cuando usted habló con su mamá sobre eso, ¿qué le dijo?

Los niños sufrieron a causa de la separación, pero los padres sufrieron aún más, porque ellos llevaron a sus hijos queridos, amados, al aeropuerto,

a sus niños mimados, a los que habían protegido hasta lo último y, de repente, cuando regresaron a la casa, lo que encontraron fue un nido vacío, y eso fue terrible para ellos. Creo que mi madre lloraba constantemente, ella sufrió muchísimo. Yo sé que la gente del Comité de Defensa⁸ le decía que era una asesina, que era una loca, que cómo había mandado a su hija aquí; mi padrino también le decía que cómo era posible que ella nos hubiera mandado.

Los padres sufrieron más que los hijos porque se dieron cuenta, ya cuando el niño se fue, de que la casa estaba vacía. Y después, cuando vieron que no serían meses, era el llanto y la desesperación por venir ellos. No pudieron pensar en nada más que no fuera cómo podían reunirse con nosotros. Así que era un círculo vicioso: se van los niños, los padres se quedan completamente desgarrados, y entonces la única ansiedad y el único deseo era reunirse con nosotros, no que nosotros volviéramos, sino ellos venir.

Se sentían culpables.

Se sentían culpables. Aquí ha habido mucho sentido de culpabilidad. Los niños, los más chiquiticos, aprendieron inglés y entonces no podían comunicarse con los padres.

Mi hermana no quería ver a mis padres cuando llegaron. Ella, como era más pequeña, se había acostumbrado a vivir en Buffalo, tenía miedo al cambio, iba a ser un cambio más, fue traumático para ella porque era más pequeña. Primero fue el campamento, después vivir en Buffalo, ya estaba adaptada y entonces, de repente, mis padres llegan. Ella no quiso ir al aeropuerto, tuve que ir a recibirlos y decirles una mentira piadosa, les dije que mi hermana tenía influenza y que la íbamos a ver el día siguiente. Así que la primera noche estuve sola con ellos, oyendo todo el dolor de mis padres, sin decirles nada de lo que yo había pasado, porque quería protegerlos y no quería que sufrieran. Fue lo que hicieron todos los niños, la mayoría, les decíamos a los padres que todo estaba perfecto, que estábamos muy bien, estudiando, que nos gustaba. No queríamos que supieran que nosotros no estábamos a gusto, porque no había nada que ellos pudieran hacer. Entonces fue volver a hacerse responsables por los padres para que no sufrieran cuando llegaran aquí.

¿Y cómo fue después con sus padres?

Fue una cosa curiosa. En el aeropuerto hay una escalinata, una escalera eléctrica, y yo estaba abajo y las personas que venían del extranjero

⁸ Comités de Defensa de la Revolución (CDR). Organización de masas constituida el 28 de septiembre de 1960.

bajaban por ella. Mis padres venían de España y yo estaba al lado de Tom Flannigan, que no era mi esposo todavía, y de mi trabajadora social...

Mi madre toda la vida había usado un perfume que se llamaba *Yo volveré*. Yo les dije: «¡La huelo, ella ya llegó, yo huelo a mi madre!», «¿Cómo es que vas a oler a tu madre?» me respondieron. Pero, ¡yo podía oler su perfume! Fue una cosa así, increíble, ¡yo podía olerla a ella! Nunca más lo volvió a usar. El año pasado, por el Día de las Madres, encontré que quedaba una botella y se la compré. Cuando la vio, empezó a llorar y me dijo: «Elly, ¿no te acuerdas cuando llegué que tú decías: “Huelo a mi madre”». «Verdad que sí», le respondí. A veces pasan las cosas y uno no recuerda, se bloquea.

¿Qué hace su hermana ahora?

Mi hermana está bien, a ella después de un tiempo se le quitó ese pánico inicial de que «ahora mi vida va a volver a cambiar». Ella los aceptó y está muy unida a mi mamá.

¿Se casó?

Sí, se casó. No tiene hijos, tiene un gato que es su hijo adoptivo.

¿Le ayuda en lo de Peter Pan?

No, porque vive en Fort Lauderdale. A veces viene a alguna de las reuniones.

¿Es más fuerte que ella?

Yo creo que sí. Sí.

¿Y su mamá?

Mi mamá está bastante bien de salud. Ella ama a su país también, no es una de las reaccionarias del exilio, había pasado la guerra en España, nació en las Islas Canarias. Mis dos abuelos son también canarios, algunos de sus hermanos y hermanas sí nacieron en Cuba. Ella no ha regresado a Cuba. Quien necesita regresar es mi padre.

¿Está vivo?

Sí, está vivo. Mi padre sí que es un cubano reyoyo. Él iba de cacería, le encantaba el campo. Aprendí a amar a mi patria por mi padre. Me iba a la finca con él y montaba a caballo. ¡Me acuerdo de tantas cosas bonitas con él en el campo de Cuba!

¿Él está en contra del embargo?

Sí, está en contra del embargo. Mi padre no está de acuerdo con todo lo que digo, pero realmente me respeta y me admira y le encanta la

manera en que habla mi mente, porque he pagado con sangre. Vivo en los Estados Unidos y este país es el que nuestros antepasados fundadores representan. Creo que es importante que todo el mundo hable, porque normalmente solo se oye a un segmento muy pequeño.

¿En Miami?

Sí, y es repetitivo y tan viejo que no tiene el impacto mayor.

¿Miami está cambiando?

Sí, Miami está cambiando, sin duda, definitivamente. No se puede negar que aquí las cosas están cambiando, porque en la medida en que hay personas con la misma retórica de treinta y pico de años, hay una nueva generación que ha empezado a dejar oír sus voces y a razonar. Es una forma de evolucionar, porque nada nunca se queda igual, siempre hay espacio para cambiar, para crecer, para mejorar y las voces que siguen como si fuera un disco rayado aburren.

Una de las cosas que impactó en Miami fue la visita del papa a Cuba. La gente se atrevió a ir, se atrevió a hablar, a discutir, a expresar sus opiniones diferentes a las de la extrema derecha, que siempre han sido las que más se escuchan en el exilio. Todo el mundo se dio cuenta de que ellos están equivocados. Es muy bueno y muy saludable que ahora la mayoría silente esté expresando su opinión, porque por eso estamos aquí, en el país de la libertad, que los padres fundadores hicieron creyendo en la libertad.

¿Y sobre el bloqueo?

La mayoría de los cubanos ha sabido, por muchos años, que no debía ser, que no ha tenido resultado, y más que todo: el embargo viola los derechos humanos, el artículo 23 de la Declaración de Derechos Humanos. Uno cree en esos derechos en su totalidad, no para unos sí y para otros no. Igual que los cubanos quieren que haya derechos humanos para los presos políticos en Cuba, creemos que el embargo viola los derechos humanos de la población cubana. La justicia tiene que ser igual para todos.



SILVIA WILHELM

«Buffalo es una ciudad muy fría en el invierno, muy triste, porque nunca sale el sol, y yo venía de Cuba, del trópico. Fue un tiempo muy deprimente, llorábamos siempre, nos faltaba nuestra familia, nos sentíamos sumamente solas, me sentía muy sola. Recuerdo que miraba al cielo día tras día, y veía aquellas nevadas y me ponía a llorar, a llorar y a llorar, sin saber qué iba a pasar».

Miami, 1999

Presidenta de Cubapuentes, Inc. Con catorce años de edad, el 25 de enero de 1961, salió de Cuba, vivió un tiempo en un orfanato, en Buffalo, y luego en Olean, Nueva York, en una casa cuidada por monjas. Recibió una beca de la organización Catholic Charities. Se reunió con su familia ese mismo año. En 1994, visitó Cuba por primera vez.

Mi nombre es Silvia Wilhelm y mi nombre de soltera es Silvia Hernández Milanés y Teurbe Tolón, bastante largo. Cuando tenía catorce años mi familia se empezó a preocupar por cambios que oía se iban a producir en Cuba y que eran inminentes. Se hablaba de una ley según la cual a todos los niños de menos de dieciocho años se les iba a prohibir la salida del país y que posiblemente esos mismos niños tuvieran que ir a vivir a colegios especiales del Estado, a lo mejor en el campo.

Vengo de una familia muy unida, muy católica. Todos los varones habían estudiado en el colegio de Belén durante varias generaciones, y todas las mujeres en el Sagrado Corazón, también por varias generaciones, y mi familia jamás hubiera podido entender ni aceptar ese tipo de ley de la que se hablaba.

Recuerdo que era una época de mucho temor, de mucha urgencia de parte de mis padres y de gestiones para un pasaporte nuevo, de una visa de Inglaterra que me iban a dar para irme para Jamaica. Me explicaron brevemente que nos íbamos a ir mi prima y yo, solas, por un período muy pequeño, no más de cuatro meses, a vivir en los Estados Unidos; que era un programa de la Iglesia Católica y del Departamento de Estado de los Estados Unidos para sacar niños de Cuba lo antes posible. Todo era muy secreto, muy confidencial, no podía decírselo a nadie.

Me fui el 25 de enero de 1961. Me acuerdo de no haber tenido tanto miedo porque yo había estudiado en los Estados Unidos, sabía inglés; pero también me acuerdo de que el día que salí estaba aterrorizada en el aeropuerto, ver a mi madre del otro lado, a mis abuelos. Todo lo que me dijeron fue que en el avión había cuatro niños igual que yo, y que cuando llegara a Miami alguien entraría en el avión, me llamaría por mi nombre y me llevarían a un lugar especial en el aeropuerto, donde me



Pasaporte de salida de Cuba de Silvia Wilhelm.

darían asilo político inmediatamente. Para una niña de catorce años aquello era algo bastante difícil, porque yo pensaba: «¿Y si esa persona no se aparece en el avión qué pasa conmigo, sola, en los Estados Unidos?». La persona vino, y el resto es historia.

Nos mandaron primero a una casa en Miami, donde creo que éramos cuarenta nada más, varones y niñas. Un matrimonio encantador, los Pruna, de quienes siempre tendré buen recuerdo, nos cuidaban. A las dos o tres semanas llegó una beca de la organización Catholic Charities, de la Iglesia Católica, diciendo que era para doce de nosotras, para irnos a Buffalo, Nueva York. Pedimos permiso a nuestras familias, nos lo dieron y nos fuimos las doce, primero a un orfanato, donde estuvimos varias semanas. Aquello fue muy traumático, porque en mi vida nunca había visto un orfanato, era un lugar muy frío, muy deprimente, algunos de los niños que allí estaban eran retrasados mentales. Era algo que jamás hubiera imaginado que me pasaría.

Buffalo es una ciudad muy fría en el invierno, muy triste, porque nunca sale el sol, y yo venía de Cuba, del trópico. Fue un tiempo muy deprimente, llorábamos siempre, nos faltaba nuestra familia, nos sentíamos sumamente solas, me sentía muy sola. Recuerdo que miraba al cielo día tras día, y veía aquellas nevadas y me ponía a llorar, a llorar y a llorar, sin saber qué iba a pasar.

Nos llevaron después a Olean, Nueva York, donde estuvimos en unas casas cuidadas por monjas y todos los días el ómnibus del colegio venía, nos buscaba, y nos traía. Las doce estábamos muy unidas, pero éramos como un universo aparte, no nos mezclábamos con más nadie, estábamos como fuera de la sociedad, me imagino que nos verían como unas personas rarísimas en aquel Olean donde jamás habían visto un cubano. Creo que todo el mundo nos tenía mucha pena, no hablábamos con nadie, no éramos parte de la vida de la comunidad del colegio, éramos las doce yendo y viniendo, extrañando a nuestras familias. Todas éramos blancas y en el colegio igual. Todavía no había mucho de mezcla racial, fue antes de las leyes de este país contra el racismo, que se promulgaron después de los sesenta y los setenta.

Una parte muy difícil fue durante Playa Girón, estábamos totalmente desorientadas, llorando muchísimo por lo que había pasado, porque nosotras pensábamos que volveríamos a Cuba inmediatamente. Eso es lo que mi familia me había dicho, pero fue un desastre para los invasores. Nos dimos cuenta de que el plan que teníamos de volver no se iba a materializar. Ese fue el momento más difícil, en el que supe que el plan trazado por mi familia no se iba a desarrollar.

No pude encontrar a mi familia por semanas después de la invasión y fue muy doloroso, porque pensé que no los volvería a ver. Salieron en agosto de ese año y volví para Miami. Esa fue mi experiencia, que comparada con otras, no fue muy traumática, aunque sí en el sentido de la separación familiar, de la incertidumbre, especialmente después de Playa Girón.

¿Y recuerda cuando le dijeron que su mamá estaba aquí?

Lo recuerdo perfectamente. Mi mamá llamó para decir que había llegado, lo que significó una sorpresa y una alegría tremendas. Al mes me reuní con ella en Miami. Después salieron mis abuelos, en octubre de ese año.

Han pasado muchos años.

Han pasado muchos años y durante muchos años no estaba segura y como que dudaba de la decisión de mis padres. Tenía cierto tipo de recelo de cómo habían tomado una decisión así, porque creo que no podría hacer lo mismo con mis hijos. Cuando mis hijos crecían, los miraba y pensaba que jamás me hubiera separado de ellos o los mandaría a otro país con la posibilidad de no volverlos a ver, basado en un posible incidente. Así que juzgué a mi familia por mucho tiempo y me resentí con su decisión. Lo que más sentí fue que no había tomado esa decisión, que fueron mis padres, pero, por supuesto, yo tenía catorce años.

Muchas veces he pensado qué sucedería si hubiese sido una decisión mía y si me hubiera quedado qué hubiera pasado. Todo eso pasa por mi mente.

Llegó el momento en que lo acepté, y lo acepté porque me di cuenta de que fue tomada por personas que querían a sus hijos, como en el caso de mi familia. Soy hija única y para que mi madre, que me adoraba, tomara la decisión de separarse de mí, no puedo negar que tuvo como base un amor que yo no entendía, pero que ahora como madre entiendo mejor, es que me puso antes que a ella, pensó que era lo mejor para mí. Lo puso antes de su satisfacción personal y le doy muchísimas gracias por su decisión.

¿El regreso suyo y el futuro de los Peter Pan?

Igual que mi madre tomó la decisión en 1961 de mandarme, yo tomé en 1994 la de volver, después de muchos años de ausencia.

Mi mamá al principio no lo podía creer, estaba azorada de que yo quisiera volver a Cuba. Me acuerdo de que me preguntaba: «¿Para qué?». ¡Para todo!, tenía ganas de contestarle.

Es muy importante para nosotros que salimos solos, siendo jóvenes, sin que fuera nuestra decisión, determinar si estamos preparados, porque no todo el mundo está preparado para volver, esa es una decisión muy personal que recomiendo se adopte cuando se esté convencido. Yo llegué a esa decisión en 1994 y me fui con una prima. Mi familia al principio no lo creía y después, verdaderamente, lo aceptaron. Lo único que me dijeron fue: «Ten cuidado, ten mucho cuidado no te vaya a pasar nada», y me dieron como su bendición para que fuera. Creo que es una de las más importantes decisiones que he tomado en mi vida, volver a Cuba. Hicieron una comida antes de irme, todas las personas mayores, que ya tienen ochenta y más años, que, por supuesto, jamás han vuelto y jamás van a volver, estaban muy serias, no hablaban, era como un funeral, pero ahí estaban todos, dándome el apoyo para el viaje. Es un tópico de mucha emoción y es tan sensible que prefieren no tocarlo, simplemente no pueden tocarlo, entonces no hablan de eso.

Una tía me apoyó y es una tía que pasó muchos años en la cárcel en Cuba. Me dijo: «La decisión que has tomado es la correcta, hay que volver y me alegro mucho». Fue el primero de muchos viajes que he dado a Cuba y de muchos que pienso seguir dando.

Todo el mundo tiene que volver, en el plano individual primero, para cerrar su propia realidad, porque todos tenemos realidades diferentes. Pero un grupo como Pedro Pan, que ha tenido tanta publicidad sobre

todo en los últimos años y que hay tanta polémica acerca de las causas, las realidades, etc., sería increíble si volviera, sería un simbolismo, que esos niños que se fueron, esos jóvenes, sin haber sido ellos quienes decidieron hacerlo, ahora de adultos vuelvan a buscar sus raíces, a ver su cultura y vuelvan con el espíritu de reconciliación, porque si no vuelven con ese espíritu no hay razón para regresar.

¿Cree que eso podría ayudar a las relaciones entre los dos países?

Un viaje de esa manera, de los Pedro Pan, que en su mayoría son ciudadanos norteamericanos –aunque los hay en todo el mundo–, está perfectamente ubicado en lo que ocurre en estos momentos, que es la reconciliación a nivel de grupo, a nivel de país, a nivel de individuos. Creo que es el futuro. Esa reunión de personas que se fueron y se quedaron, por diferentes motivos y razones, y que nadie tiene derecho de juzgar de una manera o de otra, son decisiones muy personales y nadie tiene que juzgar si te fuiste o si te quedaste. Volver como grupo cerraría un capítulo muy importante de los últimos cuarenta años.



Silvia Wilhelm recibe un premio de natación en Cuba.



ED CANLER

«Me arrancaron de Cuba, pienso que es como arrancar un árbol joven de la tierra. Uno puede oír cómo la raíz se quiebra y así fue. Uno deja a la familia, los amigos, la escuela, su país, su idioma, las raíces de uno se rompen, se estiran y se rompen. Uno deja lo que ha conocido, la cultura, los amigos, las costumbres, todo se deja detrás».

Tennessee, 10 de julio de 1999

Empresario. El 20 de septiembre de 1961 salió de Cuba. Fue ubicado en un orfanato de Lansing, Michigan. Viajó junto a su hermano. Sus padres llegaron un año después. Visitó Cuba por primera vez en 1994.

Me llamo Ed Canler, pues mi abuelo es francés, llegó a Santiago de Cuba procedente de Francia y de ahí salió el nombre. Mi padre nació en Santiago, pero yo soy habanero.

Salí de Cuba el 20 de septiembre de 1961 bajo el programa llamado Pedro Pan. Mi hermano y yo viajamos solos a los Estados Unidos y paramos en el orfanato de Lansing, Michigan. Estuvimos por un período de un año, después mis padres, afortunadamente, pudieron salir de Cuba, justo antes de la Crisis de los Cohetes, en el año 1962, así que tuve bastante suerte, después de todo.

Pero dejó una huella.

Dejó una llaga. Me arrancaron de Cuba, pienso que es como arrancar un árbol joven de la tierra. Uno puede oír cómo la raíz se quiebra y así fue. Uno deja a la familia, los amigos, la escuela, su país, su idioma, las raíces de uno se rompen, se estiran y se rompen. Uno deja todo lo que ha conocido, la cultura, los amigos, la familia, las costumbres, la comida, todo se deja detrás. En un período de pocas horas uno casi tiene que asumir otra personalidad, de norteamericano; no hay familia, no hay casa, no hay amistades, todo ha cambiado.

¿Cómo fue la salida suya de Cuba?

Fue por un vuelo de Pan American. En el aeropuerto nos pusieron en una sala que llamaban la pecera, por varias horas. Los padres estaban al otro lado del cristal, sin poder hablarnos, hasta que llegó el vuelo y partimos, sin saber cuándo regresaríamos o si regresaríamos. Muchos nunca han regresado o no vieron a sus padres de nuevo.

¿Y por qué sus padres los mandaron?

Mis padres, sobre todo mi mamá, fue la responsable. Nos mandaron por temor a lo que estaba pasando en Cuba, sobre todo la actividad antirreligiosa, cuando echaron del país a todos los curas o a casi todos¹ porque eran contrarrevolucionarios, también por temor a perder el control sobre sus hijos, estos iban a ser enviados a campamentos para adoctrinarlos, les iban a hacer «un lavado de cerebro», era la expresión que se usaba. La propaganda decía que provocarían un aislamiento entre padres e hijos. Es a lo que mi mamá le temía, más el socialismo o el comunismo ateo, y decidió que valía la pena sacarnos del país.

¿Usted cree que después ella estaba arrepentida?

¿De esa decisión? Nunca, pero claro, tuvimos suerte, nos reunimos al año y la experiencia nuestra en el orfanato, aunque no agradable, tampoco fue cruel, abusiva. De cierta forma nosotros estuvimos en el programa Pedro Pan bajo las mejores condiciones posibles.

¿Mejor que otros?

Sí, mucho mejor que otros.

Despegamos en un mundo y aterrizamos en otro. Del aeropuerto de Miami nos llevaron a un campamento que se llamaba Matecumbe, donde concentraban a los niños. Los más jóvenes iban a un sitio y los grandecitos a otro. Esa noche sufrí una doble separación, no solo de mis padres sino también de mi hermano, y me sentí completamente solo. Me sentí muy valiente durante todo el día, porque me había hecho el propósito de no llorar en el aeropuerto y no lo hice, pero ya por la noche, cuando me separaron de mi hermano, la represa se rompió, se quebró y lloré desconsoladamente por horas, hasta que, supongo, logré el sueño. Fueron lágrimas por sentirme completamente perdido y solo. Yo tenía diez años.

Esa es una experiencia que, claro, nunca olvidaré, y pienso que se trata de una experiencia similar a la que tuvieron otros. Pocos habían viajado a los Estados Unidos anteriormente y todos, seguro, sintieron esa soledad, esa separación, esa rotura de raíces. Estuvimos dos semanas en ese

¹ La gran mayoría de los sacerdotes en aquella época era de nacionalidad española y realizaba actividades contra la revolución. El 1ro. de mayo de 1961 el gobierno cubano decidió que debían abandonar el país, salvo aquellos que solicitaran quedarse para dedicarse a funciones eclesíásticas y abstenerse de participar en actividades políticas.



Foto de Ed Canler, antes de su salida de Cuba.

campamento y de allí nos mandaron a un orfanato católico en Lansing, Michigan, donde pasamos un año. Fue una experiencia no agradable, pero aguantable, pues, por ejemplo, yo tenía el orgullo de que no era huérfano. Los otros muchachitos americanos sí lo eran o sus padres los habían abandonado, pero yo tenía padres y me querían. Por esa razón me consideraba especial y por eso me negaba a ir a un *foster home*, porque yo no era huérfano.

En una ocasión, un amigo y yo nos negamos, aquel fin de semana de Pascuas, a pasar las vacaciones en esos *foster homes*, y fuimos los únicos que nos quedamos en el orfanato, éramos los dos solos en el orfanato. Nunca olvidaré eso.

Recuerdo que aquel orfanato estaba al lado de un cementerio y mi cama al lado de ese cementerio. En el invierno allá nieva y hace mucho frío, yo me sentía solo, triste y comencé a llorar y a llorar. Un señor que nos cuidaba por la noche, al oírme sollozar, se levantó, vino a hablar conmigo y le conté lo que me pasaba. Él me dijo entonces que tenía a su hermano en Berlín, lo que para mí no significaba nada, pero me explicó que él también sentía la pérdida de su hermano y así trató de consolarme un poco. Fue un evento que quedó impreso en mi mente.

Hubo otros días tristes, la Nochebuena y la Navidad de 1961, no tenerlas como acostumbábamos fue un golpe también.

¿Y escribía a sus padres?

Sí, nos carteábamos bastante y también había llamadas telefónicas.

¿Les contaba a sus padres lo que estaba pasando?

No recuerdo, supongo que sí. Ellos llamaban de Cuba para Michigan. Estaba en una escuela católica, lo pasé bien, era una buena escuela. Ellos pudieron salir en 1962 y nos reunimos en Los Ángeles, California, casi al cumplir el año.

Al final logró volver a Cuba, ¿cómo fue el regreso?

Pasé treinta y tres años sin ir a Cuba, me decidí en el año 1994. Se lo dije a mi mamá, no le gustaba mucho la idea, en realidad le ha tomado mucho tiempo acostumbrarse a la idea de que yo viajé a Cuba, pero ella ya duda, no sabe si va o no.

La visita del papa conmovió mucho la mentalidad de los exiliados sobre su regreso, pero yo fui mucho antes de eso, en 1994, cuando Cuba estaba pasando por la peor crisis. Fui a un seminario de inversionistas, «colado», como dicen los cubanos, y conseguí el permiso, no estaban enterados de que yo era cubano y entré fácilmente. Aún recuerdo el temor que tenía al llegar al aeropuerto de La Habana, pensaba que iba a terminar de algún modo en la cárcel y que estaría en un calabozo por el resto de mi vida. Eran temores no racionales, pero ahí estaban. Cuando aterrizó el avión yo no quería bajarme, me decidí y después todo fue una aventura bonita, muy conmovedora naturalmente, y me sanó los temores, la mentalidad, la imaginación con respecto a Cuba, y uno siente que ese miedo, ese espíritu, desaparecen y uno empieza, al menos en mi caso, a enfocarse más hacia el futuro.

¿Y qué sugiere a otros Peter Pan?

Regresar y sanar aquella herida medio cicatrizada tal vez, pero no del todo curada. El regreso a Cuba ayuda a que se cure. Hay muchos que se niegan por razones políticas, dicen que no quieren ir a darle esa satisfacción a Fidel Castro, y yo digo que nuestra conexión con el país va mucho más allá de Fidel Castro, es nuestro país y Fidel Castro no va a estar ahí una eternidad. Cuba va a evolucionar, ¿por qué no regresar hoy, mañana, en vez de dentro de diez años? Cuba no va a cambiar seguramente del modo que muchos piensan, y tal vez están imaginando una futura Cuba que no va a existir. Cuba va por otro giro, por otro rumbo. La opción de no regresar lastima y sigue lastimando, y pienso que estando tan cerca y siendo tan asequible, ¿por qué no ir?, ¿por qué no crear un futuro con Cuba, en lugar de quedarse aquí como espectador viendo

qué pasa en Cuba? Esa es mi sugerencia, en cierto modo decir: decidimos regresar, no decidimos salir porque fue decisión de nuestros padres, pero decidimos regresar y no un regreso simbólico, aunque eso vale. Por ejemplo, los Peter Pan están auspiciando un centro juvenil en Miami que haga lo mismo en Cuba: velar por niños en Cuba y velar por niños en los Estados Unidos.

Lo cubano está muy fuerte en usted.

Soy cubano, siempre lo seré, pero soy muy americano también y cuando paso por la Casa Blanca siento orgullo, es mía, pero cuando veo la bandera cubana, también digo «esa es mía». Por mucho tiempo sentí eso como un conflicto, hasta que un amigo que conocí en Cuba, que daba una conferencia, me dijo, simplemente: «¿Por qué tienes que ser de un solo país?, ¿por qué no puedes ser de dos países?». Desde entonces estoy tranquilo con la idea de ser de dos países.

¿Encontró un viejo amigo?

Muchos años después me encontré en Nueva York con un amigo que es funcionario de la embajada cubana, en la Sección de Intereses como se llama en los Estados Unidos, y empezamos a hablar, y de dónde era uno y de dónde era el otro, y de qué calle, qué barrio, y para no cansar, después de treinta y cinco años, vi un amigo con quien yo jugaba pelota en Cuba, de muchacho, a los diez años. Él se quedó en Cuba, muchacho negro de mamá muy pobre, vivía en una casa muy vieja, muy cerca de la mía, educado bajo el sistema revolucionario: fue a la primaria, a la secundaria, a la Universidad, se graduó y se hizo diplomático. Él siente que todo lo que tiene es gracias a la Revolución, porque si no hubiera sido un sencillito limpiabotas o limpia carros, o a saber qué, nunca hubiera sido diplomático o número dos en la embajada en los Estados Unidos. Un negro, que aunque en Cuba nunca existió el racismo que existe en otros países, había ciertas limitaciones y él ha superado esas limitaciones.

Tuvimos diferentes caminos y nos conocimos treinta y cinco años después, él muy fiel a la Revolución, yo bastante críticón, pero después de tantos años somos amigos y nos ponemos a hablar, él da su criterio y yo el mío; él deseando que la Revolución siga muchos años, y yo, que los cambios vengan pronto, pero lo hacemos dentro de un ámbito de amistad. Creo que es importante que haya amistad, que las familias se unan más, porque después de todo, son solo cien millas de agua entre Cayo Hueso y La Habana.

¿Y el conflicto Cuba-Estados Unidos?

El conflicto Cuba-Estados Unidos ha causado muchos problemas, pero yo no le echaría la culpa solamente a los Estados Unidos, ha sido por ambas partes, y creo que deben dejar lo que se dice en inglés *cat and mouse*, el juego del ratón y el gato, y ponerse a hablar con sinceridad para tratar de resolver los problemas que hay entre los dos países, que lleve a una conciliación.

¿Es su deseo?

Mi deseo es que haya normalidad entre familias, normalidad entre países, que un cubano acá sea igual que un mexicano, un irlandés, que sea igualmente normal, no con un sentido de exilio, sino un inmigrante más y que pueda ir a Cuba sin inconvenientes, como un mexicano puede ir a México, y regresar aquí el día de mañana, porque un cubano no puede regresar a Cuba como un mexicano puede regresar a México. Hay muchos obstáculos, muchos tropiezos, eso tiene que cambiar entre los dos países y espero que cambie; no que regresemos, sino que exista la normalidad que nunca ha existido entre los dos países, porque antes de la Revolución no había una relación normal entre Cuba y los Estados Unidos, había una relación de control y subestimación de los Estados Unidos sobre Cuba y eso el cubano no lo va a aceptar en el futuro. Creo que tiene que existir una relación de respeto mutuo y podremos llegar a otro futuro.

¿Cree que lo de los Peter Pan fue un plan de la CIA?

Nunca lo he entendido, porque si pueden exonerar de una visa a un niño, ¿por qué no exoneran a los padres igual?, porque el poder de exoneración existe, no hay una ley que diga que los niños se pueden exonerar y los adultos no. No creo que fuera un plan macabro diseñado en la sede de la CIA para desestabilizar al gobierno de Cuba, la CIA estaba haciendo cosas más serias, tal vez haya vínculos de personas que estuvieron en lo de los Peter Pan que antes o después trabajaban con la CIA, pero no creo que haya sido algo articulado, gestionado y planificado por la CIA.

Me dijeron que fue parte de una guerra psicológica.

Puede ser que en el futuro salgan documentos que den evidencias de eso, pero yo hasta el momento no lo creo. Si luego aparecen evidencias, pues cambio de opinión. Sí creo que lo que estaba sucediendo, con el hecho de que miles de padres mandaban a los niños a los Estados Unidos, era congruente con la política de los Estados Unidos, que siempre

ha tratado de hacer lucir mal al comunismo, y eso hacía lucir mal a Cuba ante el pueblo de los Estados Unidos, que entonces apoyaría la política del Gobierno. El programa estaba de acuerdo con el propósito de los Estados Unidos con relación a Cuba, pero no que fuera un plan para «fregar más a Cuba», no creo que comenzó así.

¿Y no se ha preguntado de dónde salieron los fondos?

Nunca me he hecho esa pregunta, para mí que fueron fondos caritativos de la Iglesia Católica. Uno no sabe si parte fue por el Gobierno, pero hasta el momento no creo que Peter Pan fuera un plan macabro de la política de la CIA o de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos. El día que salgan cifras estoy dispuesto a cambiar de opinión.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



RAQUEL CANLER

«Entonces empezó a hablarse de que iban a quitarle la patria potestad a los padres, eso me tenía a mí que no vivía. «¿Cómo me van a quitar a mis hijos? ¡Imposible!»...

Miami, 2002

Madre de Ed Canler. A través de la Operación Peter Pan envió a dos de sus tres hijos a los Estados Unidos. Considera muy acertada la decisión tomada.

¿De qué parte de Cuba son ustedes? ¿Por qué se fueron? Cuénteme.

Somos de La Habana. Yo me llamo Raquel y soy la mamá de Ed [Canler]. Después de la Revolución, que todos estábamos muy contentos con la Revolución, las cosas fueron viéndose malas a mi vista, a mi manera de pensar, y llegó un momento en que no yo, sino mi familia, lo perdió todo, todos sus negocios, todas sus cosas, todo les fue usurpado...

¿Eran gente de dinero?

Eran gente no de dinero, eran gente de trabajo; tenían negocios, pero trabajados desde la juventud, porque son españoles, trabajaron mucho desde jóvenes y todo lo perdieron, se vieron sin nada absolutamente, y yo decía: «¿Aquí qué va a pasar?».

Mi cabeza volaba, yo me quería ir, no quería seguir allí, porque soy anticomunista. No quería que mis hijos se educaran en un país comunista. Alberto estaba en una escuela militar, Saint Thomas Military Academy, el mayor de los hijos míos, y el otro estaba en el Colegio Baldor. Entonces empezó a hablarse de que iban a quitarle la patria potestad a los padres, eso me tenía a mí que no vivía. «¿Cómo me van a quitar a mis hijos? ¡Imposible!», pensaba.

Estaba desesperada por sacar a mis hijos de allí, entonces, una amiga me dijo: «Si tú pudieras sacar a tus hijos, ¿los sacarías?», y le dije: «Mañana mismo». «Bueno –me respondió–, pues voy a tratar de conseguir la forma de que ellos puedan irse, porque yo voy a sacar a los míos también». Pasó el tiempo y un día me dijo: «Te tengo los papeles que los niños necesitan para poder salir». Ya le digo, mi miedo era perder la patria potestad, había rumores de que le iban a quitar la patria potestad de los hijos a los padres, y que yo no pudiera mandar en mis hijos, como decían.

¿Y cómo es eso de la patria potestad?, ¿cómo comenzó todo eso?

Yo no sé, no sé.

¿Y usted pensaba que le iban a quitar los hijos?

No que se los iban a quitar a los padres para cogerlos ellos, pero sí que los iban a adoctrinar, que los iban a sacar de la casa; bueno, como lo hicieron después, sacaron los muchachos, no de forma obligatoria, pero sí que tenían que estudiar..., porque a sobrinos de mi esposo los sacaron, los adoctrinaron, pero como si nada, porque no les entró, se fueron también, más adelante. Pero el asunto era que mi hijo mayor tenía trece años y la edad militar era a los quince años en ese momento, y yo me volvía loca de pensar que me tenía que quedar allí, porque quería irme ya. Entonces fue cuando se me presentó la oportunidad a través de esta amiga mía. Ella me consiguió los papeles y después teníamos que sacar los pasajes para que ellos salieran. Tuve que pedirle a amistades que estaban acá, en los Estados Unidos, que nos mandaran el dinero.

¿Y cómo fue que consiguió el permiso de viajar? ¿Cómo fue eso de la amiga suya?

Su nombre es Hilda, he perdido el contacto con ella aquí. Esta amiga mía era española y, española al fin, supo lo que había pasado en España, cuando mandaron los muchachos para Rusia, y ella se intimidó muchísimo, porque estuvo cuando la guerra en España y en aquel entonces enviaron muchos para Rusia, a adoctrinarlos, supongo que sería. Ella fue quien me lo proporcionó. Yo no averigüé nada, simplemente tenía los cuños y las cosas y ellos podían salir. Saqué los pasaportes de ellos y a la vez el mío, y todo se hizo bastante fácil en ese aspecto.

¿En aquel momento usted sabía adónde los iban a mandar?

No, esa era la agonía. Fue horrible, y eso que en aquellos momentos se podía hablar por teléfono, pero yo los saqué sin saber adónde ellos iban, absolutamente. Salieron, ya ni me acuerdo, creo que era con tabacos o con algo en las manos, para ver si lo podían vender cuando vinieran aquí, eso lo hacía la gente para tener unos pesitos, porque no tenían nada, de Cuba no se podía salir con dinero ni con prendas ni con nada. Salían con las manos vacías. Los esperaron aquí.

Las primeras reacciones de mi hijo Alberto, sobre todo, que era muy cómodo, el mayor, decía: «Esto es el infierno verde», porque estaban en un lugar donde había muchos mosquitos, muchos reptiles y muchas cosas. Yo le decía: «Acuérdate que ustedes estaban en el infierno rojo, así que para adelante, olvídense del asunto y haga lo que tiene que hacer

ahí», y les escribía y les llamaba y les hablaba, pero lloraba todos los días, espantosamente, y con la esperanza de que ellos me pudieran mandar a buscar, porque esa era mi única esperanza de salir de Cuba, no tenía a más nadie.

Ed lloraba muchísimo y recibo una carta de él diciendo que se iba a morir, porque sin mí él no podía vivir. Aquello fue espantoso, yo lloraba tanto y mi hermana me decía: «Tanto que lloras ahora y antes estabas loca siempre con ellos por lo majaderos que eran». «¡Ay, mi hijita, estoy desesperada, estoy desesperada, por Dios, esto es espantoso», le respondía.

Fue todo un año, ¡entero! Cuando me dicen que los mandan para Michigan lo primero que pensé fue que mi hijo Alberto se me iba a morir con tanto frío, porque padecía de mucha asma. Él estaba contento, pero Ed se quejaba y lloraba mucho, a él le dio mucho trabajo adaptarse, el otro se adaptó fácil, porque a ellos los mandaban a colegios muy buenos, de primera. Sí, vivían allí, pero estaban en colegios buenos. Alberto aprovechó el momento, a él le gustó y estudiaba bien, y se iba los fines de semana, pero Ed no, para él fue diferente, además tenía diez años nada más.

Ellos escribieron cartas al Gobierno pidiéndole visas para nosotros y nos demoramos un año entero en poder venir. Eso fue lo más grande del mundo, ¡imagínese cuando los pude ver! Llegué a Miami y me fui inmediatamente a California. Ya mi hermana estaba en California, me dio la mano para poder quedarme con ella y entonces le escribí a las monjitas y les dije que me los mandaran.

Salí con el más chiquito, que por poco lo mando también solo, porque mientras más tiempo pasaba más desesperada estaba yo. Un día dijeron que todos los que llegaran al aeropuerto de Rancho Boyeros podían irse, los muchachos. Mi hijo más chiquito tenía seis años y lo iba a mandar, llegamos al aeropuerto, porque yo arrastraba a mi marido, y le decía: «Yo lo voy a mandar», pero después dije: «No puedo, ¡imposible!», y no lo mandé, entonces él vino con nosotros.

Esa decisión fue horrible, fue una odisea espantosa, Eddy me preguntaba, no sabía por qué no podían salir ellos y nosotros a la vez, pero estimo que el problema de los mayores era diferente. Nosotros teníamos primero que renunciar a los trabajos, presentar papeles en la policía y después, cuando se entregaba todo, teníamos que pedir que mandaran el pasaje, porque allí no se podía comprar. Además, hacían inventario de lo que había en la casa y antes de la salida verificaban si se había sacado algo; se tenía que quedar todo en la casa. Los trámites

con los niños eran diferentes, se podían ir solos, no había problemas. Pero, bueno, vinimos para acá y gracias a Dios me reuní con mis hijos como al mes, porque tenía que tener algún dinerito para poder alquilar. Empecé a trabajar inmediatamente, pude reunir el dinero para rentar un apartamento y los mandé a buscar.

¿No cree que hubiera sido mejor que vinieran todos juntos?

¿Y cómo iba a venir si no tenía quién me reclamara? Tenía que ser o la madre o los hijos, yo no tenía a nadie, tenía una hermana que estaba reclamada por una cuñada que había llegado. No hubiera podido venir a este país, hubiera podido ir, quién sabe, a Argentina, que yo tenía familia en Argentina, pero no aquí. La única forma era mandándolos a ellos primero y que me reclamaran, como lo hicieron. Así fue como recibí la visa para salir, a través de ellos, que eran los únicos que estaban aquí. Tuve suerte de conseguirla en el año, hay niños que nunca vieron a sus padres, no pudieron salir. ¡Eso fue espantoso! Niños también que fueron a casas particulares –que estimo que le dieron muy buena vida a algunos– y después no querían regresar con los padres. Hubo esos casos también.

Esa amiga mía, Hilda, la que me consiguió los papeles, tuvo un problema cuando vino, porque era sola, no tenía esposo y se pasó más tiempo, cuando vino los muchachos no querían ir con ella, sobre todo el varón. Después fueron, pero claro, se sabía que iban a pasar trabajo, porque la situación era mala, sobre todo aquí en Florida era muy dura, y esa señora se quedó aquí.

Me fui para California y allá trabajé enseguida, a la semana estaba trabajando en un banco, tenía experiencia y pude hacerlo. Mi esposo no la pasó tan bien, era contador pero no sabía el idioma, así que le fue mucho más difícil.

Cuando recibía las cartas de Ed quejándose...

¡Ay... mi madre!, ese día yo creo que por poco me muero, el día que él me dijo que creía que se iba a morir sin mí. Cuando era ya mayor le decía: «¡Mira lo bien que vives sin mí ahora!».

Fue horrible, es algo incalculable, no creo que haya palabras para expresar el sentimiento tan profundo que tiene uno. ¡Pero nunca me arrepentí de haberlos mandado, con todo lo que estaba sufriendo! Yo no quería que ellos vivieran en Cuba, porque no quería vivir en el comunismo, no quería que mis hijos se criaran en el comunismo. Esa es la

pura realidad y no me pesa nunca. Le estoy muy agradecida a este país, porque me ayudó.

A él le duele...

Sí, le duele, pero no creo que le duela haber salido, no, él me lo dijo. Él ha tenido muchas oportunidades aquí, probablemente no las hubiera tenido allá, porque hoy en día viaja mucho, tiene bienestar, no es amigo del dinero, pero tiene bienestar, tiene su buena casa, sus buenas vacaciones y todas esas cosas. No creo que lo sienta, pero le he preguntado: «¿Tú vivirías en Cuba ahora?», y me ha dicho: «No, yo no viviría en Cuba».

¿Y Alberto?

Alberto no sé. Mi hijo Alberto sinceramente es de otro carácter, de un carácter muy distinto, completamente distinto.

Ed dice que lloraba.

Sí, Ed lloraba muchísimo y así se lo dijo el profesor de deportes a la prima de mi esposo cuando ellos estaban en el campamento. Ed era muy chico, y estaba muy apegado a mí, creo que fue eso.

¿No hubiera sido mejor que él se hubiera quedado con usted y que hubiera salido con usted igual que el otro?

¿Quién sabe?, pero como uno no sabía el tiempo que se iba a demorar en irse, le hubiera tocado la edad militar también y desde los catorce años ya no podían salir; eso le pasó al primo de ellos, no hicieron los trámites a tiempo y después no pudo salir, porque tenía la edad militar. Estudió una carrera, pero si se graduaba tampoco podía salir, entonces no se graduó.

¿No cree que el conflicto entre los Estados Unidos y Cuba provocó esa tragedia?

No lo creo. Lo que creo es que los que estábamos en ese momento, no queríamos ser comunistas.

Hemos entrevistado a algunos que fueron Peter Pan y han dicho que para su tranquilidad mental tuvieron que regresar a Cuba a cerrar ese capítulo de sus vidas. ¿Qué le contó Ed de su regreso a Cuba? ¿Por qué Ed regresó a Cuba?

Bueno Ed y yo no nos acoplamos mucho en la manera de pensar a veces. A pesar de que cuando salió era chiquito, cuando regresó todavía le quedaba memoria y la encontró tan destruida que... no sé cómo expresar lo que él encontró, sufrió también.

¿Por qué hay diferencias entre ustedes?

Bueno, porque estoy netamente contra el comunismo y él piensa de otra manera diferente; él encuentra que algunas cosas en Cuba estaban buenas cuando fue, pero él habla de otras que él no las sabía cuando estaba allá, porque era muy chiquito. Se habla de que los estudios son gratis, de que la medicina es gratis y en Cuba siempre hubo estudios gratis y medicina gratis, había hospitales para todo el mundo y clínicas buenísimas también muy baratas, para quien las podía pagar, tres dólares al mes o lo que fuera, pero para los que no tenían nada había hospitales. La universidad era gratis, los institutos eran gratis, así que eso no es nada nuevo, sinceramente. El que quería estudiar podía estudiar, nosotros los teníamos en escuelas privadas porque queríamos. Cada cual piensa a su forma.

Mirando atrás, ¿no cree que es uno de los capítulos más tristes?

Más triste son los que están viniendo después y se están muriendo en el mar, para mí eso es más triste todavía, los que desesperados salen a lo que sea y se mueren en el mar. Para mí están más desesperados, más que los niños Peter Pan. Yo sufrí terriblemente, pero lo hice porque quise, es lo mismo que esta gente que sale ahora, que le dicen que los van a interceptar y que los van a mandar para atrás, y así y todo salen. ¿Se imagina usted qué desesperación tiene que haber para eso?, ¿qué nivel de desesperación?

¿En algún momento después que los mandó se arrepintió?

¡No, nunca! Nunca me arrepentí en todo el año, a pesar de lo que estaba sufriendo, nunca me arrepentí, porque yo sabía que Dios me iba a permitir reunirme con ellos, vivía convencida. Soy una persona de fe, de mucha fe, y sabía que me iba a reunir con ellos. Nunca en la vida me pesó haberlos mandado, me alegro haber dejado al más chiquito porque era demasiado chiquito para estar aquí solo, porque tenía seis años, pero no a ellos. Nunca, nunca me pesó.

Una mujer amiga de Ed dijo que ella cerró un capítulo de su vida regresando, porque tenía una herida abierta.

Bueno, es posible que a Eddy le haya pasado así, pero él sigue yendo, porque él está escribiendo, no sé si se lo dijo, ha escrito sobre la revolución española y ahora sobre Bahía de Cochinos, que fue muy deplorable, fueron engañados, ¡muy deplorable! Él está escribiendo sobre eso también.

¿Cuándo fue que ustedes salieron?

El 22 de julio de 1962.

Antes de la Crisis de los Misiles.

Sí, antes.

Después de Playa Girón.

Sí, ellos estaban allá cuando Playa Girón. Mi hijo Alberto estaba pupilo en la academia militar y él vio todo el fenómeno aquel desde allí y yo desesperada por irlo a buscar y no podía.

¿Y alguna vez ha pensado qué hubiera sido de la vida de ellos si se hubieran quedado en Cuba?

Sí, lo he pensado, hubiera sido malo para mí, para ellos. ¡Para mí hubiera sido terrible!, porque viviendo con escasez, como se vivió, haciendo colas, haciendo todas esas cosas. ¡Es horrible, por años, años y años, ha sido espantoso! ¡No tiene nombre!

¿Si se hubiera quedado en su país?

Si me hubiera quedado en mi país, pero es que mi país ahora yo encuentro que es extranjero, ese es el extranjero para mí ahora, porque no es el que dejé, en el que vivía, no, es muy distinto. Quizás ustedes lo hayan conocido ahora.

¿Sus padres eran españoles republicanos, contra Franco?¹

No, mis padres no eran republicanos, no. Mi mama era falangista, nosotros, la familia, somos derechistas totalmente, izquierdistas no. ¿Cómo iba a poder vivir en un país comunista? ¡Imposible, no! Ellos llegaron a Cuba jóvenes, eran muchachos, no cuando la guerra. Mi mamá tenía dieciocho años, pero ni pensaba quedarse en Cuba viajó para estar con su abuela.

Usted mandó a Ed y a Alberto, ¿usted se ha sentado a conversar con ellos?

Es que ellos son totalmente diferentes en su manera de pensar, eran y son diferentes. Alberto es dicharachero, es diferente, pero se llevan muy bien. Ed no deja de venir aquí porque tiene que tener sus pascuas cubanas, con sus hermanos; sus navidades cubanas, con sus hermanos; tiene que comer sus frijolititos negros, su lechón; Ed no deja de venir aquí en Pascuas.

¹ Francisco Franco Bahamonde (1892-1975). Militar fascista español, líder del pronunciamiento militar de 1936 que dio comienzo a la Guerra Civil contra la república española.



ALEX LÓPEZ

«Éramos niños, niños pequeños, esa fue la primera violación, violar la mente de los niños y después violar todo, la separación, el desenlace, los niños que no volvieron a ver a sus padres».

Washington, 1999

El 4 de junio de 1962, cuando tenía doce años, salió de Cuba. Residió en varios campamentos en Miami, posteriormente fue transferido a Ohio a un orfanato, en la ciudad de Cincinnati, y después vivió con una familia norteamericana hasta la llegada de sus padres en 1966. Actualmente dirige una agencia de viaje.

Mi nombre es Alex López, vivo en Washington DC, en los Estados Unidos. Salí de Cuba el 4 de junio de 1962, cuando tenía doce años. Trabajo aquí en turismo.

¿Cómo es que salió hacia los Estados Unidos?

Salí durante el tiempo en que en Cuba se hablaba de que le retirarían la patria potestad a los padres, y mis padres estaban completamente convencidos de que les iban a quitar los hijos a todo el mundo y de que la salvación era mandarlos a los Estados Unidos. Se hizo mediante contacto en nuestro pueblo, Matanzas, con la parroquia de la iglesia católica.

¿Y usted se acuerda?

Recuerdo que había que ponerse en una lista, solamente para los niños, no incluía ningún padre. La visa *waiver* la recogimos en la parroquia de Matanzas y solo decía mi nombre. Se autorizaba a la línea Pan American a que abordara sin tener una visa previa.

¿Por qué sus padres lo querían mandar?

Mi madre fue la más fuerte en este asunto, mi padre yo sé que no quería, pero ella se obsesionó con que definitivamente los padres no iban a tener derechos sobre los hijos, que los iban a mandar a Rusia, a adoctrinar.

¿Quería educación religiosa para usted?

Yo estudiaba en un colegio religioso en Cuba, un colegio católico. Siempre he estudiado en colegios católicos y, aunque somos católicos, no salgo de una familia religiosa practicante. En el caso mío, la decisión de enviarme no tiene que ver con la situación religiosa, la obsesión de mi madre era salvarme del comunismo, de lo que podía pasar.

¿Ella quería salir también?

Ellos habían presentado la salida, pero después de que me fui las relaciones entre los dos países empeoraron y comenzaron a atrasarse las visas de muchas personas. Ellos estaban en espera de las visas para venir.

¿Cuánto tiempo demoraron?

Yo salí en 1962 y ellos llegaron en 1966. Tengo entendido que cuando llegó el momento de salir no querían irse, creo que es un paso muy difícil para los adultos, porque tienen que volver a empezar.

¿Usted se dio cuenta de que se trataba de algo muy serio?

No, siempre tuve la visión de que iba a viajar el mundo entero, que iba a trabajar en el turismo y para mí iba a ser la primera vez que volaría, siempre lo había querido y era mi primera oportunidad, lo menos que me pasaba por la cabeza era que sería un vuelo de una sola vía. Estaba convencido en ese momento de que en verdad me estaban tratando de salvar, completamente convencido, y además emocionado, porque iba a otro país.

Me di cuenta de lo que estaba pasando cuando despegó el vuelo 422 de la Pan American; el silencio del avión..., ver las palmas de Cuba achicándose...

A una parte del aeropuerto le llamaban en ese momento la pecera, porque era toda de cristal y recuerdo que allí estaba mi madre, con un vestido negro que tenía unas cestas blancas. Hablé con ellos un poquito a través de las rendijas del cristal y mi madre me dijo: «Cuando anuncien el vuelo no mires atrás». Anunciaron el vuelo y nunca miré atrás. Fui directo a la Aduana, revisaron mis maletas y volamos a Miami, en cuarenta y cinco minutos estábamos en Miami.

Ahí me esperaba, como me habían dicho, un tal señor George, era lo único que yo sabía. Cuando llegamos nos ofrecieron unas galletas dulces y era la primera vez que veía la leche en un paquetico de cartón.

Se suponía que íbamos a la escuela para después ir a la beca y mi primera decepción fue que me llevaron a un campamento, el Matecumbe, que era para jóvenes mayores, de dieciséis, dieciocho, diecinueve. Yo tenía doce años. El problema era que Florida City, donde se suponía que fuera, estaba lleno, no había cupo. Se me asignó vivir en una casa de lona del ejército, piso de madera, una plataforma, literas, mosquitos, serpientes. Yo viví en esa casa de campaña un año. Éramos como quinientos en el campamento y había seis baños, que casi nunca tenían agua, así que teníamos que ir a la manigua.



Foto de Alex López, a su salida de Cuba.

¿No estaba acostumbrado a eso?

No, yo salí de una casa con todas las condiciones y, de pronto, me encuentro en esa situación en el país que se supone que era el desarrollo. Creo que la gente en Cuba, en el campo, vivía mejor comparado con lo que viví en Miami, en los Everglades, con mosquitos, con gatos monteros, con pestilencia, con enfermedades. Dos días después de haber llegado caí en la enfermería porque me dio el sarampión.

¿Y los otros muchachos no se quejaban?

Había quejas, creo que en esos días todo el mundo estaba muy traumatizado. De la enfermería pude hablar con Cuba por primera vez, con mi abuela, y me acuerdo que le dije: «Ustedes tienen que sacarme de este infierno verde». Mi abuela se puso muy mal y después se dieron cuenta de cómo era mi situación, aunque no les dije todo para no martirizarlos, pero ¿qué iban a hacer?, la decisión ya se había tomado.

¿Entonces estuvo un año en Matecumbe?

Sí, de Matecumbe me pasaron a Florida City y después de estar unos cinco o seis meses allí me regresaron a Matecumbe. Para mí fue un golpe muy duro, porque el mejor tiempo lo pasé en Florida City. Regresar a Matecumbe era como un castigo, otro destierro, porque ahí pasaron cosas horribles.

En el primer año, creo que ya había cumplido los trece años, estuve con muchachos que eran ya de dieciocho, diecinueve años, que abusaban de los más jóvenes y, para sobrevivir, uno tenía que arrimarse a quien lo protegiera y servirle a esa persona mayor; o le servías a uno para que te protegiera o le servías a todos. Allí las violaciones eran diarias.

¿Entre los mismos muchachos cubanos?

Entre los mismos muchachos cubanos, los mayores contra los menores. Yo era muy pequeño contra esa fuerza de muchachos mayores, eran como auras tiñosas arriba de los pajaritos, unos comiéndose a los otros; sentíamos, desde que uno se levantaba, que algo iba a pasar. Bochornos, insultos, golpes, te decían bajezas, entonces uno, para buscar protección, se alineaba a los mayores y lo que fue la parte más difícil, las violaciones de los mismos curas. Tuve una experiencia horrible con el cura párroco del campamento, Joaquín Guerrero, padre secular de Camagüey, un malvado, me convencí de que era un diablo, un diablo consejero entre tantos niños.

Y no fui el único, sé de otros que pasaron por el mismo problema. Era el rector quien mandaba y se paseaba omnipotente, abusando de los niños, y tuve la desgracia de caer en sus garras y ser violado por ese horrible hombre. Cuando empecé con mis protestas, la parte de la dirección que estaba tratando de silenciarme me decía que era un mentiroso. Cuando me fui a confesar con el otro padre y le expliqué en mi confesión el problema que me estaba pasando, me dijo: «Yo te comprendo, te entiendo y sé por lo que estás pasando. Tú no tienes ninguna culpa, tú no has pecado», y le dije: «¿Y cómo vamos a parar a este hombre?». Como no lo podían parar a él, pues la mejor manera fue pararme a mí y desaparecerme. Me transfirieron a Opa-Locka.

En Opa-Locka, desde luego, ya se habían enterado de la situación y llegué a un lugar todavía más hostil. Quien estaba de rector en el campamento era un cura secular también, el padre Espinosa, muy bueno, comprensivo, me atendió, me ayudó mucho, me ayudó a limpiar mi alma, porque yo sentía tanta culpabilidad por lo que me estaba pasando y nadie me creía. Esa fue la primera persona que me dijo: «Te creo y lo sé».

La escuela no estaba dentro del campamento, sino que salíamos a una escuela en Hialeah. El director era marista, el hermano Maximiliano. Allí estábamos integrados con niños norteamericanos y fue donde vinieron a caducar una cantidad de problemas. Un día, cuando la guagua vino a buscarnos para regresarnos, al final del día, me escondí porque

no quería regresar al campamento, y una de las monjas norteamericanas me encontró, me vio llorando y me preguntó cuál era el problema y yo le expliqué mi situación. Le dije que tenía miedo de regresar al campamento, porque iban a abusar de mí y le conté lo que me había pasado en Matecumbe con el cura y que querían silenciarme, que quería irme. Me creyó y llamó al director, al padre Maximiliano, y ella misma me llevó de regreso al campamento. Por ella me pude salvar.

Dos o tres días después, una noche, uno de los muchachos me dijo: «¿Por qué no vamos al patio, a jugar, a hablar un rato?». Resulta que lo que me tenían era una redada, como unos veinte o veinticinco y me apedrearon, me gritaron insultos, me dijeron mentiroso, que estaba fingiendo y acusando al cura. Entonces llegó Maximiliano que fue quien paró lo que sucedía.

Como a las dos semanas, la trabajadora social me mandó a buscar para decirme que por fin había llegado mi beca, en Ohio, en la ciudad de Cincinnati, en una escuela que me iba a gustar mucho. Cuando llegué a esa ciudad me esperaba una señora que se llamaba Elizabeth Morán, una increíble dama, una mujer que bien tiene que estar en la gloria, muy atenta, muy cariñosa, muy preocupada, trabajaba para Catholic Charities.

¿Ya hablaba inglés?

Un poco. Ella hablaba español e inglés. En el camino me dice que yo iba a vivir en Dayton, Ohio, en un orfanato. Me di cuenta de que me habían engañado.

En ese orfanato viví con niños que fueron abandonados por sus padres, niños con problemas psíquicos, muy traumatizados. Eran monjas, la rectora era *Sister Mary*, hablaba español, una increíble mujer, muy buena, hasta le escribía a mis padres, les mandaba fotos mías, se escribía con mi abuela.

Estuve mejor en el orfanato que en los campamentos de Miami, comía bien, vestía bien, iba a la escuela, empezaron a enseñarme inglés intensivamente. En la escuela era muy popular, porque era el único extranjero, sentí un poquito más de cariño. Las monjas me enseñaron mucho, porque me enseñaron a cómo sobrevivir, a planchar, a cocinar. De vez en cuando salíamos de visita a casas de personas de la comunidad que venían para llevarse niños. Como cinco o seis meses después vino una familia americana, vivía en las afueras de un pequeño pueblo, Glendale, y decidieron apadrinarme. Él era maestro de Biología y ella enfermera, tenían una niña pequeña, una bebita. Me fui a vivir con ellos.

¿A la casa?

A la casa de ellos; fueron mis padres americanos. Me dieron mucho cariño, me enseñaron mucho, muy preocupados por mi escuela, católicos pero no muy practicantes. Me cuidaron. Yo los quiero mucho. Tuve una mejor vida, aunque siempre estaba aquello de la separación, hacía unos tres años que no estaba con mis padres, con mi familia, jamás volví a hablar con ellos. Las cartas continuaban, pero empezaron a disminuir del lado de allá, en vez de semanales se convirtieron en mensuales, no vinieron más fotos.

Esta familia norteamericana luego se mudó a New Jersey, a un pueblo, y yo con ellos. Nació la próxima niña. Hoy en día nos hablamos como si fuéramos hermanos; esa familia se convirtió en mi familia. Todavía se preocupan mucho por mí, son vecinos de mis padres ahora, pues cuando vinieron, como yo estaba viviendo en ese pueblo, fueron a vivir allí y se quedaron desde el año 1966.

¿Y cómo se enteró de la llegada de sus padres?

El día que llegó mi madre hicieron una llamada de Miami y hablaron con mis padres adoptivos; les informaron que mi madre había llegado. Creo que fue como a las diez de la noche. Yo no estaba en la casa y cuando llego me encuentro a los dos sentados, eran como las once y media, y sentí algo extraño, los miré y él me dijo: «Tenemos algo que decirte», y pensé: «Mis padres están aquí». Lo más increíble fue que en ese momento no sabía si era bueno o malo para mí, ¡había pasado tanto tiempo!, sentía como que era un poco tarde.

Y quería a la gente con la que estaba.

Exactamente. Con sinceridad no quería irme, pero por ley, por ser menor de edad, tenía que hacerlo, tenía diecisiete años. A medianoche hablé con mi madre, lo primero que le pregunté fue por mi padre. Cuando me dijo que no había salido sentí más rabia todavía, ¿cómo es posible que salgas tú y no él? Después supe que hubo problemas con mi abuela en Cuba que él tuvo que resolver, pagar una propiedad que se había vendido y no se podía hacer. Cinco días después llegó mi papá. Cuando llegaron los fui a ver al hotel donde estaban hospedados.

Mi primera impresión fue: «¿Quiénes son estos extraños?». Fue horrible, ellos estaban muy emocionados, pero después de abrazarme empezaron a pelearse, como echándose la culpa mutuamente de haberme mandado. En aquel momento no tenían la menor idea de lo que yo había pasado, y me decía: «¿Cómo es posible que después de tantos años

tenga que volverme a enfrentar con dos peleones?». Supe en ese instante que la familia como era no iba a funcionar, y también que tenía que ir con ellos, ayudarlos, trabajar, encaminarlos, y una vez encaminados, hacer mi vida.

Fue muy difícil dejar la familia americana, porque fue el único cariño que encontré aquí.

¿Se fue a vivir con sus padres?

Sí, el departamento católico de Newark les dio un estipendio para la renta, por un mes, de un apartamento. Buscamos el lugar y allí empezamos a vivir. Recuerdo que tenía una mesa, dos sillas y tres catres. Así comenzamos.

¿Mejoraron las relaciones entre ustedes?

Las relaciones eran tolerantes. Yo toleré más que arreglar.

¿Nunca les habló de las cosas por las que pasó?

Nunca nos hemos sentado a hablar, porque sería muy duro para mí y no es mi intención herirlos. Ellos tienen nociones de las cosas que pasaron, porque lo han leído, lo han oído de otras personas. Yo prefiero, hasta cierto punto, que se enteren de otra manera.

¿Hoy en día tiene buenas relaciones con ellos?

Hay una distancia, la separación de tantos años, ese tiempo de enfriamiento... Cuando volvieron a entrar en mi vida yo era un joven hecho y derecho, y parte de mi niñez nunca la voy a recobrar, como otros niños que tuvieron una niñez un poco más dulce.

Cuando analiza esto de la patria potestad, ¿cómo lo ve?

Creo que fuimos víctimas de un objetivo político, desacreditar a Cuba, desacreditar a la Revolución, fuimos un arma que usaron. Creo que fue una infamia de quienes se prestaron para el tráfico, como si fuera un tráfico de esclavos, y esa parte es no solamente dolorosa, sino hasta cierto punto asquerosa.

Lo interesante es que a los que sobrevivimos nos hizo muy fuertes y esa es la fuerza para no perder mi cubanía, para no perder lo que no le pertenece ni al gobierno de Cuba ni al de los Estados Unidos, porque me lo dio la tierra donde nací, donde caminé por primera vez. Yo no comprendo cómo es posible que un cubano no entienda que esa tierra es de nosotros todos.

¿Qué es usted hoy, norteamericano, cubano?

Yo soy un cubano-americano. Es un punto un poco confuso, porque siempre seré un exiliado, un inmigrante, porque no me siento de los Estados Unidos y no me siento completamente cómodo en Cuba. Estoy en una balanza, esa parte media, en ese espacio que está entre cubano y americano.

Hay quien ha dicho que los padres querían que sus hijos tuvieran una educación religiosa y que en Cuba iban a nacionalizar las escuelas.

En el caso mío el enfoque de mis padres era que debían salvarme del comunismo; que los iban a privar de la patria potestad. En ningún momento se dijo en mi casa que era para continuar mi educación religiosa, porque nosotros íbamos a la iglesia una vez al año. Eso se le puede aplicar a otros, pero no en mi caso.

Walsh dice que fue cuestión de derechos humanos de los padres.

Bueno, si se estaba ayudando a los padres es algo interesante, porque cuando llegaron mis padres le entregaron un cheque para el primer mes de renta y nunca más vimos a nadie, dormimos en tres catres por cierto tiempo. Nos ayudaron las personas donde yo vivía, mis compañeros de High School, que empezaron a llevarnos muebles, comestibles y la única iglesia que nos ayudó fue la protestante.

Algunos han dicho que todo fue originado por la CIA. ¿Qué piensa?

Creo, definitivamente, que fue así. En aquellos momentos no tenía la menor idea, pero he llegado a estar seguro de que fue algo creado para desestabilizar al gobierno de Cuba y nosotros fuimos el instrumento, y por lo que he leído es la CIA y el Departamento de Estado. ¿Cómo es posible recoger la visa para entrar a los Estados Unidos en la parroquia de Matanzas, de la iglesia católica?, ¿dónde estaba la conexión? Creo que es muy claro, es obvio.

Algún día se sabrá la verdad.

No, no creo que nadie vaya a dar su brazo a torcer y decir la verdad, pero nosotros, los cubanos, estamos conscientes de cuál es la verdad, hasta aquellos que hoy la esconden y la niegan saben dentro de ellos mismos cuál es la verdad.

Se habla de que están intentando que la CIA abra los documentos. Hoy día no está claro cómo comenzó.

No creo que comenzara por la Iglesia. No fue la Iglesia la que comenzó con eso de la patria potestad y de los Peter Pan. Es un cóctel mezclado

en el gobierno de los Estados Unidos y la Iglesia fue el conducto, y es la infamia más grande usar a la Iglesia y que esta se dejara usar para llegar al corazón del pueblo. Éramos niños, niños pequeños, esa fue la primera violación, violar la mente de los niños y después violar todo, la separación, el desenlace, los niños que no volvieron a ver a sus padres.

¿Conoce muchos Peter Pan?

El único con el que hice contacto no vive hoy, murió: Juan Monje. Vivió en la misma casa conmigo, en Florida City.

¿Qué sabe de él?

Un muchacho muy bueno, muy noble, pero en Florida City al papá de la casa donde estuvo también le gustaba hacer de las suyas y estar abusando de los niños.

¿Y el hombre que le hizo daño vive actualmente?

Tengo entendido que murió de cáncer.

¿Lo denunció?

Lo denuncié, pero...

¿Cree que Walsh lo sabía?

¿Walsh? ¡Claro! ¡Para mí no hay mejor representante del diablo que ese hombre! Él sabía de todos esos abusos que estaban pasando, ¡tenía que saberlo!, ¡tiene que saberlo! Cuando los mismos curas se reportaban a él estaban recibiendo nuestras protestas y oyendo nuestras peticiones de ayuda, nuestras confesiones. ¿Que ellos no hubieran hablado con monseñor Walsh? Me extraña. Me extraña mucho.



VICTORIA VIEJO Y OSVALDO LÓPEZ

«Tenía miedo por la cuestión de la patria potestad. Tenía miedo de que me quitaran a mi hijito, la gente hablaba...».

New Jersey, 1999

Enviaron a su hijo, Alex López, a los Estados Unidos en 1962, a través de la Operación Peter Pan. Se reunieron con él cuatro años después.

Nosotros entrevistamos a Alex, que salió en 1962 de Cuba. ¿Qué pasó? ¿Me pueden contar qué pasó en aquel tiempo? ¿Por qué ustedes lo mandaron?

VICTORIA: En Cuba, en el año 1962, se rumoraba, que le iban a quitar los niños a uno, que la patria potestad, que los iban a poner en unas escuelas y muchas cosas. Me dolió. Me puse a llorar y decía: «¡Ay no, no quiero que me quiten a mi hijito!», y entonces traté de ver cómo resolvía para mandarlo para acá.

¿Y quién le dijo a usted que se lo iban a quitar?

VICTORIA: Las personas decían que era verdad, le quitarían los hijos a uno, que los pondrían en unas escuelas, y me asusté y traté de mandarlo, para después salir yo para acá.

¿Dónde vivían?

VICTORIA: En Matanzas. Hablé para conseguir una visa, se llamaba visa *waiver*. Decían que lo iban a mandar a una escuela aquí, pero fueron a campamentos, como carpas, donde estaban religiosos, monjas, curas, en un lugar que se llamaba Matecumbe, después en Florida City. Yo lo llamaba por teléfono.

¿Había mucha gente que mandaba a sus hijos?

VICTORIA: Sí. Con carteles con sus nombres para cuando los recibieran aquí. Yo no lo vi, le digo lo que me contaron.

¿Cómo fue que se les ocurrió mandarlo?

VICTORIA: En el año sesenta y dos se oyeron rumores de que iban a quitarle los hijos a los padres y por eso lo mandé para los Estados Unidos, para después, más adelante, salir yo.

OSVALDO: Y no fue así.

VICTORIA: ¡Ay, Dios mío, yo tenía tanto miedo de que me fueran a quitar a mi hijo y como se oían tantas cosas! Al cabo de los cuatro o cinco años salí para acá, en 1966. Mi hijo consiguió las visas para su papá y para mí.

Y al final no le quitaron los niños a los padres, ¿no?

VICTORIA: No, no. Que yo sepa no. Los niños los pusieron en círculos infantiles, no sé, no sé... No puedo explicar más, muchas cosas no sé de Cuba. Pasé muchas amarguras, sufrí mucho, lloré muchísimo, me enfermé, parecía una autómatas en la calle caminando, extrañaba mucho a mi hijo. Después, encontré unos amigos y uno fue el que nos puso el dinero para nosotros venir para acá y quien sacaba a mi hijito todos los fines de semana.

¿Sufrió?

VICTORIA: Sí, he sufrido, sufrí mucho al ver cuando aquel avión tomó altura; creía que me moría en ese aeropuerto José Martí, ¡horrible! Ya después de estar en la pecera, como le llamaban a aquel lugar, yo no pude hablar más con él. Creo que tenía un pañuelo en la mano y me lo puse en la boca para no gritar. Fue una cosa espantosa, sin dudas. Fue muy duro, pero pasó después, con el tiempo.

¿Es cierto que usted le dijo antes de salir «no mires para atrás»?

VICTORIA: No me acuerdo qué le dije... pero sí, le dije eso, que no mirara para atrás.

Él sufrió.

VICTORIA: Él sufrió mucho, sí. Allí en Matecumbe había meningitis, muchas cosas extrañas, feas, esas enfermedades que cogen las mujeres y los hombres. Ahí no había solo niños, también muchachos grandes. Yo pensé que iba a venir pronto, la verdad, pero pasaron los años, como cuatro o cinco años. A los cuatro o cinco años fue que pude salir. Cuando Johnson¹ pude salir, cuando abrió puertas para que salieran los familiares de los niños.

¿Y la visa waiver de dónde la sacó?

VICTORIA: Creo que la Iglesia, no sé. Alguien me la dio.

¹ Lyndon B. Johnson (1908-1973). Presidente de los Estados Unidos de 1963 a 1969.

OSVALDO: Católicos, de la iglesia católica.

Pero usted no lo mandó a los Estados Unidos por razones religiosas, lo mandó por lo de la patria potestad.

VICTORIA: Por la patria potestad. Yo cogí miedo, porque decían que le iban a quitar los hijos a uno. Eso fue todo.

OSVALDO: Como si fuera de vacaciones.

Y cuando él escribía cartas, ¿qué le decía en las cartas?

VICTORIA: Esas mismas cosas de las enfermedades, que había personas que lo trataban bien, de sus problemas, de lo que discutían los muchachos allí. Yo llamaba, cuando aquello se podía llamar de Cuba a los Estados Unidos y pagarlo con pesos, y llamaba mucho.

¿Y él lloraba?

VICTORIA: Tal vez, a veces sí, pero a veces no, porque después se fue acostumbrando. Se fue a vivir con unos americanos, un matrimonio, a los que les pagaban para que lo tuvieran a él. Buenas personas.

¿Y cómo fue que usted pudo viajar a los Estados Unidos? ¿Cuándo le llegó la visa?, ¿cuatro o cinco años más tarde?

VICTORIA: Sí, mi hijo me mandó la visa. Llegué a Miami el 12 de mayo de 1966. Cuando llegué, traté de llamarlo por teléfono a casa de esa familia. Yo tenía la dirección y el teléfono y llamé.

¿Y cómo fue el encuentro?

VICTORIA: El encuentro fue... ¡ay... grande!, tantos años... Lo encontré bastante grande, creo que tendría quince o dieciséis años, más o menos. Él no fue a Miami, sino al hotel donde estábamos cuando llegamos a Newark, donde nos mandaron. Yo no me acuerdo si durmió con nosotros ese día.

OSVALDO: Y después nos trajeron aquí a Banbrook. Nos dijeron que nos iban a dar de todo.

VICTORIA: En Miami me dieron abrigos y en Newark fue donde nos dieron dinero. Ciento cuarenta dólares, con ello fue con lo que pagué el apartamento, la renta.

Él sufrió. Él lloraba mucho, yo también. Los dos lloramos muchísimo, fue haciéndome los cuentos de las cosas que pasó. No pensé que lo iba a pasar tan duro, pero figúrese usted, ¡yo qué iba a saber!



Foto de Alex López con sus padres en La Habana.

Mirando atrás, si tuvieran otra vez la misma situación, sabiendo lo que saben hoy día, ¿lo hubieran hecho igual? Si tuvieran otra oportunidad de decidir, ¿lo hubieran mandado igual?

VICTORIA: Usted me está poniendo duro...

OSVALDO: No lo hiciera más. No lo hiciera más así, porque uno sufrió mucho. Ya no va a ser tampoco, ya estamos viejitos...

VICTORIA: Si yo llego a saber lo que estaba pasando él, tampoco lo mandaría más.

OSVALDO: Yo tampoco, qué iba a imaginarme eso, imposible. Nadie lo hiciera. Yo vivía bien, gracias a Dios, aunque nunca fui rico y no tenía nada allá.

Él nos habló de sufrimientos en Matecumbe, de cómo los extrañaba a ustedes...

VICTORIA: Ya le dije que cuando se sentó con nosotros, conmigo, sobre todo conmigo, llorábamos juntos por las cosas que él me contó.

Una vez que lo mandó, que se fue, ¿usted se arrepintió?

OSVALDO: Yo pensaba venir, pero no quería venir en bote ni nada de eso, quería venir legal, sin problemas y que viniera ella.

¿Usted alguna vez vio la ley de la patria potestad?

VICTORIA: No la vi, eran los comentarios de todo el mundo y todo el mundo estaba como loco, locas las mujeres y locos los padres. Yo cogí miedo de que le quitaran los hijos a uno. Eso es lo que le explicaba a usted, sino, tal vez, yo no lo hubiese mandado, me hubiese quedado con mi hijo allá, aunque sea comiendo harina. ¡Es muy duro dejar la patria de uno! ¡Muy duro!

¿Usted la extraña?

OSVALDO: Yo sí la extraño, ¿cómo no?

VICTORIA: Bueno, sí, la patria se añora. Ahora me siento ya diferente por los años que han pasado. Yo voy a cumplir treinta y tres años acá y mi hijo cumplió treinta y siete, pero se añora la patria, ¡¡cómo no!!

¿Se imaginaban que iba a ser así?

OSVALDO: Yo pensé que no, que iba a regresar, pero nunca fue así. La tierra allá, el azúcar, el tabaco de Cuba. Cuba es muy bonita, la verdad.

En el año 2008 Osvaldo López y su esposa regresaron con carácter definitivo a Cuba, ambos fallecieron.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



MANUEL RAMOS

«Si me pregunta que si por problemas políticos mandaría a mi hijo al extranjero y me quedaría yo, la respuesta es no; nos vamos todos o nos quedamos, y si tengo que hacer lo que mis padres hicieron por mí, no lo haría, porque esa separación familiar es terrible. Me dejó una huella y un trauma muy grandes. Es duro lo que hemos pasado, el sufrimiento no material ni económico, sino humano».

Miami, 1999

A la edad de trece años, el 4 de octubre de 1961, salió de Cuba. Fue ubicado en campamentos de Miami y posteriormente en una casa con otros jóvenes, bajo la dirección del padre Bryan Walsh. Sus padres llegaron en agosto de 1962.

Mi nombre es Manuel Ramos. Llegué a Miami el 4 de octubre de 1961. Apenas tenía trece años. Soy un Pedro Pan. Recuerdo que el 2 de octubre mi padre me llamó para explicarme que iba a emigrar a los Estados Unidos. Para mí fue un fuerte impacto, porque lo que menos me esperaba era que iba a separarme de ellos, de mi familia. Viajé en un avión de la compañía Pan American. Cuando me despedí de mi padre en el aeropuerto, me dijo que en Miami me iba a esperar un señor con el nombre de George, que preguntara por él. Había varios niños en el avión mayores que yo, y hasta más pequeños, que también pertenecieron al programa, fueron Pedro Pan, o son Pedro Pan en la actualidad.

Recuerdo una anécdota: a mi corta edad me estaba esperando en el aeropuerto uno de los directores del campamento de Matecumbe, un sacerdote de los padres escolapios –las Escuelas Pías de Guanabacoa, a la que asistí por alrededor de tres años–. Yo ignoraba que otro sacerdote de Cuba lo había llamado para que me fuera a esperar.

Al llegar a Miami y pasar por Inmigración, vi que los niños se arribaban a un señor y le pregunté: «¿Usted es George?», y él me respondió: «Sí, yo soy George». Tuve un gran alivio, había encontrado a la persona de la que mi padre me había dicho que no me separara.

Ese señor, George, me preguntó mi nombre y me dijo: «No, usted tiene que ir con el señor que está esperándolo allá». Vi un señor vestido de sacerdote y le dije: «Ah, ah, yo me voy con usted» y empecé a llorar, con mis trece años, y no hubo forma de que el director del campamento –donde después pasé casi seis meses– me llevara, porque no lo conocía, tenía miedo. Fue algo como si fuera un sueño.

Llegué al campamento como a las diez de la noche y no pude dormir, no sabía lo que estaba sucediendo. Al día siguiente, el padre Francisco Palar me explicó más o menos que íbamos a ir a un campamento de nombre Matecumbe, que recién lo inauguraban. Estábamos en el de Kendall.

Tenía dos edificios, los varones dormían a la derecha y las hembras a la izquierda, ambos completamente llenos. Para poder mudarnos a Matecumbe todos los días nos levantábamos temprano para ir a cortar la hierba del campamento. Nos cambiamos a finales de octubre de ese mismo año.

Como era uno de los más jóvenes del grupo me quedé en la primera cabaña que tenían para enfermería y para los más jóvenes, de doce a trece años; los mayores, de catorce en adelante, se quedaron en dos cabañas como a cinco cuadras de distancia.

¿Por qué su padre lo mandó?, ¿cuál fue la razón?, ¿qué usted sabía? o ¿qué le dijeron?

Mis padres pensaban que sacándome de Cuba me iban a salvar. Hubo varios factores que ayudaron a la decisión que tomaron. Uno de ellos, los rumores de que iban a enviar a todos los jóvenes, a todos los niños, para la Unión Soviética, cosa de la que ahora me río, porque es completamente absurdo. La segunda, la invasión de Bahía de Cochinos, Bay of Pigs, Playa Girón, como la llamaban, el 17 de abril de 1961, y por error, o porque pertenecía a una escuela privada, me detuvieron casi diez días, estaba detenido en la escuela, aunque me trataron bien. Creo que la iglesia católica influyó mucho sobre mis padres acerca de que yo tenía que emigrar, o sea, los sacerdotes y el director de mi escuela. Después vino la expulsión de Cuba de los religiosos, de las monjas, de los sacerdotes, y eso fue lo que impulsó a mis padres a tomar esa decisión.

¿Y su mamá quería que usted se fuera?

Mi madre hacía la voluntad de mi padre. Ambos ya fallecieron. Creo que a ellos eso les costó la muerte. Llegaron en agosto de 1962 y mi padre murió en abril del año siguiente. Mi madre, después que murió mi padre, tuvo la enfermedad de Alzheimer y murió en febrero del ochenta y siete. Según ellos, lo hicieron por el bien mío, por salvarme. Es un trauma que llevaré por el resto de mi vida.

¿Fue muy fuerte el trauma?

Fue fuerte la separación familiar, creo que es lo peor que hay. Es preferible pasar hambre y necesidades, pero una separación familiar es lo peor y lo he visto actualmente en la familia cubana.

¿Por cuánto tiempo se quedó en Matecumbe?

Primero estuve en Kendall, después en Matecumbe. A principios de enero del sesenta y dos se inauguró una casa que fue donada por la familia Ferrer, el exgobernador de Puerto Rico y uno de los exalcaldes de Miami. Nos mudamos para un barrio residencial de ricos, éramos

alrededor de quince muchachos, entre los que fui escogido, y vivíamos bajo la dirección de Bryan Walsh, que es ahora monseñor Walsh.

¿Así que usted, en cierto sentido, tenía mejores condiciones?

¡Tuve tanta suerte! Tenía esa casa, como para enseñársela a todas las familias pudientes de los Estados Unidos, sobre todo a las familias norteamericanas católicas. Teníamos de todo y vivíamos bien, pero faltaba el cariño de mi padre y de mi madre, de mi familia, de mis amistades. Monseñor Walsh ha sido un padre para mí, un padre adoptivo, más que mi propio padre carnal, porque a mi padre lo disfruté solo catorce, quince años. A monseñor Walsh todavía lo conozco y ha estado en los momentos malos y en los buenos.

Walsh se portó bien con usted.

Walsh se ha portado bien conmigo y con el resto de los catorce mil o dieciséis mil muchachos que pasaron por el programa.

¿A usted nunca lo mandaron a un orfanato?

No, no me mandaron. Sé de casos que enviaron y sé de casos también que no estuvieron de acuerdo y escribieron a Walsh, y Walsh hizo todo lo posible para regresarlos a Miami. Acuérdesese de que, en principio, era un programa para doscientas personas y se convirtieron en más de catorce mil. Se hizo lo imposible para acomodar a tantos y tantos jóvenes, ya no eran solo adolescentes sino niños de seis años hasta adultos de dieciocho, diecinueve años.

¿Así que usted cree que no esperaban a tanta gente?

No se esperaba a tanta gente. Nosotros, por ejemplo, nos mudamos de casa porque ya éramos más de setenta u ochenta y tuvimos que reducirnos un poco para poder traer a más jóvenes. Sé de casos en los campamentos de Matecumbe, Kendall, Florida City que dormían al principio, cuando llegaban, hasta en el piso, para acomodar a miles de jóvenes que pasaban por el programa.

Si no tenían condiciones, ¿por qué aceptaron tantos?

Creo que se le fue de las manos, tanto al gobierno de los Estados Unidos como al de Cuba. Todos éramos menores de edad, debíamos tener el consentimiento de nuestros padres. Creo que el Gobierno no sabía adónde íbamos a parar y no esperaba tanto éxodo de jóvenes. Mis padres me decían: «Vas a venir de visita, vas de vacaciones, esto es una cosa temporal». Y han pasado treinta y ocho años y todavía sigo esperando.

¿Cuántos años estuvo separado de sus padres?

Estuve separado de mis padres diez meses. Ellos llegaron en agosto de 1962, pero mi padre se enfermó y yo le pedí a monseñor Walsh que me dejara quedarme con él mientras mi padre y mi madre fueran a casa de un familiar y él aceptó. Mi padre murió en abril del año sesenta y tres, de un ataque al corazón.

¿Sus padres alguna vez le dijeron que estaban equivocados al haberlo mandado?

Mi padre nunca me lo admitió, pero por la forma en que sucedió lo de su enfermedad, creo que él se arrepintió de lo que hizo. Mi madre me dijo que lo había hecho por mi bien. Yo respeté su opinión y su decisión, pero...

No lo sentía así...

La separación familiar es dura y se vive actualmente, porque todas las personas que llegan aquí se separan de la familia.

¿Conoce muchos Peter Pan?

Sí, conozco bastantes. Nos reunimos de vez en cuando y mantengo muy buena amistad con muchos de ellos. Estamos dispersos por todas partes del mundo.

Para muchachos más jóvenes sería más difícil.

Sí. Al principio en Kendall, en Matecumbe, había niños de ocho, de diez años. Después se creó un campamento que lo bautizaron Florida City y allí pusieron a los más pequeños. Me acuerdo que a la hora de la comida y del baño teníamos que cuidar a los más pequeños y protegerlos, a muchos les tuve que cortar un pollo, un bistec, les tuve que dar de comer.

¿Usted?

Estaban en el campamento y lloraban por sus padres. De madrugada se escuchaban niños gritando: «Papi», «Mami»; y yo con trece años lloré muchas veces, cada vez que me acuerdo me emociono, porque fue un trauma, para mí es un trauma todavía.

¿Y para los niños más pequeños?

Para los niños pequeños fue peor. A monseñor Walsh le estaré eternamente agradecido, hizo por mí más de lo que mis padres pudieron hacer por mi persona. El señor Walsh me educó, me guió, cuando estaba enfermo estaba a mi lado, cuando estaba triste estaba a mi lado, en los

momentos malos, en los buenos, en los difíciles, hacíamos deporte juntos, y cuando él me necesitaba, ahí me tenía a su lado.

Pero usted tuvo más suerte que otros niños.

Sí, efectivamente. Eran bastantes y cuando hay tantas personas... No todos corrieron la misma suerte, no todos tuvieron la suerte que tuve yo. No fui de los privilegiados pero tuve, en lo que se refiere a tratamiento y educación, todo; pero la separación familiar no paga el precio del sufrimiento que yo tuve.

¿Usted cree que Walsh está un poco arrepentido de todo aquello, de aceptar los niños, de ayudar buscando visas waivers, un poco mirando hacia atrás?

Walsh era un sacerdote recién ordenado, vino de Irlanda y fue asignado aquí, al sur de la Florida, y creo que no estuvo engañado, porque no fue engañado nunca, pero nunca llegó a imaginar ni a pensar que iba a ser un éxodo tan grande como en realidad fue. Él pensó que sería un mínimo de doscientos o un poco más y no catorce mil, dieciséis mil jóvenes.

A muchos los mandaron al Norte.

Muchos fueron al Norte, muchos, a orfanatos. Era un cambio brusco si usted fue a un orfanato o a una escuela privada. Fue muy drástico y le puedo dar varios ejemplos. Usted sabe como son los cubanos, para bañarse había que esperar tres horas después de las comidas, bañarse con agua caliente. Acá el sistema es diferente, después de las comidas nos obligaban a bañarnos en la piscina, a hacer deporte, nos bañábamos con agua fría, etcétera.

No cabe duda, ellos sufrieron más porque fueron más al Norte, por lo menos aquí está el calor del sur de la Florida, más cerca de nuestra patria. También muchos se portaron mal y algunos en un orfanato o en una casa fueron maltratados, pero también por el comportamiento de muchos de ellos. Sí me consta que muchos quisieron regresar y algunos regresaron.

¿Regresaron a Cuba?

A Cuba y aquí, al sur de la Florida. Pidieron a monseñor Walsh que los regresara y él hizo todo lo que pudo para poder satisfacerlos a todos.

¿Él mandaba las visas?

Muchos mandaban las visas, él también, pero se le fue de las manos, creo que por ayudar a todos. Y llegó el momento que se fue de control.

Acuérdese de que en un período de casi tres años vinieron miles y miles de jóvenes. De monseñor Walsh hablan mucho, muchos lo critican, pero hay que ser mal agradecido, ¡con todo lo que hizo por nosotros! Monseñor Walsh no necesitaba ese dolor de cabeza que tuvo gratuitamente. Él viene de una familia prominente, no millonaria, pero sí pudiente, de Irlanda, incluso tenía su bote, una avioneta pequeña y su carro del año sesenta y uno. Cuando la situación se puso un poco delicada, que empezaron a llegar jóvenes y jóvenes, él vendió todo eso para mantenernos a todos nosotros.

Dicen que Walsh ha comentado que el Departamento de Estado lo llamó y le pidió hacerlo. ¿No cree que realmente Walsh no tuvo otra alternativa? Es cierto que el Departamento de Estado tuvo que ver con el éxodo de miles y miles de jóvenes para que salieran del país.

¿Usted cree que Walsh esté un poco arrepentido?

No creo, porque él está orgulloso. Él está arrepentido de la separación familiar, porque ese sentimiento lo vivió con nosotros, ver a los niños llorando, la separación de la familia, jóvenes o adultos que no han visto a sus padres, que sus padres murieron y no pudieron regresar a Cuba a darles el último adiós, el tributo que merece un ser humano, un ser querido que muere.

¿Qué piensa?, ¿por qué lo hicieron?, ¿quién lo hizo?

A mí la política no me gusta, pero si el Departamento de Estado dio tantas visas y hubo alguien atrás, como la CIA, que ayudó y cooperó para que eso se hiciera así, era una de las formas para desestabilizar al gobierno cubano. Se gastaron millones y millones de dólares en tenernos y mantenernos en este país.

¿Cuál fue el peor momento que usted pasó aquí?

Fueron varias etapas. Primero porque estaba solo, sin mis padres, y por mucha ayuda que recibí de otras personas encargadas del programa, era una separación brusca; de un día para otro me convertí de niño en hombre y tuve que luchar. Además, la muerte de mi padre, también la muerte de mi madre. Tuve niñez pero no puedo decir que tuve juventud, porque de niño me hice adulto.

¿Y cuándo le avisaron que venían sus padres?

Me avisaron el 12 de agosto de 1962. Fue una emoción muy grande, creo que ahí fue cuando mi padre tuvo un infarto sin él saberlo. El siste-

ma acá para una persona mayor es diferente que para los jóvenes. Ellos sufrieron bastante, pero no me lo decían para que yo no sufriera.

¿Extrañaban ellos su país?

Sí. Y sus costumbres.

¿Qué piensa que sería bueno para los jóvenes Peter Pan?

Es como un sueño poder reunirnos todos en Cuba con monseñor Walsh y ver; dicen que recordar es volver a vivir, visitar las escuelas, el lugar donde jugábamos, donde hacíamos deportes, todavía hay amigos, amistades. Yo he tenido la oportunidad de haber regresado a Cuba y ese calor humano que hay no lo he encontrado en ninguna parte del mundo.

¿Hay otros Peter Pan que han podido regresar?

Hay muchos que han regresado y para la visita del papa nos reunimos como cinco de nosotros y fuimos. En esa misa, en la Plaza de la Revolución, durante toda la misa lloré y lloré por recordar mi vida, mi infancia y parte de mi juventud, que pasé en mi querida patria, en Cuba.

¿Y usted cree que se haga realidad que los Peter Pan puedan regresar juntos en una visita a Cuba?

Con la ayuda de todos y con la ayuda de Dios, yo creo que sí. Tanto los que estamos aquí como los que están allá somos hermanos y tenemos la misma sangre, y creo que es hora de que termine la discordia, el desacuerdo. Mi ilusión sería regresar con la mayoría de todos y darnos un fuerte abrazo en Cuba.

Hay una pregunta que no me ha hecho. Actualmente estoy divorciado y tengo un hijo de veintidós años, está estudiando Ingeniería en la Universidad de Miami, y si me pregunta que si por problemas políticos mandaría a mi hijo al extranjero y me quedaría yo, la respuesta es no; nos vamos todos o nos quedamos, y si tengo que hacer lo que mis padres hicieron por mí, no lo haría, porque esa separación familiar es terrible. Me dejó una huella y un trauma muy grandes. Es duro lo que hemos pasado, el sufrimiento no material ni económico, sino humano.

Cuando visité La Habana pude ver que en las familias siempre hay alguien en el extranjero y la alegría que sienten cuando reciben cartas o hablan por teléfono. Yo quisiera que hubiera un acuerdo entre ambos gobiernos, porque no se puede tener a un país cuarenta años bajo un embargo. Hay un cuento que dice que en Cuba para poder vivir bien hay que tener FE, no fe religiosa, sino «Familiares en el Extranjero» y es

un precio muy alto el que estamos pagando por ayudar a nuestros familiares allá en nuestra patria. Si quitaran el embargo sería un alivio para todos y tiene que haber ciertas reformas, pero creo que todos nos podíamos ayudar, unos a los otros.

Estuve en Cuba en el año noventa y lo pasé un poco mal, habían ocurrido varios problemas y estuve siete días sin salir ni quedarme con mi familia. Después he estado en dos ocasiones y ha sido diferente. No hay nada como la patria, la tierra colorada, las palmas, el calor humano.

¿Elly y usted fueron juntos a ver al papa?

La historia de Elly conmigo viene de atrás. Ella llegó más o menos en el sesenta y dos y yo en el sesenta y uno. Nos dejamos de ver por quince años y no sabíamos que vivíamos a dos cuadras uno del otro, y nuestros hijos –tanto el de ella como el mío– estudiaron en el mismo colegio.

Nuestro sueño, yo lo he conversado con ella, es algún día darnos un abrazo fuerte en La Habana, en la patria que nos vio nacer, y llevar a monseñor Walsh con nosotros.

ELLY CHOVEL:¹ Sí, eso sería magnífico, porque si hay alguien que le gusta lograr paz es a él. Monseñor Walsh es una persona muy humana y diplomática, que entiende todas las razones humanas. Me parece que él sería muy buen embajador de paz.

¿Usted sabe que hay quien ha dicho que Walsh fue el responsable de parte de esa tragedia, de haber traído a tantos niños, separarlos de sus padres?

Bueno, creo que fue el gobierno de los Estados Unidos y nadie vino obligado. No se le puede echar la culpa a monseñor Walsh, al contrario, gracias a monseñor Walsh somos los hombres y mujeres de ahora.

ELLY CHOVEL: Es muy simple echarle la culpa a un individuo, cuando fueron muchas razones y no una o un individuo. Hubo una combinación: la guerra fría, la Revolución acababa de empezar y pasaban demasiadas cosas, quizás ni siquiera el gobierno cubano se daba cuenta de que tantos niños estaban saliendo. Monseñor Walsh me ha dicho que él pensaba que como todos los papeles estaban en orden, las personas en el aeropuerto solo chequeaban los papeles y dejaban que los niños se fueran. Todo estaba en orden, llevaban el pasaporte, válido o falso, no se sabía, tampoco se sabía si las visas *waivers* eran falsas o auténticas.

En aquel momento monseñor Walsh, o el padre Walsh, tenía treinta años, y se hizo cargo de los niños cubanos que venían. Él lo hizo por

¹ Elly Chovel estuvo presente durante la entrevista a Manuel Ramos.

calidad humana, porque desde que nació hasta que muera lo que ha hecho es ayudar a todos los que necesitan ayuda, y hoy lo que quiere es lo mejor para Cuba, que haya entendimiento. Él no condena a nadie.

¿El embargo?

ELLY CHOVEL: ¿El embargo? Es el primero que está completamente en contra del embargo, porque eso religiosa, ética y moralmente es una in-moralidad. Él puede decir que no quiere que haya presos políticos en Cuba, pero al mismo tiempo dice que el embargo no es justificable.

¿Y el papel del CIA?

ELLY CHOVEL: Algún día se sabrá, algún día la CIA va a desclasificar los documentos y sabremos hasta qué punto estuvieron involucrados, porque la CIA está metida en todo el «potaje» de todo el mundo, en la guerra fría.

Lo bueno es que se sepa que esto no fue en balde, hemos pasado cuarenta años aquí, pero hemos aprendido algo, porque creo que el pasado y el dolor están ahí para que uno se supere y para ayudar al futuro, no para que el dolor, la pena o la experiencia sean en balde.

Si nos quedamos en el pasado y nada más que pensamos en el futuro, echamos a perder el presente y el presente es lo único que nosotros tenemos, así que creo que hay que aprovechar este presente, que con el favor de Dios y la buena voluntad de todos nosotros se está poniendo mejor, y saber que todo va a estar bien para los de aquí, para los de allá, para toda la gente de buena voluntad y para Cuba la bella, que tanto amamos.

MANUEL RAMOS: Nuestra patria.

¿Quiere tanto a Cuba?

ELLY CHOVEL: ¡Sí! ¿Que por qué quiero a Cuba? Ahí fue donde nací, donde Dios quiso que creciera y por mis venas corre sangre de los mam-bises. Eso no me lo pueden quitar, aunque me pongan a vivir en Alaska o me manden al planeta Marte. Yo seguiré siendo la guajira de Guana-bacoa, cubana, y así seré. Ese amor por mi patria siempre está conmigo. No es mi sombra, es mi luz.

Mi anhelo es que en algún momento, algún día muy cerca, existan las condiciones y puedan los Pedro Pan ir a Cuba a reencontrar su raíz, a hacer el bien a los niños que están allí, porque nosotros nos fuimos como niños y creo que en la vida todo regresa. Es mi sueño y el de otros que podamos ir a hacer algo por los niños de allí en ofrenda de paz, y así sanamos y devolvemos el amor y el corazón.

MANUEL RAMOS: Hay una cosa que yo aprendí de niño en la escuela, es una poesía que decía: «Si deshecha en menudos pedazos / llega a ser mi bandera algún día, / nuestros muertos alzando los brazos, / la sabrán defender todavía».²

ELLY CHOVEL: ¡Pero nosotros somos los vivos y la vamos a defender!

Fondo Editorial
Casa de las Américas

² Última estrofa del poema *Mi bandera*, del poeta cubano Bonifacio Byrne, que se estudia en la enseñanza primaria, en Cuba.



MARÍA DE LOS ÁNGELES (CANDI) SOSA

«... espero que, a partir de compartir mi historia y de poder hacer un puente con la música y a través de ella, se pueda sembrar una semilla de paz. Yo me fui de Cuba, pero Cuba nunca se fue de mí».

Los Ángeles, California, 2002
y La Habana, 2003

Cantante y compositora. Salió de Cuba a los diez años de edad, junto a su hermana mayor y su hermanito de nueve años. Estuvieron seis meses en un campamento, y dos años y medio en Long Beach, California, con una familia. Se reunieron con sus padres tres años después.

¿Sabe que siempre pensé que iba a ser más fácil poder llegar a la luna que a Cuba? Me acuerdo que de niña, en La Habana, con mi tío, que iba a Tropicana,¹ yo soñaba con cantar allí y escribí una canción que menciona eso. Siempre de alguna manera pensé: «¡Caramba visitar mi central Covadonga!, ¡tengo tantas cosas allá!, ¡no me quiero morir sin ir a Cuba!».

Tenía diez años cuando salí de Cuba. Estuve en el medio de ese conflicto, lo traje conmigo, fui producto de él y lo he estado viviendo: la separación entre los Estados Unidos y Cuba, y he tenido que vivir dentro de él. Yo quisiera que disminuyera y a conciencia he elegido, sabiendo que existe una posibilidad de buscar algo en común y espero que, a partir de compartir mi historia y de poder hacer un puente con la música y a través de ella, se pueda sembrar una semilla de paz. Yo me fui de Cuba, pero Cuba nunca se fue de mí.

¿Qué tiene ahí?²

Guardo un tesoro del pasado en mis recuerdos de mis padres, de mis hermanos, de esos días tan lindos de mi vida, cuando todavía trepaba a los árboles, montaba a caballo, cazaba lagartijas y me montaba en la espalda del puerco, todos eran mis grandes amigos, en Las Villas, en el central Covadonga, ¡cómo recuerdo eso! Teníamos un columpio donde nos mecíamos en las noches frescas de allá, salíamos a cazar cocuyos y los poníamos en una botella para que alumbraran.

¿Y su hermano?

Bueno, él ha pasado una vida muy sufrida, muy difícil, ¡pobrecito mi hermano! A él lo afectó mucho la separación de la familia y la estancia en el campamento, y por un tiempo parecía que estaba bien.

¹ Famoso cabaret habanero.

² Se refiere a un grupo de fotos familiares que la entrevistada observa y describe durante la entrevista.

Mi relación más íntima con mi familia siempre fue mi hermano, incluso después de venir. Yo pensaba que éramos jimaguas, gemelos, y que habíamos sido separados porque no cabíamos en el vientre de mami y que él tuvo que esperar un poquito para salir. Tenemos fotos de niños, cuando estábamos en Long Beach, en el campamento, y parecemos igualitos, tenemos gestos, cosas que dicen que tienen los hermanos así.

Parecía que estaba bien, y de repente, como a los quince o dieciséis años, empezó con amistades con algo de droga, se fue a Miami y regresó muy mal, sufrió, le dieron electroshock cuando estaban experimentando, ¡se dañó tanto! y empezó a tomar medicinas para mejorarse. Con el tiempo fue diagnosticado con esquizofrenia paranoide. Está bajo medicamentos. Ha sido muy duro para mí, fue la última separación, mi última afinidad y romper con él fue como quedarme sola en el mundo, de muchas maneras. Él ha tenido una vida muy difícil, tiene una lucha interna muy grande, ¡y tiene un corazón tan lindo, tan noble, tan tierno!

Y ya no está con la droga.

No. Él lo dejó todo, incluso hasta el cigarrillo dejó hace poco, pero tuvo muchos problemas por muchos años. Creo que la droga tuvo que ver con el hecho de que se manifestara la enfermedad, ¡todo tuvo que ver!, pero es difícil saber. Nosotros le decíamos Coquito, porque tenía el pelo blanquito, rubio, ¡era precioso!

Mira esta foto, aquí estoy yo, ¡Dios mío, con un lazo! A mí no me gustaba eso. Era bien activa, quería estar trepada en los árboles, corriendo, montando a caballo, y cuando me ponían mis vestiditos y mis lazos no podía hacer eso. Mami quería que estuviera limpiecita, bonita, y a mí no me importaba eso, lo que quería era estar en la vida, conociendo, descubriendo, todavía tengo esas actitudes.

La época del central Covadonga yo la recuerdo como formación del ser humano, creo que lo aprendí en las cosas, con mi reverencia a la vida y a la naturaleza. Mis mejores años, mis años felices fueron en el central Covadonga, que ya no se llama así.

Mi primera comunión... ¡ese fue un día! Cuando eso estaba aprendiendo que había una energía en el mundo y que yo podía estar conectada. Quería ir en caballo, quería ir montada a caballo pero no me dejaron. Yo soy una guajira de corazón.

Candí, ¿recuerda cómo se enteró de que se iba a ir de Cuba?

Sí, me acuerdo que estábamos ya en La Habana, vivíamos al lado de una casa de huéspedes y estábamos jugando y nos mandaron a buscar para decirnos que nos íbamos a ir de viaje. Creo que fueron dos o tres días de aviso nada más. Fue mami quien nos dio la noticia y pensé que

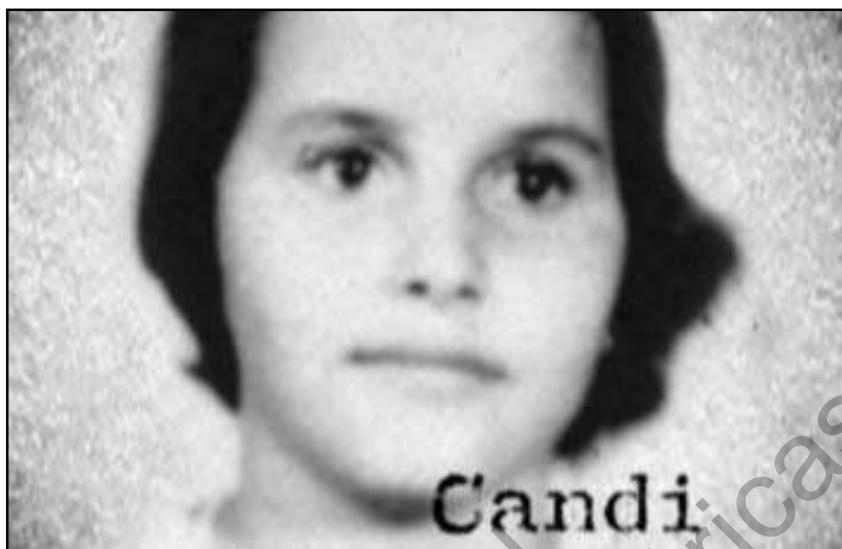


Foto de Candy Sosa, a su salida de Cuba.

era una aventura, ver jugar a los indios y los *cowboys*, en vivo y a todo color, y como iba a ser una cosa de dos meses o algo así, me sentí de lo más entusiasmada con la idea. No recuerdo haber llorado al principio, sí cuando empecé a despedirme de los amigos. Yo tenía un noviecito. Estaba en la Academia de Coros de La Habana y él fue, nos vimos un ratito en el parque, al frente, y estuvimos agarrados de la mano, fue la primera vez que me tomó de la mano, para mí eso era como amor confirmado. Nunca se me olvidará, porque la sensación fue maravillosa, y hablamos, sentados en un banco, que algún día nos íbamos a encontrar para casarnos. Se llamaba Santiago. ¡Qué simple y lindo es el amor de los diez años!, ¡qué maravilla! Pensé que sí, que nos íbamos a encontrar y el romance seguiría. No sé qué fue de él, nunca supe, así es...

¿No tenía idea de que era parte de la Operación Peter Pan?

Yo solamente sabía que venía a los Estados Unidos y que no tenía conocimientos del idioma. Pensé que sería una aventura. Era la primera vez que iba a montar en un avión, venía a sitios como los que veía en las películas, y para mí iba a vivir en una película. La realidad no me dio hasta esa mañana que estábamos despidiéndonos. Nosotros en el medio, papi abajo y mamá arriba de las escaleras. Pastor gritaba que no se quería ir, tenía nueve años, nunca se había separado de mami y papi, especialmente de mami, y él era el niño, el único varoncito, estaba muy apegado a ellos, para él fue muy difícil. Yo era más apegada a papi.

¿Por qué los padres no podían ir con ustedes?

No sé exactamente, pero esas visas nada más que las estaban recibiendo los niños; se pensaba que los padres iban a ir dos o tres meses después, porque las visas eran para recibir a los niños en los campamentos y supuestamente de ahí se les buscaba becas, orfanatos o *foster homes* donde se pudieran tener, pero mis padres siempre dijeron que nos encontraríamos antes de que llegáramos a eso.

¿Sus padres nunca se imaginaron lo que iban a pasar ustedes?

No, no, claro que no. Ellos pensaron que como era a través del gobierno de los Estados Unidos, con la iglesia católica, todo estaba claro, perfectamente bien, todo lo mejor posible. Mami me cuenta que esa separación fue lo más difícil que ha pasado en su vida, que de todas las cosas esa es la peor.

Mami en esta foto tiene mucha tristeza. Esta es una foto muy triste. Me acuerdo de que ese día yo no quería estar en ella, me obligaron, pero no quería estar ahí, ¡recuerdo ese día muy bien! Esta foto fue uno de los momentos esos de impacto, de que algo trascendental está por pasar.

¿Y cuando vio la película? Allí está en el campamento.

Me vi en la película y reviví todo el tiempo, cuando era niña en el campamento y escuché la canción, aunque a mí nunca se me había olvidado, se quedó conmigo para siempre. Nunca me había escuchado de niña cantándola, y me sorprendió mucho, ya tenía tanto patriotismo y tanta integridad y voluntad que respaldaba con mucha autonomía y autoridad para ser tan pequeña. Me sorprendí al verme. Esa canción, que nunca olvidé, la incorporaba en otras canciones, que en sus versos decía: «Yo soy niño todavía / y todo lo ignoro en el mundo / pero siento amor profundo / por la linda patria mía»... la aprendí desde niña, cuando estaba en el central Covadonga, cuando tenía seis, siete años. La cantaba Ramoncito Veloz³ y me la aprendí de oírla en la radio, y le ponía tanta atención que la memoricé y nunca se me ha olvidado.

Dio la casualidad que en Tropicana, cuando canté la canción, estaba el nieto de Ramoncito Veloz, así que lo fui a saludar y le di a entender que había sido una canción fundamental en mi vida. Él se emocionó mucho.

Cuando salió de Cuba ¿qué sabía?, ¿qué le decían?

Cuando salí de Cuba verdaderamente no tenía mucha información, sabía que íbamos a ir para los Estados Unidos. Mi tío ya había hecho el viaje, fue el primero y estaba en California. No nos podía aceptar por-

² Se refiere al documental de David Susskind, *La manzana perdida* (*The Lost Apple*).

³ Actor y cantante cubano.

que era un hombre soltero y no le daban el cuidado de los niños si no era casado.

Sabía que íbamos a ir a un sitio donde iba a haber muchos niños y que nos atendería una familia junto a otra cantidad de niños. Pensábamos que estaríamos dos meses, tal vez tres, y que nos volveríamos a reencontrar con mis padres. Obviamente no fue así, pasaron tres años. Estuvimos seis meses en el campamento y dos años y medio en Long Beach, California.

¿Y recuerdas el campamento?

Al principio el campamento fue un cambio drástico, no fue necesariamente feliz, porque hubo un cambio muy grande, extrañábamos mucho a nuestros padres, estábamos desubicados, tristes, separados. Me separaron de mi hermano y eso fue algo duro, porque mi hermano era la persona más cercana a mí, pero con el tiempo comenzamos a tener amistades nuevas, niños con quien compartíamos juegos, teníamos con quien jugar, nos fuimos aclimatando y llegamos a sentirnos ubicados. Fue entonces cuando nos tocó volver a vivir otra separación, a distanciarnos más, y estuvimos solos, con una familia desconocida, con un idioma desconocido, porque por lo menos con los niños éramos todos cubanos, estábamos dentro de la misma cultura, todavía con las raíces, fue más fácil. Los niños se ubican y se adaptan fácilmente, hicimos lo mejor y nos sentíamos bien cuando nos volvieron a desarraigar.

¿Y del campamento llamó muchas veces a sus padres?

En el campamento teníamos un teléfono público, una caseta. Ahí es donde todos los niños recibían llamadas, era el único teléfono y de ahí hacíamos llamadas. Cuando aquello la única manera de comunicarnos era haciendo una llamada *connect*; la única herramienta que traía en inglés para defenderme era *connect call*, porque era lo más esencial para poder hablar con mis padres, pero era difícil para nosotros pronunciar. La llamada *connect call* era para que pagaran en Cuba y entonces, como mi padre ya había renunciado al trabajo para salir del país, había muy poco dinero, o sea, que las llamadas se podían hacer cada siete o cada quince días. Así nos comunicábamos y, de vez en cuando, correspondencia que recibíamos o se mandaba.

¿Los mandaron con una familia?

De Miami nos mandaron para Long Beach, California, con una familia; pasamos otros dos años y medio antes de que vinieran mis padres.

Cuando llegaron nosotros ya éramos adultos, habíamos pasado por una serie de situaciones y circunstancias que nos marcaron mucho y exigían que un niño se hiciese muy maduro y tuviera una inocencia perdida prematuramente. Mis padres tampoco eran los mismos. Las personas que se reunieron tenían los rostros familiares, pero los seres que habitaban esos rostros ya no eran conocidos.

Si pasar los años de la niñez y la adolescencia es difícil, pasarlos separados de la familia, aislados de un cariño genuino, de sentirse amado, perdonado, cuidado, atendido, además de lo difícil que implica el proceso mismo, sin el amor de los padres, que es lo supremo, es triplemente duro.

¿Esa familia en California no le dio ningún amor?

La familia en California... no puedo medir si me dieron amor, ¡porque hay tantas capacidades para amar que no se puede medir!, pero definitivamente no era el amor de mis padres, el amor que había conocido, que hubiese podido medir, que para mí era el amor y las atenciones que había tenido antes.

El señor que supuestamente estaba tomando el lugar de mi padre me trató con desamor, falta de respeto, violó, además de mis derechos humanos, emocionalmente, mi ser y, físicamente, a la niña. Eso fue lo más difícil para mí.

¿Podía decirme qué pasó?

Es muy difícil volver a recontar esa historia, me agota emocionalmente. Para mí, haber llegado, estar en la cocina, pensar que estoy en un hogar donde me van a cuidar y está ese hombre sentado ahí, que no conozco, y me dice en un momento en que yo estaba sola con él que tenía deseos de besarme y de tocarme los senos... ¡yo no tenía senos! Me quedé aturdida, no sabía, porque era una niña, me dio susto, sentí un gran miedo, pero no me sentía con el coraje ni la capacidad para hacer nada, me quedé petrificada. Cuando me llevaba a las clases de piano y canto, que me pagaban las monjitas, él aprovechaba para hacer lo que me había dicho que tantos deseos tenía de hacer y yo tuve que callar, porque al decirlo a mi hermana, y ella confrontarlo con las monjas, me dieron la opción, pensando que estaba mintiendo para que trajeran a mis padres, de que esa era la mejor familia que había, la única de habla hispana, pero que me daban la opción de que si quería me podían mandar a otro estado del país. Separarme de mis hermanos, a una casa donde no hablaban español y yo no hablaba una palabra de inglés, y quién sabe en

qué situación y circunstancia me iba a encontrar, o sea, que la opción era esa o quedar callada. Es obvio por cual opté. Por necesidad, creo que para protegerme, como defensa, muchas cosas de esa época las he borrado. Sé que era asqueroso para mí, que le tenía un miedo terrible, que me sentía encarcelada dentro de ese carro y que salía corriendo a confesarme. No se cuántas veces sucedió, lo que sé es que él me daba un dólar para que no dijera nada, me llevaba a una tiendecita y yo compraba unos carritos para armar, lo único que sé es que tenía muchos carritos.

¿Qué triste! ¿Y nadie se enfrentó a él?

No, nadie se enfrentó a él.

¿Su hermano?

No, mi hermano era un niño. A mi tío optamos por no decirle, porque había que seguir con la vida, subsistir. Cuando llegaron mis padres hacía falta toda la energía vital para echar para adelante, sobrevivir, trabajar muy duro y así fue. Hubo que barrer muchas cosas, no solo eso, tantas otras, mías, de mi familia, de todo el mundo. Era necesario poner a un lado y barrer por debajo de la alfombra porque los retos eran continuos, uno tras otro, tan seguidos, que no había tiempo para brindarle al pasado.

Y él era el hombre que supuestamente la tenía que cuidar.

Él era supuestamente mi padre en ausencia del mío y definitivamente rompió mi inocencia, y por un rato, hasta que yo pude tomar las riendas de mí misma, rompió la fe en la gente, en los adultos, tuve que reconstruirla y opté –de cierta manera–, suena tonto, pero para mí no lo es, por reconstruir la inocencia, porque yo no quiero vivir mi vida como víctima, sin amor, sin fe ni sin las cosas que a mí me hacen un ser humano. Yo aspiro a ser el mejor ser humano posible, por eso vivo, para dar lo mejor de mí, para eso estoy aquí.

¿Y cómo fue el reencuentro con sus padres?

Cuando mis padres llegaron a California todavía estábamos en Long Beach. Yo cantaba de solista en la iglesia, estaba cantando el *Ave María* y vi a mis padres entrar. Para mí fue como un milagro, sentí una cosa fantástica, había rezado mucho, mucho, había memorizado la misa para rezarla y actuarla, pidiendo que vinieran mis padres y en ese momento fue como un sueño realizado.

Pasó algún tiempo porque ellos tenían que localizarse, buscar un sitio donde vivir, tenían que dar ciertas muestras de que estaban capacitados para recibirnos. Ellos vinieron, nos vieron y se tuvieron que ir. Nosotros nos quedamos un tiempo más hasta que pudieron llevarnos con ellos.

¿Y el hombre de esa casa tenía miedo de que hablase con ellos?

No sé si el señor tenía miedo o no cuando llegaron mis padres. Mi papá, su primera reacción, obviamente, fue enfrentársele y mi mamá también, pero por las circunstancias no estábamos en condiciones de hacer nada que pudiera causar más daño, más contratiempos. Mami calmó a papi y le pidió que aquellas cosas pasaran.

¿Más nunca lo ha vuelto a ver?

Más nunca volví a ver a esa familia, no sé qué pasó con ellos. Ahí se cerró ese capítulo para siempre.

¿Y su vida artística ahora?

Bueno, la niña Dulce María Menéndez, del central Covadonga, en Las Villas, llegó a cambiarse el nombre por Candi Sosa. Afortunadamente, la música fue mi medicina, fue lo que me dio la posibilidad de expresarme y de sacar todas esas cosas, todas esas emociones, compartirlas, poder echar para adelante y sentirme capacitada para hacer mi vida. A raíz de eso también me ha tocado hacer cosas de las cuales me siento feliz, compartir con la gente el amor de la forma que puedo compartirlo a través de las canciones y entregando mi corazón en ellas.

Quizás un día podrá cantar para los Peter Pan ya adultos.

Me parece que sería maravilloso regresar aquí con el grupo Pedro Pan, tener un reencuentro y volver a cantar como cantaba en los campamentos, cerrando el círculo.

¿Qué más desea después de este viaje a Cuba?

Después de este viaje a Cuba quisiera poder compartir con el grupo; hacer un encuentro con ellos, que me hagan preguntas, poder compartir mis experiencias personales tal vez, darme un poquito de alivio, porque sé que mucha gente no sabe qué esperar, tienen miedo, no se atreven a hacer el viaje, y si puedo compartir algunas de mis experiencias posiblemente les daré un poquito de ánimo para que vengán a reencontrarse con sus raíces y, a lo mejor algún día, podremos venir como grupo todos los Pedro Pan. Me parece que sería bonito.



ANA M. MENÉNDEZ

«Yo sufrí muchísimo, me enfermé de los nervios».

Miami, 1999

Envío a tres de sus cuatro hijos a los Estados Unidos a través de la Operación Peter Pan. Demoró tres años para encontrarse con ellos.

Yo soy la mamá de Candi Sosa, de allá del central Covadonga en Las Villas, Cuba. Tengo cuatro hijos, los tres mayores vinieron a los Estados Unidos por la Operación Peter Pan. Cuando llegaron los ubicaron en un campamento en la Florida. Allí organizaban fiestas para entretener a los muchachos y Candi siempre ganaba el primer premio con una canción que se había aprendido desde pequeña, que cantaba Ramoncito Veloz: «Yo soy niño todavía / todo lo ignoro en el mundo...». Ella la cantaba con mucho sentimiento.

Cuando vivíamos en Cuba, la llamaban del Ministerio de Estado, que estaba a una cuadra de donde vivía mi mamá, para que cantara y Osvaldo Farrés,¹ que vivía al lado de nosotros, se la llevaba para la casa, se ponía a tocar el piano y ella cantaba. Su sueño dorado siempre fue cantar en Tropicana y lo hizo cuando viajó a Cuba.

¿Y cómo se sintió sabiendo que había ido para Cuba, a cantar en Tropicana?

En realidad, al principio, yo no quería que ella fuera, sentía temor. Ahora me siento muy feliz porque ha realizado su sueño, ha visto a Cuba otra vez. Allá se ha reencontrado con sus primos y dos primas que no conocía, por el correo electrónico se siguen comunicando. Es una cosa muy linda la familia, la poquita familia es para unirla más. La verdad es que me alegro mucho de que haya ido.

Candi adora Covadonga. Ella tiene una canción que dice: «Contra, si nadie nombra mi Covadonga...». Por cierto, una muchacha, que era de Covadonga, la oyó cantándola por la radio y no sabía bien quién era, pero dijo: «Caramba yo tengo que ir a verla», y fue a buscarla.

¹ Osvaldo Farrés (1902-1985). Compositor cubano.

Cuando Candi hizo la visita a Cuba fue a Covadonga, ese era su sueño de toda la vida, y cuando regresó me dijo que había entrado a la casa donde vivíamos, el piso estaba igualito, pintada diferente, pero el piso, el fogón, todo, está igualito a como nosotros lo habíamos dejado. Fue una emoción muy grande. Fíjate que mandé a buscar, con una persona que iba a ir a Covadonga, una piedrecita y me la trajo, ahí la tengo, porque a mí me gusta coleccionar piedras. La tengo marcada, yo le puse Covadonga a la piedrecita.



¿No extraña?

¿Cómo no voy a extrañar si llevo treinta y ocho años aquí? ¿Qué más quisiera que ver a mi patria? Pero... no sé, no estoy tan segura.

Mi hermano fue el primero que vino, el único hermano que tenía; murió ya. Él fue el primero que vino para Miami y después lo relocalizaron para California. Entonces fue cuando empezó el proyecto, eso fue lo que nos dijo a nosotros, que no sabíamos nada. Nos llamó y nos dijo que había el proyecto ese de Peter Pan, que iban a venir muchachos, que la Iglesia... ahora no me acuerdo, que el monseñor..., no me acuerdo cómo se llamaba...

Walsh.

Sí, que era el que estaba haciendo todos los trámites. Mi hermano nos preguntó si nosotros queríamos. Le dije que sí, que cómo no. La más

chiquita no pudo venir porque era muy pequeñita. Le dije que hiciera los trámites y ellos salieron los tres en el sesenta y dos. A ellas les gusta mucho todo lo latino, Puerto Rico y Miami son la vida para ellas. El varón lloró mucho por la separación, se pasaba el tiempo llorando, abrazado a mí, pero yo tomé la decisión y estoy contenta.

¿No está arrepentida?

No, no estoy arrepentida.

¿Y pensaba que eran pocos días?

En realidad, sí. Yo pensé que era por poco tiempo. Cuando fui con ellos a hacer el papeleo en junio, que era verano, dije: «Bueno la suerte es que no van a estar mucho tiempo, porque el invierno allá...». En Cuba no es tan frío, un friíto bueno con los nortes, como le llaman. El miliciano me miró y me dijo: «¿Usted cree que no les va a coger el invierno allá? Pasarán muchos inviernos allá».

De todas formas la decisión ya estaba tomada, después nosotros hicimos los trámites. Nos costó mucho trabajo salir, mucho, porque quisimos salir por los barcos. Le llegó el telegrama a mi esposo, pero yo me tenía que quedar con la niña. Después un amigo lo ayudó mucho.

¿Sufrió mucho?

Terriblemente. Yo sufrí muchísimo, me enfermé de los nervios, después nunca quise hablar con ellos; mi hermano me decía que él los sacaba. Él se fue para California y a ellos los llevaron para California también. Él me decía que me los iba a poner para que hablara por teléfono y yo le decía: «No resisto hablar por teléfono, prefiero escribirles y no oír la voz de ellos, porque creo que me muero». Yo estuve muy mal, muy mal esos dos años, y eso que tenía a la más pequeña allá, que se me enfermó de hepatitis, estuvo gravísima y la enfermedad de la más pequeña me sirvió un poco para mitigar el dolor que tenía.

¿Usted imaginaba...?

No imaginé que iba a ser tanto tiempo.

Candi me hablaba de las cartas que le mandaban explicando...

Ellos no me dijeron nunca nada hasta que yo llegué aquí, no sabía nada, después fue que nos dijeron todo lo que habían pasado con ese hombre, fue muy triste, muy duro, muy duro. Claro, nosotros estábamos recién llegados y no sabíamos nada de este país. Un tiempo después,

cuando teníamos experiencia, lo habría denunciado, para que ningún niño pudiera ir allá, porque ellos lo hacían por conveniencia, para coger la plata. No me dijeron nada porque María, la mayor, no quería, decía que la separación era larga y significaba hacernos sufrir por gusto. Ella no quería eso.

Candi sufrió mucho.

Candi fue la que más sufrió, el varón sufrió más con la salida de Cuba y cuando estaba aquí en el campamento, pero Candi fue la que sufrió más y la mayor también, no creas, porque el hombre de la casa donde ellas estaban se encaramaba a mirarla cuando se estaba bañando, tenía que llenar todo de toallas para que no la mirara.

¿Pero no hubiera sido mejor que todos salieran juntos?

Pero no se podía, Estela, tenía que ser poco a poco, todos juntos no se podía. Mi mamá se quedó y yo la dejé con el dolor de mi alma, después de un tiempo ella salió. Mi esposo, la más pequeña y yo salimos por España. Primero salió mi hermano, después él llamó a los tres muchachos, más tarde salimos mi esposo, mi niña y yo, y luego mamá.

El varón también tuvo problemas.

¡Oh!, sí, muchos. Él está mal de los nervios.

Con la familia es mejor que no hubiera pasado esto.

Pero yo no quería quedarme allá.

Personas que hemos entrevistado nos han dicho que si se presentara otra vez la oportunidad de enviar a sus hijos solos no los mandaban.

Unos estaban muy bien, divinamente bien, pero eso no fue así con todo el mundo. Al mismo Willy Chirino² una vez le preguntaron, hablando del proyecto Pedro Pan, y dijo: «La verdad que mis padres tuvieron el valor, pero no sé si yo lo tuviera para mandar a mis hijos».

¿Y al varón qué le pasó?

Cuando él se enteró de que iba a salir no hacía más que llorar, decía: «Mami, no me quiero ir; mami, no me quiero ir», abrazado a mí. Él dormía conmigo, entre el padre y yo, durante esos tres meses en que se preparaban para la salida. Salió de allá llorando y aquí era llorando siempre y diciendo: «Yo quiero ver a mami, yo quiero ver a mami, yo

² Wilfredo José Chirino (*Willy Chirino*), cantante.

quiero ver a mami». Eso le fue haciendo daño y después todos los problemas que ha tenido.

Cayó en la droga.

Sí, pero gracias a Dios ya salió. Se quitó él solo, él solo lo hizo. Dejó el cigarrillo, dicen que es más difícil que la droga, y dejó de fumar. Otras veces había tratado y nada, no terminaba el tratamiento. Pero él estuvo mucho tiempo en eso y le afectó el cerebro también, porque afecta, afecta mucho. Él tendría como dieciséis o diecisiete años, es que, además, a él le afectó el divorcio de nosotros, porque su papá y yo nos divorciamos y a él le afectó mucho.

Iba a buscarlo a los lugares donde yo sabía que estaba, iba a recogerlo y lo llevaba para la casa. Él estuvo encerrado varias veces.

Mary tiene la vida normal y la más chiquita ya tiene un doctorado, muy inteligente, ella es matemática.

Y la visa waiver, ¿cómo fue que la consiguieron?

Mi hermano fue el que se ocupó de todo porque él estaba aquí.

¿Y él no iba a visitarlos a la casa esa en California para ver qué estaba pasando?

Algunos fines de semana. Parece que no le contaban nada, porque pensaban que si se lo decían a él, me lo iba a decir a mí y yo ¿qué podía hacer desde Cuba? Pero le digo, con la experiencia que tengo hoy, lo hubiera demandado, sobre todo al señor.

Ahí fue donde Candi empezó en el coro de la iglesia. Cuando nosotros llegamos ella cantaba y me quedé petrificada. ¡Qué voz! Yo decía: «¡Sí, esa es Candi, no lo puedo creer!». ¡Qué voz tan preciosa tenía esa niña! Me quedé como muda, como petrificada.

Candi es muy cariñosa. Yo me acuerdo que me abrazó, se pegó a mí y me decía: «¡Mami, mami!», como diciéndome: «¡Ay, cómo te extrañé!».



FLORA GONZÁLEZ

«... fue una espada que partió en dos a todos esos niños. Por muchos años yo pensé que odiaba la historia, me negaba a leer libros de historia, porque pensé: “La historia me hizo esto a mí, pero yo soy una ficha y no un jugador en la historia”, siento esto».

Boston, 1999

Profesora universitaria, imparte Literatura Latinoamericana. Llegó a los Estados Unidos en enero de 1962, a la edad de trece años, junto a su hermana dos años menor. Se reencontró con sus padres año y medio después. Viajó por primera vez a Cuba en 1980.

Soy Flora González, profesora de la Universidad, enseño Literatura Latinoamericana. Soy una Pedro Pan, vine a los Estados Unidos el 11 de enero de 1962, con mi hermana, sin un adulto. Llegamos a Miami la mañana de ese día, no tengo idea a qué hora.

¿Qué es un Pedro Pan?

Pedro Pan es un niño que pusieron en un avión en La Habana, sin un adulto, que llegó a los Estados Unidos y fue recibido por alguien en el aeropuerto de Miami; un hombre de pantalones negros y camisa blanca. Fuimos llevados a diferentes internados o a un campamento de niños, por un período de tiempo. Después, nos mandaron a algún lugar de los Estados Unidos a una casa de crianza, a un internado o a un orfanato. Así mi hermana y yo terminamos en California, unas sesenta millas al norte de San Francisco. Estuvimos allí un año y medio, hasta que llegaron nuestros padres.

¿Cómo empezó todo eso? y ¿por qué la mandaron?

El primer recuerdo fue cuando un primo mío y mis padres nos dijeron que íbamos a venir a los Estados Unidos a una escuela para aprender inglés y que nuestros padres nos seguirían después. En aquel momento no teníamos idea de por qué nos iban a mandar. Sí sabíamos de otros niños cubanos que eran enviados a los Estados Unidos, pero no había niños de nuestra familia en esa circunstancia, así que me sentía muy nerviosa. Un año más tarde me enteré de que para ese viaje necesitábamos conseguir algunas visas de los Estados Unidos. Yo tenía una idea de que no eran visas válidas, sino visas falsas.

¿Por qué la mandaron?

Yo tenía trece años en ese tiempo y mi hermana once. Mis padres estaban muy nerviosos y nos querían mandar para que no tuviéramos

que ir a las escuelas en el campo a recoger tomates, estar lejos de nuestros padres y ser adoctrinados en el comunismo. Por eso creo que decidieron mandarnos. Al mismo tiempo creían que mi hermana y yo podíamos terminar en la Unión Soviética, yendo a un colegio o a una universidad, en lugar de quedarnos en la Isla.

¿Se acuerda del ambiente en ese tiempo?

Todos estaban muy nerviosos. Me acuerdo, estando en la fila con mi madre y mi hermana, buscando nuestros pasaportes, un día muy caluroso, que era una fila muy larga y mi madre estaba muy nerviosa. Ella fue directora de escuelas secundarias en Cuba, era una persona muy segura de sí misma, siempre sabía cómo actuar, muy elegante, que era reconocida por toda la familia. Después que murió mi abuela ella llegó a ser la matriarca de la familia. En ese tiempo la vi llorar en varias ocasiones y yo nunca había visto a mi madre llorar en toda mi vida. Eran tiempos de mucho nerviosismo y no me daba cuenta por qué ella estaba tan nerviosa. Más tarde me enteré, una vez que recibimos nuestras visas para salir.

Había mucha tensión en la familia con la Revolución Cubana, era una situación de tensión. También sabía que mi padre, que era profesor en Camagüey, perdió su trabajo por la Revolución y se fue de Camagüey a La Habana. En ese tiempo era maestro de quinto grado y renunció porque se negó a enseñar sobre Marx y Lenin en las escuelas, pero al mismo tiempo había gente mayor que iba a nuestra casa y él les enseñaba a leer y escribir, estaba orgulloso de hacer eso y yo también. Así que en ese período había muchos sentimientos mezclados y tensiones.

¿Su mamá y su papá le contaron alguna vez por qué la mandaron?

Yo siento la voz de mi madre y de mi padre, siempre me dijeron que nos mandaron para que nosotros tuviéramos la libertad de escoger y que íbamos a tener la posibilidad de estudiar y de dominar el idioma inglés, y que eso significaba gran cultura.

Y ahora usted habla en inglés.

Todavía tengo un pequeño acento en el inglés, pero la gente no puede distinguir si es mexicano, colombiano o de dónde vengo.

¿Y qué siente que es?

Yo siento que soy cubano-americana. Siempre decía antes, cuando la gente me preguntaba, que era cubana, pero en los últimos cinco años comencé a decir que soy cubano-americana, porque tenía trece años cuando llegué, y tengo una hija que nació y se crió en este país, y que



Flora González y su hermana en los Estados Unidos.

también es bilingüe, y ahora tengo una nieta, y supongo que no voy a dejar este país, pero no nací aquí y no me identifico con los Estados Unidos y su historia, me identifico con Cuba y su historia, así que soy cubano-americana.

¿Por qué sus padres no salieron con ustedes?, ¿por qué las mandaron solas?

Mis padres pensaron que la Revolución Cubana no iba a durar, que íbamos a venir a los Estados Unidos a recibir una educación en inglés y regresar a Cuba para reunirnos con ellos. También tengo la vaga idea de que fue difícil para ellos conseguir visa, así que la idea era que íbamos a reunirnos en los Estados Unidos o nosotras regresar a Cuba, pero yo tuve el presentimiento de que no los iba a ver de nuevo.

En el aeropuerto mi mamá me dijo que cuidara a mi hermana, lo que hice, como la niña buena que fui. Mis padres estaban al otro lado del cristal y podía comunicarme con mi mamá a través de mímica. Ella se veía muy triste y muy ansiosa. Yo estaba muy excitada porque no había estado en un avión antes, era excitante poder viajar, lo que siempre pensé hacer, pero ver a mis padres al otro lado y la ansiedad y la tristeza en la cara de mi madre lo interpretaba como un adiós para siempre. Cuando entré en el avión fue imposible verlos, mis padres me dijeron que mirara, porque ellos iban a estar en el balcón, y que los saludara; no los veía, pero seguí saludando, porque tenía un presentimiento de que nunca iba a verlos de nuevo.

¿La experiencia de su hermana fue diferente?

La única cosa que puedo decirte es que recuerdo muy poco de esa experiencia. Mi hermana, que tenía once años, tiene más recuerdos, no solo de la salida, sino también del internado, en California.

Ella se acuerda del día que nuestro padre vino para ser reunificado con nosotros. No recuerdo nada de eso, he bloqueado esa parte de mi experiencia alrededor de dieciocho años. Cuando decidí sentarme y escribir sobre eso fue que la memoria regresó a manera de ficción, así tengo las escenas de todo ese evento, de antes, durante y después de haber dejado Cuba, pero no sé si yo lo inventé o realmente lo recuerdo.

¿Ha hablado con su hermana sobre todo eso?

Sí, cuando estaba escribiendo la llamaba y le preguntaba detalles, los que yo usaba como si fuera mi memoria. Así he unido, fusionado en la memoria, los detalles que mi hermana tiene, porque no los recuerdo. Las emociones son muy fuertes, de tristeza, enojo, frustración y de gran espíritu para sobrevivir. «Voy a salir de esto», me dije, y lo hice. Yo siento que nunca ha habido una experiencia en mi vida tan difícil, marcando quién soy, como la experiencia de haber dejado Cuba.

¿Para su hermana fue más dramático?

Mi hermana me tenía a mí, yo no tenía a nadie. La cuidé como si hubiera sido su mamá. Tuvimos lindas relaciones. Fui la buena hermana y ella la hermana enojada. Siempre mediaba entre mi hermana y mis padres y cuidaba de ella, aun antes de irnos de Cuba. Así que cuando llegamos continué cuidándola. Recuerdo un incidente, después de una semana de haber llegado, en Florida City. Fuimos a un circo y comimos muchas rositas de maíz. Mi hermana se enfermó y a medianoche se despertó sintiéndose mal. La pareja que nos cuidaba, y todas las otras niñas, no sabían qué hacer con ella que no paraba de llorar y decía: «Quiero a mi mamá, quiero que mi mamá esté aquí». Yo le dije: «Mamá no va a estar aquí, así que tienes que manejarlo conmigo». Lo recuerdo como un momento de frustración, sabía que tenía que hacer de madre y no era la madre, y eso no bastaba.

Mi hermana me dice que la experiencia de ella no era tan traumática como la mía, porque ella me tenía a mí para cuidarla. Fue una experiencia muy traumática para mí, no se puede comparar con la de mi hermana. Es un trauma con el que he tenido que bregar en la vida, ha estado en el centro de mi vida, me ha hecho una persona muy compleja, porque no es solo sobrevivir, sino ir más allá de ser sobreviviente. Sé

que la vida puede ser buena, sé dónde estoy y lo que mi hermana es ahora. Debimos haber tenido buenísimas experiencias como cubanas viviendo en Cuba, con nuestra familia y con nuestra escuela, para con trece años cruzar ese puente y ser la persona fuerte que soy ahora. Así que llevé mucho conmigo y también perdí mucho, estoy constantemente dándome cuenta de eso.

Con mi hija, y ahora que tengo una nieta, me gustaría que ellas no tuvieran que tener esa experiencia, pero también sé que no puedes proteger a tus hijos de la vida. Mi hija ha pasado por muy difíciles momentos y yo he estado al lado de ella, pero no podía resolver sus problemas.

¿Su hija sabe sobre sus experiencias?

Sí, mi hija siempre ha vivido con la casa llena de cubanía. Hablaba con ella en español cuando era niña. Perdió el idioma español, pero después lo recuperó, lo volvió a tener viajando a Sudamérica por muchos años, empezando en la escuela secundaria. He escrito mucho sobre mi experiencia y ella lo ha leído, pero fue cuando vio el documental *El otro lado del cristal*¹ que, escuchando a otras personas, lo comprendió todo mejor y me dijo: «Mamá, ahora sí lo entiendo». Oyó a otras mujeres que habían pasado por esa experiencia. Mi hija tiene sentido de lo que significó, lo que yo sentí, al llegar a los Estados Unidos siendo una niña.

Cuando mira hacia atrás la Operación Peter Pan, ¿cómo la analiza?

Te puedo dar un análisis intelectual y puedo darte una interpretación desde el corazón, y es que me veo a mí misma dentro de la pecera de vidrio que estaba en el aeropuerto cuando salí de Cuba y me veo como atrapada allí, separada por un cristal, del idioma español, de mi familia, de mis padres, de mi escuela, de mis amigos, atrapada ahí como un pequeño pez en el agua y después como un pez que vuela, que puede saltar de ese cuarto encerrado y llegar a ser un viajero, porque parte de lo que recuerdo de ese día que salí de Cuba era que estaba muy excitada por ir al avión e ir a otro lado.

He viajado por todo el mundo y una de las experiencias mejores que he tenido es que logré saber qué es ser cubano de afuera. Un modelo que tengo en mi cabeza es el escritor Alejo Carpentier,² que explica que llegó a

¹ ICAIC, 1995. Documental sobre la Operación Peter Pan, con guion y dirección de Guillermo Centeno, Marina Ochoa, Manuel Pérez y Mercedes Arce, filmado en los Estados Unidos.

² Alejo Carpentier (1904-1980). Escritor cubano, prominente figura de la vanguardia estética y del pensamiento latinoamericano y caribeño.

ser un viajero y que cada vez que regresaba al Caribe, a Cuba, comprendía mejor qué era ser cubano, pero es siempre una comprensión de afuera, y siempre hay nostalgia de comprender desde adentro y eso es lo que yo perdí, eso se ha ido, eso no está.

¿Ha regresado a Cuba?

En 1962, llegué a los Estados Unidos como una niña Peter Pan, sin mis padres, como otros niños, y regresé a Cuba en 1980, que fue el año del éxodo por el Mariel. Tengo muchos amigos cubanos que vinieron solos, sin los padres, y siempre hay mucho entendimiento entre nosotros, cuando nos juntamos. Cuando se encuentran los Peter Pan lo primero es: «¿Qué día viniste?». «¿En qué campamento estuviste?». «¿A qué estado te mandaron cuando dejaste Miami?». Hay una especie de entendimiento, de haber compartido algo, cómo nos apoyábamos buscando lo que no nos daba nuestra familia. Es lo positivo de Peter Pan, después de muchos años en los Estados Unidos.

Yo veo la experiencia de Peter Pan como algo que fue manejado políticamente, que creó un tipo de situación para los padres, los que sentían que no podían escoger y tenían que mandar a sus niños. Creo que sucedió sobre todo a los niños de la clase media, los padres tenían miedo de que la educación no fuera igual que cuando crecieron en Cuba.

Me siento enojada con mis padres por haber participado en esto, pero entiendo su decisión. No sé qué yo hubiera hecho y no quiero contestar nunca la pregunta: «¿Mandaría a mi hija?». Yo no tuve la experiencia que mis padres tuvieron, no puedo culparlos por haber hecho lo que ellos hicieron. Sí tengo que decir que hoy, en 1999, estoy feliz de vivir en los Estados Unidos y no en Cuba. No siempre había dicho esto, había tiempos en que yo deseaba haberme quedado en Cuba. Hay muchos escritores que yo admiro, que viven y escriben en Cuba.

Yo siento que la Operación Peter Pan no me permitió la experiencia, la felicidad, de ser una estudiante en la Universidad de La Habana, la alegría de casarme con un cubano, tener niños cubanos. Pero también estoy muy feliz con mi vida como es ahora mismo, así que yo me siento ciudadana del mundo, pero fue a un gran costo emocional y cultural, porque no siento que me identifico con los Estados Unidos como nación, y no siento que me identifico con la nación cubana tanto como hubiera querido. Así que fue una espada que partió en dos a todos esos niños. Por muchos años pensé que odiaba la historia, me negaba a leer libros de

historia, porque pensé: «La historia me hizo esto a mí, yo soy una ficha y no un jugador en la historia», siento esto.

¿Su hermana siente lo mismo?

Es difícil hablar por mi hermana, siento que ella ha tenido una experiencia diferente porque ella vive en Miami, nunca tiene que estar hablando en inglés. Mi hermana es psicóloga y trabaja con personas que hablan español. Se despierta hablando español, va a dormir hablando español, su situación es muy diferente. Los cubanos en Miami tienen experiencias muy diferentes a los cubanos que viven en otros lugares.

¿Y eso influye en sus ideas sobre otros temas?

Yo creo que tiene que influir, tiene que ser. Los cubanos en Miami han creado su versión de cubanía y se sienten cómodos. No me siento cómoda con eso, me gustaría ser una cubana en Cuba.

Mirando atrás la Operación Peter Pan, ¿cómo analiza todo esto? Hay todavía muchas preguntas que no han sido contestadas.

Estoy feliz de que haya mucha literatura y documentales. Ahora los Peter Pan son adultos y la mayoría ha tenido sus propios hijos y han hecho distancia entre la experiencia y las emociones. Estoy feliz de que haya un grupo grande de gente que empieza a expresar sus emociones, a investigar y a conseguir más información, porque parte de la ansiedad y del dolor de toda la experiencia fue no saber bastante de qué se trataba, de todo lo que fue. Hay gente que ve la experiencia catastrófica, constructiva. Esta experiencia fue vivida por otros niños que también fueron separados de sus padres en otros momentos del siglo xx.

Cuando comparamos en el tiempo lo que ha pasado a otros niños, la Operación Peter Pan no es tan mala como en otros casos, pero no importa, para cada uno de nosotros fue muy difícil. Yo he escrito sobre el tema y en este momento estoy escribiendo en español. Ahora, voy a escribir en inglés, pero encuentro difícil enfrentarlo otra vez. Pensé que lo había colocado en el pasado, pero siento que para poder seguir con nuestras vidas necesitamos encontrar quiénes fueron los jugadores, por qué fue hecho y ponerlo en un lugar en nuestros corazones, que no esté ahí haciendo daño a nuestra vida.

¿Y qué ha encontrado?

Estaba interesada en conocer por qué en mi niñez en Cuba por un período de seis meses no había escuela y no sabía por qué. Después he leído que era para que los niños mayores pudieran ir a la alfabetización;

no estoy segura de que supiera eso cuando niña, y si lo sabía, lo había olvidado.

Estoy contenta del lugar donde yo estaba, se llamaba Liberty City. En mi memoria nada más tenía el nombre Homestead. El pueblito se llamaba Homestead, pero el campamento Liberty City. Ese detalle tiene significado y no lo tenía antes. También encontré que había gente en Cuba que estaba arriesgando su vida para que nosotros tuviéramos visas, para poder irnos, lo malo es que podía estar en prisión por muchos años como resultado de eso. Pensé que las visas venían de la iglesia católica de los Estados Unidos y del área de Miami. Hay agencias en los Estados Unidos que no quieren que sepamos toda la información, necesitamos tener la información.

En los Estados Unidos, durante ese período, recuerdo la Crisis de los Misiles. En la escuela secundaria donde yo estaba, oí hablar sobre eso y alguien me preguntó: «¿Qué piensas de la Crisis de los Misiles?», y mi respuesta fue que no me importaba nada la Crisis de los Misiles. Mis padres llegaron de Cuba una semana antes y era la única cosa que me importaba. Quería ser una persona privada y no parte del momento histórico, y no tuve posibilidad de elegir.

¿Se acuerda cuando llegaron sus padres?

No, no me acuerdo; mi hermana sí. Llamé a mis padres un día y les pregunté cómo yo estaba cuando ellos llegaron. Mi padre me dijo que estaba muy tímida y que mi hermana enseguida corrió hacia ellos para darles abrazos y besos, que me quedé como parada y vinieron hacia mí y me llevaron dentro del auto donde nos íbamos. Mi hermana decía: «Yo quiero sentarme al lado de papá, delante», y le dije que estaba bien y fui a sentarme en un asiento de atrás. Había una especie de distancia que debo haber sentido, pero no me acuerdo. Únicamente sé las cosas que ellos me contaron de ese momento.

¿Cómo era la vida de ustedes, las condiciones que tenían no eran tan malas como las de otros niños?

Otro muchacho y yo éramos los mayores del grupo, la más joven era una niña de cinco años. Era una escuela católica, dirigida por monjas dominicanas. Los varones y las niñas estaban separados en diferentes edificios.

Ese varón y yo, como éramos los mayores, estábamos en la escuela secundaria en la ciudad. ¡Me sentí tan bien al ir a una escuela con otros niños que tenían vidas normales! Me acuerdo que me invitaron a sus

casas. Era como tener una vida normal, de familia y no tener que ir de vuelta a un albergue donde se duerme uno al lado del otro. Cuando la primera Navidad una familia cubana, en California, que había ido en los años treinta, nos llevó a todos a su casa, nos dieron regalos, celebramos con ellos y nos divertimos.

En algún sentido la experiencia suya no era tan mala comparada con otros. ¿Las monjas la trataban bien?

Las monjas nos trataban bien, pero los otros niños en la escuela no. Eran niños que se portaban mal, eran difíciles, no tenían interés por adquirir una educación y como nosotros éramos demasiado buenos para ellos, empezaron a provocarnos.

¿Y no se defendían ustedes?

Sí, mi hermana sí, porque ella se exaltaba fácil, era una de las personas a la que ellos provocaban, a veces le pegaban y le tiraban sus libros. Como esas cosas pasaban, los niños cubanos se acercaron más todavía y se enfrentaron a esos ataques como un grupo. Una vez un niño le puso un ojo negro a mi hermana y las monjas vieron que era demasiado; una de ellas, que fue mi maestra en octavo grado, cuando recién llegué, buscó a todas las niñas y las llevó al comedor y les dio una conferencia sobre todas las experiencias por las que nosotros, los niños cubanos, estábamos pasando. Hablaba en inglés y no podía entender todo lo que estaba diciendo, pero sé que tuvo un efecto en todos los niños. Después de eso la violencia física no era tan difícil para mí y para otros, como la violencia de no tener el constante cuidado que tuvimos de nuestras familias en Cuba. Había una monja para cuarenta niñas.

¿Cómo decidió regresar a Cuba?

Cuando primero tuve la idea de visitar Cuba era estudiante graduada en la Universidad de Yale, que trataba de conseguir mi doctorado en Literatura Hispánica. En ese tiempo la Brigada Venceremos,³ fundada en 1969 e integrada por norteamericanos que visitan cada año la Isla para demostrar su solidaridad, iba para Cuba, y uno de mis profesores fue. Eran los años setenta, y resultó muy estimulante porque cuando regresó nos habló y fue una experiencia muy positiva. Después, un estudiante amigo, que estaba escribiendo un libro sobre salud pública en

³ Brigada de solidaridad con Cuba, fundada en los Estados Unidos, en 1969. Ha organizado, a lo largo de más de cuatro décadas, la visita a la Isla de más de nueve mil norteamericanos.

Cuba, organizó un grupo de graduados y fui con ellos, en 1980, por una semana, con un grupo de académicos. Sentí que fue una buenísima y, a la vez, frustrante experiencia, porque tenía que estar con el grupo, hablar inglés todo el tiempo, en lugar de hablar español cuando estaba intercambiando con cubanos. Quería visitar a mi familia en Camagüey, pero solo lo pude hacer por tres días. Fui a ver a mi tía, la hermana de mi mamá, y a mi primo, con quien yo crecí. Tuve dificultades para comunicarme desde La Habana, entonces terminé tocando a la puerta. Fue una experiencia increíble, porque salí de ahí cuando tenía doce años y ella no me había visto desde aquel tiempo. Toqué a la puerta, en esa buenísima y vieja casa de Camagüey, con una gran puerta de roble, eran como las seis de la tarde, y preguntaron:

–¿Quién es?

–Soy Florita.

–¿Qué Florita?

–Florita, la hija de tu hermana Flora.

Abrió la puerta y empezamos a llorar. Pasé dos días con ella, mi tío, mi primo y otros miembros de la familia que todavía están en Cuba. Dejar Camagüey, después de dos días, fue una experiencia terrible porque me podía haber quedado ahí tres semanas. Sentí la dificultad de ser una cubana que regresaba, cuando el resto de la familia no. Mi familia que quedó en Cuba se sintió abandonada por nosotros y quería saber cómo estábamos todos y que regresaran como yo regresé. Y tuve la tarea difícil de decirles que ellos no, que la única que iba a regresar era yo, y después de eso, regularmente, regresaba.

¿Es más fácil cada vez que regresa?

Es más fácil cada vez, pero creo que me tomó como diez años regresar, viajar de ida y vuelta, hasta que empecé a vivir en el presente. Las primeras cinco o seis visitas era todavía la niña chiquita que se había ido y llevaba conmigo todas las emociones que tenía cuando me fui, así que no estaba mirando a Cuba como era en 1980 y 1990.

Cuando regresé con mi hermana, en 1994, fue muy confuso para mí, porque yo, que había estado ahí tantas veces y podía mostrarle cosas, de alguna manera permití convertirme en una niña chiquita, aunque ella era más pequeña. En ese viaje cambié, ella tenía que cuidarme a mí emotivamente, pero me permití ser una niña nuevamente, terminó cuidándome a mí. Algún día quiero regresar con mi hija, esa va a ser una experiencia increíble.

Algunos dicen que regresan a Cuba a buscar sus raíces y que ello ayuda a sanar.

Regresar a Cuba ayuda a sanar. Una de las razones por la que puedo decir que soy cubana-americana es porque he regresado a Cuba. Después de tantos años de ausencia no hablo el mismo lenguaje de los cubanos cuando hablo español, tengo un acento diferente; no tengo que enfrentar las limitaciones que los cubanos tienen en el sentido económico, pero cada vez que regreso visito mi familia y mis amistades en Cuba. Ellos me consideran cubana, me siento cubana, pero no es lo mismo. He podido regresar y ver el presente de Cuba, el presente de mi primo, cada vez que regreso puedo sanar más.

¿No cree que hay una herida, aun dentro de los que han triunfado?

Antes utilicé la palabra *herida* para describir, para referirme a la separación de la familia, del país y de la identidad. Ahora yo siento que cada vez que hablo sobre estos temas estoy al borde de llorar todo el tiempo. Más que como una persona herida me siento como un manantial que se desborda todo el tiempo y tengo la presión de agua dentro de mí que sale en lágrimas, y sigo escribiendo y hablando sobre esa experiencia. Tengo la impresión de toda esa agua dentro de mí. Algún día podré hablar sobre eso sin lágrimas, que siguen aún saliendo, siempre salen, así que vivo con eso.

¿Cree que sería buena experiencia para los Peter Pan regresar como grupo a Cuba?

Sería otro paso en el proceso de sanar. Creo que regresando a Cuba con otros Peter Pan sería una experiencia en la que me gustaría participar, ser parte de eso.

Cuando regresé a Cuba con mi hermana, ella sabía lo que yo estaba sintiendo y podía entender mis reacciones. He regresado con mi esposo, con académicos y siempre me siento muy diferente. Sería bueno ir con los Peter Pan, pero me doy cuenta de que tienen posiciones políticas y puntos de vista diferentes, que tienen otras formas de expresarse en los Estados Unidos, especialmente los que viven en Miami y nosotros, que vivimos en el Norte, como decimos aquí.

Creo que es una experiencia muy necesaria, pero va a ser difícil: vamos a reunirnos, pero vamos a ver que somos muy diferentes, depende de dónde crecimos: en Los Ángeles, Boston, Nueva York, Minnesota o Miami, hay una diferencia muy grande.

¿Qué sabía de los Peter Pan, de la palabra?

Hay muchos mitos. Creo que necesitamos conseguir toda la información sobre la Operación Peter Pan, y mientras tanto hay muchos mitos y gente, como yo, que no podemos llegar a entender, a estar tranquilos con la relación entre nuestra experiencia, la Cuba de 1960 y la de nuestros padres y sus decisiones. Mientras no tengamos toda la información, no podremos pensar en una forma más razonada, más intelectual, en lugar de reaccionar como niños chiquitos que fueron heridos porque los arrancaron de sus padres. No soy más una niña, soy una adulta que puede analizar, pensar y sentir. La mayor parte del tiempo sigo razonando la experiencia de Peter Pan solo en términos emocionales y me gustaría pensar en otros términos.

La primera vez que escuché hablar de la Operación Peter Pan fue en los años setenta, en Miami. Sabía que había gente en Miami tratando de organizar a quienes siendo niños vinieron de Cuba sin sus padres, y así poder compartir nuestra experiencia, fue cuando asocié mi experiencia a la Operación Peter Pan. Sabía que había otros niños, por ejemplo en California, pero no que eran catorce mil, y que los Estados Unidos, en la administración de Kennedy,³ tuvo que ver con eso, pero sabía muy poco, ¡sé muy poco ahora! Quisiera conocer más. Sé que hay gente que está tratando de conseguir información y escribir sobre eso. Estoy esperando por la salida de ese libro.

Siento que fue un juego político, una táctica política de los Estados Unidos, entre otras, para desestabilizar el gobierno de Castro, no hay dudas sobre eso, pero no siento que las consecuencias fueran en realidad la desestabilización del gobierno de Castro; fueron más grandes para los niños, para las familias que se quedaron atrás, para los padres que no vieron a sus hijos y para los hijos que no vieron a sus padres. Creo que los Estados Unidos tuvieron éxito en desestabilizar al gobierno cubano, en el orden económico o con el gran éxodo de un millón de cubanos en un período de diez a veinte años.

Sé bastante de la política de los Estados Unidos hacia América Latina para entender que esto fue organizado, preparado, por organizaciones en los Estados Unidos para desestabilizar el gobierno de Castro, seguro, pero no sé los detalles y mucha gente no sabe los detalles. Especular sobre eso es una pérdida de tiempo.

³ John Fitzgerald Kennedy (1917-1963). Presidente de los Estados Unidos entre 1960 y 1963. Asesinado en Dallas, Texas, el 22 de noviembre de 1963.

Hay una profesora en Chicago, cuyo nombre es María de los Ángeles Torres, a quien conozco porque yo viví allí, que está investigando en el sentido sociológico todo lo de la Operación Peter Pan, y sé que la CIA se niega a dar los archivos. Ella ha hecho un juicio contra la CIA para conseguir los archivos. Así entenderé más de la operación en la que yo participé siendo una niña, lo que rompió mi corazón.

¿Cómo reaccionó su mamá cuando supo que visitaría Cuba?

La primera vez que yo regresé a Cuba me dijo un adiós como si nunca me fuera a ver de nuevo. Ella estaba convencida de que no me iban a dejar salir de Cuba, después de que estuviera allí; fue muy traumático la primera vez. La reacción de mi madre, de miembros de mi familia y amigos, cada vez que voy a Cuba, es de que doy dólares al régimen de Castro, con lo que ellos están totalmente en contra. Sin embargo, cuando regreso con fotos de miembros de la familia y con las historias de haber estado ahí, está muy feliz, pero siempre me dice: «No vuelvas a ir otra vez, no es seguro». Nunca he encontrado que sea inseguro, he encontrado frustrante bregar con los burócratas de los Estados Unidos y de Cuba. Siempre que regreso es una experiencia emotivamente difícil para mí. Mi familia tiene miedo por mí cada vez que regreso a Cuba, pero voy a ir para hacer investigaciones.

Nunca fui a escuelas católicas en Cuba, mi padre fue ateo. La familia de mi madre es muy católica, muy religiosa, pero aceptan que yo no lleve una vida religiosa. Crecí como católica, fui bautizada, hice la primera comunión, pero no fui a escuela católica. Mi familia no me mandó por razones religiosas, sino porque pensaban que iba a ser adoctrinada. Yo iba a la escuela pública, tenía trece años, estaba en séptimo grado, regresaba a casa y hablaba favorablemente de lo que estaba pasando. Cuando se percataron apuraron las gestiones para que saliera, sentían que me iban a perder de quedarnos en Cuba, sentían que iba a ser pro-Castro y ellos estaban en contra.

Por muchos años, en 1970 y 1980, estaba ávida por saber qué pasaba en Cuba, no estaba activa en grupos pro-Castro, pero siempre siento que la Revolución Cubana ha logrado mucho en educación y salud, y ha dado oportunidades a todas las razas. Cuba, antes de 1959, fue una sociedad muy racista y quizás todavía pueda serlo, pero por lo menos hay una voluntad de cambiar eso. Sé que es muy difícil la vida de los cubanos en el orden económico, viviendo en Cuba hoy, y sé que mi familia no pudiera tener un confort estándar. No estoy hablando sobre riquezas, estoy hablando de confort.

De alguna manera la forma suya de pensar hoy día...

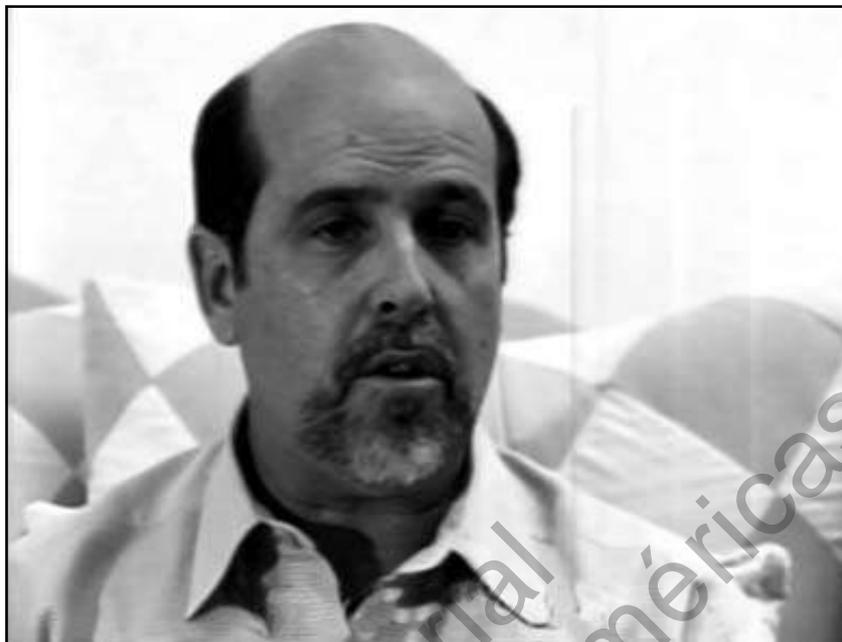
Soy un producto de los años sesenta en los Estados Unidos. Llegué a ser una feminista, llegué a ser progresista en términos políticos, no soy republicana como otros cubanos. Mi familia sabe esto y lo acepta. Por muchos años, cuando viajo y regreso, les cuento cosas positivas de Cuba y no quieren escucharme. He publicado sobre escritores cubanos que mi familia piensa que son comunistas, pero se trata de artículos académicos sobre autores que escriben sobre Cuba y la experiencia latinoamericana hoy día.

¿Ha pensado cómo hubiera sido su vida de haberse quedado en Cuba?

Lo he pensado mucho. Estoy escribiendo un libro sobre mujeres cubanas que tienen mi edad, y veo sus vidas y pienso que la mía pudiera haber sido como la de ellas. Ahora estoy traduciendo los poemas de Excilia Saldaña,⁴ que vive en La Habana. Cuando ella ha venido acá se ha quedado en casa y yo en la de ella, y podemos ser amigas. Aunque somos de dos mundos aparte, somos cubanas.

Una de las maneras que yo he encontrado para tener una voz política como cubana en los Estados Unidos es siendo una activista contra el embargo que los Estados Unidos ha puesto contra Cuba y, además, he trabajado muy duro para diseminar aquí la cultura cubana que se está produciendo Cuba. Esto es algo que debo al grupo de amistades en Chicago, donde viví en 1980. Me veo a mí misma como una embajadora cultural de Cuba en los Estados Unidos, pero también como una activista para tratar de unir a los cubanos en los Estados Unidos con los de la Isla, con la esperanza de algún día ver que ambos países tengan relaciones políticas y diplomáticas normales y viajar fácilmente; ir a enseñar en Cuba por un período de tiempo; pasar el verano con mi nieta en Camagüey, para que ella pueda aprender español. Eso es lo que yo deseo.

⁴ Excilia Saldaña Molina (1946-1999). Reconocida poetisa cubana, maestra, traductora, editora y autora de literatura para niños.



GABRIEL OROZCO FIGUEROA

«Era un momento de mucha incertidumbre, así que cuando mi padre decidió que nos mandaba sabía que estaba haciéndolo a conciencia y yo estaba de acuerdo».

Miami, 1999

Arquitecto. Salió de Cuba el 20 de mayo de 1962, con trece años de edad. Viajó con su hermano que tenía menos de ocho años. Fue ubicado en Miami. Su padre había sido encausado y sentenciado en Cuba como agente de la CIA y viajó a los Estados Unidos en 1978.

HUJO: Cuando salí de Cuba, el 20 de mayo de 1962, tenía trece años de edad y mi hermano menos de ocho. Salimos solos.

¿Por qué los mandaron solos?

PADRE:¹ Me había hecho el propósito de luchar por la libertad de Cuba y quería quedarme desprovisto de toda incertidumbre, que ellos fueran víctimas por mi actividad conspirativa, además, existía la amenaza de la pérdida de la patria potestad.

¿A qué se refiere con lo de la pérdida de la patria potestad?

PADRE: Perdíamos el derecho sobre los hijos, todos los niños debían ser enviados en masa hacia Rusia, por ejemplo.

¿Pero pasó eso?

PADRE: No llegó a ocurrir, pero hubo la amenaza. Se creó una situación muy difícil, de incertidumbre entre los padres por esa circunstancia, porque podíamos perder la patria potestad, y entonces el régimen, según se estaba anunciando, podía disponer de la libertad de los niños. Por otro lado, los colegios habían sido intervenidos y después que los Hermanos La Salle fueron expulsados, el colegio cayó en manos profanas, de profesores a los que ellos no estaban acostumbrados. Por esa circunstancia mi esposa y yo decidimos, rompiéndonos el alma, que se fueran, y quedar nosotros en libertad de acción para yo poder realizar la labor que quería hacer en Cuba. Mi objetivo y mi creencia, desde jovencito, era que mi pelea era allí.

¹ El padre, de igual nombre, también participa en la entrevista.

¿Qué hacía usted dentro de Cuba?

PADRE: Conspiraba abiertamente contra el régimen, haciendo la labor que podía hacer dentro de las zonas que estaban inclinadas a mis ideas; dentro del comercio, de la industria, de los trabajadores. Era una labor que conocía, que venía haciendo desde que era un jovencito, contra el régimen de Machado y después contra el señor Batista, en una época también violenta de Cuba. Estaba conspirando desde los catorce años y lo mío era, sigue siendo, una enfermedad, y por eso a ellos yo los quise sacar de ese ambiente, y evitar cosas trágicas y violentas que podían producirse debido a mi actividad.

¿Y tenía alguna conexión con los norteamericanos?

PADRE: No, ninguna. Después se me acusó de ser miembro de la Agencia Central de Inteligencia, lo que nunca me pudieron probar, pero una declaración de un gran amigo mío me puso como de la Agencia Central de Inteligencia.

¿Cómo agente de la CIA?

PADRE: Sí, porque mi amigo me puso en esa situación y por eso fui encausado y sentenciado, por espía de la Agencia Central de Inteligencia.

¿Y usted no lo era?

PADRE: En cierto modo sí, porque yo ayudaba a un amigo que lo era. Las relaciones mías con ese amigo me llevaron a estar prácticamente dentro de los cuadros de la Agencia Central de Inteligencia. Quiero aclarar que siempre, siempre, trabajé de forma indirecta para el Ministerio de Estado americano, desde la guerra mundial. Era secretario de un ministro de Estado y pusieron bajo mi control el fichero de los posibles espías que estuvieran en Cuba, de las naciones que estuvieran frente a la democracia. Trabajé para los tres cuerpos de inteligencia, de espionaje y contraespionaje más grandes del mundo, dentro del Ministerio de Estado de Cuba.

Y su relación con Batista ¿cómo era?

PADRE: Combatí mucho a Batista en la otra etapa; en la etapa final no, porque estaba en una labor periodística, era jefe de la plana política del periódico *Alerta*, de Vasconcelos.² Mi labor era siempre pacifista, que no hubiera violencia, ni muertes, cuestiones que causaran dolor y sangre,

² Ramón Vasconcelos Maragliano (1890-1965). Periodista, propietario y director del periódico *Alerta*. Ministro de Comunicaciones de 1954 a 1958.



Padre e hijo durante la filmación.

porque yo tenía la experiencia de un montón de años de ver muertes, de tirar tiros y que me los tiraran a mí, entonces, no quería violencia.

Pero decidió trabajar contra Fidel Castro.

PADRE: ¡Ah, sí! Sí, porque yo conocí a Fidel cuando puso los pies en la Universidad, lo conocí bien. Él visitaba mucho el periódico porque Vasconcelos simpatizaba con él de jovencito, de luchas y esas cosas.

¿Y nunca pensaron usted y su esposa que mandar a los hijos sin...?

PADRE: Lo decidimos violentamente, a sabiendas de que nos desgarrábamos el corazón, pero mi misión era en Cuba. Mi mujer era muy dulce, muy suave, pero muy valiente, y se dispuso a sufrir la tragedia de perder a los muchachos y de que posiblemente no los viéramos nunca más, y estuve a punto de no verlos nunca más, porque estuve a unas pulgadas del fusilamiento. Cuando los despedí le dije al mayor: «Encárgate de tu hermanito, porque tú y yo posiblemente no nos veamos nunca más, porque sabes en lo que yo estoy». Y, efectivamente, estuve desde 1962 hasta 1978 sin verlos.

¿Qué recuerdos tiene usted de esa época?

HIJO: Fue una época de madurez prematura, porque desde que tengo once años se me encomendaron secretos, conocía muchas actividades.

En esos momentos en Cuba había mucha tensión y una propaganda muy grande sobre una posible invasión. Las amistades se habían roto, las familias se habían dividido. Era un momento de mucha incertidumbre, así que cuando mi padre decidió que nos mandaba sabía que estaba haciéndolo a conciencia y yo estaba de acuerdo. Y mi hermano pequeño, inteligentísimo, se dio cuenta de que yo era mamá y papá para él, que salíamos de veraneo, pero un veraneo un poco más extendido. Estuvimos casi siete años sin ver a nuestra madre y diecisiete sin ver a mi padre.

¿Dónde vivían durante ese tiempo?

HIIJO: Cuando llegamos estábamos en Florida City, que era un campamento para los menores y las muchachas. Después, a mí me trasladaron a Opa-Locka donde estaban los mayores.

¿Siguió con su hermano?

HIIJO: No, nos separaron por año y medio. Después estuvimos, mi hermano y yo, en una casa donde solo había treinta y siete niños. Yo salí a los diecinueve años del programa, y entré a trabajar en el propio programa como cocinero y como instructor de los más pequeños, por dos años más. Así que en total estuve cerca de siete años y medio.

¿Nunca estuvieron en orfanatos?

HIIJO: No, nunca. Nunca quise irme de Miami porque me preocupaba mi hermano. Pensé que si nos íbamos yo no podría tener ni el control ni la influencia que podía sobre él, porque nos podían separar por edades.

¿Y por qué a ustedes los dejaron en Miami y a otros no?

HIIJO: Muchas veces me preguntaron si quería irme y yo quise quedarme. Cuatro primos míos se fueron a Nebraska, todavía están allá.

Otros fueron a orfanatos y lo pasaron mal.

HIIJO: Algunos fueron a orfanatos, otros no. Algunos fueron a casas de gente muy decente, de gente incluso de medios económicos increíbles, que fueron después niños millonarios. Éramos un grupo de niños solos en un país que tenía que disponer de nosotros, darnos casa, comida, escuela, medicinas y lo hacían en su mejor capacidad.

¿Y no extrañaba?

HIIJO: Extrañé el primer año. Teníamos la idea de que regresaríamos pronto, porque como mi familia era activa en la política imaginaba que iban a triunfar, que el pueblo cubano se iba a dar cuenta de que vivía en una propaganda. Ya después, a los dos años más o menos, me aclimaté,

me conformé, mis amigos fueron mis hermanos, eran mi familia, mi realidad. Siempre pensé que mi padre iba a ser el héroe, que nunca más lo iba a ver, por valiente. Estaba dispuesto a pelear cuando fuera hombre, así que había aceptado ese futuro y mi hermano me seguía porque yo era el mayor. Estábamos dispuestos a cualquier cosa, y verdaderamente extrañábamos, pero no sentíamos rencor ni abandono.

Cuando habla de eso ¿le afecta?

Hijo: Me afecta porque nunca pasó nada, porque nunca llegó esa libertad que quería, porque no pude luchar ideológica o físicamente. Pensé que iba a ser un hombre de armas y no se me dio la oportunidad. El cubano exiliado nunca ha podido ir a defenderse, a reclamar lo suyo, sus derechos como patriotas, como cubanos nacidos en esa patria.

Desde que tengo doce años me perseguían, tenía que luchar en la calle con los que no estaban de acuerdo conmigo, no podía ir a la escuela. Yo mismo me enseñé el sexto grado, me examinaron los hermanos de La Salle y pasé muy bien mis clases, y le enseñé a mi hermano el segundo grado para no ir a escuelas que fueran del Gobierno.

Es muy fácil decir que Fidel trató de alfabetizar un país y que todo el mundo pudiera leer y escribir, pero claro, si no saben no pueden leer la propaganda, así que lo primero que se hace es enseñarlos para que puedan asimilar ese tipo de acciones.

¿Usted enseñó a alguien a leer y a escribir?

Hijo: Enseñé a mi hermano, a niños campesinos, pero por mi cuenta, no era parte de los pioneros que iban al campo a enseñar. Por experiencia propia conozco que los que fueron a la zona donde vivía mi familia en el campo no enseñaron a nadie. Enseñaban como un dogma comunista que Fidel tenía más poder que Dios. Le decían a los niños: «Cierra los ojos y pídele un helado a Dios» y no había helado. «Pídeselo a Fidel», les decían y les daban un helado. Eso lo presencié cuando tenía doce años, así que no había cuento que hacerme. Además, venía de una estirpe donde me enseñaron nuestra posición, que era contra ese gobierno, contra esa ideología, no contra mi país ni mi patria, al contrario, me enseñaron siempre a ser muy patriota.

¿Usted no ha ido de visita a Cuba?

Hijo: Vine para acá, vine expulsado del país, no puedo volver nunca más a Cuba, porque así consta en mi pasaporte y si vuelvo caigo preso. No tengo interés, de la misma forma que no tengo odio o rencores ni pienso mal de nadie en Cuba.

Lo único que le quedaba a mi madre en Cuba eran unos hermanos que salieron a España. Además, su familia éramos sus hijos, que no nos vio por siete años, así que no tenemos una razón para ir de visita, porque voy a ser exiliado hasta el día de mi muerte, voy a ser cubano exiliado. Iría únicamente si cambiase el Gobierno, si volvemos a una patria democrática, mejor de la que hubo anteriormente; entonces sí vuelvo a Cuba, para hacer una labor de ayuda, pero mi vida la hice aquí ya, no puedo ir a Cuba a desplazar a un cubano que siempre ha estado allá.

¿Qué piensa del embargo?

HIJO: Que es una fórmula de Washington. En definitiva ha habido una burla general por Europa y América Latina, se ríen del embargo y ocasiona fricciones. El embargo le ha originado serios trastornos a Cuba, pero el régimen ha buscado, con habilidad, subsanarlo a través del turismo, que le facilita millones y millones de dólares.

¿Usted está a favor del embargo?

HIJO: Por supuesto, técnicamente estoy de acuerdo.

¿Y usted como joven no piensa que ya es tiempo de tratar de sanar y regresar a su país? Alguien me dijo el otro día «hacer puentes».

Esos puentes son cuentos de hadas, porque cuando uno desde pequeño es perseguido, maltratado, tiene que salir de su hogar, ¿a qué hogar voy a regresar yo ahora? Eso ya no existe.

Me gustaría que pudiéramos todos los cubanos compartir, que nos pudiésemos entre todos tolerar, pero no creo que es momento de rendirse y decir: «Sí, me voy a acercar a ustedes, ya no quiero seguir luchando», porque cuando uno emprende la lucha es para continuarla y terminarla, no para dejarla a medio camino.

Pero muchos han regresado a Cuba cuando la visita del papa.

HIJO: El papa fue a Cuba porque tiene una labor que hacer como líder de la iglesia católica. Hubo quien fue con él y vino muy afectado. Yo, emocionalmente, no puedo ir a Cuba, porque son muchos los recuerdos, mucho dolor. Hay recuerdos bellos de una Cuba muy limpia, de un país muy bonito, muy alegre, y no voy a ver eso si regreso hoy.

Muchos cubanos regresaron con el papa y la experiencia fue buena.

Yo considero que sí, que podía ser en el caso de ellos. En el caso mío no creo que fuera una buena experiencia. Si hubiese ido con el papa y hay

alguien manifestándose y veo que la Seguridad del Estado o alguien del Gobierno los ataca, yo entro en la pelea.

Regresando al tema de la patria potestad, ¿era una ley falsa?

PADRE: No era tan falsa, porque se estaba gestando una legislación que permitiría ese atropello y ese abuso con los niños. Ya había ocurrido en España y en otros lugares, y eso lo sabíamos de sobra.

¿Pero se hizo?

PADRE: No lo pudieron hacer por la movilización general que hubo y porque felizmente surgió Pedro Pan y empezamos todos a enviar a nuestros hijos a través del programa que nos solucionaba la preocupación de perder a nuestros hijos para siempre, porque hay niños que se fueron de Cuba para Rusia y nunca más regresaron, se quedaron por allá. Se estaba gestando esa ley y al perderse la patria potestad —que era la fuerza normal, natural, legal, de los padres con sus hijos— y podérselos arrebatar, quitar con violencia y llevarlos a otros lugares, especialmente para Rusia, eso creó intranquilidad, dentro de un ambiente difícil que había en el país.

¿Piensa que en eso de enviar a los niños tuvo que ver la CIA?

PADRE: No, la CIA no tuvo nunca participación en eso, fueron los centros de educación de carácter religioso y los centros privados, en combinación con algunos líderes políticos de aquí y de allá. La CIA no tuvo que ver con los Pedro Pan, jamás.

¿Y cómo consiguió la visa waiver?

PADRE: La enviaban desde aquí, porque era una gestión que se hacía a través de autoridades y de cuerpos diplomáticos, y aquí se conseguían las visas.

¿Quién las conseguía?, ¿quién ayudaba?

PADRE: Especialmente la familia Grau, que se hizo cargo de esa función, eran el vehículo, eran el contacto para las visas y para que los niños salieran de Cuba. Después estuvieron años en prisión.

¿Usted conoció a los Grau?

PADRE: Tuve la suerte y el honor de conocerlos a todos, al tío que fue presidente de la República y a ellos, personalmente. Además, Polita estuvo presa igual que yo, estuvo muchos años presa.

Grau en su libro dice que era de la CIA.

PADRE: ¿Mongo? Ah... bueno, él era de la CIA, pero no tuvo que ver la CIA con el movimiento Pedro Pan, fue una cosa privada, de civiles, políticos y amigos.

¿Y las embajadas?

PADRE: Hubo participación de algunas embajadas, pero especialmente dentro del Ministerio de Estado de los Estados Unidos a través de algunos funcionarios, no porque ese ministerio estuviera forzando. Era algo muy privado, de políticos.

HIJO: En Cuba había una red.

¿Qué dice?

HIJO: Había una red que era como *underground*, secreta, que se dedicaba a procurar las visas. Eran grupos, como mi padre explicó, que a través de las escuelas tenían los contactos. Tu contacto era alguien de tu confianza y te decía: «Mira, hay la posibilidad de sacar a los muchachos del país», y fue así como se fue ramificando. No fueron solo los catorce mil, sino la cantidad de familias que quisieron hacerlo y que no tuvieron la oportunidad. La ley sobre la patria potestad quizás no existió, pero sutilmente sí la había, se llevaban a los pioneros, disponían de esos niños, los llevaban a otras provincias, a veces no estaban en sus casas por meses. Así que eso es lo mismo que la famosa ley, lo hacían de otra forma, pero lo hacían, era parte de la maquinaria.

PADRE: Mire, la visa de ellos fue a través de una empresa naviera, por eso digo que en el problema de las visas *waivers* intervenían comerciantes, industriales.

¿Quién pagó el pasaje?

PADRE: Nadie. Todo eso estaba dentro de la visa *waiver*, era un viaje prácticamente gratis. Era un viaje, supuestamente, de un estudiante.

¿Cómo?

HIJO: Era el viaje de un estudiante que iba fuera del país, no era de turista, no era de comerciante. Como explicaba mi padre, muchos de los que se vieron involucrados no tenían nada que ver con el Gobierno, simplemente tenían conexiones y facilitaban que eso sucediese. No tuvimos que pagar por el viaje.

¿No sabe quién pagó los pasajes?

PADRE: Sí, lo sé, Pedro Pan, que se encargaba de todos esos movimientos.

Y las líneas aéreas que también ayudaron.

PADRE: Las líneas estaban también de acuerdo para ayudarnos, era un engranaje de organizaciones completamente privadas.

¿Me puede decir, de forma resumida, qué significó para usted los Peter Pan, venir a los Estados Unidos y la llamada patria potestad?

HIJO: Para mí fue la manera de salir de un peligro que corría y, al mismo tiempo, estar acá un sacrificio, pero honroso. Me trataron bien, las personas con las que tuve la suerte de encontrarme siempre me dieron cariño, todavía veo a algunos de ellos, otros, tristemente, han muerto. Pedro Pan fue la manera de salir de un peligro que corría una juventud, desde los más pequeños hasta los mayores, de no crecer con las ideas que nos querían imponer. Fue la forma de salir del país para no tener que sufrir el hostigamiento o dejar mi casa, me dio la oportunidad de tener aquí cierta libertad.

PADRE: Aquí teníamos un embajador maravilloso, monseñor Walsh. Ese fue el padre de todos los muchachos, los dirigió, los protegió, los aleccionó, los hizo morales, trabajadores, profesionales. Esa es la labor de Pedro Pan.

Pero es duro estar sin familia.

HIJO: Eso es duro en cualquier parte del mundo. La familia es una cosa natural, hasta en los animales lo es, así que para un humano, que tiene la capacidad de sentir y de pensar, estar sin familia es muy, muy duro.

PADRE: Ya en octubre de 1962 estos muchachos estuvieron a punto de regresar, pero ocurrieron cosas desagradables y traiciones. Si se producían los acontecimientos como tenían que producirse, lo que yo conocía por mi labor conspirativa dentro de cierto ambiente político internacional, en octubre o noviembre ellos estarían en Cuba de regreso. Quiero aclarar que en Cuba no todo el mundo es malo ni todo el mundo es bueno. Pudiera haber relación, entendimiento, pero el problema es que exista derecho a hablar, a escribir, a manifestarse, a elegir, creo que se puede tener entendimiento con quien sepa entenderlo a uno.

¿Y en Miami se puede hablar lo que uno quiere?

PADRE: Mire si se puede hablar lo que uno quiere que hasta se dicen guanajerías e imbecilidades.

HIJO: Estoy de acuerdo. Se puede hablar lo que uno quiera, depende de quién lo oiga y de cómo lo use.

Algunos estuvieron en lugares lejísimos, usted tuvo suerte. ¿No tuvo más suerte que otros?

HIJO: En ciertos aspectos, porque no se me envió a otros lugares; mis primos que fueron a Nebraska no pasaron trabajo tampoco y están tan felices que se quedaron allá, nunca regresaron a Miami.

Es duro verse fuera de la patria, fuera de la familia en un lugar que sea hostil, en un orfanato, en ese tipo de situación, pero muchas veces es inevitable.

En Cuba también los mandaban a otros países. Yo conocí a muchachos que enviaron a otros países y sufrieron mucho también y no eran Pedro Pan, eran niños que el Gobierno mandaba a otros lugares para que se educaran.

Pero podían regresar.

PADRE: Nos pusieron en esa posición de enemigos, pero ¿por qué como cubano no podía regresar?

Es triste todo eso.

HIJO: Es triste, porque es un pueblo dividido.

PADRE: Son las alternativas naturales. No todas las personas mayores y menores que vinieron para acá han tenido suerte ni han tenido alternativas beneficiosas, han tenido contratiempos; otras, por su voluntad, han delinquido. Dentro de la misma mecánica de auxilio a los niños que venían sin sus padres, hay cosas que se producen cuando uno da con seres inhumanos, que dentro del conglomerado natural no actúan con sinceridad ni con piedad. Pero, en definitiva, Pedro Pan fue un beneficio, una muestra de bondad extraordinaria para los padres.

¿Usted piensa igual de Peter Pan?

HIJO: Seguro, volviendo a esa experiencia, conociendo lo que yo he vivido, vengo de nuevo por Pedro Pan, sí.

Es interesante, hemos realizado muchas entrevistas que reflejan diferentes opiniones y diferentes situaciones. Un entrevistado nos contó horrores de un orfanato y de cómo sufrieron. Usted tuvo suerte en comparación con otras historias que he escuchado.

HIJO: No le llamo suerte. Viví en un ambiente de escuela, casi como un orfanato también, pero no se abusaba. Hay muchos que vivieron muy bien y cómodos, con familias americanas muy buenas, que tenían muy buena posición económica y educaron a esos muchachos, les dieron una

vida, les dieron futuro. Así que no se puede generalizar. Es triste que no se pueda generalizar, porque no todos van a tener el mismo destino. Hubo de todo, hubo quien sufrió, quien no quiere acordarse de esos tiempos, pero hay una mayoría que conozco que todavía somos hermanos y buscamos las oportunidades de reunirnos, de celebrar, de recordar, y nos mantenemos con una misma ideología.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



ANA MENDIETA

«...yo me siento muy cubana. Ellos mismos me enseñaron a ser patriota, mis bisabuelos fueron generales de la Guerra de Independencia. Siento como que en la tierra cubana, en el suelo cubano, hay sangre mía, y esa conexión emocional no me la pueden quitar, es más, es lo que me ha sostenido todos estos años».

Nueva York, 1979

Artista de la Plástica, estuvo intensamente implicada en el contexto artístico de los setenta, con una reconocida obra. A los doce años de edad, el 11 de septiembre de 1961, salió de Cuba junto a su hermana, que tenía quince años. Tuvo una prematura y trágica muerte, ocurrida en 1985.

Me fui el 11 de septiembre de 1961. A mí, además de las razones que dieron a otros, me decían que si uno vivía en una casa muy grande iban a meter gente en los dormitorios extras, vacíos. Mi hermana tenía quince años y yo doce, y mis padres tenían miedo de que fueran a poner a alguien perverso en la casa, que pudiera abusar de sus hijas. También me dijeron que a lo más estaríamos un año separadas de la familia. Estaba, a su vez, el hecho de que todas mis amistades se habían ido de Cuba o estaban por salir. Yo iba a un colegio católico.

En aquellos tiempos estaba muy rebelde con mis padres y, en realidad, muy embullada para irme, porque pensaba que al estar aquí en los Estados Unidos iba a tener como unas vacaciones, que mis padres no me mandaran a hacer esto o lo otro. Sin embargo, mi hermana, con quince años, tenía un noviecito allá en Cuba y no se quería ir, y es más, hasta hoy día, está muy resentida por haberla sacado de Cuba.

El día que mi hermana y yo nos fuimos el vuelo era de la Royal Dutch Airlines, KLM, la línea aérea holandesa, que hacía escala en Miami primero y después en Jamaica. Mi pasaporte decía que iba a estudiar a Jamaica. Tuvimos que estar en el aeropuerto como a las seis de la mañana y a las nueve, o algo así, nos pasaron, a la gente que se iba, para lo que llamaban la pecera. Había gente grande, no eran muchos niños, y entonces sí me puse muy sentimental. Me recuerdo que tocaba el cristal y mis padres tocaban el cristal del otro lado también.

El recuerdo de la llegada al aeropuerto es muy vago para mí. Eran como las siete o las ocho de la noche, nos recogieron en una guaguüita, pero no me acuerdo de la gente que nos recogió.

Cuando llegué todas las muchachas estaban en Kendall, en un edificio, y los varones menores de doce años en otro. Los mayores estaban en Matecumbe, un campamento que a mí me daba la idea que estaba en el

medio de la selva, no era una selva, pero para mí era como una jungla, y estaban las monjitas. En el dormitorio de las niñas había catrecitos de lona y otros como de metal.

Llegó un momento en que yo me sentía muy bien en el campamento, porque tenía muchas amistades. Mis primas hermanas estaban en Miami y nos venían a buscar todos los fines de semana. Ellas eran un poquito mayor que nosotras, tenían como dieciocho y diecinueve años.

Un fin de semana llamamos a Cuba, porque mis primas se querían quedar con nosotras y mi padre se negó absolutamente y nos dijo: «Si ustedes están en ese país, se van para el Norte a aprender inglés con los americanos». La tángana que dimos cuando nos enteramos de que nos mandaban para Iowa, fue tremenda, porque en Kendall ya me sentía como en mi casa. Fue increíble, escribí cartas a Cuba diciéndoles horrores. A nosotras nos mandaron, a mi hermana y a mí, y a otras dos parejas de hermanas, a un orfanato. Nos fue a recoger un cura al aeropuerto. Pero no era un orfanato como tal, allí estaban los niños que los padres no los querían, que se habían escapado de la casa o delincuentes que los padres no podían controlar, mandados allí por un juez. Era un orfanato católico. Había niños y niñas, separados, por supuesto. Eran de todas las edades, hasta los dieciocho años. La más pequeña tenía cinco años, Olguita Álvarez, la hija de Olga y Tony.¹ Ella era la más joven. No me acuerdo de los varones, porque no los veíamos.

Allí estuvimos como un año, hasta que apareciera una familia con la que pudiéramos estar. Nosotras teníamos sesiones con un psicólogo, nos decían que era para tratar de conocernos y buscarnos una familia donde pudiéramos encajar bien, y para ayudarnos a ajustar. En realidad yo me puse muy rebelde cuando vi que tenía que sobrevivir como mejor pudiera, porque en el orfanato ese ponían la comida en la mesa y si uno no se tiraba arriba de las bandejas, sencillamente, no comía. Había una competencia increíble. Me puse muy rebelde, así que parte de lo de hablar con el psicólogo era para quitarme un poco la rebeldía.

Al cabo del año nos pusieron a mi hermana y a mí, porque nos trataron de colocar juntas, en la casa de una familia de ascendencia alemana que tenía ocho hijos, pero éramos las criaditas de la familia. Teníamos que limpiar y lavar los platos, mientras que ellos no lo hacían. La cosa estaba tan fea que como a los seis meses decidimos que preferíamos regre-

¹ Olga Chorens y Tony Álvarez, cantantes cubanos, formaron el dúo Olga y Tony. En la década del sesenta se radicaron en Miami.



Ana Mendieta. Tomada del libro *Ana Mendieta. Earth Body*, de Olga M. Viso, Hirshhorn Museum and Sculpture Garden, 2004.

sar al orfanato que vivir con esa familia. Desde ahí comenzó la odisea de nosotras, porque tengo la fama de no durar más de un año en ninguna de las situaciones en que me pusieron, y esa era parte de mi vanguardia, ¡nadie me iba a quitar mi cubanía, mi manera de ser ni mi manera de pensar!

De allí volvimos al orfanato y mi hermana, como siempre, «metió la pata», tenía un noviecito. Ella cursaba el penúltimo año del bachillerato y enseguida las monjas decidieron que estaba en una edad peligrosa y teníamos que mudarnos del pueblo ese. Nos mandaron para un colegio de monjas, de pupilas. Era muy estricto, por supuesto, pero por lo menos las niñas de allí eran normales, no eran delincuentes, tenían modales, tenían padres que las querían. Era un colegio privado.

Allí también me enteré un poco de la odisea cubana, porque había ocho o nueve niñas cubanas que las habían mandado directamente al colegio y ellas me contaron los cambios en los campamentos, que vivían con familias cubanas en apartamentos. Eso sucedió después, como en el año sesenta y cuatro o sesenta y cinco.

Ya entonces mi hermana se graduó del bachillerato, y de nuevo el problema, porque nada más nos quedamos en el colegio de pupilas seis meses. Llegó una carta, porque ellos tomaban las decisiones así, jamás nos preguntaban qué nosotros queríamos hacer, nos decían: «Vas para tal lugar», así mandaban en la vida de nosotros. La directora del colegio

nos dijo que nos venían a buscar para pasar el verano con una familia americana, que el colegio se iba a cerrar por el verano y que todas las niñas se iban. Esa parte era verdad.

Nos vino a buscar una trabajadora social y en el carro, la señora, la pobre, ella ni sabía que nos habían mentido, cuando le preguntamos adónde nos llevaban nos dijo que a un orfanato del Estado. ¡Se podrán imaginar lo que sentimos!

Llegamos y allí, la verdad, nos trataban mejor que en el orfanato católico, eran menos estrictos. Los encargados tuvieron más visión y a mi hermana y a mí nos daban ciertos privilegios, nos dejaban, en las tardes, ir a comer helado, cosas que no les permitían a las otras niñas. Por tener ellos esa visión tuvieron más cooperación de nosotras. Esa fue la primera vez que el trabajador social que me habían asignado me preguntaba qué quería hacer, en qué me podía ayudar. Hacía cuatro años que había salido de Cuba.

Ya mi hermana iba a la Universidad, su futuro estaba un poco escrito y la cuestión era qué iban a hacer conmigo. Él me consiguió una familia americana, con la que me llevé bastante bien, una familia joven, pero la mujer salió embarazada, y no tuvieron lugar para mí. Estuve allí nada más que un año, de ahí fui a otra familia, y ya después me gradué y me fui.

¿En algún momento ustedes sintieron que no querían ser cubanas, que querían ser americanas? ¿Se sentían inferiores o discriminadas?

Sí. Yo nunca negué mi patria, es más, escribía a mi familia diciéndole que odiaba aquello, que los odiaba a ellos, que me iba a matar, que iba a hacer aquello, que iba a hacer lo otro, y siempre era la gracia: «Mira a Ana María, siempre tan exagerada». Todos tratando de calmar las cosas y además recibía cartas de familiares en Cuba diciéndome: «No le digas eso a tu madre, con lo que está sufriendo ella separada de ustedes», como ella era la persona mayor, los niños no tenían derecho a sufrir...

Cuando estaba en el tercer año de bachillerato tuve muchos problemas porque me cambiaron para un colegio donde había como ochocientos estudiantes, y las únicas de una cultura diferente, o lucíamos diferentes, éramos una negra americana y yo. A mí me discriminaban por ser prieta, por tener acento, por tener otra manera de ser, de mirar la vida, por hacer gestos con las manos, es más, una americana me dijo que ella creía que la única gente que hacía señas cochinas con las manos cuando ha-

blaban eran los italianos y por mí había aprendido que también los latinos hacíamos eso.

Siempre he tenido un espíritu muy rebelde y, gracias a Dios, me pude dar fuerza moral a mí misma, pero llegó un momento en que no pude aguantar tanto ostracismo, ese aislamiento que tenía en una edad, en la adolescencia, en la que todo el mundo busca el grupo para salir. Ese año lo pasé muy mal, bajo tratamiento médico. Por la mañana tomaba pastillas para que me diera ánimo y por la noche pastillas para dormir, si no ese año no llego a soportarlo. Vomitaba mucho, es más, una vez me hicieron una prueba para ver si tenía un tumor en el cerebro, lo que tenía era emocional, pero llegó un momento en que creían que había una causa física. En aquel tiempo me llevaba bastante bien con la familia donde vivía, pero el grupo, la gente de mi edad, no me aceptaba. Pero todo eso no me llevó a no hablar español o a sentirme contra mi cultura. Me discriminaban porque yo era prieta, porque soy prieta, porque hablo español.

Yo lo que siento es no haber tenido con quién abrirme y que me hubieran podido dar un poco de fuerza moral, porque en el Norte no había cultura latina ni manera de unirnos y de mantener nuestros sentimientos.

¿Cómo es la relación con sus padres?

No me reuní con mi mamá hasta el año sesenta y siete y con mi papá hasta hace una semana. Él era preso político en Cuba y llegó a este país en abril, a finales de abril. En realidad nada más que lo vi por tres horas en el aeropuerto, mientras cambiaba de avión para ir rumbo a reunirse con mi mamá.

Mi papá no sabe el interés que tengo por regresar a Cuba, aunque traté de explicarle un poco en el aeropuerto, acerca de que yo me siento muy cubana. Ellos mismos me enseñaron a ser patriota, mis bisabuelos fueron generales de la Guerra de Independencia. Siento como que en la tierra cubana, en el suelo cubano, hay sangre mía, y esa conexión emocional no me la pueden quitar, es más, es lo que me ha sostenido todos estos años.

Soy una artista, hago escultura en la naturaleza, y yo creo que mi arte tiene mucho que ver con el hecho de que soy cubana y del amor a la tierra. Espero poder ir a Cuba pronto, porque me interesa conocer a la nueva Cuba, porque sé que no es la Cuba que recuerdo.



JUAN MONJE

«Cuando vi la bandera en el Morro —porque aquí la bandera cubana siempre está al lado de la americana, pero allí estaba sola— lloré, lloré como un niño delante de aquella bandera, porque allí sí que estaba soberana, radiando por ella sola y espero que esté toda una vida así».

Nueva York, 1979

En el año 1962 salió de Cuba. Regresó en 1979 como parte del segundo contingente de la Brigada Antonio Maceo. Falleció en los Estados Unidos.

Cuando yo vine de Cuba, en el año sesenta y dos, mis padres nos decían que íbamos a salir para que no nos adoctrinaran en el comunismo y no nos viraran contra la familia. Una de las cosas que contaban era que en la Unión Soviética había una estatua del primer muchacho que delató a los padres. Eso me hacía sentir muy mal, era la justificación para sacarnos del país. Iba a salir en septiembre y regresaríamos en diciembre, porque la Revolución Cubana se iba a acabar en unos meses.

En el colegio no me decían nada, porque siempre fui al colegio público. Creo que de mi pueblo el único que se fue fui yo. Soy de Placetas, todavía de un pueblo más pequeño, llamado Zaza. Mi hermano y yo creo que fuimos los únicos que salimos. Se trataba de una decisión de mis padres y yo la seguía, no tenía otra alternativa. Además, era la primera vez que me iba a montar en un avión. ¡Imagínese, un guajirito de Zaza!, pero como estaba convencido de que iba a volver, para mí era como unas vacaciones, era lo que me decían; me hablaban de un colegio, creía que iría a un colegio, de colegio ¡nada!, pero bueno... Para mí iba a ser un viaje de placer.

¿Cómo fue su estancia en el campamento?

Estuve en los campamentos cuatro años, todo el mundo me conocía. Por momentos me gustaba, pero en realidad tuve épocas difíciles allí, nunca estuve feliz en el campamento.

Tuve una experiencia que fue bastante dura a través de mi vida. Estoy hablando de Opa-Locka. Ese lugar se usó para la Segunda Guerra Mundial y eran edificios enormes destinados a los soldados, como cincuenta edificios, nosotros usábamos cinco. Ese lugar estaba preparado con lavandería, y una noche había pedido permiso para lavar la ropa y me lo dieron. Estaba allí y, al rato, la puerta estaba cerrada, tocan y era otro

muchacho que quería lavar también. Le dije que sí, llegamos a ser cinco. Como estaban las luces encendidas y todo aquello era una bulla, tocó a la puerta el hermano Maximiliano, director del campamento, y nos preguntó qué estábamos haciendo allí. Era obvio, ¡estábamos lavando la ropa! Preguntó quién era el encargado, y como a mí me habían dado permiso dije que era yo. Inmediatamente me dio un galletazo y me hizo arrodillarme delante de él para pedirle perdón de parte mía y de los otros, porque dijo que lo que estábamos haciendo eran actos sexuales. Claro, nosotros dijimos que era mentira. ¡Estábamos todos vestidos haciendo una lavandería! Nos dijo que éramos unos mentirosos, que íbamos a ir al infierno, nos llevó y nos puso entre las astas de las dos banderas, la americana y la cubana, con las manos en cruz e hizo que el campamento pasara por delante de nosotros para que vieran a aquellas personas que él había agarrado teniendo sexo y ¡todo era mentira!

Al día siguiente, para revelarnos, fuimos a misa al mismo tiempo que él, y como supuestamente uno comulga en gracia de Dios, libre de pecado, entonces nosotros nos arrodillamos a comulgar al mismo tiempo que él, a su lado, para demostrarle que nosotros estábamos libres de pecado.

¿Daban ese tipo de castigo?

Los Hermanos Maristas sí, ofendían mucho; lo mismo te levantaban a mitad de la noche que te empezaban a dar gritos y te podían recordar a la madre muy fácilmente o mandarte a los pasillos afuera. Los inviernos de la Florida no son fuertes comparados con los de aquí de Nueva York, pero para nosotros eran fuertes y te ponían afuera en calzoncillos de penitencia toda la noche y si protestabas te daban.

¿Y monseñor Walsh sabía de esos castigos?

Sí, monseñor Walsh me dio a mí mucho. Él daba por muchas razones, lo mismo porque no quisiste comer o porque sacaste malas notas, por diferentes cosas, y para diferentes cosas había diferentes estilos de dar, diferentes paletas.

Monseñor Walsh no era un mito para mí, era una realidad, porque nos daba con las paletas aquellas. Había una paleta de hierro, una de madera y la varita de bambú y ¡dolía aquella varita de bambú! Lo peor es que nos ponían desnudos, al principio nosotros hacíamos trampa y nos poníamos ropa debajo, pero después era desnudos.

El día que mi padre vino de Cuba sentí una gran alegría. Me acuerdo que fue monseñor Walsh quien me dio los papeles para que me fuera del campamento. Fue como si de una cárcel me hubieran dado la libertad.

¿Y su padre le dijo algo?

Mi padre me dijo una vez que se había arrepentido de haberme mandado a los Estados Unidos y que yo pasara por la experiencia que pasé. Él había comprendido que habían hecho de mí otra persona, no lo que él pensaba. En realidad, yo llegué a odiar mucho en el campamento, odié mucho a todo el sistema del campamento, a los Hermanos Maristas, a los jesuitas después. A aquellas personas que se congraciaban con nosotros, ellos inmediatamente los sacaban del campamento, decían hasta horrores nada más que para sacarlos de allí.

Ahora yo trabajo para Cuba Travel, que es una de las organizaciones que lleva cubanos a Cuba, o sea cubanos de la comunidad, aquí en el exterior, una agencia de pasajes. Además, soy parte del segundo contingente de la Brigada Antonio Maceo.

Yo fui a Cuba en febrero. Antes mi idea era buscar mis raíces, ir a ver a mi familia. Fui y vi esta parte, pero también me di cuenta del trabajo tan grande que se necesita en Cuba. Es un país donde el trabajo es muy importante y quiero ser parte de ese trabajo. Antes era que quería ver a mi familia, al pueblo donde nací, pero ya eso no es lo importante en mí, sino cuánto es lo que yo puedo dar por esa Revolución. En las cartas que escribo a la gente que conocí en Cuba les digo: «Déjenme llamarla también mi Revolución, porque sé que es de ustedes, ustedes lucharon allí, pero déjenme llamarla así porque yo quiero trabajar con ustedes».

Estoy haciendo ya parte de ese trabajo, estoy dándole a la gente la oportunidad de ver a Cuba. Muchos vienen y me dicen: «¡Qué maravilla!». Otros no, pero muchos vienen con una idea ya cambiada, eso es lo importante, y cuando vienen nos llaman y nos dicen que es verdad que ha cambiado aquello. Con un bloqueo delante, ese país sigue y va a seguir hasta el último momento le quiten o no el bloqueo, y ojalá se lo quiten, para que siga más adelantado todavía.

Cuando vi la bandera en el Morro –porque aquí la bandera cubana siempre está al lado de la americana, pero allí estaba sola–, lloré, lloré como un niño delante de aquella bandera, porque allí sí que estaba soberana, radiando por ella sola, y espero que esté toda una vida así.

¿Cómo ve el trabajo de la Brigada?

El trabajo de la Brigada todavía lo veo como un estudio de qué más puedo aprender sobre Cuba, son diecisiete años que estuve fuera de Cuba y quiero aprender tanto, y creo que la Brigada es parte de eso.



ZENÓN ARRIBALZAGA

«Mis padres llegaron en el año sesenta y cinco a los Estados Unidos y la parte más chocante para ellos y para mí es que ellos querían reunirse con el niño que había salido de Cuba en el sesenta y uno, de la misma manera que cuando estábamos viviendo juntos. Los cambios de ambos fueron tremendos y el resentimiento mío, no solo por la separación de mis padres sino por la separación de mi patria y de sentirme una persona sin patria, de ser cubano y estar fuera de Cuba, de ser cubano y tener que vivir en los Estados Unidos, es un sentimiento que quizás nunca se los podré perdonar».

Nueva York, los Estados Unidos, 1979

Trabajador social. Integrante del primer Contingente de la Brigada Antonio Maceo. El 9 de abril de 1961 salió de Cuba, con 15 años de edad. Estuvo separado de sus padres durante cinco años.

Yo salí de Cuba el 9 de abril de 1961, una semana antes de la invasión de Playa Girón y, por supuesto, todo el mundo pensaba que esa invasión iba a tumbar la Revolución y que el asunto era irnos y regresar bien pronto, además, se nos hablaba de la llamada patria potestad que quitaría a los padres el derecho sobre los hijos; por otra parte, en el ambiente en el que yo estaba estudiando se convirtió en algo del momento salir de Cuba. Recuerdo que para nosotros –para mí y para mis compañeros de escuela– se convertía en una presión social irse de Cuba. Iba a un colegio católico, Los Maristas, y ya la mitad de mi clase se había ido y la otra mitad estaba en planes de irse. Actualmente en Cuba solo quedan dos de mis compañeros, uno que se fue y regresó y otro que está trabajando con la Revolución. Lo más importante, además de los temas del adoctrinamiento, era lo de la patria potestad, pero tanto los padres como nosotros, creíamos que se trataba de un corto plazo.

Creo que lo más emocionante de todo era la salida. La despedida con los familiares, en la medida en que llegábamos al aeropuerto, se fue convirtiendo en algo serio. Fue la primera vez que vi a mi madre llorar, porque mi madre es una persona muy fuerte, no muestra emociones, ella no encuentra correcto reír o llorar delante de la gente. Cuando vi a mi madre llorar me dije: «Contra, algo raro está pasando aquí». Por primera vez, en una cosa bien seria como esa, estaba solo, en esa pecera, porque mis padres estaban del otro lado del cristal y yo tenía que responder por las preguntas que me hacían y todo lo del papeleo. De buenas a primera tenía que desarrollarme rápido, porque había que hacerlo, ese fue uno de los traumas por los que pasé.

Salí a los quince años. De *bitonguito*, de *niño lindo*, pasé a tener la responsabilidad por mí mismo que nunca antes tuve y creo que parte del resentimiento mío es que me sentí como abandonado por mis padres,

tuve que responder por mí mismo. Pensando hacia atrás, como cinco a seis años después, me di cuenta de la seriedad de la situación.

Cuando llegué a Miami no sabía lo que iba a pasar, me encontré en el aeropuerto a un hombre que dijo: «Los muchachitos que vinieron en el vuelo de Pan American sin familiares, que vengan para acá». Era un señor mayor, que hablaba mucho, que, por cierto, me preguntó en el avión que si El Encanto, la tienda,² ya la habían quemado, y eso ocurrió unos días después, o sea, que él sabía que iba a pasar.

Llegamos al campamento como a las once o doce de la noche, un lugar muy oscuro, solamente veía las luces de las torres del aeropuerto de Miami y de los aviones. Nos dieron *cake*, leche, nos acostamos y luego, cuando amaneció, vi compañeros de mi escuela que habían salido antes y no habían dicho que iban a salir, o sea, el descubrimiento era que todos estábamos en ese campamento. Era un lugar que había sido una escuela para niños con problemas mentales. Era el campamento de Kendall.

Cuando llegué una pareja de cubanos eran los administradores del campamento y estaban monjas ursulinas americanas de los colegios de la alta sociedad en Cuba. Ellos trataban de ser lo más cariñosos posible con nosotros y, sinceramente, la primera semana era como un pasatiempo de maravilla, como un juego, pero algo muy importante ocurrió en esa semana: el fracaso de la invasión por Playa Girón. Eso fue para nosotros un tremendo golpe, muchos teníamos familiares envueltos en la invasión. El campamento se vino abajo, muchos llorando, los sueños de derrocar la Revolución se vinieron abajo. Después de eso la pareja cubana fue cambiada y trajeron una pareja americana. El señor había sido guardia de una prisión para delincuentes juveniles en Nueva York, antes de ser el administrador del campamento y cuando llegó nos reunió, la mujer no hablaba español pero él sí, y nos dijo que sabía cómo tratarnos, como lo hizo con los delincuentes juveniles puertorriqueños en las cárceles. Se formó una gran revolución dentro de Kendall, decidimos irnos a huelga de hambre, cogimos los colchones, los tiramos al suelo, con las mangueras para evitar el fuego mojamos todo el edificio y muchos cogimos nuestras maletas y nos escapamos para la calle.

Monseñor Walsh vino y dijo que sí, que nos entendía, que esas personas habían sido muy fuertes con nosotros y que por tanto él iba a cam-

² Sabotaje perpetrado, el 13 de abril de 1961, contra la mayor tienda por departamentos de La Habana, la que resultó totalmente destruida. Dieciocho personas resultaron lesionadas y falleció una empleada: Fe del Valle Ramos.

biar los administradores, trajo a los padres escolapios y a las monjitas del colegio de Lourdes, las filipenses.

Yo había llegado en abril, como en junio me fui para New Jersey, donde mi padre tenía un amigo, a vivir. Estuve en New Jersey una semana y volví nuevamente al campamento, donde me quedé hasta mediados de julio del sesenta y uno y con eso de las becas que ellos llamaban –que no eran becas nada– nos mandaron para un orfanato y me fui para Indiana. Esa es mi experiencia en el campamento de Kendall.

Una de las cosas que monseñor Walsh nos dijo es que él mandó a la gente a hogares en otros Estados para que recibieran el calor de padres adoptivos. ¿Qué puede decir sobre eso?

Primero que todo, no teníamos para escoger, cuando nos asignaban las becas, como le llamábamos, no podías rechazar ninguna o te quedabas en la calle, sin Kendall, y por supuesto había que cogerla. A mí me mandaron a Fort Wayne, Indiana. Nos fue a buscar una americana con una cara bien seria, bien fría; ella nos recibió tratando de ser lo más amable posible, la pobre, pero no le salía ningún calor de dentro.

Cuando llegamos era un orfanato de niños huérfanos, como un castillo con diferentes salones, todo muy oscuro y muy triste. Estuve allí por tres meses, después otro muchacho y yo nos mudamos con una familia de descendencia irlandesa, extremadamente católica. Estuve con la misma familia hasta el año sesenta y cinco en que salieron mis padres de Cuba. En cambio, a los demás compañeros, que eran como treinta y cinco, nunca les asignaron familias americanas, como se les había prometido, y, al final, las monjas del orfanato los botaron porque eran demasiado rebeldes y no cumplían las leyes. Los mandaron para una casa que no tenía supervisión, no tenía administrador, y entonces a cada muchacho, estamos hablando de muchachos de quince, dieciséis, diecisiete años de edad, que nunca habían vivido solos, le daban una cantidad de dinero, diez pesos semanales, para que con eso pudieran vivir y se compraran comida y pagaran los gastos de lo que necesitaran. Un día fui a esa casa y era un completo chiquero, no tenían ropa de cama, algunos colchones estaban rotos, era un asco. Así terminaron esos muchachos.

Los padres del muchacho que vivía conmigo en la casa de los irlandeses llegaron en enero o febrero del sesenta y dos, para mí eso fue tremendo, porque sabía que él se iba con ellos y como a mi padre no le permitían entrar en los Estados Unidos, yo no sabía cuándo nos reuniríamos. Esa noche, cuando supimos que sus padres habían llegado, me eché a llorar

y lloré sin control ninguno, me encontré totalmente perdido, porque no sabía cómo bregar con el resto de mi vida, porque lo que me estaba manteniendo, que era la reunificación con mis padres, no existía y tampoco el regreso a Cuba. Estuve llorando horas y horas, toda la madrugada.

En ese momento me di cuenta de que el regreso a Cuba no venía y que la estancia en los Estados Unidos, el acostumbrarnos, el tratar de sobrevivir, había que hacerlo y fue cuando empecé a darme cuenta de lo mucho que me resentía con la decisión tomada por mis padres, por haberme sacado de Cuba.

¿Cómo fue su vida de estudiante?

Yo hice tercero y cuarto año de High School aquí, en los Estados Unidos. De la única manera que los americanos admitían a los cubanos—los americanos hombres porque las muchachas nunca admitieron a los cubanos, nunca querían salir con ellos—era si los cubanos le enseñaban malas palabras en español. Nunca me pude meter en eso y por tanto fui tirado al abandono y no tuve ni un amigo. En cambio, en la Universidad, traté por todos los medios de ser aceptado. Me metí en las fraternidades, en las organizaciones, en cuanto había, para ser aceptado.

¿Y se avergonzaba de ser cubano?

No me avergonzaba de ser cubano, pero no lo sacaba al aire; lo quería negar mentalmente, pero no podía por el acento tan grande que tenía. Al mismo tiempo me creía que iba a ser aceptado como un americanito, lo que nunca ocurrió realmente. Lo peor para mí es encontrarme que no era americano, que nunca fui americano y que estaba rechazando lo único y lo que siempre seré, que es ser cubano. Para mí fue un descubrimiento tan grande que volví atrás, a encontrarme a mí mismo, mi identidad, mi cubanidad y a estar orgulloso de eso.

¿Qué tiempo estuvo separado de sus padres?

Cinco años. Mi hermana salió de Cuba en junio o julio del sesenta y uno, dos o tres meses después que yo. Salió para España porque mis padres consideraban que aquí había corrupción y les pareció que era mejor, para protegerla, para que no fuera a perder su virginidad sin estar casada.

Mis padres pensaban salir de Cuba en enero del sesenta y dos, pero mi padre había pertenecido al Partido Comunista en los años treinta y los Estados Unidos, el Departamento de Estado, tenía una lista negra de todos los que habían sido miembros del Partido Comunista en Cuba.

Cuando él fue al aeropuerto para venir a los Estados Unidos, no pudo embarcarse. La reunificación, que iba a ser inmediata, se convirtió en algo que no sabíamos cuándo iba a ser. Ellos salieron cinco años más tarde de lo que habíamos planeado, lo que se convirtió en otro trauma.

¿La relación con sus padres es cercana?

Mis padres llegaron en el año sesenta y cinco a los Estados Unidos y la parte más chocante es que ellos querían reunirse con el niño que había salido de Cuba en el sesenta y uno, de la misma manera que cuando estábamos viviendo juntos. Los cambios de ambos fueron tremendos y estaba resentido, no solo por la separación de mis padres, sino por la separación de mi patria y de sentirme una persona sin patria, de ser cubano y estar fuera de Cuba, de ser cubano y tener que vivir en los Estados Unidos, eso quizás nunca se los podré perdonar. Ahora la relación con mis padres es bastante positiva, pero siempre lejana, dado que mis convicciones políticas son muy diferentes a las de ellos. Creo que si algo ha hecho mi salida de Cuba es lo mismo que ellos trataron de evitar, trataron de evitar que nosotros nos separáramos y ahora estamos más separados, nuestra separación es política, geográfica y hasta emocional. Ahora soy trabajador social, he trabajado con personas mayores y estoy bregando con los problemas sociales que existen en esta gran ciudad, los grandes problemas económicos.

Participé en el primer contingente de la Brigada Antonio Maceo¹ y vi los grandes logros de la Revolución. Creo que fue magnífico volver a Cuba, ver el cambio tan grande que ha tenido. Además, una de las cosas que me encantó es que hablando en la calle nadie me preguntaba de dónde era yo, es el primer lugar en el mundo donde nadie me pregunta de dónde soy, o sea, que yo era cubano y entonces me decía: «Llegué a mi lugar, llegué a mi patria» y esa fue una tremenda experiencia.

¹ Integrada por emigrados cubanos en los Estados Unidos, jóvenes que salieron de la Isla a muy temprana edad. Su primer contingente visitó Cuba en 1977, para reencontrarse con sus raíces y mantener una relación estable con su país de origen. Uno de ellos, Carlos Muñoz Varela, quien fuera fundador de la Brigada y director de la Agencia Viajes Varadero, que promovía excursiones de la comunidad cubana, de norteamericanos y puertorriqueños a Cuba, fue asesinado el 28 de abril de 1979 por elementos terroristas de la ultraderecha cubano-americana, por simpatizar con la Revolución y promover vínculos estables con su patria.

Veinte años después, en 1999, Zenón Arribalzaga, en un segundo encuentro con Estela Bravo, aporta el siguiente testimonio:

En el año 1979 nos juntamos Ana Mendieta, Juan Monje y yo en una casa en el Village y tuvimos una conversación sobre nuestras experiencias de salir de Cuba solos, sin nuestros padres y terminar en orfanatos. Nos juntamos y tuvimos una entrevista igual a esta, porque la experiencia de los tres fue bastante similar también.

Creo que Ana Mendieta terminó en Iowa, en un orfanato en Iowa; Juan Monje no me acuerdo dónde terminó, en cuál terminó, yo, en uno en Indiana. Compartimos el dolor, compartimos los mismos sentimientos de abandono, de sentirnos sin nuestros padres, fuera de nuestra cultura. Dolorosamente soy la única persona de los tres que está vivo. Ana Mendieta tuvo una muerte trágica, se cayó de un edificio y murió muy joven, con toda una vida por delante, de arte por triunfar. Juan Monje, una persona amorosa, cariñosa, también murió trágicamente.

Lo que recuerdo de Ana –y no la conocí muy bien– es cómo ella canalizó en su arte, su cultura y su dolor, de la misma manera que yo canalicé esos sentimientos a través de mi trabajo en la comunidad, en el sur del Bronx.

Mi deseo de regresar a Cuba después de estar en los Estados Unidos por quince o dieciséis años era para restablecer contacto con mis raíces. Siempre me sentí que no soy americano, no soy puertorriqueño, no soy dominicano, no soy afroamericano. Soy cubano, pero sin patria. Y la única manera que tenía para llamarme cubano de verdad era regresando a mi patria y entonces decir: «Estoy aquí, soy cubano».

Mi regreso a Cuba era importante para reconciliarme con quien soy como ser humano, como persona, reconciliarme con mi cultura, porque yo hablo de la manera en que hablo, me gusta comer arroz y frijoles negros, digo *chiquitico* mientras todo el mundo dice *chiquitito*, hablo rápido, me gusta bailar la conga, amo la bandera cubana, me gustan las playas de Varadero, me encanta La Habana.

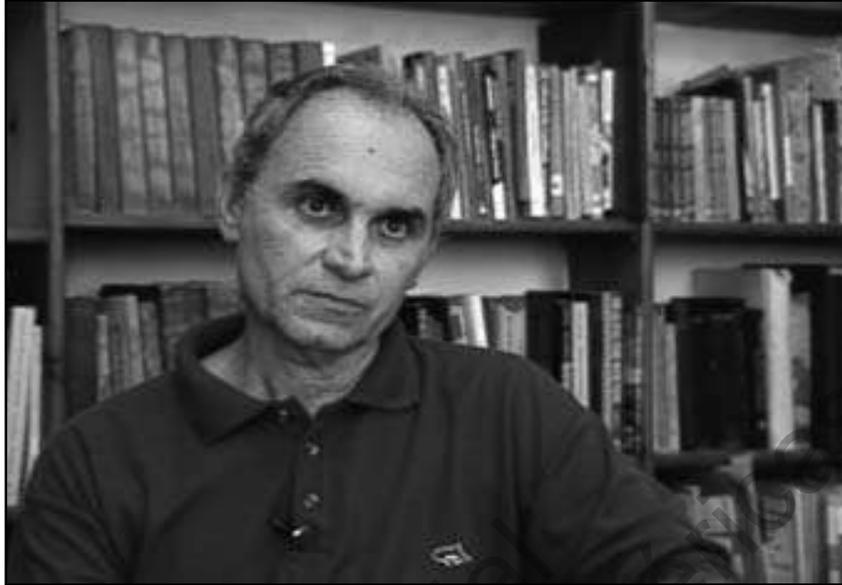
Si como alguien que vino con la Operación Peter Pan no pude decirle adiós a Cuba, porque cuando salí era un *hasta luego* que se convirtió en ausencia permanente, era muy importante para mí saludar a Cuba de nuevo, darle mi mano a mi patria, decirle: «Aquí estoy yo, soy cubano» y poder cerrar un capítulo de esa separación brusca.

No tuvimos oportunidad de despedirnos de Cuba, de decirle: «No regreso más». Fue una despedida abrupta y por lo tanto el regreso era para enlazar nuevamente lo que perdí y poder continuar. Para mí fue muy importante decirle adiós a Cuba a mi manera y no forzosamente. Ahora, me reconcilié, pienso yo, no tengo la añoranza, el dolor tan



De izquierda a derecha Zenón Arribalza, Ana Mendieta y Juan Monje, Nueva York, 1979.

grande que tenía antes del regreso a Cuba. Lo que me da más tristeza es lo difícil que fue para nosotros, los cubanos en los Estados Unidos, poder mantener una relación con nuestra patria por el bloqueo, un bloqueo que después de tantos años no tiene razón, que perjudica a los cubanos porque limita el acceso a comida, a medicinas, y a los norteamericanos la posibilidad de tener contacto con otra cultura. Creo que es hora de crecer y decidir que son dos países, que pueden coexistir juntos.



NELSON VALDÉS

«...los padres cubanos, a fin de no perder la patria potestad sobre sus hijos, tomaron la decisión de perderlos, de enviarlos y no tener, por tanto, autoridad y custodia sobre ellos, porque no deseaban que el gobierno cubano tuviera esa autoridad y, sin embargo, instituciones ajenas a la cultura y a la historia de Cuba y un gobierno ajeno a los cubanos terminan administrando y financiando ese proyecto».

La Habana, 13 de agosto, 1999

Profesor universitario. Salió de Cuba el 13 de abril de 1961, a la edad de quince años. De madre fallecida, y sin relación con su padre, fue autorizado a viajar por su padrastro. Nunca se reunió con su familia. Visitó por primera vez Cuba como parte del primer contingente de la Brigada Antonio Maceo en 1977.

¿Podría contarme qué lo estimuló a irse de Cuba?, ¿con quién se fue?, ¿dónde estuvo? La historia suya.

Nací en Cuba en 1945 y me fui el 13 de abril de 1961, conocido para muchos cubanos como el día que fue saboteada la tienda El Encanto, tres días antes del comienzo de la invasión de Playa Girón.

Recuerda la fecha de salida.

Sin lugar a dudas, porque marca un hito en mi vida, cierra un ciclo en ese momento y comienza otro. Tenía entonces quince años, sin una idea clara. No puedo hablar sobre las razones por la cual otros participaron; en mi caso, que quizás sea algo diferente, tenía que ver con mi experiencia personal. No tenía una situación familiar típica de la familia cubana: mi madre había muerto, mi padre me había dejado unos meses después de nacer y vivía con una familia a la que mi padrastro le pagaba, en un barrio proletario, Luyanó, y a la vez iba a una escuela privada de la clase media, el Instituto Edison. Por tanto, cuando el proceso revolucionario comienza tengo dos círculos diferentes de amigos, los que se oponían al proceso y los que lo favorecían, lo apoyaban. Para mí, a esa edad, era algo como de medio aventura salir del país.

Salí porque mis amigos de la escuela me dieron a conocer la oportunidad. Mi padrastro no se opuso, pero yo no tenía una idea clara de adónde iba, cuánto tiempo iba a estar allí, quién iba a encargarse de mí y ni siquiera el estado o la ciudad en los Estados Unidos donde terminaría yendo. En aquellos momentos se hablaba de que a los muchachos se les iba a dar una beca.

Con el transcurso de los años, de adulto, pensando en ese proceso, me parece sorprendente, siendo sociólogo y conociendo las tradiciones de la familia cubana, que tantas familias de la clase media y de la clase alta

cubanas estuvieran dispuestas a enviar a sus hijos sin conocer en realidad las particularidades de dónde iban a parar. Eso me ha llamado especialmente la atención.

¿Por qué cree que sucedió? ¿Cuáles fueron las razones por las que los padres permitieron que salieran o enviaron a sus hijos?

Creo que hay varios elementos. En primer lugar «el sueño americano», que no es un sueño solo en los Estados Unidos, sino de muchas personas que tienen la idea, la esperanza, de mejorar el nivel de vida. Eso se encuentra no solo en América Latina, sino también en otros lugares, y existía en Cuba, a lo que se unía la cercanía de la Isla con los Estados Unidos y que existiera la oportunidad, política o económica, de mandar a un hijo, creo que también jugó un papel.

En segundo lugar, la propaganda política que en aquel momento se desarrolló en torno a la llamada patria potestad o la pérdida de la patria potestad. Se decía que las autoridades del gobierno cubano establecerían una serie de regulaciones y que no iban a permitir que los padres decidieran qué hacer con sus hijos. Históricamente se pudo demostrar que el gobierno cubano no estaba considerando eso, pero jugó un papel.

Por otra parte, muchas personas pensaban que en pocos meses, con la participación de los Estados Unidos, con fuerzas directamente dirigidas por norteamericanos, con soldados norteamericanos o una fuerza exiliada militar, podía originarse una guerra civil, por lo que algunos padres pensaron que lo más deseable era enviar a sus hijos al exterior. Yo diría que aquellos que enviaron a sus hijos antes del 21 de abril de 1961 consideraban que sus hijos iban por poco tiempo y que, una vez que la invasión triunfara, podrían volver. Quienes los envían después del 21 de abril lo hacen con una premisa diferente, ya no con la tesis, la confianza o la esperanza, de que sus hijos van a volver a Cuba, lo hacen como un proceso para que vayan primero los muchachos y ellos más adelante seguirlos.

¿Recuerda cómo fue que consiguió la visa?, ¿de dónde era la visa?, ¿qué decía su pasaporte?

No recuerdo qué decía el pasaporte, pero sí que fue la mamá de uno de mis amigos del Instituto Edison quien me explicó, y después a mi padrastro, el procedimiento que había que seguir. Teníamos que conseguir un permiso del gobierno cubano, que en aquellos momentos se llamaba «permiso de vigencia», e ir a buscarlo a un lugar de la Habana Vieja.

En el caso de mi pasaporte y mi pasaje, yo tuve que ir al edificio de Carlos III donde está la Logia de los Masones, estoy hablando de abril

de 1961. Allí nos dieron esos papeles, incluyendo el pasaje, que era en una línea aérea holandesa, KLM. Me informaron que el avión iría primero a Bahamas, de ahí a Londres y de Londres a Miami. No fue como sucedió y fue directo a Miami. Al llegar, un oficial de inmigración entró al avión y leyó los nombres de una serie de personas, incluyendo los de cuatro o cinco niños. Yo era uno de ellos.

¿Y no tenía visa para Inglaterra?

Tenía marcada una visa para Inglaterra. Sé que hasta ahora se ha hablado mucho de que este fue un proyecto de los Estados Unidos, pero mis recuerdos, y el pasaporte que tenía, me revelan que otros también participaron. En este caso una línea aérea holandesa y el gobierno de Inglaterra, que fue el que me concedió la visa, me dieron incluso una dirección en Londres y un teléfono a quien yo debería llamar.

¿Y cuando salió no le dijeron que lo esperaba un señor llamado Baker?

No. Una vez que llegamos al aeropuerto, el 13 de abril, nos llevaron a inmigración, nos dijeron que nos sentáramos allí. Después de un tiempo, que me pareció bastante, vino una persona que parece que era ese señor Baker, que nos fue a recoger. Nos llevaron a un lugar fuera de la ciudad de Miami, se llamaba Kendall.

Dice «nosotros». ¿Quiénes eran «nosotros»?

Los otros cuatro muchachos que venían conmigo en el avión. No puedo decir exactamente cuántos había en el campamento, pero asumo que eran más de cien, entre cien y ciento cincuenta, varones y hembras, divididos en dos edificios. Ese lugar había sido un campamento de *boys scouts* hasta el cincuenta y seis, después, tengo entendido, fue vendido al estado de la Florida. Cuando llegamos era, básicamente, dos cosas: una gran parte un reformatorio para muchachos sin alto grado de peligrosidad y también para muchachos que habían nacido con trastornos físicos.

¿Conoció a los otros que iban en el avión cuando salieron de Cuba?

Yo me hice amigo de uno de ellos, Manolo Enríquez, que el 2 de junio, al igual que yo, fue enviado a la ciudad de Albuquerque, en Nuevo México. Los otros no, eran niños más pequeños.

Una vez me habló de un amigo que usted quería y que después murió.

Sí. Como le dije, yo salí el 13 de abril y el 12 salió mi amigo Faustino Menéndez. Él murió de cáncer en el año noventa y cuatro y nunca volvió

a Cuba. Fue su mamá quien hizo los trámites para que yo saliera de Cuba. Ella era una de las personas encargada de conseguir algunos muchachos para sacarlos del país, y para mí era una madre cuando llegaron a los Estados Unidos. Estuve muy conectado con los padres de Faustino hasta el año 1977. Mi padrastro murió en Cuba y, por tanto, no fui de los muchachos que pudieron reunirse con su familia en los Estados Unidos. Después, cuando vine en el primer contingente de la Brigada Antonio Maceo, esas personas, particularmente la madre, decidieron que yo no era una persona grata en su hogar. Eso sucede.

Faustino decidió que era más importante tener la cercanía de sus padres que volver a Cuba, y nunca volvió, aunque él sí quiso hacerlo.

¿Y siguió la amistad con usted?

Sí, cómo no, sí.

Así que por razones ideológicas sufrió...

Por desgracia. La cultura política cubana ha sido, de ambos lados, una política intolerante, una mentalidad intolerante, que ha marcado no solo partidos políticos, procesos políticos sino familias, porque en última instancia debiéramos aprender que es posible tener diferentes puntos de vista políticos y ser familia, o debiera ser.

¿Le dolió mucho eso?

Sí, fue difícil, aunque en ese momento era un adulto. En el año 1977 ya era profesor universitario y vivía en Nuevo México, los padres de Faustino vivían en la Florida; y sí, por supuesto, hubo un desgarramiento, un lazo afectivo que se pierde. Eso ha sucedido en otras ocasiones con otras personas.

¿Dónde fue la primera vez que usted oyó hablar, refiriéndose al éxodo de niños cubanos, de la Operación Pedro Pan o Peter Pan?

No le puedo decir exactamente cuándo fue que oí la frase por primera vez. No fue durante el tiempo que estuve en ese programa, durante los años 1961-1962 y parte de 1963. En aquel momento no se usaba esa frase. Es posible que la viera por primera vez en un artículo que apareció en una revista que se llama *South of Florida*, que debe haber salido a finales de los ochenta, inicio de los noventa, y tengo entendido que en algún momento un periodista en los años setenta usó ese término; no sé si porque lo inventó o porque se usaba dentro de la Iglesia Católica o por parte del gobierno norteamericano. Sí me llamó la atención cuando leí la frase, pero no puedo decir como académico de dónde proviene. No sé.

¿Y cómo fue el tiempo en Kendall?

Yo estuve en Kendall en un momento muy singular. La invasión por Playa Girón fue el 17 de abril y lo que en los Estados Unidos se llamó el desastre de esa invasión se reconoce el día 21, por tanto, estuve allí desde los momentos en que empieza la invasión, durante su desarrollo y cuando se reconoce su fracaso, lo que tuvo un impacto tremendo en aquellos muchachos que habían salido de Cuba pensando que en poco tiempo, en cosa de semanas, iban a volver, que serían unas breves vacaciones en la Florida. La noticia del fracaso significó un impacto emocional, psicológico, tenían entonces que adaptarse a esa nueva realidad.

En ese campamento estaba una familia que se llamaba Pruna, que cuando yo llegué tenía todo bajo control, sin problema alguno, hasta que se sucede la invasión. Una de las noticias que da la radio cubana un par de días después de haber comenzado esta, es la captura de una serie de hombres-ranas, que fueron los primeros que llegaron, y dieron los nombres. Uno de ellos era Andy Pruna, hijo de esa pareja, que al conocer que su hijo había sido apresado abandonó Kendall, dejaron a los muchachos solos y se creó, como dicen los mexicanos, «el desmadre», o «acabaron con la quinta y con los mangos», como dicen los cubanos.

Algunos de los mayores decidieron tomar el campamento donde estábamos. El objetivo era tratar de forzar al gobierno norteamericano a que hiciera algo contra el gobierno cubano, militarmente, que enviara *marines*, algo así. Y no solo toman el campamento, sino que comienzan a destruir ese lugar, quemar colchones, ropas y cosas de ese tipo. Otros se fueron del campamento para áreas de este, donde se cuidaban caballos de carrera.

Cuando eso comenzó yo agarré un poco de ropa y tomé una carretera que estaba cerca de allí, Dixie Highway, la carretera número uno, y caminé hacia la ciudad de Miami, no sabía si quedaba al Norte o al Sur, pero vi que decía Miami y hacia allá me encaminé.

En aquel momento no estaba preocupado por dónde iba a dormir o a comer, ni nada de eso. Cuando se tienen catorce o quince años no se piensa en esas cosas. Pero para mi dicha o para mi suerte, cuando llegué a la ciudad de Miami y al Down Town, que era mucho más pequeño que hoy día, inmediatamente encontré a un amigo, que también había salido por la Operación Peter Pan, pero que no estaba en ese campamento, sino en una casa privada con otros veinte o veinticinco muchachos. Él me llevó para esa casa donde estuve dos o tres días, hasta que el padre Walsh descubrió que yo estaba allí, me sacó y me llevó nuevamente al campamento. En ese tiempo pensé: «Mira qué buena suerte para estos

muchachos que los pusieron aquí, pero a mí me pusieron en otro lugar». Con el correr del tiempo he tratado de averiguar, y no he podido, a qué se debió que a un grupo lo pusieron en una casa privada. Allí tenían la atención del padre Walsh que en ocasiones residía y comía con los muchachos.

¿Trataba bien el padre Walsh a los muchachos?

No puedo decirle porque estuve allí muy breve tiempo. Cuando llegamos al campamento había una huelga de hambre dirigida por los muchachos mayores. Los Pruna fueron reemplazados por dos norteamericanos que no hablaban español, no me acuerdo sus nombres, y los muchachos estaban presionando al padre Walsh para que pusieran allí a personas como los Pruna.

Al ver la situación, el padre Walsh ordenó que todos fueran para el lugar donde se comía, se sentaran y les sirvieran la comida. Los niños más pequeños querían comer y los más grandes les metían miedo para que no comieran. El padre Walsh dio un breve discurso en español y en inglés, trató de comunicarse y dijo una frase que es común en los Estados Unidos y quiere decir «Ustedes no deben ser mal agradecidos» (*You don't bite the hand that feeds you*), pero si se traduce literalmente al español es poco feliz, no comprensiva. Los que sabíamos un poquito más inglés pensamos que nos estaba comparando con perritos, gaticos, y nosotros éramos muchachos, seres humanos y ahí el nacionalismo se manifestó entre los mayores y me pidieron que le respondiera a Walsh, que me había llevado allí, y entonces le dije que nosotros no éramos perros. Eso debe haber sido el 23 o 24 de abril.

Cuando pasó ese incidente ¿cómo reaccionó Walsh?

Llegó a expresar que si nosotros no aceptábamos su autoridad tendría que devolvernos al comunismo, mudarnos de nuevo para Cuba. Y muchos de esos muchachos, por supuesto, aun cuando emocionalmente no sabían qué iba a sucederles, no querían en aquel momento volver y terminaron comiendo.

Ya de adulto, pensando en aquella situación, la experiencia me indica que los responsables de ese programa no estaban suficientemente sensibilizados con los problemas psicológicos y emocionales de quienes fueron separados de sus familias, de su cultura y de su país y el impacto que eso tenía, particularmente en esa coyuntura. Ni Walsh ni ninguna de esas personas a cargo del programa, por lo menos en ese momento, tenían conciencia de esos procesos, y por ejemplo, cuando me enviaron

a la ciudad de Albuquerque, Nuevo México, junto con otros muchachos, había una trabajadora social dedicada a trabajar con nosotros que no sabía español, y tenía que lidiar con nosotros. Ese es un estado, por su Constitución, bilingüe, sin embargo, a la mayoría nos enviaron a vivir con familias de habla inglesa, bajo la premisa de que teníamos que aprender inglés y socializarnos con la cultura norteamericana tan pronto como fuera posible. No se tuvo en cuenta, por tanto, el aspecto psicológico-emocional y que hubiera sido más fácil si nos conectaban con familias de habla hispana.

¿Cuál cree que fue la motivación de Walsh en todo esto?

Es difícil para mí. Yo no sé qué motivos tenía. En aquel momento como sacerdote no puedo decir qué lo motivaba. Tengo entendido que fue una de las personas que inició la idea, que se puso a cargo del proyecto, que obviamente lo consideraba importante. No sé si lo motivó la religión, la política, su propia cultura irlandesa que jugó un papel. Lo que puedo decir es el impacto que tuvo sobre las personas que conozco.

Cuando aquellos muchachos fueron enviados, por ejemplo, a Nuevo México, algunos tuvieron la suerte de vivir con familias norteamericanas buenas, otros no; algunos fueron enviados a vivir en casas donde había treinta y ocho y cuarenta jóvenes varones cubanos, pero otros a reformatorios, considerados muchachos con problemas, cuando en realidad el problema era de idioma, de cultura.

Por ejemplo, cuando yo salí de Cuba estaba en segundo año de bachillerato, y cuando llegué a Nuevo México en el mes de junio fui a la escuela de verano y me pusieron, debido a que no sabía suficiente inglés, a lo que era el equivalente del quinto grado, ¡quinto grado! Ni Faustino Menéndez, que me acompañaba, ni yo podíamos estar sentados en un aula con muchachos mucho más pequeños, y fuimos una sola vez a esa escuela. Para algunas de las personas que estaban a cargo de ese programa nosotros le estábamos faltando el respeto, desconociendo su autoridad, o sea, no estaban preparados para impartirnos clases de inglés pero acorde a nuestra edad. Esa infraestructura no la poseían.

Otros muchachos nos han contado la historia terrible cuando llegaron sus padres, porque ellos tenían que ser los padres de sus padres, que llegaron sin dinero, que tuvieron que trabajar para ayudarlos.

A mí nunca me llegó nadie de Cuba. Yo salí de ese proceso a los diecisiete años de edad, me hice conserje en la Universidad de Nuevo México, me casé a los dieciocho y tuve un hijo a los diecinueve, por tanto, empecé

a establecer raíces y estabilidad a una edad muy temprana. Fui conserje durante seis años.

Limpiando un día un aula, la oficina de un profesor de Historia, él estaba leyendo un libro de Cuba, escrito por Hebert Matthews, del *New York Times*, y en aquellos momentos –ya no soy así– aun cuando no me preguntaban yo tenía opiniones, y le dije a ese profesor, un profesor importante de la Universidad de Nuevo México, que ese libro era, para decirlo muy en cubano, una mierda. Él me miró y me dijo: «¿Cómo sabes eso?», y le respondí: «Porque yo he leído el libro». «Pero ¿tú, conserje, lo has leído?». «Sí, yo lo he leído». Y me dice: «Bueno, si tú sabes tanto ¿por qué no tomas un curso que imparto sobre América Latina?», a lo que le respondí que el curso que impartía era para estudiantes graduados y que no lo podía tomar, y entonces me dice: «Si tú eres tan sabio y sabes tanto, yo te dejo que lo tomes». Tomé el curso y fue lo mejor que hice, porque me ofreció un trabajo como asistente de investigación, así que salí de conserje y pasé al mundo universitario.

¿Y actualmente?

Soy profesor en esa misma Universidad, de Historia y Sociología, tengo un doctorado en ambas especialidades desde el año 1978.

¿Y sus raíces en Cuba, sus lazos con Cuba?

La gente a veces se sorprende y me dice que no he perdido el acento, que hablo más despacio, pero que no he perdido el acento. Cuando me casé en 1968 dejé de hablar español. Estuve casado con una norteamericana durante dieciséis años, pero seguí sintiéndome cubano y descubrí a Cuba en los Estados Unidos, en la biblioteca de la Universidad de Nuevo México, empezando a leer historia. Mis valores básicos nunca han cambiado, lo que ha cambiado para mí ha sido el conocimiento de dónde residía el problema, quién tenía la responsabilidad. Eso es lo que ha cambiado con el paso de los años, de ser un hombre ignorante a ser educado y conocer más la historia y la cultura de mi país. Yo, por tanto, he continuado siendo cubano.

Vine a Cuba en el año 1977 con la Brigada Antonio Maceo, participé en la organización de la Brigada Venceremos en 1969, entré en el llamado Movimiento Estudiantil Norteamericano en los años sesenta, eso me impactó mucho más que el proceso que se estaba dando en Cuba. Descubro el proceso cubano solo en los años sesenta y nueve, setenta, setenta y uno. La guerra en Vietnam a mí, como a toda una generación de norteamericanos universitarios, me impactó mucho.

Ahora, cuando mira hacia atrás, esto de la Operación Peter Pan, ¿cómo lo analiza?

Es obvio que, tanto para los muchachos como para las familias que participaron en la Operación Peter Pan, por su impacto, constituye un aspecto trágico de nuestra historia. Los cubanos, en muchas ocasiones, hemos sido objeto y no sujetos de ella. En mi caso particular, ¿cómo llego a los Estados Unidos?, por una coyuntura especial, por un conflicto a nivel global, donde soy una mera pieza. En ese momento yo no lo entendía de esa manera y puede que muchas de las familias que participaron tampoco, pero es lo que éramos y fuimos. Fuimos una pieza de un juego mucho más grande que nosotros.

Los Peter Pan son adultos ahora y con relación a Cuba tienen posiciones diferentes.

Algunos de los que ya estaban buscando sus raíces en los setenta, en los ochenta, vinieron con la Brigada Antonio Maceo o en esos viajes que se podían dar durante la administración Carter.

Hay que tener en cuenta que muchos de los que llegaron con la Operación Peter Pan se reunieron con su familia, terminaron en la Florida, fueron impactados por ese ambiente conservador y, por tanto, fueron renuentes a venir, a reencontrarse con su historia, con su país, con su cultura. En esto quizás están jugando tres elementos: el elemento biológico, que es ineludible, nos estamos poniendo viejos, y los que no han venido tienen que empezar a pensar: «Quizás deba, por fin, ir a ver aquella escuela que dejé, aquel barrio que dejé», hay mucho de eso. Otro elemento es que la propia visita del papa legitimizó, aun para los más conservadores, venir a Cuba; y un elemento cultural norteamericano: si uno analiza la cultura popular de la clase media norteamericana hay un proceso en los adultos tratando de redescubrir su niñez, el niño que llevan dentro, pero que lo han reprimido. Pienso que ese aspecto cultural también está impactando. A mí me parece que son tres cosas que se concatenan en esta misma coyuntura.

Conociendo a Cuba, su proceso, ¿coincide en que las razones de la Operación Peter Pan son válidas?

Pienso que si Carlos Marx pudiera analizar la Operación Pedro Pan diría que se trató de un proceso dialéctico muy singular, pues los padres cubanos, a fin de no perder la patria potestad sobre sus hijos, tomaron la decisión de perderlos, de enviarlos y no tener, por tanto, autoridad y custodia sobre ellos, porque no deseaban que el gobierno cubano tuviera

esa autoridad y, sin embargo, instituciones ajenas a la cultura y a la historia de Cuba, y un gobierno ajeno a los cubanos, terminan administrando y financiando ese proyecto. O sea, que si la premisa era no perder la custodia, fue lo que sucedió al enviar a sus niños al exterior. Algo singular. Los padres que adoptan esa decisión materializan, precisamente, lo que no querían que sucediera.

Muchos de esos niños no entendieron, no los más pequeños, que no se lo preguntaban, o los mayores que podían más o menos afrontar el nuevo mundo, pero los que tenían once, doce, trece años, que de un día para otro se encuentran con que sus padres los enviaron al exterior y estaban en hogares que hablaban inglés, que no sabían cómo telefonar a Cuba, no podían entenderlo.

¿Por qué los padres mandaron a los hijos?

Pienso que los motivos de los padres fueron muy variados. Estoy seguro de que si a muchos de ellos se les pregunta dirían que era el miedo al comunismo, pero había toda una serie de otras condicionantes, desde el que soñaba con enviar a su hijo a estudiar a una universidad norteamericana y que le ofrecieran una beca, hasta que el vuelo a los Estados Unidos no les iba a costar nada. Todo eso eran incentivos.

El padre Walsh dice que todo eso fue por respetar los derechos de los padres y para que los hijos tuvieran una educación religiosa.

En aquellos momentos es posible que se hayan reclutado muchachos en las escuelas religiosas bajo ese argumento, que no es aplicable a mí. Yo no iba a una escuela religiosa, por tanto, si ese es el argumento se confundieron al permitirle al Instituto Edison que mandara o que reclutara muchachos para ese proyecto.



FRANCISCO MÉNDEZ

«Mi mamá me mandó para no perder la patria potestad, pero la ironía es que no la perdió en Cuba, la perdió aquí, cuando vine a los Estados Unidos por su propia decisión, y no tiene nada que ver con los sucesos de Cuba. La perdió cuando ella decidió enviarme fuera de Cuba».

Boston, 1999

Pintor. Director del Museo de Arte de Boston. Llegó a los Estados Unidos el 22 de febrero de 1962, cuando tenía trece años. A su llegada fue ubicado en el campamento Matecumbe, posteriormente en un orfanato, hasta que fue adoptado por un amigo de la familia.

Mi nombre es Francisco Méndez Díez. Soy pintor. Resido en Boston, Massachusetts. Nací en Holguín, Cuba. Residía en La Habana y llegué a los Estados Unidos el 22 de febrero de 1962 como parte de los niños que se enviaron fuera de Cuba sin sus padres. Tenía trece años. No fue hasta cinco años atrás que conocí, por ciertas personas aquí en Boston, que a los niños que habían salido de Cuba sin los padres se les conocía como los Peter Pan.

¿Y qué le pareció cuando escuchó eso?

Bueno, es un nombre muy apropiado, porque como Peter Pan estamos en el limbo, en *the never, never land* [tierra del nunca jamás].

Ese tiempo...

El proyecto Peter Pan envuelve muchas emociones. He tratado de verlo objetivamente, primero reconocer cuál fue la intención. Hoy día se dice: «Sacamos a los niños para salvarlos». ¿Salvarlos de qué?, no fueron las mismas circunstancias de cuando la persecución de los judíos en Alemania o los desaparecidos de Chile. Lo interesante es que nos estaban salvando de rumores. Lo que a mí siempre me ha molestado es que me dicen: «Bueno, yo te saqué por tu bien, te saqué para salvarte del comunismo», pero ¿salvarme de qué? «Te van a mandar a Rusia, te van a adoctrinar...». Sabemos que en Cuba ningún niño fue enviado a Rusia ni se lo quitaron a los padres.

Existía división entre las familias, creo que ese era uno de los terrores que tenían. Había familias que simpatizaban con el gobierno de Castro y parte de la misma familia que no simpatizaba, y había ciertas discusiones, ciertos debates y ciertos argumentos. Pero esa no era razón para enviar a los niños a otro país. Creo que fue la influencia de mentiras y

patrañas creadas por grupos religiosos, por un país extranjero, y nuestros padres se dejaron manipular, creyeron eso. Había rumores, algunos de los que recuerdo decían: «Este muchacho fue a estudiar a Rusia y mandó una carta que decía que quería estar con su abuelito que estaba muerto y era una forma de decir que él quería estar muerto...», pero eran rumores, eran mentiras de la gente.

Hoy día yo quisiera que cualquiera me demostrara que a un menor cubano la Revolución lo mandó a Rusia o a cualquier otro país sin el permiso de los padres. ¡Sabemos que no!, ¿cuál fue la razón?, propaganda, engaños... También estaba la Campaña de Alfabetización y se decía que a las niñas las iban a mandar al campo a trabajar y a alfabetizar a los campesinos, y que los guajiros estaban violando a las niñas y que entonces venían encintas, con bebés.

Era la clase media que estaba completamente asustada y acomplejada por los cambios que se sucedían. Una revolución significa cambios, y el mundo que ellos conocían, al que estaban acostumbrados, se desbarataba y también tenían que reconocer que había mucho incentivo para la juventud. Por ejemplo, los barbudos que bajaban de la Sierra eran una cosa muy romántica, eran héroes, venían con las barbas, el pueblo entero salía a abrazarlos, estaban esas nuevas canciones y eslogan que todos estábamos aprendiendo y quizás muchos de nuestros padres pensaban: «¡Oh!, mira a mi hijo, ya se está aprendiendo la *Internacional*, está aprendiendo la canción de las Brigadas Conrado Benítez», y «¡Cuba sí, yanquis no!». «¡Me lo están volviendo comunista!». «¡Hay que sacarlo de Cuba porque me lo están adoctrinando!». «¿Qué me hago con un muchacho comunista?». Yo no sabía lo que era el comunismo, sabía lo que decían los curas.

¿Y el ambiente?

Era un ambiente en el que salía eso de «los niños bitongos, que se vayan para el Congo» y nosotros no queríamos ser bitongos. Nosotros éramos los bitongos, los hijos de la clase media.

¿Y qué andaba en su cabeza en aquel tiempo?

En mi cabeza había conflicto. Mi familia por parte de padre, en Oriente, era simpatizante de la Revolución, porque tenían un sentido de cómo vivía el campesino. En La Habana había muchos problemas, ¡pero en Oriente...!

Todo el mundo habla de que Cuba antes de Castro era grandiosa, pero nadie habla de la pobreza, de los niños. Yo tengo fotos de esa época de los niños sin zapatos, con las barrigas grandes, la gente con veinte

muchachos. Yo me acuerdo de que mi familia tenía que coger los niños de varios guajiros para criarlos, para darles de comer. A veces seguían teniendo niños, y niños y no había pan, ni leche para darles de comer... y nadie quiere hablar de eso, todo el mundo cree la patraña de que Cuba era el país más democrático de América.

Yo les diría a mucha de esa gente: «¿Tú mandarías a tus hijos en esas condiciones?». Tengo dos hijos, yo no lo haría, soy una persona inteligente, lo usaría si los factores son reales, ¿no?, no rumores o mentiras o propaganda.

¿Alguna vez ha hablado con su mamá sobre eso?

Sí.

¿Cómo fue la conversación?

Nunca estamos de acuerdo. Mi mamá ya está mucho más anciana, hemos tenido discusiones, siempre cree que lo hizo por mi bien, pero nunca me puede explicar, es como un acto de fe: «Lo hice por tu bien y fue lo mejor que hice y no me arrepiento». Una de las cosas que los seres humanos tendemos a hacer es justificarnos de cualquier manera y a veces no podemos admitir los errores. Yo no puedo decir que fue un error total.

Hay gente que dice: «Yo sufrí mucho, hay cosas peores que ser un Peter Pan». Fue duro y lo peor del caso fue la hipocresía de todo el programa. A veces veo esos libros que se escriben hoy sobre el proyecto Peter Pan que dicen: «Yo estuve en Matecumbe, en Matecumbe había actividades para los niños...». ¡Eso es mentira, no había ninguna actividad, no había clases, no había ninguna forma de entretenimiento! Nosotros estábamos ahí, en medio del Everglades, y durante el día podíamos hacer lo que nos diera la gana, mirando, cazando moscas, mirando las moscas volar, jugando con las culebras o fajados unos con los otros, discutiendo o soñando con cuándo iban a venir nuestros padres a sacarnos del agujero ese, pero nada, no pasaba nada.

Había un cura, el cura Palá, y dos personas que eran buenas, los únicos que tenían sentimientos y de verdad enseñaban afectos, eran seres humanos de corazones cálidos, que nos daban afecto y cariño, Mimi o Mimi y su esposo, pero Palá era un tipo frío. Hay una historia de Palá usando escopetas con cartuchos de sal cuando los muchachos salían corriendo por el campamento de noche, tirándoles cartuchos de sal, ¿por qué?, porque estábamos jodiendo mucho, y para él esa era la manera de mantener la disciplina. Los de Matecumbe eran los más viejos, yo solamente tenía trece años, y creo que terminé en Matecumbe cuando

llegué porque no había lugar en el otro, que era Kendall, y la idea era que iba a estar provisionalmente. Pero una vez que estuve en Matecumbe era difícil salir.

¿Estaba solo? ¿Estuvo solo, sin ningún hermano?

Yo soy hijo único. Cuando llegué a Miami nos estaban esperando con una guagüita y nos llevaron a Matecumbe, a mí y a varios más. A unos los dejaron en Kendall, creo que eran más jóvenes.

Llegué a Matecumbe con mi gusano. Un gusano es una de esas maletas largas que podíamos traer, entonces, nos dejan al frente de Matecumbe, estaba en medio del monte, y salimos caminando por ahí hasta llegar a las cabañas. Cuando llego me dice un muchacho:

–¿Y tú eres Boy Scout?

–No, ¿por qué?

–Porque tú no has llorado.

Todos llegaban llorando. Pero el caso es que esa noche, cuando me subo en la litera –teníamos literas de tres–, a mí, como era uno de los recién llegados, me instalaron en la última, que estaba casi en el techo de la cabaña, ¡y ahí fue que lloré! Lloré esa noche como una esponja que la exprimen. Pero después de ese día más nunca he llorado en mi vida, creo que ese día me quedé sin lágrimas. Yo le digo a la gente que me volví un cínico a los trece años. Y no lloré más nunca.

Y con eso de la pregunta de los Boy Scout era que mi familia en Cuba no me dejó ser Boy Scout. Yo era muy protegido, de esos muchachos que si quería ir a una excursión, a un sitio para estar en *over night* [toda la noche] no me dejaban. Y de buenas a primera me mandan a un país extranjero, sin conocer con quién iba a ir, así que... no sé... ¡increíble!, ¡qué contraste!

¿Qué a los trece años se volvió cínico...?

¡Anjá!

¿Cómo puede ser?

Lo que me acuerdo de esa época es la hipocresía. Por ejemplo, yo acababa de llegar y lo primero que le preguntan a uno los otros muchachos es: «Oye, ¿cómo están las cosas en Cuba?», y claro... eso era en el sesenta y dos, mucho después de Bahía de Cochinos, y todavía en Cuba todo el mundo le decía mercenarios a la gente de Playa Girón, aunque estuviéramos o fuéramos simpatizantes del Gobierno o contrarrevolucionarios, uno se acostumbraba a referirse a esa gente como mercenarios.

¡Ah, no, aquí no, aquí se les dice patriotas!, ¿patriotas de qué? Uno era un primo mío que da la casualidad que lo cogieron y lo cambiaron por tractores y tuvo suerte. Y esas ideas que teníamos, porque acabábamos de venir de Cuba, de buenas a primera, al momento, teníamos que cambiarlas, cambiar la manera de pensar, de ser y de hablar a la forma en que se hablaba en Miami y en Matecumbe. Yo era un muchacho, tenía trece años y la política no era mi cosa, a esa edad eran los estudios, los juegos, los deportes y hacer arte, que siempre me ha gustado.

Las clases se daban al aire libre y no eran clases. Las maestras se ponían a jugar con los muchachos y no había nada que hacer, entonces todo era como un sitio ficticio, era un *never, never land*. Era un limbo. La comida mucha, mucha comida, pero siempre era lo mismo, mala. Uno comía siempre todo lo que quería, pero había mucha leche. No eran alimentos a los que uno estaba acostumbrado, no había diversidad. Yo nunca comí frijoles en Matecumbe, nunca comí arroz, nunca comí tostones, nunca comí yuca, ¡todo era hamburguesa! No había pan cubano y sí mucha leche, mucha leche. Yo me tomaba los litros de leche, era lo único que me podía tomar. Ah... y a poco de llegar, me dio «la china» y me mandaron a la enfermería hasta que se me quitó.

Estuvo ahí sin su mamá.

Sí, pero al mismo tiempo ya uno tiene que seguir hacia delante, se pone a pensar en la mamá y a llorar, y en ese momento uno empieza el proceso del cinismo. Yo me decía: «Mi mamá no va a venir, mi mamá está en Cuba, tengo que ver cómo salir de aquí, mi mamá no me va a sacar, no dependo de mi mamá». Un día llega la suerte mía, viene un cura y dice: «Tengo becas para diez o quince muchachos, pero no pueden ser mayores de tal edad, ¿quiénes quieren ir?». «¿Para dónde es la beca?», preguntamos. «Para el estado de New Jersey, para una escuela». Y yo digo, esta es la manera mía de salir de Matecumbe, cojo una beca para ir para Carnegie y es para una escuela.

¿Y...?

En tres semanas estoy en el avión para Carnegie. Carnegie era un orfanato. Yo fui para un High School y a las muchachas las mandaron para Saint Mary, un orfanato de monjas. ¡Caballeros!, nosotros éramos católicos, pero yo no iba a una escuela católica en Cuba y no estaba acostumbrado a eso. La cuestión era que mi abuelo siempre se opuso a que fuera a cualquier cosa de los curas y las monjas. He visto a las monjas pegarles a los niños hasta con bates de pelota y a mí quien me diga

que no, que me lo diga en la cara. Uno tenía que dormir con las monjas mirando, había que darse la ducha con las monjas mirando, iba a los inodoros y las monjas mirando, las monjas siempre lo estaban chequeando a uno.

El orfanato era peor, y un día –había un cubano que vivía en un pueblo cerca que era como un trabajador social– le digo a un grupo de los que llegamos: «Vámonos de aquí». Nos escapamos y caminando, caminando, caminando llegamos hasta su casa, pues le habíamos preguntado la dirección a él. Cuando llegamos estaba con sus hijos y su esposa, y me acuerdo que le dije tanto..., de lo que nos habían mentido, de lo que estaba pasando, que las monjas nos pegaban, que nos estaban chequeando, que nosotros no estábamos acostumbrados a que nos trataran así, que yo quería mi privacidad, que parecía mentira que él fuera cubano, y el hombre y la mujer se echaron a llorar.

Él volvió, le dijo a las monjas y las cosas cambiaron, ya no nos pegaron más, no pudieron pegarnos, pero la vigilancia siguió y aparte del prejuicio, porque eran mayormente monjas americanas y muchos de los que estábamos en ese orfanato, aunque no había negros, éramos puertorriqueños, latinoamericanos y nosotros los cubanos, y había muchos prejuicios contra los latinos, las monjas eran blancas.

Me acuerdo de un muchacho puertorriqueño, que como era puertorriqueño enseguida se acercó a nosotros, y me empieza a decir toda una retahíla de nombres, de cómo le decían a los irlandeses, a los judíos, a los italianos, a nosotros, a los húngaros. Me pongo a pensar, pero «¿y esto no son los Estados Unidos?, ¿no son americanos?, ¿y por qué tienen un nombre despectivo para cada grupo?», y digo: «¡Pero si yo pensé que aquí todo el mundo se llevaba bien, que todos eran americanos!». Por primera vez aprendo que hay una definición para cada grupo. Un día me estoy peinando y se mete uno de los americanos delante y le digo: «Mira, por favor, que estoy usando el espejo» y me ofende y ¡pum!, me fajo con él y tenemos una pelea. Yo salgo mejor y después viene el hermano, que era mayor, tenía dieciséis años, y me entra a palos. Esa fue la primera ocasión con la cuestión racial o étnica o cultural o nacional. No era una cuestión de raza sino de quién eres, de dónde vienes...

Al cubano aquel que era el trabajador social le dije: «Si ustedes no cambian esto voy a escribir a Cuba y voy a decir todo lo que está pasando», pero claro, en las cartas que le mando a mi mamá nunca le digo nada, a mi padrastro yo sí le contaba esas cosas, a mi mamá nunca le decía nada, pero nosotros teníamos unos amigos, un amigo de mi fami-

lia en Miami, y le dije a mi mamá que me quería ir a vivir con ellos. Mi mamá tuvo que darle la patria potestad sobre mí y él tuvo que hacer como que me adoptaba porque yo era como una propiedad del gobierno, el gobierno de los Estados Unidos estaba a cargo mío.

¿El Gobierno o la Iglesia?

Buena pregunta, yo creo que era el Gobierno o posiblemente la Iglesia. El trabajador social era parte del Programa de Refugiados de los Estados Unidos. Mi mamá tuvo que darle el permiso a ese hombre, la patria potestad, porque era la única manera que podía decir que quería que fuera a vivir con él, porque no tenía ninguna relación familiar conmigo y necesitaba una autorización.

¿Y así fue?

Así fue que salí del orfanato.

Nunca pensó que iba a ir a un orfanato.

No, porque la mayoría de los niños no tenían padres, estaban abandonados por los padres o eran incapacitados, pero los fines de semana tenían primos, tíos, que los sacaban, pero cuando llegaba el fin de semana no había quien me sacara, ninguno de nosotros teníamos a nadie allí, no teníamos familiares.

¿Y tenía buena amistad con los otros cubanos?

Mientras estaba allí. Después que salí yo quería dejarlo todo atrás.

Mi niñez fue dura, fuerte, pero no fue lo peor del mundo y a veces lo que no lo destruye a uno lo hace más fuerte. Yo tengo que seguir hacia delante, no quiero seguir llorando por los juegos que se rompieron en el pasado y se acabó, se terminó. Hay que pensar hacia delante, pensar en el futuro, no me puedo quedar. Estoy seguro de que en cierto sentido me afectó mucho el cinismo.

Cuando mi mamá me dijo: «Yo te mandé a que salieras de Cuba para que fueras libre...» y bueno, me volví libre de la hipocresía, de la cultura nuestra, de la Iglesia, de las creencias, de las tradiciones y en ese sentido sí soy libre. De todo eso de la clase media cubana y de la alcurnia, y de que somos hijos de españoles, de que somos blancos y creyentes, de eso me volví libre. Lo otro que aprendí de esa experiencia es que lo que es bueno para mí lo decido yo, no lo van a decidir mis padres, no lo va a decidir la Iglesia, no lo va a decidir el Gobierno. Yo decido, decido lo que es bueno para mí.

¿Pero no ha regresado?

No, pero de eso no quiero hablar y no tiene nada que ver con el gobierno cubano.

¿Cree que la CIA tuvo algo que ver con la Operación Peter Pan?

Es posible.

¿Qué ha escuchado?

Que el proyecto Peter Pan tuvo fondos o las intenciones, algunas de las intenciones, eran de la CIA.

¿Por qué cree que la CIA haya hecho eso?

Porque es una cosa tan refinada, tan manipulada, es una cuestión subversiva. ¿Cuál es la mejor manera de desestabilizar un país? Sacar a los niños. Saca la flor de la juventud, no es que nosotros lo fuéramos, pero una vez que los sacas desestabilizas a los padres, que eran de la clase media, profesionales. Los tienes ya con la mente en otra cosa. Cuando te quitan los hijos y los ponen en otro país esos padres quieren salir, quieren irse, quieren reunirse con ellos, y lo otro es que hacen toda esa propaganda y una de las creencias era: «Sacamos a los niños y es una cuestión de tiempo, o se cae Fidel o tumban a Fidel o ustedes van a los Estados Unidos».

Es triste.

Triste. Y yo veo tantas cosas que están pasando, por ejemplo en Haití, o en otros lugares como en Chile. Durante Pinochet nadie se ocupó de sacar a esa gente, pero a nosotros nos sacaron y no estábamos en peligro de muerte, en Cuba no nos estaba pasando físicamente nada. Hay gente que dice: «Te van a tirar contra la Iglesia», bueno, estoy muy feliz de haber ido a Matecumbe porque nunca más puse un pie en una iglesia.

Monseñor Walsh decía que era cosa de derechos humanos, para ayudar a los padres a que los niños tuvieran una educación religiosa.

¿Qué es lo que va a decir él? Claro que la educación religiosa es la mejor, pero yo no iba en Cuba a escuelas religiosas, iba a Waldorf y mi abuelo, que era quien pagaba mi educación, no quería, definitivamente, que yo fuera con los curas, el creía que los curas... y claro, no quiero decir esto porque los curas fueran todos pederastas, esa era la opinión de mi abuelo que era un guajiro macho de Oriente.



Francisco Méndez y su mamá, en La Habana.

¿Qué recuerda de las visas waivers? ¿Cómo la consiguieron?

Yo era un muchacho, mis padres, mi madre mayormente, eran quienes estaban haciendo las gestiones para su único hijo. Mi abuelo había muerto, si él hubiera estado mi padre se habría opuesto. Mi abuelo murió poco antes de la Revolución haber ganado y tenía mucha influencia en lo que se hacía conmigo, él pagaba mis escuelas. Y lo que me decían era: «Guajiro, vas a ir a los Estados Unidos a estudiar». Me hablaban de las becas, de una escuela y ¡eso eran embustes! Matecumbe no era ninguna escuela, ni Kendall ni Florida City. ¡Mentira! En el orfanato sí había una escuela, pero era escuela de monjas.

Yo me acuerdo un día en una misa –todos los domingos nos sentaban en esa misa, larguísima–, era en abril y había un calor en esa iglesia tremendo, y yo sudando, y sudando, pensaba que me iba a morir allí, me paro y le digo a una monja que tenía que levantarme porque me iba a desmayar y la monja no me daba permiso, finalmente me levanté y me fui, me salí, tuve que ir a tomar agua porque me moría y vi, en ese momento, que ellas habían perdido autoridad sobre mí.

Había aprendido un truco, si me hacían cualquier cosa decía: «Yo escribo a Cuba». No quería ir a misa y no iba a misa. Aprendí eso, esa era la amenaza mía: «Escribo a Cuba».

¿Recuerda cómo fue cuando llegó su madre? ¿Cómo se enteró?

Yo estaba feliz de que ella hubiera llegado, estaba feliz, pero cuando llegó era como una extraña en cierto sentido. Yo tendría dieciocho o diecinueve años, habían pasado cinco o seis años. Por ejemplo, cuando mi madre trataba de decirme cómo tenía que hacer las cosas le decía: «Mira, estuve aquí tanto tiempo solo, ya no me digas que te tengo que pedir permiso para nada, no me digas lo que puedo hacer, no me digas a qué hora tengo que llegar». En cierto sentido perdió la autoridad sobre mí y la quiero y la adoro, pero decir: «Tienes que estar en casa a las doce...», después de tanto tiempo de vivir solo... y se lo dije con respeto: «Tú no puedes ahora esperar de mí que yo obedezca un reglamento, me crié solo, sé lo que puedo hacer y lo que no puedo hacer».

Mi mamá me mandó para no perder la patria potestad, pero la ironía es que no la perdió en Cuba, la perdió aquí, cuando vine a los Estados Unidos por su propia decisión y no tiene nada que ver con los sucesos de Cuba, la perdió cuando ella decidió enviarme fuera de Cuba.

¿Por qué cree que el gobierno cubano dejó salir tantos niños? ¿Por qué no lo paró? ¿No se dio cuenta?

Es una gran pregunta. No tengo idea de por qué el gobierno cubano no paró esto. Yo he hablado con algunos cubanos que viven en Cuba, que nunca se fueron. Algunos dicen que no sabían nada, que lo descubrieron después; además, el hecho de ser una campaña organizada, un proyecto planeado y organizado del que ellos no tenían conocimiento, no lo creo.

Era el principio de la Revolución y en Cuba estaban pasando muchas cosas. Hay que reconocer que la Revolución estaba muy envuelta en lo que pasaba en todos los aspectos de la vida en Cuba y la idea de intervenir quizás hubiera sido peor. Era, al final, una decisión de los padres. A mí me mandaron por decisión de mi madre, si ella no quería hacerlo pues no había quien lo hiciera. Quizás el gobierno cubano si se oponía a esto podían decirle: «Ustedes están tratando de quitarle la autoridad a los padres» e iban a confirmar los rumores que se oían en Cuba de que la Revolución quería quitarle los niños a los padres. Eso es una posibilidad, pero he oído a algunos cubanos que dicen que no tenían conocimiento.

Tengo amigos cubanos que como artistas en residencia o visitantes han venido aquí y hemos hablado, o intelectuales que también dicen: «Bueno, también nosotros pensamos que era cuestión de los padres, que eran padres muy abusivos y tratamos de decirle que era algo mal hecho, que no debían hacerlo, que cómo iban a abandonar a sus hijos, pero era la decisión de ellos».

¿Qué pudiera haber hecho el Gobierno?

De momento pudiera haber dicho que no les daban el permiso de salida, pero entonces iba a caer en mano de los rumores. Era una posición donde no iba a quedar bien. ¿Qué podía haber hecho? La decisión final era de los padres. ¿Qué iba a hacer el gobierno ante una madre, un padre, cuando se trataba de su hijo? Si le decían que no podían, pues dirían que los comunistas les quitaban la autoridad sobre sus hijos, que la autoridad era entonces del Gobierno y que ellos decidían sobre sus hijos.

Hay quien dice que fue una cosa buena, porque hay mucha gente de éxito. Mirando hacia atrás ¿cómo lo analiza?

Desde el punto de vista mío hubiera preferido haber adoptado mi propia decisión. Estamos hablando de una iglesia que trata de decidir por otras personas sobre el aborto, en cómo uno vive, cómo uno se casa. Sabemos la posición de la Iglesia, decide por sus súbditos. Prefiero tomar mis propias decisiones. Yo era uno de los mayores pero había mucho más pequeños, de cuatro años y menores de cuatro. De esa cuestión no tengo información ninguna. Tengo hijos, no dejaría a mi hijo de trece años tomar esa decisión y no la tomaría por ellos. Creo que algunos que dicen que fue lo mejor que les ha pasado están negando mucho del sufrimiento que tuvieron.

En enero de 1998, en un artículo en el *New York Times*, en primera plana, de dos páginas, fue la primera vez que leí en la prensa norteamericana sobre los Peter Pan. El que me lo mencionó es un amigo mío, norteamericano, profesor universitario conmigo, y me dijo: «Mira, tengo que leerte». Me dio el original y saqué dos copias y se lo he dado a mucha gente. El *New York Times* ha encontrado a muchos y no todo el mundo ha sido feliz. Algunos tienen tremendos problemas psicológicos. Menciona el caso de un hombre que no lo pueden dejar solo, ni la mujer, si lo dejan solo se echa a llorar y no deja que los hijos vayan a ningún lugar. Hay muchos traumas, ha habido muchos traumas. Claro, entre catorce mil, algunos quizás hayan salido muy bien y muy fuertes, y estoy seguro de que hay otros que están bien jodidos.

En el caso mío me afectó. En cierto sentido me ha hecho más fuerte, más independiente, pero al mismo tiempo mató muchas emociones, me hizo duro, no soy la persona que era cuando era pequeño, me volví mucho más duro, más seco, más cínico, y aunque no soy un individuo malo, y lo puedo comprobar, tengo un filo bastante duro, y creo que fue a través de esa experiencia.

Hace un tiempo yo vi a una terapeuta porque tenía un carácter terrible, no con los seres queridos míos, pero podía, por un parqueo, fajarme

con alguien y, por ejemplo, si alguien me iba a quitar un parqueo no lo aguantaba, me bajaba del carro, sin razón. Era una cuestión estúpida, por un parqueo, porque alguien se adelantaba en una fila. Un día un tipo me dijo en una luz: «¿Qué te pasa?, te voy a pegar un tiro», y dígame: «¡Go ahead!» [¡Adelante!]. Yo estaba casado con otra americana, y me dijo: «Tienes que tener cuidado, ese hombre te pudo haber pegado dos tiros por una estupidez», y me puse a pensar: «¡Contra, es verdad eso!». Entonces fui a ver a una terapeuta por la cuestión esa del carácter, por la agresividad que me salía de buenas a primeras, y empezamos a hablar y lo de los Peter Pan salió. Incluso fue muy interesante, ella era una afroamericana y me trajo un documento en el cual los norteamericanos hacen un perfil psicológico sobre los cubanos en el que se dice que los cubanos tienen mucho orgullo por la Madre Patria, y esa obsesión se puede usar, se puede manipular muy bien para lograr cosas de ellos.

¿Cómo llegó a ser artista?

¡Siempre quise ser artista! Siempre quise ser pintor y de pequeño dibujaba. En Cuba también. Mi mamá era inspectora de escuelas y me traía papel y lápiz y me pasaba horas tirado en el piso dibujando. Dibujaba gente, dibujaba a mi abuelo. Mi primer desnudo fue mi abuelo y cuando vine aquí, en el Miami High School, en el último año, hicieron un edificio sobre las artes y yo fui uno de los que escogieron, de los primeros estudiantes. Después me fui a Puerto Rico, pasé tiempo sin estudiar y decidí ir a Boston a estudiar arte.

¿Usted quiere regresar a Cuba?

Sí, quisiera ir a Cuba, porque me gustaba, porque todavía tengo familia allá. Mi familia por parte de padre es inmensa y quisiera volver a ver los lugares de mi niñez y comprobar. Yo quiero ir a Cuba porque quiero a Cuba, esa es la razón principal.

Yo soy más que ser cubano, porque a mí me dicen: «Te definimos de esta manera», esa es una de las cosas de esta cultura, que te ponen en un fólter, no tenemos que conocer a la persona, sacamos el fólter y miramos la reseña y ¡ah!, es un Peter Pan, eso te define; ¡ah!, eres un cubano, eso te define; ¡ah!, eres blanco, eso te define; ¡ah!, eres negro, eso te define. No, no, a mí no se me puede definir así, yo soy más que eso. Yo parto de Cuba, viví la experiencia de ser Peter Pan pero, además, he vivido aquí treinta años, he tenido muchas experiencias aquí también para definirme como un Peter Pan, como un cubano, como un estadounidense solamente. Quiero que me definan como un ser humano, que es lo que soy.

Se habla de organizar un grupo para regresar a Cuba, para poder cerrar un capítulo de su vida.

Yo le voy a decir con franqueza, yo quiero ir a Cuba mucho, mucho, pero quiero ir a Cuba sin ningún grupo y sin ninguna agenda. ¿Por qué no voy?, no lo quiero explicar, se lo digo después y no tiene que ver con Cuba ni con el gobierno cubano.

Me han invitado, por ejemplo, con los técnicos del City College que hicieron un viaje, había grupos religiosos, no quiero ir con la religión, no quiero ir con los Peter Pan. Esa gente tendrá su agenda, yo posiblemente conozco a algunos de ellos individualmente, con algunos tendré quizás mucho en común, quizás nos hagamos amigos y quizás mantenemos relaciones, pero no puedo ahora decir: «¡Ah!, estos son los Peter Pan, abrácenme». Tengo que ver la manera del individuo, no del grupo.

¿Y no podría ayudar a normalizar un poco las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba? Ustedes fueron el resultado de la guerra fría.

Yo estoy completamente de acuerdo con que se tengan relaciones con Cuba y que se termine el bloqueo, en eso estoy de acuerdo. Prefiero a Cuba como artista o como profesor.

Vamos a ver, lo que estaba detrás de los Peter Pan era la Iglesia, yo con la Iglesia no quiero nada. Por ejemplo, sé de una vez que fueron de otra iglesia cristiana, pero protestante, y dije: «No voy, no voy, no puedo, no quiero estar asociado, es otro clan y no somos clan». No, no puedo, no quiero estar asociado.

Yo soy pintor, trabajo mayormente el óleo, pero también litografías. Hice una serie entre los años setenta-ochenta, titulada *La Habana BC* o *La Habana Before Castro* (La Habana antes de Castro).

La obra *Madrina*, combinación de litografía y serigrafía, representa las imágenes que recuerdo de Cuba, es una santera, especialmente oriental, fumando tabaco. El gallo es también un símbolo que añoro, porque he extrañado mucho, de cuando viví en el central en Oriente con mis abuelos, el canto del gallo. Cuando a uno lo despierta el canto de un gallo es algo mejor que un despertador y cada vez que oigo un gallo, ¡wao!



MARINA OCHOA

«Recuerdo cuando fui a despedir a mi hermano al aeropuerto, era un niño, un niño de siete años de edad, recuerdo su mirada cuando se despedía, recuerdo la cara de mi madre que pretendía hacer parecer que no pasaba nada. Yo no tenía conciencia, entonces, de que nunca más iba a volver a ver a mi hermano vivo, aquella fue la última imagen de mi hermano».

La Habana, Cuba, 1999

Cineasta. Licenciada en Periodismo y Sociología. A su hermano de siete años de edad lo mandaron a los Estados Unidos, donde falleció sin haber visto nunca más a su familia.

Me llamo Marina Ochoa y soy miembro de una familia que fue separada, que fue muy afectada por un fenómeno extraño, insólito, atípico dentro de la sociedad cubana, dentro de la familia cubana, que se conoció más tarde como la Operación Peter Pan y que significó el éxodo de quince mil niños que viajaron sin sus padres a los Estados Unidos. Yo me pregunto «¿cómo las madres cubanas, tan sobreprotectoras de sus hijos, con una idiosincrasia tan de familia, tomaron esa decisión?» Yo necesito explicármelo, necesito entender también por qué mi propia madre lo hizo, por qué decidió separarse de sus hijos.

Recuerdo cuando fui a despedir a mi hermano al aeropuerto, era un niño, un niño de siete años de edad, recuerdo su mirada cuando se despedía, la cara de mi madre que pretendía hacer parecer que no pasaba nada. Yo no tenía conciencia entonces que nunca más iba a volver a ver a mi hermano vivo, aquella fue la última imagen de mi hermano.

Mientras más pasa el tiempo más fuerte es la herida, más crece el sentimiento de dolor, más importancia adquiere aquel momento de separación del cual no tenía conciencia que iba a ser definitivo. Apenas puedo hablar sobre eso sin que vuelva otra vez a abrirse la herida, que a veces parece cerrada, pero apenas se toca vuelve a abrirse como si fuera fresca.

Pienso que a todos nosotros, los niños que se fueron y los hermanos que nos quedamos, la familia, los padres, a todos nos pasa igual. Es muy difícil hablar sobre esto, pero es necesario hacerlo, porque hablando, tratando de entender, conociendo todos los mecanismos, todos los resortes, todo lo que estuvo presente es como único vamos a poder evitar que se vuelva a repetir, no solamente en Cuba sino en el mundo, lo que para mi constituye una de las manipulaciones más grande de los sentimientos familiares en función de la política que se ha hecho jamás.

Cuando nació mi hija y experimento lo que es el amor de madre, venía a mi mente la separación de mi madre y de mi hermano más pequeño –¡porque era el más pequeño, tenía siete años!– y volvía a mi memoria, con cierta reiteración, aquella escena de mi madre separándose de mi hermano en el aeropuerto. Miraba a mi hija y me decía: «¡Yo no me puedo separar nunca de ella, no podría de ninguna manera!», ¡y entendía mucho menos todo aquello!, ¡me lo explicaba mucho menos!

¿Y por qué mandaron a su hermano y no la mandaron a usted?

El problema es que a mí también me iban a mandar, a mí me dieron la visa *waiver*, lo que sucedió fue que yo era una adolescente, no tenía ningún sentido de lo político, de lo ideológico ni nada de eso, pero yo veía que a mi alrededor, lo que estaba pasando en Cuba, era como vida, veía mucha fuerza, mucha alegría y no me quise ir.

Yo era una adolescente y los jóvenes somos rebeldes. Recuerdo todo aquel ambiente, aquella atmósfera de la Revolución que era muy atractiva para nosotros, muchos entraron en la Asociación de Jóvenes Rebeldes, otros a otro tipo de cosas y desafiaron a la familia. Yo me fui de mi casa para que no me enviaran a los Estados Unidos, porque oí una noche que me iban a mandar, oí a mi madre y a mi padre hablando que me iba con mi hermanito, y me dije: «No me voy a ir, no quiero ir, no quiero ir para ese país».

Mi familia era de una burguesía provinciana, muy rígida, muy estricta, y no sé si por un problema de temperamento yo sentía y me identificaba con la Revolución, y me fui, me escapé de mi casa, me fui para casa de mi madrina y después vine para La Habana.

¿Y por eso no la mandaron?

Por eso no me mandaron. Me escapé, dos veces.

Su madre y su padre... ¿por qué mandaron a su hermano?

Muy sencillo, mi padre fue Magistrado, un Juez de Instrucción, era hacendado y en realidad las leyes revolucionarias afectaron económicamente a mi familia, pero también la Revolución violentaba toda esa idiosincrasia que tenía la familia burguesa.

Los padres no estaban de acuerdo con que el Estado educara a sus hijos, querían escuelas privadas para educarlos a su manera; y el problema de la campaña... que si el comunismo quitaba la patria potestad, que les iban a quitar los hijos a los padres, que no los iban a poder educar, que los iban a separar del seno de la familia.

Se habían pasado en ese tiempo algunos documentales, noticieros de cine, donde se hablaba de círculos infantiles en los países socialistas y eso incidió en mucha gente que pensaron que simplemente se estaba preparando el terreno para crear los círculos infantiles donde a los niños desde pequeñitos los iban a adoctrinar, enseñarlos a no querer a sus padres, a querer a la patria por encima de todas las cosas.

Por otra parte, lo que se planteaba era que irían a a escuelas privadas norteamericanas y ya aquí había un hábito de enviar a los hijos a estudiar a los Estados Unidos, pero en este caso de cuatro y hasta de dos años de edad. El grado de manipulación de los sentimientos de la familia fue tan alto que conozco madres que entregaron sus bebotes a aeromozas para que los salvaran del comunismo y esos niños ni sabían ni tenían una referencia familiar. Obviamente esos niños se perdieron.

Y su mamá...

Mi mamá, como la mayor parte de los padres que tomaron esa decisión, pensaba que la separación iba a ser por un tiempo más o menos corto.

Muchas personas estaban absolutamente convencidas de que los norteamericanos no iban a permitir el comunismo en Cuba y que iban a intervenir directamente y las cosas regresarían a la normalidad en tres, cuatro, seis meses.

Cuando esos padres se despedían de sus hijos, y eso es lo trágico, no sabían que a muchos de ellos jamás los volverían a ver, jamás se imaginaron los sufrimientos que les estaban causando con esa decisión, pero es más, en el caso de los niños que lo pasaron mejor, entre comillas, el solo hecho de separarse de su familia, de enfrentar solos otra idiosincrasia, otro país, otra lengua, otra forma de pensar, era algo muy fuerte, además enfrentar la discriminación, porque eran niños latinos educados, eran de la burguesía, pero eran niños latinos, eran trigueñitos.

¿Qué pasó con su hermano?

Yo tenía dos hermanos allá de otro matrimonio de mi padre, pero por problemas familiares ninguno de ellos lo acogió, o sea, lo acogieron temporalmente, pero nadie se hizo cargo, sé que era difícil asumir un niño. Mi hermano fue a parar a un *foster home*, fue adoptado por una familia que no era católica, era adventista, porque no era solo la iglesia católica, había otras iglesias involucradas también. De ese *foster home* pasó a otro y así creció. Se pudo valer por sí mismo, pero sufrió mucho. No se me olvida que mi hermano, un niño, mandaba a mi madre cartas

llenas, del principio al fin de la hoja, por delante y por detrás, con dos palabras solamente, que se repetían y se repetían: «Mami ven, mami ven, mami ven», de arriba a abajo.

Mi hermano se llamaba Francisco Javier Ochoa, después su nombre norteamericano fue Frank Ochoa. Le decíamos Panchito cuando era niño, pero allá en los Estados Unidos él se sentía mal cuando lo llamaban así, había que decirle Frank, porque asumió de tal forma la cultura norteamericana que no le gustaba esa reminiscencia de procedencia latina, no le gustaba que se lo recordaran.

¿Y su madre cómo reaccionaba cuando recibía las cartas?

Sufrió horriblemente, lloraba. Mis padres tenían una desesperación muy grande cuando no salieron, porque los planes eran que todos nos íbamos, que nos íbamos a reunir y luego regresar a recuperar las propiedades. A medida que pasaba el tiempo y se demostró que no era posible, se dieron cuenta de que habían perdido a los hijos que habían mandado y nunca en la vida volvieron a ser quienes eran, siempre tenían una especie de tristeza. Mi padre murió muy prematuramente, pocos años después, pienso que nunca se pudo recuperar de esa separación. Era un hombre vital, hermoso y vi cómo se fue consumiendo, hasta que murió, a los sesenta y cinco años.

¿Y sus padres no pudieron ir?

No, era muy difícil la situación migratoria cuando se cierra con la Crisis de Octubre. Él se va cuando los famosos Vuelos de la Libertad,¹ porque es incierto que la Operación Peter Pan terminó en el año sesenta y dos con la Crisis de Octubre, eso es incierto, la salida de él lo prueba, siguieron saliendo niños solos después del cierre, no sé hasta cuándo, pero la Operación Peter Pan no terminó en el año sesenta y dos como se dice.

Era todo muy complicado, Estela. No puede imaginarlo, además, no era salir él solo o salir él y mi madre solos, tenían otros hijos aquí que no viajaron porque no les dio tiempo a viajar o porque no quisieron hacerlo. Tengo un hermano que se escapó de la casa también, para alfabetizar, es que la familia se dividió, unos tomaron un camino y otros

¹ Puente aéreo que se establece entre Cuba y los Estados Unidos, en 1965, a partir de la firma entre los dos países de un Memorándum de Acuerdo. Por esa vía viajaron a los Estados Unidos más de doscientos sesenta y ocho mil personas.



Pasaporte de Francisco Javier Ochoa.



Marina Ochoa durante la entrevista.

tomaron otro y los padres en el medio. Los planes no salieron como ellos pensaron.

El conflicto Cuba-Estados Unidos ha sido bien drástico, bien difícil desde el principio y ha tenido y tiene mucho que ver con la separación de la familia cubana. Es uno de los casos en que considero que se ve, de forma más clara y diáfana, cómo estas situaciones influyen en las vidas particulares de los seres humanos.

¿Y habló con sus padres alguna vez cuando supo lo que pasó con su hermano?

Mi madre en ese momento decía que eso era por poco tiempo, que todos nos íbamos a reunir allá. La ilusión de ellos era que toda la familia se fuera, era como una avanzada, primero los niños por el problema de la patria potestad, los más chiquitos, porque decían que los iban a llevar a los círculos infantiles todo el tiempo, a las escuelas, y que vendrían a ver a sus padres una vez al mes, porque los niños no eran de los padres, eran de la patria.

Todo eso se hablaba en mi casa y venían otras familias de la misma capa social y ese era el tema de conversación, un monotema: el problema de la patria potestad y los niños y una supuesta ley que había salido, sobre la que hablaban por teléfono y la llevaban de una casa a otra. Recuerdo cuando mis padres leyeron la ley y llamaron a otras familias. Después supe que era una ley falsa.

¿Y qué decía la ley?

Que los niños no eran de los padres, que eran de la patria...

¿Su hermano siguió escribiendo cartas?

Siguió escribiendo hasta un momento determinado. Después yo supe que hizo crisis, porque cuando alcanzó la adolescencia, momento en que todos nos cuestionamos cosas, llegó a la conclusión que lo habían separado, apartado, que un poco lo habían tirado al desamparo y a partir de ahí empezó a dejar de escribir. Él demandaba que su madre fuera, que era el más pequeño. Parece que en algún momento mi mamá le decía que aquí tenía otros hermanos, pero él le reclamaba que era el que más la necesitaba, lo que después se convirtió en una especie de rencor generalizado hacia los padres por lanzarlo a una experiencia tan traumática, tan dura, tan fuerte y ya eso marcó las relaciones con mis padres, a tal punto que después fueron ausencias de años sin correspondencia, sin saber de él.

¿Y no intentó regresar?

¡No, le tenía pánico al comunismo! Tenía pánico de regresar y que cuando viniera lo fueran a dejar aquí. Yo nunca pude volver a hablar con él, lo que sabía era a través de las pocas cartas a mis padres, de esporádicas llamadas por teléfono que fundamentalmente hacía mi mamá. Supe después, cuando murió, que fue muy desdichado.

¿Y cómo supo de la muerte de él?

Porque recibí una carta de la familia, de unas tías, que decía que él estaba muy grave, hice gestiones muy rápidas para viajar, lo haría un martes, pero el falleció el sábado anterior, fue fulminante.

¿En su opinión qué cuestiones influyeron para que tuviera lugar la Operación Peter Pan?

Muchas cosas coincidieron, personas bien intencionadas desde sus puntos de vista, dentro de su ideología, su pertenencia de clase, propiciaron una manipulación con fines políticos para desestabilizar, pues el hecho de separar a los hijos de los padres crearía en los padres una angustia tremenda si veían que no se podían reunir con sus hijos. Pienso que esperaban que los padres actuaran, presionaran, hicieran cosas contra la Revolución, por eso es que digo que fue una manipulación de los sentimientos familiares horrible y me aterra que una cosa así haya sucedido y pueda suceder.

¿Cree que es responsable la CIA?

Yo pienso que la CIA se montó en esa situación y lo hizo cuando llamaron a Walsh al Departamento de Estado; que surgió espontáneamente, pero que después la CIA se dio cuenta de que había la posibilidad de crear un gran pánico, de crear desestabilización, que era un elemento más a manejar y lo convirtió en una operación. Pienso que fue así. Hay muchas cosas que sería muy interesante que se conocieran.

¿Y los cubanos, el gobierno cubano no hizo nada?

Según supe el gobierno cubano no sabía qué estaba pasando. Los niños salían, pero por diferentes aerolíneas, treinta en una, veinte en otra. Estuvieron saliendo durante dos años. Eran niños que salían con un documento que los padres hacían, en el que le entregaban la patria potestad al propio niño y que se hacía ante notario, entonces, salían legalmente. Si los padres deciden que el niño viaje a estudiar –supuestamente iban a estudiar–, no había ninguna prohibición legal, pero considero que el Estado cubano desconocía que existía esa operación, eso se

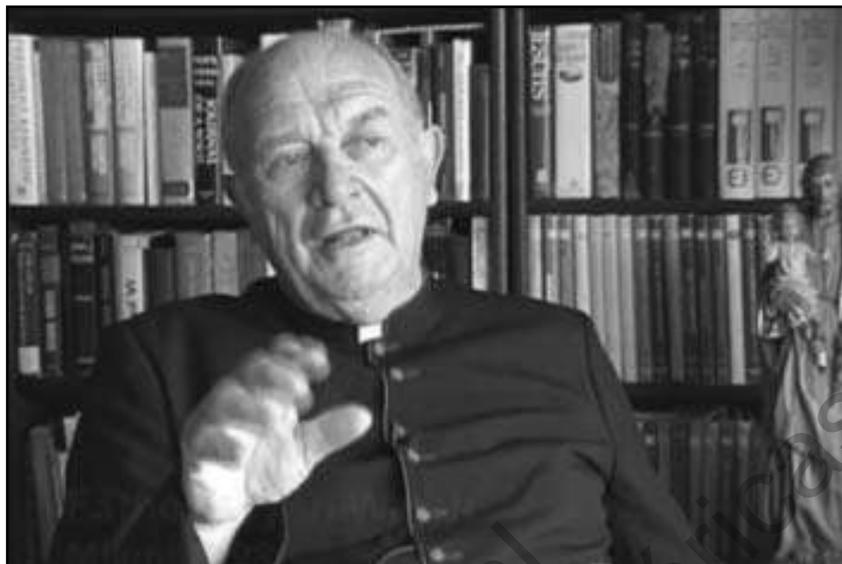
supo en 1965 cuando en el interrogatorio que se hizo a Mongo Grau, cuando fue acusado de los atentados a Fidel, junto con Pola Grau, él habla por primera vez de ese éxodo de niños como una operación de la CIA. Es él quien habla por primera vez, en el año sesenta y cinco. Se trataba de una operación muy bien montada.

¿Por qué cree que es importante contar la historia de la Operación Peter Pan?

Creo que es muy importante contar esta historia, bien contada, exhaustivamente, porque es una manera de evitar que vuelva a pasar, porque se trata de algo monstruoso, no hay nada que justifique la separación familiar en edades tan tempranas, que la familia pueda ser rehén de conflictos entre Estados, ¡de ninguna manera! Cuando se compara este éxodo con el de los niños en países en guerra, se aprecia la diferencia, aquí no había una guerra para provocar que esos niños se separaran de sus padres y viajaran solos. Esta situación inició la separación drástica de la familia cubana por una confrontación que se mantiene hasta nuestros días y las familias, a ambos lados del estrecho de la Florida, siguen sufriendo.

Yo tengo por dentro el dolor de pensar y pensar que si las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos fueran normales todos esos sufrimientos se hubieran ahorrado y quizás hubiera podido ver a mi hermano y simplemente volvería a ver a mi familia.

La guerra fría terminó y mantener esta, con respecto a Cuba, impide que la familia cubana, de ambos lados del estrecho de la Florida, pudiera ser un poco más feliz.



MONSEÑOR BRYAN WALSH

«El gobierno, el Departamento de Estado, me llamó para decir que querían ayudar a unos padres en Cuba a mandar a sus hijos aquí y que necesitaban una agencia social como la Iglesia que pudiera tener responsabilidad por los muchachos y que nosotros podíamos contar con la ayuda del gobierno, con dinero y todo eso, pero que necesitaban alguien para firmar y dijimos sí, estamos listos. Nosotros ayudamos a salir de Cuba y a entrar en este país a más de quince mil niños».

Miami, los Estados Unidos, 1979 y 1999

Ingresó en un seminario católico de la ciudad de Baltimore, Maryland. En 1957 fue designado párroco de la iglesia del Sagrado Corazón, perteneciente a la diócesis de Miami. Poco tiempo después fue nombrado director del Catholic Welfare Bureau (agencia para las caridades católicas). Principal ejecutor, en coordinación con el gobierno de los Estados Unidos y las jerarquías católicas de la Florida y Cuba, del éxodo de niños cubanos que viajaron sin sus padres a los Estados Unidos, mediante la Operación Peter Pan. Falleció en Miami en el año 2001.

¿Qué papel jugó usted en relación con la salida de los niños cubanos hacia los Estados Unidos y por qué salieron?

Las familias cubanas estaban mandando a sus hijos aquí por miedo al adoctrinamiento comunista en Cuba y porque tenían miedo de que sus hijos fueran a estar metidos en los movimientos clandestinos contra la Revolución, esas fueron las dos razones: el adoctrinamiento y el problema clandestino. Los padres querían mandar a sus hijos aquí hasta que hubiera un cambio en el régimen de Cuba.

Nosotros empezamos con un campamento, Kendall, un antiguo hogar del condado de Dade, en diciembre de 1960, pero comenzaron a llegar más rápido y más rápido y entonces utilizamos otros campamentos de recepción: Matecumbe, que era uno de verano para la juventud de la diócesis, y casas de apartamentos que alquilamos. Entre los tres campamentos teníamos una capacidad de mil doscientos niños, pero eran campamentos de recepción. La idea de nosotros era distribuir los niños por todo el país, al calor de una familia.

¿Cuántos niños llegaron a esos campamentos en esos años?

Nosotros ayudamos a salir de Cuba y a entrar en este país a más de quince mil niños.

¿Quince mil niños sin sus padres?

Del 26 de diciembre de 1960 hasta el 23 de octubre de 1962. Cuando empezó el problema de los cohetes y la confrontación entre los Estados Unidos y Cuba acabó todo el programa de salir de Cuba, nadie podía salir después de eso, pero los quince mil llegaron por medio de nosotros, usando la visa *waiver* y otros con la ayuda de mucha gente en Cuba; unos tenían familiares aquí, pero otros necesitaban protección y ayuda de nosotros, un *foster home*, un hogar, un colegio internado.

¿Entonces las visas waiver fueron especialmente pensadas para los niños?

La visa *waver* es una cosa que existe dentro de la Ley de los Estados Unidos, el Gobierno tiene derecho de decir quién puede venir sin visa. Dieron una carta diciendo eso para presentar en la aerolínea, porque el capitán de un bote o un piloto de una compañía aérea tiene problemas si no es así, y tiene que regresar a la persona a su país y pagar una multa. Cuando iban a comprar el pasaje en Cuba tenían que enseñar eso como una visa, que no era tal, sino una carta firmada por mí, la visa *waver*. En verdad me dieron una carta blanca, sin restricciones.

¿Y en la responsabilidad que aceptó tenía experiencia?

Yo tenía experiencia, porque entré aquí en 1955 y estuve de rector por cinco años, antes que empezáramos Pedro Pan, y en el primer año que estuve en Miami tuvimos el problema de los refugiados de Hungría, aprendí sobre ese tema y empecé a trabajar con una agencia nacional. Tenía ideas muy marcadas acerca de la necesidad de profesionales trabajando en los programas para cuidar a los niños que vienen sin familia y para ayudar a las que llegaran aquí. Yo insistí, desde el primer momento, en que para el cuidado de los niños que venían sin sus padres teníamos que tener una agencia profesional para el bienestar de los niños, no se trataba de un colegio internado, cuando un niño está internado en un colegio tiene su familia, que se ocupa de su ropa, de sus cumpleaños, de todas esas cosas; nosotros teníamos que cuidar de los niños los trescientos sesenta y cinco días del año, veinticuatro horas al día, y teníamos que hacer todo lo posible por los que no tenían los padres, hasta el día que pudieran reunirse aquí o en otro lugar.

Es decir que usted empezó con el programa de refugiados húngaros, ¿en qué año?

En 1956. Cuatro años después ya tenía experiencia en el trabajo con refugiados.

¿Cómo es que se inicia ese programa con refugiados de Cuba en 1960?

Muy sencillo, vino a verme un cubano y con él un joven de quince o dieciséis años, que se llama Pedro Menéndez, y me preguntó si yo podía ayudar, si la Iglesia podía ayudar a ese joven cubano, el primero que encontré en Miami sin sus padres. Me dijo que se encontraba aquí hacía un mes, que sus padres lo mandaron con parientes, sin darse cuenta que la situación de ellos era muy mala aquí. No había ayuda económica ni nada en esa época y entonces él estuvo viviendo con amigos y tenía, ciertamente, una situación muy mala. Arreglamos cómo ayudarlo.

Estuvimos en contacto con unos representantes de Eisenhower,¹ que estuvieron aquí investigando la situación de los cubanos en Miami, para ver qué podía hacer el gobierno federal. El Gobierno aprobó un contrato con nuestra agencia² para cuidar a niños que estaban en Miami sin la protección de sus padres, pensamos que de vez en cuando iba a venir un niño y otro. Nunca pensamos en el tema de ayudar a familias en Cuba, que mandaran los niños no era ninguna idea de nosotros.

Teníamos un hogar para niños y cuidábamos de estos, chinos, mexicanos, cubanos, haitianos. Más o menos dos meses después, en diciembre, vino a mí un grupo de comerciantes norteamericanos de La Habana. Me dijeron que por la situación de Cuba los americanos estaban saliendo del país, pero que tenían varios amigos cubanos que querían mandar a sus hijos aquí, a un colegio internado, y que alguien les dijo que debían hablar conmigo. Yo les respondí: «Bueno, tenemos un dinero del gobierno, pero pensamos que un colegio internado no es la solución, porque un colegio internado depende de una familia para resolver los problemas, nosotros tenemos que cuidar a esos niños en lugar de sus padres». Ellos aceptaron y dijeron que podían arreglar las salidas de Cuba, si nosotros recibíamos a los niños.

El 23 o el 24 de diciembre del año sesenta recibí una llamada de Washington, del Jefe de la Sección de Visas de los Estados Unidos. Ese hombre habló conmigo y dijo que tenía una lista de doscientos niños en la embajada en La Habana, que sus padres querían mandar a los Estados Unidos, pero que el Departamento de Estado, el gobierno, no podía, hacerse cargo de esos niños, que necesitaban de una agencia social como la Iglesia, para que tuviera la responsabilidad por los muchachos y que nosotros podíamos contar con la ayuda del Gobierno, con el dinero; que el Departamento de Estado daría las visas y que si nosotros aceptábamos la responsabilidad de cuidar a los niños que vendrían sin sus padres debíamos firmar un documento diciendo que estábamos listos. Entonces les dije: «Sí, vamos a firmar» y firmé el documento, que garantizaba que podíamos buscar hogares, familias, para que los niños pudieran tener seguridad en este país, y los padres, que sus hijos iban a recibir ayuda y protección. Los primeros niños llegaron el 26 de diciembre de 1960.

¹ Dwight David Eisenhower (1890-1969), presidente de los Estados Unidos en el período 1953-1961.

² Catholic Welfare Bureau.

Entonces, ¿nuestro gobierno lo ayudó en todo?

Me ayudó en todo. Siempre el dinero era un poco corto, teníamos que hacer muchos sacrificios, pero en general teníamos las cosas básicas pagadas y con eso podíamos empezar y seguir con la seguridad de que no dependeríamos de la comunidad, pidiéndole dinero, ayuda. El dinero venía por medio del Departamento de Salud, Educación y Bienestar en Washington.

Eso fue en los años sesenta y mucha gente en Cuba, de la clase media, sus chicos, había estado fuera de Cuba. Eran familias de la clase media que mandaban a sus hijos a colegios católicos como La Salle y Belén. Ellos tenían la ilusión de que iba a ser una cosa de unos meses, que pronto se iba a resolver el problema dentro de Cuba, pero querían que sus hijos estuvieran en un lugar seguro.

La preocupación de esos padres por los niños creo que tenía varias raíces, primero la experiencia de España, que estaba muy viva en Cuba, cuando en el año 1939 miles de niños salieron del país, fueron a Rusia unos, por el deseo de sus padres que eran comunistas, y otros a México, seiscientos niños de Barcelona, antes de la caída de Barcelona; los anarquistas mandaban a sus hijos en un barco a México, ese era un viaje tremendo, tremendo, otros fueron a Inglaterra, a Francia.

¿Pero fue con el consentimiento de los padres españoles o no?

Sí, porque eran hijos de las personas que estuvieron en el Partido Comunista de España, pero de ese fenómeno los cubanos supieron muy bien y cuando Castro comenzó la vuelta al comunismo en el año sesenta, los padres cogieron mucho miedo, cerraron los colegios católicos en Cuba y circulaban muchos rumores: «que van a quitar la patria potestad, el poder de los padres sobre los hijos, el Estado va a estar en lugar de los padres». También veían el adoctrinamiento de los niños en los colegios, que mandaban a los muchachos, a los jóvenes a las montañas para enseñar a leer. Todo eso les dio mucho miedo a las familias en Cuba.

¿Pero mandaron alguna vez a Rusia a los niños?

Sí, cientos de niños fueron a Rusia a estudiar en becas en ese tiempo, hasta el hijo de Fidel fue a Rusia a estudiar. Eso creó un temor grande en los padres y ellos no podían emigrar a los Estados Unidos, era muy difícil en esa época, siempre fue muy difícil para un cubano venir aquí, era más fácil mandar a sus hijos y, además, ellos tenían la esperanza de que en unos meses, en un año, los Estados Unidos iban a resolver el problema de Castro y todo iba a volver a como era Cuba antes de la Revolución y pensaron: «Bueno, los muchachos están seguros en los

Estados Unidos mientras nosotros hacemos cosas clandestinas, movimientos contrarrevolucionarios y todo eso». Tenían la esperanza que todo estaría bien. Después de Bahía de Cochinos, de Playa Girón, perdieron las esperanzas de un cambio en Cuba y trataron de mandar a sus hijos aquí para ellos seguirlos después.

Nos han dicho que se hacían listas.

Con los que tenían más de dieciséis años sí tenían que presentar aquí una lista, pero los de menos no, solamente una fotocopia de la carta. Alguien podía escribir el nombre y la fecha de nacimiento del niño, era algo sencillo. Había, yo no sé, veinte mil, cincuenta mil, cien mil copias de esa carta. Varias personas tienen esas visas guardadas en Cuba, pero la única lista era de los que tenían más de dieciséis años. Era muy fácil hacer copias fotostáticas, obtener visas, nosotros las mandábamos por correo.

¿Entonces las visas eran falsas?

No, porque tenían validez. Era solo una notificación que eximía de la visa normal a todos los niños hasta la edad de dieciséis años. No tenía la firma original, pues servía igual una fotocopia.

¿En su proyecto no había ninguna organización especial en Cuba vinculada con las visas, con el éxodo de los niños?

No, no, no, no. Nosotros hablábamos con todo el mundo, religiosos, personas pidiendo cartas, parientes aquí en Miami. A nuestra oficina venían todos, nunca tratamos de organizar a nadie. Mongo y Polita Grau mandaban listas de muchachos de dieciséis, diecisiete años, nosotros consultábamos con el Departamento de Estado y a las dos o tres semanas mandaban las listas aprobadas. Recibíamos niños no solamente de La Habana, sino de muchos otros lugares del país, no había restricciones.

Usted estaba dando esa ayuda a los niños que venían sin sus padres, ¿también le preocupaba lo que sucedía en Cuba?

Aquí nosotros hablábamos mucho, teníamos muchas discusiones sobre nuestra misión y nuestro papel y lo primero era que si el niño estaba aquí, sin sus padres, teníamos que cuidar de ellos, que los padres en Cuba supieran que la Iglesia estaba cuidándolos, que podían mandarlos con confianza. La discusión era si debíamos o no tratar de ayudar a los niños a salir de Cuba, y siempre llegamos a la conclusión de que no podíamos solucionarlo, era un derecho de los padres y no podíamos negarle que lo ejercieran, el derecho de decidir dónde querían la educación

de sus hijos. Lo único que hicimos fue darles la oportunidad de tomar la decisión, si los padres adoptaban la decisión nosotros teníamos que responder, pero la decisión era de los padres.

Cuando los niños llegaban iban a los campamentos y ustedes debían cuidarlos.

Siete mil fueron enseguida con parientes y amigos y más o menos siete mil había que mandarlos a centros de recepción. Primero comenzamos con una casa con veinticinco muchachos, yo empecé a vivir con ellos enseguida, porque ellos tenían su cultura, su manera y era importante todo eso. Después enviamos a los muchachos a otras agencias radicadas en Los Ángeles, Chicago, Washington, y explicábamos las características de esos niños, cómo debían cuidarse.

¿Qué hizo el gobierno cubano, en relación con la salida de los niños?

Eso es una cosa muy interesante. Nosotros hicimos todo sin publicidad, muy calmado, muy cuidadoso y la gente en Cuba hizo todo para no llamar la atención. Por mucho tiempo el gobierno de Cuba no tenía ninguna idea de que eso estuviera pasando. Eran dos vuelos diarios de La Habana a Miami y cinco niños en un vuelo, cuatro en otro, dos en otro, era así y también teníamos gente que estuvieron ayudando de manera clandestina. Era una conspiración en silencio. Por mucho tiempo el gobierno de Cuba, en realidad, no tuvo ninguna idea de que era una cosa tan grande. La gente trabajaba con mucha prudencia, con mucho cuidado.

Monseñor, ¿qué usted opina, conocía la CIA de lo que estaba sucediendo, participó en todo ese proceso del éxodo de niños cubanos?

Primero que todo: si la CIA no sabía lo que estuvimos haciendo eran negligentes. En Miami era su trabajo saber todo lo que pasaba en Cuba. No tengo pruebas en absoluto, ni nunca las he tenido, de una participación directa de la CIA y yo conocí muchas personas de la CIA.

¿Lo visitaban?

No... sí... Me visitaban porque yo participaba en otras cosas de Cuba.

¿Era muy peligroso para la gente de ustedes ser parte de la operación que se desarrollaba?

Era peligroso para la gente en Cuba, después cogieron a unos y estuvieron muchos años en la cárcel por su participación en eso. Un punto clave de la Operación en La Habana fue Mongo Grau y... Polita y Penny Powers. Penny era el enlace clave en el grupo de La Habana. Polita Grau,

la sobrina del expresidente de Cuba, Ramón Grau San Martín, pasó catorce años en la cárcel. Parte de su problema era el programa de los niños. Ellos hablan muy francamente de su papel en este programa.

¿Cuáles fueron las razones por las que relocizaron a los niños?

No teníamos capacidad en Miami. Yo llegué a tener camas para mil quinientos aquí en Miami, en edificios de apartamentos. Alquilamos ciento cincuenta apartamentos, todos en dos calles que cerramos, pusimos una cerca, un comedor y todo el día familias mexicanas viviendo allí, un matrimonio cuidando de ocho a nueve niños, ese era el sistema Matecumbe. Por algunos meses tuvimos que usar carpas. El problema era que siempre teníamos lugar para niños menores de doce años, pero el setenta y cinco por ciento eran jóvenes de trece a diecisiete y nadie quería tratar con esos grupos. La suerte es que pudimos encontrar matrimonios muy bien preparados que ya tenían hijos adolescentes y podían comprender cómo cuidarlos, teniendo la experiencia de cuidar los adolescentes cubanos, personas muy bien preparadas, profesores, médicos. Siempre estuve preocupado por el nivel cultural de esas personas.

Los niños que fueron a orfanatos –hemos entrevistado a algunos– no tienen recuerdos muy gratos.

Tratábamos de usar los espacios que tenían los orfanatos. Allí tenían medicina, comida, de todo.

Yo estuve primero con los jesuitas, cuando tenía dieciséis años y cuando volvía de las vacaciones al colegio, el primer mes era un desastre, uno se siente malísimo, pero uno tiene que distinguir y nuestra experiencia es que estaban bien cuidados, pero se trataba de una nueva cultura, un nuevo idioma y estaba la separación de la familia.

En el lugar donde yo viví con algunos de ellos, jóvenes de quince, dieciséis, diecisiete años, encontré muchachos llorando por la noche, porque se sentían solos, sin sus padres y uno tenía que comprender esa situación pero también debían adaptarse al nuevo sistema, a la nueva cultura.

¿En aquellos tiempos qué usted pensaba que era mejor, los orfanatos o los...?

Un hotel, un edificio de apartamentos, donde teníamos tres o cuatro matrimonios cuidando cada uno a cinco o seis muchachos, había una figura de autoridad, y entonces los adolescentes podían aguantar eso y esas personas a los adolescentes. El problema de los muchachos varones adolescentes es muy difícil, toda familia sabe eso.



Salida de La Habana
y llegada a Miami





Campamentos en Florida



REGLAMENTO

...IDA MÁS CORDIAL A ESTE CAMP MATECUMBE, DONDE DESEAMOS ENCUENTRE
...HO HOGAR.

...OS LEA CON ATENCIÓN LAS SIGUIENTES OBSERVACIONES ESPERANDO QUE Ud
...N DIA SU MAYOR INTERÉS EN SER UN BUEN CUMPLIDOR DE LAS NORMAS DE

...TUACIÓN EN EL CAMP ES DE TRÁNSITO. EN CUALQUIER MOMENTO SE LE
...RÁ A Ud. EN OTRA DE NUESTRAS INSTITUCIONES CATÓLICAS EN ESTADOS
...S. PARA TODO ELLO ESTÁ EN EL CAMP EL DEPARTAMENTO DE SERVICIO
...AL.

...TRAS Ud. ESTÉ EN EL CAMP ESTÁ SUJETO A TODAS LAS NORMAS DISCI
...ARIAS DEL MISMO.

...A SU SENTIDO DE RESPONSABILIDAD RESPECTO A

- CON EL FIN DE CONSEGUIR PARA Ud. EL MÁXIMO APROVECHAMIENTO
ESTABLECIDO EN EL CAMP UN PROGRAMA DE CLASES. LA ASISTENCIA
MISMAS ES ABSOLUTAMENTE OBLIGATORIA Y SOLO PUEDE
...SARLA UN PERMISO ESPECIAL DEL P. DIRECTOR.

- NO SE PUEDEN HACER LLAMADAS A CASA DESDE NINGÚN TELÉFONO

... LE RECORDAMOS QUE Ud. SE ENCUENTRA EN UN CAMPAMENTO CAT
...PERAMOS POR LO TANTO QUE POR SU MANERA DE HABLAR Y DE CON
...DARÁ SIEMPRE MUESTRAS DE AUTÉNTICO CATOLICISMO.

TODOS LOS DIAS SE CELEBRA EN EL CAMP EL SANTO SACRIFICIO
A DONDE Ud. PUEDE ASISTIR Y PARTICIPAR DE LA COMUNIÓN.

RECUERDE QUE PARA LOS DOMINGOS Y FIESTAS DE PRECEPTO HAY
GRAVE DE ASISTIR A MISA.

TODOS LOS PROBLEMAS ESPIRITUALES SERÁN ATENDIDOS CON EL
...RES POR EL PADRE.

- NUESTRO MÁXIMO DESEO ES QUE CON LA RESPONSABILIDAD Y CO
...Ud. NO HAYA NECESIDAD DE IMPONER NINGUNA SANCIÓN, PERO E

¿Y cuándo estaban con familias norteamericanas?

Había una buena relación, pero cuando llegaban los problemas de la adolescencia, cuando los muchachos querían más libertad, esas familias, incluyendo también a los parientes, no podían aguantarlos... eran los niños sin los padres aquí en este país.

Yo tenía algunos, pocos, dos o tres, que tenía que decir a las autoridades: «A este muchacho nosotros no lo podemos seguir cuidando», eran problemas de la adolescencia, pero también mentales y otras situaciones.

¿No se sentían enojados los niños con sus padres por haberlos mandado solos?

No, en general, no, porque nosotros hacemos una distinción entre separación y abandono. Por ejemplo, en el sistema de servicio social nosotros nos encontramos con niños que los padres han abandonado y es la misma cosa, el niño no va a comprender por qué su padre lo abandonó, también niños acosados por sus padres. Los niños cubanos que venían procedían de una familia normal, era por amor que sus padres hicieron el sacrificio de la separación. Nosotros hablábamos con ellos y le decíamos: «Ustedes no deben hacer nada que vaya a ser una vergüenza para sus padres» y ellos comprendían muy bien.

¿Por qué los padres no salieron junto con sus hijos?

Ellos... Ellos... por una razón o por otra el gobierno de los Estados Unidos no encontró pertinente darles la visa *waiver*. Yo no puedo responder esa pregunta.

Siento tremendo respeto por los padres que ejercieron sus derechos humanos fundamentales. Creo que hicimos lo correcto al darles la oportunidad de tomar la decisión de mandar sus hijos para acá.

¿Había casos en aquel tiempo de niños traumatizados?

Eran algunos, pero siempre eran niños que tenían problemas en Cuba antes de venir aquí. Dentro de una población uno va a encontrar un porcentaje de casos especiales, pero nosotros tuvimos la oportunidad de hablar con sus padres, de investigar y nos damos cuenta de que era una historia de problemas en esas familias, y, por otra parte, niños que vinieron muy pequeños, de seis, siete, ocho años, era mucho tiempo separados de sus padres y no comprendieron la situación, no pudieron conocer a sus padres cuando llegaron. Los niños que sobrevivieron con familias norteamericanas no podían hablar español y entonces volvían a Miami para vivir con sus padres y...

¿No se podían entender con sus padres?

Los niños perdían todo el español y no querían hablar en español. Eso pasó con niños muy pequeños, de siete, ocho años, separados de sus padres. Nosotros ayudamos mucho, con el trabajador social, aconsejándoles, ayudando a hacer el puente. Era muy difícil. Tenían que aprender español de nuevo, los padres inglés o los dos *spanglish*.

Monseñor, usted organizó, de acuerdo con su experiencia y sus intenciones, un plan ideal para garantizar que esos niños tuvieran el menor tipo de traumas posibles, pero, según las entrevistas que hemos hecho, hubo momentos que ese plan se escapó de su control. ¿Usted tuvo conciencia de eso?, ¿usted piensa igual o no?

Bueno, depende de qué significa control. Cuando en Miami teníamos cerca de quinientas personas trabajando, empleadas, el 99,9 % eran cubanos –en Matecumbe, Kendal, Opa-Locka y también en la oficina central–, no teníamos más de seis u ocho norteamericanos, el programa aquí era muy cubano. Otra cosa eran nuestros contratos, porque teníamos que hacer contratos con los niños y con las agencias de otras partes del país, ayudábamos mucho a comprender la cultura cubana, las tradiciones cubanas y, naturalmente, las situaciones donde no aprendieron bien... Por ejemplo, muchas familias creían que lo más importante de todo era que aprendieran inglés. Aprender inglés era importante para el colegio, pero no era un pecado original hablar español; una persona con una identidad cubana muy fuerte, una persona que no sabe si es cubana o norteamericana, porque la integración viene de una posición sólida, fuerte y no con una identidad que no sabe si es una u otra, significa un problema.

Hay peligro en las entrevistas, todos nosotros tenemos la tendencia de escribir otra vez nuestra historia y todos podemos caer en eso, especialmente si tenemos problemas, y no necesariamente problemas psiquiátricos, problemas más o menos normales del género humano. Si tenemos éxito en nuestra vida, tratamos de identificar por qué tenemos éxito; si no tenemos éxito, buscamos los diablos.

¿En los controles que usted tiene, está el dato de los niños que se pudieron unir con sus padres y los que no se unieron?

Oiga, nosotros tenemos datos de todos los niños que estuvieron en nuestros hogares, del que estuvo dentro, bajo nuestros cuidados, pero los que se fueron con sus parientes desde el aeropuerto no tenemos muchos.

Se ve que las familias cubanas son muy unidas.

La familia cubana es muy unida, pero es la familia grande, los abuelos, los padres, los tíos, los primos y casi primos y todo eso.

Usted dijo que a los treinta años empezó el programa de los niños cubanos y si hubiera tenido la experiencia que tiene ahora no se hubiera envuelto. ¿A qué se debe esa reflexión?

Cuando se tienen sesenta años se ha adquirido demasiada experiencia y uno tiene más cuidado en empezar algo nuevo. Hay muchas preguntas que es imposible contestar.

Hay un muchacho que tenía muchas buenas experiencias con nosotros, estuvo viviendo conmigo y tenía muy buena memoria. Un día me invitó a almorzar a su casa, con sus hijos que eran adolescentes y me dijo: «Yo no sé, no puedo mandar a mi hijo de quince años a otro país, no sé cómo mis padres lo hicieron». Sus padres estaban presentes, él fue muy sincero. Yo le respondí: «Le voy a decir, no está en las mismas circunstancias en el mismo ambiente, usted no está en esa situación, así que usted no sabe qué va a hacer o qué tiene que hacer ante la misma circunstancia». Quedó un momento pensando, hasta que dijo: «Monseñor, usted dice que sí, que acepta la responsabilidad, y yo tengo que saber si ahora acepta la responsabilidad. Vamos a dar permiso a doscientos niños, esa es la primera lista, ¿qué va a explicar al obispo, que aceptó la responsabilidad por doscientos niños cubanos?».

Yo dije que sí pensando cómo iba explicar al obispo que había aceptado la responsabilidad por doscientos niños cubanos. Una semana después el obispo me llamó, y me dijo que alguien del Departamento de Estado está hablando de doscientos niños, y le respondí: «Ah, sí, monseñor, yo tenía que hablar con usted sobre eso», y él me dijo: «¿Qué es eso de doscientos?, ¿quién está poniendo la limitación de doscientos?» Le expliqué que doscientos era la primera lista y entonces respondió: «Está bien, acepto a todo el mundo». Yo escapé de esa situación, pero ¿quién sabe?

Una pregunta que pudo ser al principio, ¿cuándo y quienes bautizaron este programa como Pedro Pan?

Nosotros tratamos de no tener publicidad, más que todo para no crear problemas con la familia en Cuba, si empezaba a tener mucha propaganda aquí en Miami pensábamos que eso podría perjudicar a las familias y a los padres que todavía estaban en Cuba. Entonces lo mejor era no decir nada. Cada vez que venía un periodista y decía: «Eso de los

Pedro Pan, de los niños separados de los padres, es una cosa tremenda que debemos publicar», yo explicaba que todavía estábamos recibiendo niños y los periodistas de Miami respetaron eso, ellos mismos decían que era como un Peter Pan, algo clandestino, «pero mejor, no sabemos, no queremos saber mucho». Cuando mandamos niños a otros lugares, en Cleveland uno de los vecinos era un periodista y preguntó quiénes eran esos niños cubanos viviendo con familias americanas, empezó a preguntar, en fin, el periódico de Cleveland rompió la publicidad, aquí fue como un chiste eso de Pedro Pan y creo que no fue hasta el año setenta y cinco, o más tarde, casi el ochenta, que salió en los periódicos la palabra Pedro Pan.

Monseñor, hay personas que piensan que la Iglesia, que usted, y personas de buena fe, tanto en los Estados Unidos como en Cuba, fueron utilizadas con un objetivo que no tenía nada de humanitario, sino que pretendía desestabilizar al gobierno cubano con fines políticos, ¿qué opina?

Mire, hablando en general, todos los gobiernos del mundo hoy en día, no solamente con la situación cubana, no toman decisiones humanitarias, toman decisiones políticas, de vez en cuando la decisión política coincide con la decisión humanitaria, eso es lo que yo creo. Entonces era una motivación política del Departamento de Estado que me dio el permiso para firmar y estoy seguro que era una decisión política. Dar nos el dinero para cuidar a los niños fue una decisión política, no tenía nada de humanitaria, aunque creo que sí la tenía, pero los gobiernos hacen cosas políticas.

Los que tienen responsabilidades con los hijos son los padres de familia y lo más que podemos hacer aquí o en otro país, por la Iglesia, es ayudar a los padres, darles la oportunidad de ejercer los derechos humanos, especialmente en el nivel educacional de sus hijos. Ni este país, ni cualquier otro, tiene derecho a negar a los padres de familia que eduquen a los hijos como ellos quieren, en primer lugar es un derecho de los padres. Para mí esa es la motivación, no importa qué régimen estuviera en Cuba: si los padres quieren eso, vamos a tratar de ayudarlos... y para mí eso es política. Don Juan Pablo II dijo que el programa político de la iglesia católica es los derechos humanos, qué más podemos decir... nada más.

En la versión para este libro se unifican las entrevistas realizadas por Estela Bravo a monseñor Walsh en 1979 y 1999.



JAMES BAKER

«Había una amenaza de una ley sobre la patria potestad, que el país tendría el control de los niños con más de siete años de edad. Las historias eran de tanto miedo que mucha gente estaba desesperada y decidieron mandarlos solos».

Florida, 1999

Norteamericano, propietario y director de la Ruston Academy, ubicada en el aristocrático barrio habanero Country Club, donde estudiaban los hijos de la alta burguesía nacional y de norteamericanos residentes en Cuba.

¿Qué estaba haciendo en 1960? ¿Qué estaba pasando en Cuba?

En el año sesenta era director de una escuela americana en La Habana, la Ruston Academy. Allí estuve alrededor de veintidós años, muy interesado en Cuba, muy cercano a muchas familias cubanas. A mediados de noviembre de ese año, uno de los padres, que yo conocía mucho, que estaba en contra de la Revolución, vino a mí y me preguntó si podía conseguir una beca para su hijo, para que fuera, enseguida, a estudiar a los Estados Unidos.

Él dijo que estaba muy preocupado, porque luchaba de manera clandestina y peligraba su vida. Lo podían coger preso y matar, y que con sus hijos pasaría lo mismo que con los niños de España, cuando la guerra, que a algunos los mandaron a Rusia. Así que decidí hacer algo para ayudar.

¿Se acuerda el nombre?

No. Yo fui a Miami a ver si podía conseguir ayuda, porque conocía a algunos de los dirigentes de la Cámara de Comercio americana en La Habana. Ellos esperaban regresar a Cuba y fui allí en busca de ayuda. Me dijeron que estaban felices de poder ayudar, si yo lograba un lugar para poner una escuela y cuidar a esos niños. Alguien sugirió que contactara al padre Walsh, que estaba interesado en los cubanos. Hablé con él, hicimos un plan. Yo debía averiguar quiénes querían mandar a sus hijos solos. Él podía conseguir la visa *waiver* y la de estudiante. Todas las indicaciones serían a través de la valija diplomática de la embajada de los Estados Unidos en La Habana.

¿Y por qué los padres no vinieron junto con sus hijos?

En muchos casos no podían, porque tenían responsabilidades en Cuba y personas mayores, viejitos que cuidar, pero querían que sus hijos estuvieran a salvo.

¿Usted podía conseguir visas waivers?

No había visa *waiver* al principio. Primero fueron visas para estudiantes, después las visas *waivers*.

Trabajé en el proyecto de enero a mayo de 1961, como voluntario, ayudando al padre Walsh en la organización del sistema, que se estableciera y se organizara. Él estaba, gradualmente, consiguiendo apoyo del Departamento de Estado, yo lo ayudaba para que pudiera empezar el sistema.

¿Qué hizo?

La mayor parte del trabajo que hice fue en el aeropuerto. Estaba como doce o catorce horas al día, porque no sabíamos cuántos venían, así que tuvimos que estar ahí, preparados para cuando llegaran. Castro tenía una política de demorar los vuelos y un vuelo podía llegar cuatro o cinco horas tarde.

¿Cómo los niños llegaban si usted estaba en Miami?

Antes de dejar La Habana creé un comité para trabajar la parte de Cuba, eran responsables para eso. El sistema que el padre Walsh empezó no pudo seguir, porque se cerró la embajada en La Habana, no había visas para estudiantes. Yo conseguí que trescientos cubanos vinieran sin visas y después un pasaporte para quinientos más, para que salieran. Eso fue antes de la visa *waiver*.

¿Puede decirme qué estaba haciendo antes de irse?

Como le dije, formé un comité de cinco personas. ¿Quiere los nombres?

Sí.

Berta [de la Portilla] y su esposo Frank [Francisco Finlay], Serafina [Lastra] y su esposo Sergio [Giquel Echevarría] y Penny Powers. Berta y Penny eran profesoras en la Ruston Academy.

¿Cuál era su trabajo?, ¿qué tenían que hacer?

Ellos averiguaron quiénes eran los padres que querían mandar a sus hijos a los Estados Unidos, podían mandar a través de la valija diplomática de la embajada los nombres de los que querían viajar. Frank Finlay



James Baker cuando era director de Ruston Academy, en La Habana.

era el jefe de la KLM en Cuba y arregló las reservaciones en los aviones para ayudar a que salieran de esta manera.

¿Y qué hizo Serafina?

Serafina hizo el trabajo más peligroso, de contactar gente. Por ejemplo, una vez fue a un lugar de zonas pobres de La Habana, cuando llegó a un edificio resulta que en la planta baja estaba la oficina de los Comités de Defensa y debía ir al apartamento de arriba, ella subió igual, llegó y dijo: «¿Quiere mandar a sus hijos a los Estados Unidos?». Le respondieron que no y le tiraron la puerta, pero cuando bajaba la escalera la llamaron de vuelta, regresó y consiguió la información.

¿Así que ella iba a buscar a las personas?

Sí, fue a buscar a la gente. Le daban una lista y ella los buscaba e iba a verlos.

¿Qué me dice sobre Penny Power? ¿Ella fue la conexión británica?

Yo estaba interesado en Penny Powers porque me contó su experiencia. Ella trasladó a un grupo de niños a través de Europa, escapando de la guerra, y enseñaba parte del tiempo en la escuela. No la conocí tanto

como a los otros, pero mostró interés desde el principio y por eso le pedí que trabajara en el Comité.

¿Qué hizo ella?

No sé qué hizo, pero estoy seguro de que trabajó con la embajada inglesa, pero no sé detalles.

¿Y los Finlay?

Ella tenía pasaportes. Cuando Playa Girón la detuvieron y también a su esposo, pero dos días antes ella había dejado cincuenta pasaportes que tenía en su casa con la esposa del embajador de Holanda. Los devolvieron pocos días, fueron liberados.

¿Tenían gente trabajando con ustedes en las embajadas?

Sí.

Alguna gente ha dicho que durante años Penny trabajó con la inteligencia británica.

No sé, es posible. Penny era una mujer inteligente y dedicada, era la clase de persona en la que la inteligencia británica podría encontrar ayuda, eso no la desacreditaría según mi forma de pensar.

¿Por qué Penny estaba interesada en sacar niños de Cuba?

Yo siempre pensaba que era por su experiencia con los niños que escaparon de Europa, cuando la Segunda Guerra Mundial, que por su manera de ser quería ayudar a los niños.

Pero en Cuba no había una situación de guerra...

No, era el predominio del miedo al comunismo y la cada vez mayor dominación de Castro. Había una amenaza de ley sobre la patria potestad, que el país tendría el control de los niños con más de siete años de edad. Las historias eran de tanto miedo que mucha gente estaba desesperada y los enviaron solos. Se hablaba de que mandarían a los niños al campo, el tema de la alfabetización, el miedo de los padres a que las hijas regresaran embarazadas. Había muchos miedos, sobre todo a perder a los hijos...

¿Era verdad eso de la patria potestad? ¿Pasó?

No, no pasó, pero Castro tenía cada vez más control sobre la vida de la gente.

Pero ¿pasó?

No, no pasó, pero había miedo.

Solo miedo.

Alguien me dijo una vez que si no había pensado en los niños que vinieron aquí, solos; no, estábamos tratando de salvarlos de algo mucho peor, estábamos tratando de ayudarlos a escapar del adoctrinamiento comunista.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



MARTA NÚÑEZ

«Fueron tiempos muy convulsos, de toma de muchas decisiones, años definitivos para todas las personas en este país. Los niños que viajaron solos... no fue decisión de ellos, fue de los padres, influidos por la propaganda que había en esos momentos, oyeron más esa propaganda que lo que realmente sucedía en Cuba.

La Habana, 1999

Profesora de la Universidad de La Habana. Sus dos primos fueron enviados a los Estados Unidos mediante la Operación Peter Pan. Fue durante diez años alumna de la Ruston Academy.

Mi nombre es Marta Núñez, soy profesora titular de la Universidad de La Habana, del Departamento de Sociología. Tengo un hijo de veintidós años que estudia en la Universidad. Me eduqué en una escuela norteamericana, la Ruston Academy, aquí en Cuba, donde permanecí hasta que cerró, desde los cuatro hasta los catorce años, que pasé al Instituto de Segunda Enseñanza.

¿Y conoció a Baker?

¿Cómo no? Fue el director de la escuela donde estudié, desde que entré hasta que salí, y su esposa, la señora Baker, fue mi profesora de Inglés y directora del coro donde mi hermano y yo participábamos. Mi formación básica fue en esa escuela.

Sobre el programa de los niños que fueron sacados de Cuba...

El tema de los niños que se fueron sin sus padres a principios de la Revolución es un caso cercano a mí, por dos primos que en aquel momento tenían nueve años, el varón, y doce, la niña. Mis tíos no se pudieron reunir con ellos hasta diez o casi doce años después, porque él fue sancionado como agente de la CIA, cumplió prisión y solo pudo irse una vez cumplida la sanción.

El hecho triste es que cuando estos niños llegan a Miami al varón sí lo adoptan, posiblemente por ser muy jovencito, lo adoptó una familia norteamericana, no sé si protestante o judía. Mi familia era de ascendencia católica. A la niña no la adopta nadie. A los doce años creo que no se suele adoptar a los niños. Ella pasó su vida en escuelas internas, no sé si públicas o privadas.

Un hecho muy traumático fue que mi primo, inmediatamente que llegó a los Estados Unidos, a los pocos meses, olvidó el español, y al cabo de un año fue que empezó a escribir y las cartas eran en inglés, se le había

olvidado totalmente el español. Mi tío ya estaba en prisión y cuando mi mamá lo iba a visitar le llevaba las cartas que yo traducía.

Mis primos se fueron y no los vi en el aeropuerto, pero mis tíos y mis padres explican que no se querían ir, eran muy niños y se iban solos.

Cuando mis tíos llegan a los Estados Unidos ya mi primo formaba parte del núcleo familiar donde fue adoptado y su padre le era ajeno, tenían relaciones pero muy lejanas, no eran relaciones filiales, esas las tenía con su nueva familia norteamericana. Mi prima sí tuvo relaciones con mis tíos, volvió con ellos, pero tuvo muchos traumas durante su vida.

¿Qué cree que sus tíos esperaban?, ¿qué imaginaban cuando mandaron a sus hijos tan pequeños?

Creo que si tomaron esa decisión fue porque de verdad creyeron en la propaganda contra la Revolución en aquellos momentos, que manipulaba los sentimientos más cercanos de una persona, más íntimos, los de padres e hijos, y aseguraba que si se mantenían en Cuba las familias iban a ser destrozadas, porque el comunismo desintegraba a la familia. Por ello le ofrecían la posibilidad de enviar a sus hijos, antes que esto ocurriera en Cuba, donde la familia era una institución muy sólida. Creo que ese fue el caso de muchas personas que decidieron separarse de sus hijos y, como en el de mi tío, lo que ocurrió fue una verdadera desintegración familiar, fueron objeto de una manipulación muy grande.

Y también se hablaba de la pérdida de la patria potestad, ¿sus tíos creían que eso iba a pasar, que le iban a quitar los hijos?

Ellos creyeron que sí, que el Estado iba a posesionarse de los niños e incluso había cosas tan burdas, tan groseras y grotescas como que los iban a mandar a Rusia y los regresarían en latas de carne.

Fue un capítulo trágico, pero sobre todo para las personas que fueron manipuladas, para los niños que fueron llevados hacia allá. Fue muy triste el caso de un niño, como mi primo, que cambió totalmente sus raíces culturales en cuestión de meses, cambió su identidad, pero además, perdió a sus padres. No se trataba de una criatura de meses, de un año, era un niño de nueve años que conoce. En el caso de la niña, que ya tenía doce años, no tuvo una familia que la asumiera, sino que estuvo en instituciones educacionales durante años.

Y también sería difícil para los padres que quedaban aquí.

Creo que sí, porque en algún momento, aunque ellos nunca lo reconocieron, tuvo que haber un proceso de arrepentimiento, muy inter-

namente tiene que haber existido ese proceso, porque fue una responsabilidad que asumieron por la decisión que tomaron. Ahora, ¿cómo fueron los trámites?, de eso no tengo detalles.

Psicológicamente...

Psicológicamente fue algo muy duro. Mi tío ya murió y creo que no lo pudo superar, aunque nunca lo reconoció, y creo que es lógico, es muy difícil para una persona reconocer un error tan grave como ese.

Hay un grupo de Peter Pan que quiere volver y encontrar sus raíces, cerrar un capítulo de sus vidas regresando a encontrar a su gente.

¡Cómo no!, creo que debe haber de todo, los que no quieren olvidar. Tengo entendido que hay personas que llegaron al suicidio. Este ha sido uno de los planes de manipulación más criminal que ha existido en la historia, porque no fue para hacerle bien a ninguna de las dos partes que separaban, ¡de ninguna manera fue para hacer bien!

Walsh dijo que lo hicieron por los derechos de los padres, para que pudieran seguir su educación religiosa.

Pero mi primo dejó el catolicismo y se convirtió al judaísmo o al protestantismo, o sea, lo contrario; es un ejemplo de quien dejó su religión, y esto empezó, como he leído en investigaciones muy serias, en la escuela donde yo estudié, en la Ruston. La escuela mía era laica, donde había judíos, protestantes, personas ateas, yo era de procedencia católica. Creo que todo eso no tuvo un sentido católico, sino sumamente político: desbaratar, abrir un hueco en el proyecto revolucionario que estaba empezando.

También Walsh dice que en la Campaña de Alfabetización las muchachas regresaban embarazadas, que se quitaron las chaperonas...

En el año sesenta y uno se dan esas salidas. Fue un año de muchos cambios para la juventud cubana, sumamente convulsionado. Una cantidad de muchachos y muchachas fueron a la alfabetización pero hubo quien decidió no ir. No quise ir a la alfabetización, tenía miedo, no era que mis padres se opusieran, eran revolucionarios. Yo tenía miedo de abandonar mi casa y alfabetiqué aquí en La Habana, no tuve problemas. Ese año entré en la Asociación de Jóvenes Rebeldes y al año siguiente fui miembro de la Unión de Jóvenes Comunistas.

La expulsión de los sacerdotes...

La expulsión de los sacerdotes fue alrededor de abril-mayo del sesenta y uno. Los sacerdotes y las monjas aquí eran casi todos españoles. Mis

padres y yo éramos miembros de «Con la Cruz y con la Patria». Desde el año sesenta y dentro de mi escuela, Ruston, pertenecí a la Juventud Estudiantil Católica y recibía muchas críticas por ser revolucionaria y por ser de la asociación «Con la Cruz y con la Patria». Sin embargo, para mí, ser revolucionaria fue bastante natural, porque vi que se acabaron los mendigos, las personas que pedían en las calles. Tenía doce años cuando triunfó la Revolución y creía en las cosas que se estaban haciendo en el campo, sin embargo, empezaron cuando yo iba a misa, las pastorales, que eran diatribas contra la Revolución y eran diatribas mentirosas.

En los años cincuenta y nueve y sesenta comencé a pensar que si la religión hablaba de bondad, del bien, ¿cómo era que estaba en contra de algo que yo veía que hacía el bien?, y me preguntaba: «¿Dónde está el bien?, ¿dónde está el mal?».

Para mí el bien estaba donde estaba la Revolución y esa organización «Con la Cruz y con la Patria». A mí me costaba ya mucho trabajo confesarme con mi cura, que era un sacerdote español, porque en el confesionario me preguntaba mucho de la Revolución. La confesión era algo que no podía decir a nadie y la estaba utilizando para hacer labor de zapa en contra.

Mucha gente se fue...

En mi escuela la mayoría era norteamericana, y la otra parte, cubana; y se fueron muchos, pero se iban poco a poco, con su familia. En la Ruston no se iban los muchachos solos, no recuerdo que se fueran solos, sino con su familia, eran familias pudientes, que se iban completas.

A finales de abril del sesenta y uno, después de Girón, se dictó la Ley de Nacionalización de la Enseñanza en Cuba, se abolió la enseñanza privada y toda fue pública, además laica, y en las escuelas se admitían alumnos de ambos sexos, no como hasta entonces.

Yo participé en la academia Ruston en el proceso de nacionalización y también en la de Lafayette, que era una escuela religiosa. Te puedo decir que fue un proceso que se hizo con mucho respeto y la escuela se mantuvo intacta, como era, pero ya prácticamente no quedaban profesores. Después se convirtió en un preuniversitario.

¿Y Baker ya se había ido?

Sí, *Mister Baker* ya se había ido.

Fueron tiempos muy convulsos, de tomar muchas decisiones, años defensorios para las personas en este país. La decisión de viajar solos no

fue de ellos, la tomaron los padres influidos por la propaganda que había en esos momentos, oyeron más esa propaganda que lo que realmente sucedía en Cuba.

Se trata de otro capítulo...

Es otro capítulo del llamado ahora, académicamente, diferendo Cuba-Estados Unidos, pero que va mucho más atrás del año cincuenta y nueve, empezó en el siglo XIX.

Pienso que el tema del envío de los niños fue un atentado contra la intimidad de la familia cubana, un punto de ataque de la política norteamericana a este diferendo. Después de ese proceso fue el de promover, a partir del sesenta y cuatro, las salidas ilegales del país hasta llegar, en 1994, al tema de los balseros, algo sumamente doloroso, que también estuvo dirigido contra la unidad de la familia cubana. Creo que este plan que originalmente fue la Operación Peter Pan no ha cesado, ha habido mutaciones y cambios.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



LEOPOLDINA (POLITA) GRAU ALSINA

«...yo he falsificado tantas cosas, que no sé. Nosotros para poder vivir y hacer las cosas teníamos que falsificar».

Miami, 1999

Sobrina de Ramón Grau San Martín, expresidente cubano. Cumplió sanción en Cuba por actividades de espionaje como agente de la CIA. Tuvo una participación activa en la organización y ejecución de la Operación Peter Pan. Murió en los Estados Unidos.

Yo empecé a luchar por Cuba cuando mi tío fue presidente, ahora no me acuerdo en qué fecha.

¿Qué edad tenía usted?

Quince años. Él me hizo la primera dama por ser la más joven de la familia, y por esa gracia empezaron a decirme las muchachas y los muchachos que querían hablar conmigo.

Cuénteme su vida, ¿qué pasó en su vida antes de 1959?

Me casé con un compañero estudiante de Medicina.

¿Cómo se llamaba?

Roberto Lago. Ese era mi marido, pero estuve casada nada más que unos meses, pues se me murió. Se me murió en Miami y lo enterré en Cuba. Mi familia estuvo muy integrada a Ramón Grau San Martín, era el jefe.

¿Me pudiera contar cómo fue toda esa historia que hoy día llaman Peter Pan?

Que Fidel Castro se metió con la paternidad de los cubanos, la gente cogió miedo y empezamos a correr para acá, para poner a salvo a los muchachos. Haríamos bien o mal, pero lo hicimos.

¿Cómo fue? ¿Qué hizo usted en aquel tiempo para eso?

Fue mi hermano Ramón el que habló primero, el habló con Penny Powers, una señora que trabajaba con nosotros –iba a trabajar con nosotros, con Ramón y conmigo, pero todavía no trabajaba–, y Penny Powers nos dio los formatos de lo que teníamos que hacer, nos enseñó y empezamos a inscribir y a hacer, y se inscribieron catorce mil. ¡Catorce mil!

¿Quién era Penny Powers?

Penny Powers era una señora profesora de la Academia Ruston, muy buena profesora. La conocíamos como tal nada más, pero al meterse ella en el grupo¹ este pues fue la jefa. Penny Powers era nuestra jefa. Monseñor Walsh era como el jefe y ella era la jefa.

¿Y por qué a Penny Powers no la detuvieron?

Porque se escondió, se escondió bien y la salvó la embajada inglesa. Ella era inglesa.

¿Y trabajaba para los ingleses, para la inteligencia inglesa?

No sé, no sé decirle hasta dónde llegaría Penny Powers.

Se quedó todo el tiempo en Cuba, pero no la detuvieron nunca.

Ah, bueno, yo creía que sí, que se había podido ir. Mire si se escondió que ni nosotros sabíamos dónde estaba. Nadie.

Penny Powers fue la que nos explicó y nos hizo todo, fue la que nos dio una pauta en todo. La verdad que fue una mujer estupenda, que siempre tenemos que recordar con mucha alegría y con mucho orgullo para los cubanos. Yo la conocí en un mitin de mujeres para hacer un grupo de Pedro Pan. Mongo la conoció más. Era una mujer muy conocida en la Ruston. Era muy simpática, muy simpática.

¿Y era la jefa?

Sí.

¿Por qué le importaban tanto los cubanos?

Ella aquí comenzó siendo maestra de colegio y parece que ahí se aficionó a los cubanos y nos quería muchísimo. Ella daba la vida por los cubanos.

Hay varias personas que han dicho diferentes cosas de esta historia, ¿usted cree que fue una operación de la CIA?

No, no creo. Yo he visto a la CIA. Yo he estado cerquita de la CIA, conviviendo con ellos, los he tenido en mi familia, pero no, la CIA sabía dónde tocaba y dónde no. Esa Operación Pedro Pan es auténticamente cubana, cubana y del padre monseñor Walsh.

¹ Grupo de personas vinculadas a la organización y ejecución del éxodo de niños cubanos hacia los Estados Unidos, organizadores de la Operación Peter Pan.

Pero ayudó el Departamento de Estado.
Por supuesto, nos ayudaron muchísimo.

¿Y Mongo? Una vez dijo que era de la CIA.
Mongo pertenecía a la CIA, pero sin tener nada que ver con Pedro Pan.

¿Había mucha gente de la CIA en Cuba?
Muchos, muchos. Por suerte yo no.

¿Usted no era de la CIA?
No.

Pero ayudaba, ¿no?
Ayudaba siempre, cuando era de prestar ayuda hasta al infierno iba.
Había que ayudar a todos.

Pero hay algunas historias de los niños enviados. Unos dicen que fue una cosa muy buena, otros que fue inhumano, otros que los derechos humanos, ¿qué piensa usted mirando atrás?

Mirando atrás, viendo esa cantidad de muchachos que sacamos de Cuba, llorando los padres... Esa gente toda siguió para adelante, echaron para adelante, se hicieron hombres y mujeres de valer. Yo creo que era necesario y muchas veces tú tienes que hacerte una operación salvaje para salvarte la vida y tienes que hacértela, ¿verdad? Y en este caso es igual. Tenía que operarse radicalmente. Y se hizo la Operación Peter Pan.

Pero sufrieron mucho los niños.
Sí, ¿y quién no sufre?

¿Mandó a su hija sola?
Sí, a mi hija la mandé sola.

¿Con la Operación Peter Pan?
Sí, lo que pasa es que mi hija se unió después a mi hijo, pero nosotros hicimos el sacrificio completo, completo.

¿Y qué desea usted para el futuro de los Estados Unidos y de Cuba? ¿Es bueno seguir con el embargo o cree que ya es tiempo para paz?

Yo creo que sí, pero a mí lo que me interesa, sobre todo, es Cuba, que sea libre, que haya respeto a los cubanos y a todos los derechos fundamentales de la vida, ¿verdad?, que Cuba vuelva a brillar como

brilló siempre, porque era un brillante, era como un foco, como un faro que iluminaba: esa era Cuba. Y yo quiero que siga igual.

Dígame una cosa, ¿usted cree que si los muchachos se hubieran quedado en Cuba hubiera sido mejor para ellos? La mayoría se quedó y los padres no perdieron la patria potestad.

Mira a ver lo que ganaron en los Estados Unidos.

Hay de todo.

Bueno, hay de todo, pero mucho más bueno que malo.

¿Es verdad que falsificaron la ley de la patria potestad? ¿Era una ley falsa?

No sé, no me quiero meter en eso, porque yo he falsificado tantas cosas, que no sé. Nosotros para poder vivir y hacer las cosas teníamos que falsificar.

¿Estuvo muchos años presa?

Sí. Catorce años.

¿Y qué razón le dijeron para estar presa?

La razón principal que tenían era la huida de los muchachos de Cuba.

¿Sabían ellos...?

Sí, cuando lo supieron ahí fue cuando me cogieron.

¿Y por qué los cubanos no pararon eso?

Eso no había quien lo parara, era como un caballo desbocado que sale así.

Mandaron muchachos pequeños también, ¿no?

Chiquitos. Mi hermano tenía un caso de un muchachito que lo llevó en brazos y le dijo: «Mire, Grau, cójalo aquí», le dio los papeles y qué se yo... se perdió, se perdió, el muchacho nunca apareció.

¿Y no se sabe dónde está el muchacho?

No, no.

Eso es triste.

Es triste, pero es edificante también, con esas cosas se hace patria y con esas cosas se hace gente. Como esa gente hay que vivir, no vivir pisoteados ni amarrados, no. Vivir como viven los hombres.

Pero los niños necesitan a sus padres y no hay que dividir una familia.
Pero muchos niños tuvieron a sus padres. Muchos, se lo digo yo.

¿Qué desea usted?

¿Qué deseo? Que Cuba sea libre, que Fidel se vaya y se vaya toda la cosa esa mala.

¿Usted quisiera regresar a Cuba?

Enseguida. Así, mala como estoy, me voy para otro asilo.

¿Quiere mucho a Cuba?

Quiero mucho a Cuba. Mi patria sobre todas las cosas y por ella he dado todo.

¿Usted cree que todo lo que hizo es correcto?

Sí, siempre se hizo lo correcto. Y lo de Pedro Pan es la cosa más bonita que usted se pueda imaginar.

¿Su tío sabía lo de Peter Pan?

Sí, ¿cómo no? Si me traía cosas. Me decía: «Bueno, yo no sé qué tú te traes con esto», pero a cada rato me traía montones de pasaportes. «Bueno, tú sabrás», me decía.

Pero nunca lo pusieron en la cárcel, ¿no?

No lo pusieron en la cárcel, pero de cierta manera sí, porque nos quitaron la libertad a nosotros, no nos lo dejaban ver nada más que cuando ellos querían.

¿Y su tío la visitaba en la cárcel?

Sí, una vez cada cierto tiempo.

¿Penny Powers la visitaba?

No. Penny Powers se perdió.

¿Y Penny tenía interés en Mongo?

¿Penny?, sí.

¿Y Mongo en ella?

De cierta manera, sí.

¿Mongo era mujeriego?

No. Y era muy extraño en ese sentido, te parecía que se estaba enamorando y mentira, no se enamoraba nada. Penny sí lo quiso mucho.

¿Y Penny era la jefa de ustedes?

No, monseñor Walsh.

¿Penny era la jefa de Mongo?

No.

¿Quién mandaba, Mongo o Penny?

El que mandaba era monseñor Walsh.

¿Y Mongo le hacía caso a Walsh?

Sí.

¿Y Penny también?

Sí, también.

Así que el jefe era Walsh, ¿de todo?

Sí. Penny era también y si vamos a pensar un poquito más largo, la embajada inglesa también se tomaba mucho interés en liberar a Cuba.

¿La gente de la embajada inglesa sacaba a los niños?

Sí, pero creo que todo fue muy bien hecho, muy bien trazado y con mucha puntería. Yo me siento orgullosa de haber pertenecido a Pedro Pan.

Hay diferentes opiniones ahora.

¡Ah, no, la mía es esa, y la mantengo! Pedro Pan fue una explosión cubanísima a favor de los niños de Cuba.

Pero muchos padres perdieron a sus hijos.

Bueno.

¿Por qué no dejaron a los padres irse con los niños?

Le dimos una visa a un adulto, por una cuestión de miedo, ya lo iban a coger, había mucho peligro con su hijo y entonces mi hermano le dijo: «Tú eres bastante chiquito, si te afeitas bien, si te rasuras bien el cuerpo, te pones un traje de Belén y caes perfecto».

¿Cómo si fuera un niño?

Y salió vestido de Belén.

Cuénteme de los pasaportes.

Los pasaportes eran divertidísimos, les hacíamos pasaportes a todo el mundo.

¿Pasaportes falsos?

Sí, sí, pasaportes falsos, y me acuerdo que yo firmaba como Walter Q. Q. No sabía lo que quería decir, pero bueno.

¿De qué embajada?

La americana.

¿Es verdad que usted quiso matar a Fidel Castro?

Sí.

¿Cómo fue aquello?

Mira, la cosa pasó de la manera más sencilla. Me llamó el encargado. No, uno de los jefes militares de Cuba, de la Operación Rescate que dirigía Tony Varona² en Cuba. El hombre me dijo: «Mira, Pola, van a hacer en el cementerio un entierro y en el entierro van a matar a Fidel, lo van a matar». Pero, ¿qué pasó?, que al pobre hombre lo fusilaron, porque lo chivatearon, como decimos allí. Los destrozaron a todos, pobrecitos. ¿Entonces qué pasó después de eso?

¿No le dieron una pastilla?

Ah, sí, pero la pastilla se nos rompió. Tratando de sacarla del hielo se nos rompió.

¿Nunca lo vio?

Nunca lo he visto.

¿Nunca pensó conocerlo?

Nunca. A lo mejor él sí me conoce a mí, de verme en la cárcel, pero yo a él no.

² Antonio de Varona y Loredó, Tony Varona, fue primer ministro del gobierno de Carlos Prío Socarrás (1948-1952). Fundó el movimiento Rescate Revolucionario y formó parte del Consejo Revolucionario Cubano, concebido como gobierno provisional que se instalaría en Cuba durante la invasión por Bahía de Cochinos, en abril de 1961.

¿Su tío sí lo conoció?

Sí, tío sí lo conoció, y lo conoció profundamente. Lo conocía muy bien.

Dicen que es un hombre brillante.

¿Tío? Brillante.

¡Castro, hombre!

Brillantísimo. Castro es un hombre brillante también, lo que pasa es que la cogió por la maldad, por el vicio. Así que esa es la situación.

¿Sabía en aquel momento que la operación se llamaba Pedro Pan?

Lo vinimos a saber por la mitad del camino, empezamos a hacerlo sin nombre ni nada y después fue Penny Powers la que le puso el nombre.

Le agradezco muchísimo.

Yo creo que todo, todo ha quedado dicho, mal dicho pero...

Fondo Editorial
Casa de las Américas



ALBERTINA O'FARRIL DE LA CAMPA

«Yo me siento muy feliz de haber pertenecido a la Operación Pedro Pan y considero que ha sido una de las mejores operaciones del mundo».

Miami, 1999

Trabajó como secretaria particular de su tío Miguel Ángel Campa, ministro de Estado del gobierno de Fulgencio Batista. Participó activamente en la organización y ejecución del éxodo de niños cubanos mediante la Operación Peter Pan. Por diversas actividades en contra del gobierno revolucionario como agente de la CIA fue juzgada y cumplió condena en Cuba.

Yo soy Albertina O'Farrill de la Campa. En la Operación Pedro Pan era como la introductora en las diferentes embajadas para conseguir sacar los niños del país. Nos ayudó mucho monseñor Walsh. Nosotros en Cuba tratábamos de sacarlos de una forma o de otra, y Penny Powers nos prestó una gran cooperación.

Esa operación para el éxodo ¿por qué surgió, en qué consistía?

El terror que en esos momentos existía en Cuba. Después llegó el famoso papel¹ que decía que los niños los iban a entregar al Gobierno y todos los padres querían sacar a los niños del país, para que no se los fueran a adoctrinar y ahí es donde empieza verdaderamente la operación. Mi contacto era con las embajadas, es decir, yo iba a una embajada, pedía las visas *waivers*; las enviaba monseñor Walsh a través de Penny Powers, a través de Baker, de Pancho Finlay... En fin, eran muchísimas personas que estaban involucradas en esto y cada una de ellas funcionaba en su grupo.

¿Usted repartía las visas waiver a las personas que conocía?

Y a las que no conocía también. A mí venía una persona y me decía, por ejemplo, que tenía siete niños que sus padres querían sacar del país; yo llamaba a Pancho, a cualquiera de ellos, y me daban las visas. Eso fue hasta Playa Girón, después todo eso se acabó y las enviaba Monseñor Walsh a través de las embajadas, la inglesa, la holandesa, eran la principales, como podía. Nosotros buscábamos todos los medios para sacar a los niños, era una cosa organizada, la cuestión era sacarlos del país. Empezó en el sesenta y en el sesenta y dos no terminó, era más difícil, pero siguió.

¹ Supuesta ley de la patria potestad.

¿Siguió mucho tiempo más?

No te puedo decir tiempo, todo se descalabró, fue como la contrarrevolución, se terminó en el año sesenta y dos. Después cada uno seguía, unos asilando gente, otros haciendo otras cosas, cada uno lo que podía, pero la operación Peter Pan terminó, aunque los niños siguieron saliendo del país, por otros países.

¿O sea, la red se acaba después de Girón?

No se acaba, cambia, Penny Power siguió trabajando hasta que nosotras caímos presas. Ella, que nos ayudó en la Operación Peter Pan, cuando nos fuimos se quedó en Cuba. Trabajaba con la embajada inglesa. Cuando caímos presas tratamos de guardar silencio sobre ella, hasta que después se supo que seguía en Cuba. No fue de las que vino con nosotras. Se quedó y murió en Cuba.

¿Y estuvieron presas muchos años?

Yo estuve catorce años, doce tras las rejas y dos en mi casa. Tenía treinta años de prisión. Polita Grau tenía treinta y cumplió catorce como yo, ella nunca estuvo presa en su casa. Yo sí estuve en prisión domiciliaria. La que menos tuvo de nosotras tenía diez o catorce años.

¿Y todo tenía que ver con la patria potestad?

Bueno, tenía que ver con varias cosas, desde el principio de la Revolución.

¿Por qué Penny Powers estaba en la operación de sacar niños?

Ella comenzó porque trabajaba con un señor en diferentes colegios y la Operación Pedro Pan se inició, no me acuerdo el nombre... ¿Baker? Ellos empezaron, las monjas empezaron a mandarles las visas, las *waivers*, entonces los niños se sacaban y algo más que niños y ella estaba envuelta en esa operación.

Y Penny, específicamente, ¿no había trabajado para alguna agencia, para el gobierno inglés o para la CIA?

Eso sí no lo sé. Yo pensaba que era una cosa católica, monseñor Walsh era de la iglesia católica. Si la CIA lo empezó yo no te lo puedo decir.

¿Y usted cree que fue la CIA?

En aquellos momentos mi idea única era salvar a los niños y sacarlos, punto, no miraba quién era ni cómo era. Conmigo, since-

ramente, no hubo ningún contacto de la CIA, yo no sé si ella lo tendría o algún otro.

¿Pero había nexos?

Sí, yo lo sé, pero yo no. Sí salvé a cuenta de la CIA, eso es otra cosa. Una cosa es trabajar para ellos y otra cosa es salvarlos, se les asilaba en una embajada cuando iban en un viaje clandestino, fue igualito que con los niños. No sé cómo explicarte, no es trabajar directamente con ellos, era hacer lo que a nosotros nos interesaba y mientras tanto sacar a los niños del país. A mí lo único que me interesa es que Cuba y el pueblo de Cuba sean libres y que los niños puedan escoger lo que quieran.

Pero en aquel tiempo no fueron los muchachos los que escogieron, fueron los padres.

Los padres fueron los que escogieron y los sacaron, los muchachos, muchos de ellos, no sabían que venían para acá, se enteraban en el aeropuerto.

Los padres venían a pedirnos de favor que los sacáramos, por el problema de la patria potestad, pero desde antes esto estaba funcionando. Cuando empezaron a cerrar los colegios todos los padres empezaron a querer sacar a sus niños del país y que alguien se ocupara. Algunos los enviaron con sus familiares. Entonces la Operación Pedro Pan fue la solución para todos ellos, porque los recibían aquí y los ponían en diferentes casas para que los niños tuvieran un futuro, y así mismo fue.

Ahora leí que algunos de ellos fueron abusados, pero entonces nosotros no lo supimos en Cuba, porque estábamos completamente incomunicados en aquellos momentos, nuestro único contacto era a través de las embajadas y de Penny Powers.

¿Y quién más ayudó?

De las embajadas ayudó también Holanda, su línea aérea, la KLM. Nosotros conseguíamos el dinero para sacar los niños, para comprar los pasajes y Pancho Finlay, que era de esa línea aérea, y su mujer, Berta de la Portilla, nos ayudaban. Ellos también estuvieron presos, ya los dos murieron. Y nos ayudaba Penny, que fue una gran amiga. Aquí al principio ni se habló de ella, porque la gente no quería hablar para no involucrar a otros.

¿Y Penny no las visitaba en la cárcel?

No, nosotros no queríamos que fuera, porque se involucraba.

¿Penny era amiga de Polita?

Sí, ella fue amiga de todas, siempre tuvimos contacto, por la Operación y como amistad, nos encontrábamos socialmente en las embajadas, hizo una gran labor.

¿Quién era el jefe o la jefa de todo eso?

El centro dicen que eran Mongo y Pola y monseñor Walsh, que por supuesto fue siempre el alma de la operación.

¿Y Mongo Grau? Dicen que él trabajaba para la CIA.

Si él trabajaba para la CIA, eso no te lo puedo decir en concreto, por lo menos lo acusaron de ello en el juicio. Pero es muy difícil, porque como ellos acusan a todo el mundo que no está con ellos de pertenecer a la CIA...

¿Y en qué más usted ayudó?

Yo iba a las embajadas y se enviaba a la gente que estaba en problemas y las embajadas les daban asilo. Esas son mis acusaciones, están escritas, yo tengo el papel y todo lo que se sacó en el juicio.

Cuando llegué aquí enseguida me llamaron para decirme: «Usted trabaja para la CIA». No. Trabajar para la CIA yo llamo... porque la CIA los tiene, enrolados, esa es la palabra. No, yo nunca me enrolé, yo ayudé a todo el que me necesitó pero nunca me enrolé con nadie ni recibí nunca un centavo de nadie ni acepté nada que no fuera salvar vidas.

¿Pero Mongo y Polita eran otra cosa?

Yo no te puedo decir. Mongo dicen que pertenecía a la CIA, que tenía una red de espionaje, que él lo había escrito. A mí me acusan de pertenecer a lo que él había formado. Pola no, Pola no pertenecía. ¡Hombre, pertenecía como te estoy diciendo, como yo, que ayudamos!

A Pola la involucraron en un asesinato a Fidel Castro. Eso no tuvo nada que ver con lo otro. Dijeron que ella lo había preparado y ayudado. Ella nunca me contó, porque yo nunca le dije. De ese tipo de actividades nunca formé parte, mi parte era con los diplomáticos, era otro tipo de cosa, era con los niños, ayudarlos a que consiguieran sus pasaportes y después, a los que no tenían, conseguirles pasaportes falsos y visas falsas. Así se mandaron más de quince mil niños, ¡más de quince mil niños!

¿Y cuando estaba en la cárcel con Polita?

Todo el tiempo estuvimos juntas.

Todo el que caía decía que lo habían embarcado y yo considero que no, yo considero que se cogieron dos maletas: una de ganar y otra de perder. Perdimos, esta es mi idea personal.

¿En qué año salió de la cárcel?

En 1977 y llegué aquí en 1979, porque me tuvieron años en prisión domiciliaria.

¿En la célula suya quién estaba?

Yo estaba con Mongo, con Pola Grau y con una cantidad de gente bárbara.

¿Y Penny Powers?

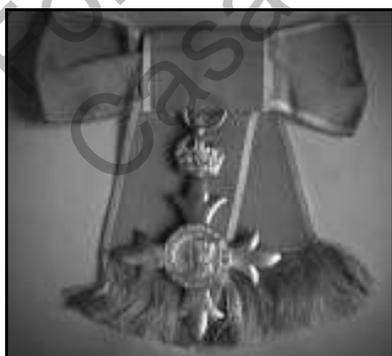
Y Penny Powers, pero eso era en la Operación Pedro Pan. Nosotros, además de la Operación Pedro Pan, teníamos otras actividades, diferentes cosas.

¿Y Penny Powers no participaba en otras cosas?

No, no, era nada más que para los niños, para sacar los niños. Ellos empezaron con Baker en la operación. Cuando los Finlay se fueron quedó Penny en Cuba como contacto con nosotros para seguir sacando niños del país y cuando nos fuimos no supimos más de ella.

¿Usted era buena amiga de ella?

Yo la quería mucho y la respetaba mucho aparte de la Operación Pedro Pan, como ser humano era un ser maravilloso, la parte que vi de ella también te digo que es dura y fuerte. Ahora me han dicho que hasta ha sido condecorada por la Reina de Inglaterra, que le han dado una condecoración.



Condecoración entregada a Penny Powers.

¿Y la supuesta ley de la patria potestad?

La patria potestad era una ley y perdían la patria potestad los padres entonces, aunque nunca se dijo.

¿Era verdad?

Claro que lo era. ¿Tú no te das cuenta que todos esos niños, desde el momento que nacen, Fidel los sigue todo el tiempo?

¿Existía la ley?

No existía como ley de patria potestad, pero lo era. Todos los niños en Cuba, cuando nacen, el gobierno es su padre, los llevan de las casas, se los iban a llevar a Rusia, porque a muchos niños se los llevaron a Rusia.

¿Pero había alguna ley que decía que los padres iban a perder sus hijos?

¿Perder sus hijos?, ¡cómo no! La ley de patria potestad se vio por todas partes en Cuba, por eso los padres estaban sacando a sus hijos, después se cerraron los colegios católicos. Con ley comunista de la patria potestad, el niño no pertenece más que al Estado.

¿Usted conoció a Batista?

Cómo no. Yo fui embajadora del gobierno de Batista, mi esposo; mi tío fue Ministro de Estado del gobierno de Batista. La época de Batista y la época de Machado² fueron las dos mejores épocas para el pueblo cubano.

¿Y era mejor Cuba en el tiempo de Batista?

Era magnífico, cualquier cosa aparte de Fidel Castro, era magnífico.

¿De Batista?

¿De Batista? Magnífico.

¿Usted se siente feliz del papel que jugó en la Operación Peter Pan?

Lo volvería a hacer. Yo me siento muy feliz de haber sacado a todos esos niños del país. En resumen, me siento muy orgullosa de haber hecho la Operación Pedro Pan y considero que los que participaron en ella se deben sentir muy orgullosos, y como todo en la vida hay cosas buenas y cosas malas. La desgracia es el mundo que nos ha tocado vivir, es esta transición de este mundo tan horrible, tan frío, donde no existe ni Dios ni familia.

² Gerardo Machado Morales (1871-1939). Presidente de la República de 1925 a 1933. Se sostuvo en el poder bajo un régimen de represión y asesinatos.



WAYNE SMITH

«Francamente, pienso que fue irresponsable e insensible separar a las familias con la intención de desestabilizar al gobierno cubano. Sé que había gente de la iglesia católica que creía en esos rumores y estaban haciendo eso de buena fe, pero aquellos de la CIA sabían perfectamente bien que los rumores no eran ciertos, y quien inspiró todo eso hizo un terrible daño al dividir a las familias».

Washington, 1999

De 1958 a 1961, fecha de la ruptura de relaciones diplomáticas de los Estados Unidos con Cuba, se desempeñó como tercer secretario en la embajada de su país en La Habana. De 1979 a 1982 fue el jefe de la Sección de Intereses radicada en la Isla. Dejó el Servicio Exterior debido a serios desacuerdos con la política de la administración del presidente Ronald Reagan (1981-1989) hacia Cuba. A partir de 1983 ha sido profesor adjunto en la Universidad Johns Hopkins, especializado en asuntos cubanos. Investigador principal en el Centro de Política Internacional en Washington DC, a cargo del programa de Cuba, desde 1992.

¿Cuál es su memoria de aquellos días?

Antes que todo, debido a que Castro se inclinaba hacia la izquierda y empezaba a asociarse a la Unión Soviética, había una gran presión por muchos cubanos para obtener visas ya que decidieron irse. Había largas colas frente a la embajada norteamericana cada mañana, esperando gestionar una visa o, en muchos casos, recibir una cita para seis o siete meses después.

Había rumores en 1960, al principio del verano, que el gobierno iba a enviar niños a las granjas colectivas; iba a separarlos de sus padres y enviarlos a la Unión Soviética, etc. Yo nunca escuché Radio Swan, pero sí que algunos de los rumores comenzaron allí, que esas cosas se dijeron y esos cargos se hicieron a Radio Swan.

¿Qué era esa emisora?

Radio Swan era la emisora de la CIA que transmitía mensajes en contra de Fidel Castro, porque ya el presidente Eisenhower había autorizado a la CIA a comenzar actividades para librarse del gobierno de Castro.

Radio Swan era parte de ello, sí.

¿Esta emisora anunció que los niños iban a ser separados de sus padres?

Me dijeron que Radio Swan había transmitido eso, los que lo escucharon. Muchos cubanos estaban convencidos de que los niños iban a ser separados de sus padres y enviados a la Unión Soviética o a granjas colectivas. Hasta donde yo sé, nada de eso pasó. Más tarde debían pasar un tiempo en áreas rurales durante el verano, trabajando en la cosecha. Era una suerte de combinar el estudio con el trabajo de campo en el verano, pero no fueron separados de sus padres como se rumoró en 1960.

¿Y muchos padres se asustaron con esto?

Muchos padres sí se volvieron histéricos. En 1960 hubo un creciente conflicto entre la iglesia católica y el gobierno cubano, especialmente los padres que eran devotos católicos y cercanos a la Iglesia estaban muy temerosos de que sus hijos fuesen enviados a escuelas ateas y a la Unión Soviética y perdieran a sus hijos.

La Operación Peter Pan, tanto como yo sé, empezó a finales de 1960 y la mayoría de nosotros en la embajada no sabía nada. Más tarde me dijeron que había algunos oficiales de la CIA agregados a la embajada que estaban trabajando con la iglesia católica para facilitar la salida de esos niños. Ellos hicieron algo que llamaron visa *waiver*, que les permitía ir a los Estados Unidos y evitar el proceso de conseguir visa.

¿Y usted piensa que esa operación fue realizada por la Iglesia, por la CIA o por una combinación de ambas?

Entiendo que fue inspirada por la CIA o auspiciada, en el sentido que facilitó la operación, con la cooperación de alguna gente de la iglesia católica. De cualquier manera, si tuvo la aprobación del arzobispo yo no sé, pero ciertamente hubo aquello de la iglesia católica que cooperaba con la CIA para sacar a esos niños.

¿Usted conoció a Penny Powers?

Sí, más tarde conocí a Penny Powers. Yo no la conocí en aquel entonces. Cuando retorné a Cuba como jefe de la Sección en 1979, la Powers era la principal directora de la Escuela Internacional, pero en 1959 no la conocí.

Se ha dicho que Penny Powers era el centro de la operación para sacar niños de Cuba.

Ella puede haber sido, ciertamente, pero en aquel tiempo yo no sabía eso.

¿Cómo fue que Penny Powers no fue nunca tocada, no fue enviada a prisión? No sé si encontraron cuál fue el papel de ella en eso, pero nadie fue realmente enjuiciado por emitir una visa waiver.

No pienso que por obtener una visa *waiver* hubiese sido violada alguna ley, no una ley cubana. Si una persona obtuviera una visa *waiver* en la embajada americana, la mayoría de la gente diría: «¡Oh!, magnífico, bien por usted».

No sé si hubiera una base para acusar a Penny Powers. Ella se quedó en Cuba. Como dije, cuando yo regresé, en 1979, era la directora de la Escuela Internacional. Tuvo la aprobación del gobierno cubano para abrir esa escuela y era apreciada. Luego recibió la orden del Imperio Británico.

¿Por cuál razón?

Por sus actividades y su contribución a la Escuela Internacional para la educación de los británicos e hijos de diplomáticos en La Habana, a lo largo de los años.

¿Usted piensa que los cubanos no se daban cuenta de lo que estaba pasando con la salida de tantos niños de Cuba? ¿Cómo puede ser que dejaran salir de Cuba a tantos niños y no hicieran nada?

No sé si las autoridades cubanas sabían o no, pero había muchos cubanos marchándose. Quien tenía una visa *waiver* podía irse, lo dejaban salir. Muchos de nosotros en la embajada, a finales del sesenta, ignorábamos esto y era perfectamente aceptable que tampoco el gobierno cubano supiera, quizás no, hasta después.

¿Y por qué dieron visas waivers solo a los niños?, ¿por qué no a toda la familia? Así no hubiese sido separada la familia.

Como yo no sabía nada sobre las visas *waivers*, tampoco sabría por qué se la daban solo a los niños y no a toda la familia, pero había decenas de miles de gente en las listas de espera para obtener una visa. Pienso que tuvieron que hacer una excepción con los niños con las *waivers*. Si tú comienzas a dar *waiver* a los adultos podías tener un pandemonio en tus manos si la gente reclama que ha estado esperando por meses y meses y hay quien pasa delante de ellos.

Muchas de esas visas waivers fueron enviadas por monseñor Walsh.

Desde mi punto de vista todavía pienso que el acto de dispensar una visa estaba de parte del gobierno de los Estados Unidos, tiene que haber sido una decisión del Gobierno, de alguna rama del Gobierno.

¿Eso es legal?

Es legal si ellos quieren hacerlo, seguro.

Hay muchas historias relacionadas con reuniones entre Frank Auerbach¹ y monseñor Walsh y alguien llamado David Philips.² ¿Usted los conoce?

Yo conocí a Auerbach. Era el jefe de la Oficina de Visas cuando yo ingresé en el Servicio Exterior. Conocí a David Philips. Él era un operativo encubierto de la CIA en La Habana, no lo sabía entonces, lo supe más tarde, pero lo conocí en La Habana.

¿Y usted piensa que él estaba participando en desestabilizar al gobierno cubano?

Mucho, tiene sentido, es perfectamente atendible que él estuviera participando en esos esfuerzos. Es posible que estuviera en lo de la Operación Peter Pan, aunque no lo sé, por cierto.

¿Piensa que esta operación era para desestabilizar, para separar familias? ¿Qué papel jugaría?

No veo que la operación fuera efectiva en la desestabilización. Supongo que fue calculada para infundir miedo en las familias católicas, tanto miedo que mandaban a sus hijos afuera, pero no creo que tuviera la posibilidad de desestabilizar al gobierno cubano. Francamente, pienso que fue irresponsable e insensible separar a las familias con la intención de desestabilizar al gobierno cubano. Sé que había gente de la Iglesia católica que creía en esos rumores y entonces estaban haciendo eso de buena fe, pero aquellos de la CIA sabían perfectamente bien que los rumores no eran ciertos y quien inspiró todo eso hizo un terrible daño al dividir a las familias.

Y sobre la ley de la patria potestad, ¿qué sabía sobre eso?

No la vi, pero en mi criterio alguien imprimió una ley falsa, en la que se decía que el derecho de los padres sería quitado y entregado al Estado.

Una profesora de la Universidad de Saint Paul, Nena Torres, que ahora vive en Chicago, fue uno de los Peter Pan y se sintió resentida por todo aquello que pasó, fue muy doloroso para ella y cuando mira para atrás

¹ Frank Auerbach, jefe de la Sección de Visas del Departamento de Estado en Washington, quien el 30 de diciembre de 1960 le aseguró a Walsh, mediante comunicación telefónica, que el gobierno norteamericano tenía la voluntad de otorgar doscientas visas de estudiantes, solicitadas por James Baker.

² David A. Philips, oficial CIA, conocido como Harold Bishop. A partir de la segunda mitad de la década de los años cincuenta dirigió en Cuba una agencia publicitaria y de relaciones públicas, que le sirvió de cobertura para un centro de la CIA en La Habana.

está tratando de hacer la historia de Peter Pan: ¿qué pasó realmente?, ¿por qué?, ¿quién estaba detrás?, y más aún. Ella está demandando a varias personas en el gobierno de los Estados Unidos, tratando de llegar al corazón del asunto, a la verdad. Entiendo que hasta ahora ha chocado contra una pared de ladrillos, pues no ha obtenido información del gobierno de los Estados Unidos.

¿Por qué piensa eso?

Mirando hacia atrás pienso que este sería un episodio embarazoso para el gobierno de los Estados Unidos, ya que la CIA inspiró eso, lo hizo arrancar y tenía que ver con eso. El resultado fue que dividió a las familias, en muchos casos, por años. En otros, los niños y sus padres no pudieron reunirse nunca. Esos niños en los Estados Unidos no tenían a nadie para cuidarlos. Esto fue irresponsable por parte de los autores.

Ahora los niños de Peter Pan tienen una organización y la gente habla de eso.

Creo que este ha sido un episodio casi ignorado, solo conocido por quienes lo sufrieron. La mayoría del pueblo de los Estados Unidos nunca supo de la Operación Peter Pan. Ahora algunas personas empiezan a hablar y después de todo fue una experiencia muy traumatizante en la vida de los Peter Pan. Debe haber surgido entre ellos un lazo profundo, la experiencia compartida ahora los hace buscarse unos a los otros, formando grupos y organizaciones. Creo que es muy natural y sorprende que les haya llevado tanto tiempo hacerlo.

Por esta infeliz experiencia muchos tienen enojo contra el gobierno cubano, algunos tienden a creer los rumores que condujeron a la separación de sus familias, otros están enojados con el gobierno de los Estados Unidos y la CIA, y otros hasta con la Iglesia Católica, quizás más que con el gobierno cubano.

Muchos de los niños Peter Pan han regresado, fueron a Cuba a visitar a sus familias, como turistas, por ejemplo, Nena Torres.

Y algunos regresaron a Cuba con la visita del papa.

Sí, algunos regresaron con el papa. Creo que regresar es parte del proceso de curación. Pienso que es importante que cubanos viviendo en los Estados Unidos conozcan sus raíces, conozcan sus familias.

Entrevisté a Polita Grau y ella insistió en que salvó a esos niños.

En aquel tiempo, mucha de la gente que participó en esto, especialmente de la Iglesia Católica, cubanos, monseñor Walsh, creyeron en los rumores, creyeron que ayudaban a los niños, y fueron tan sinceros que

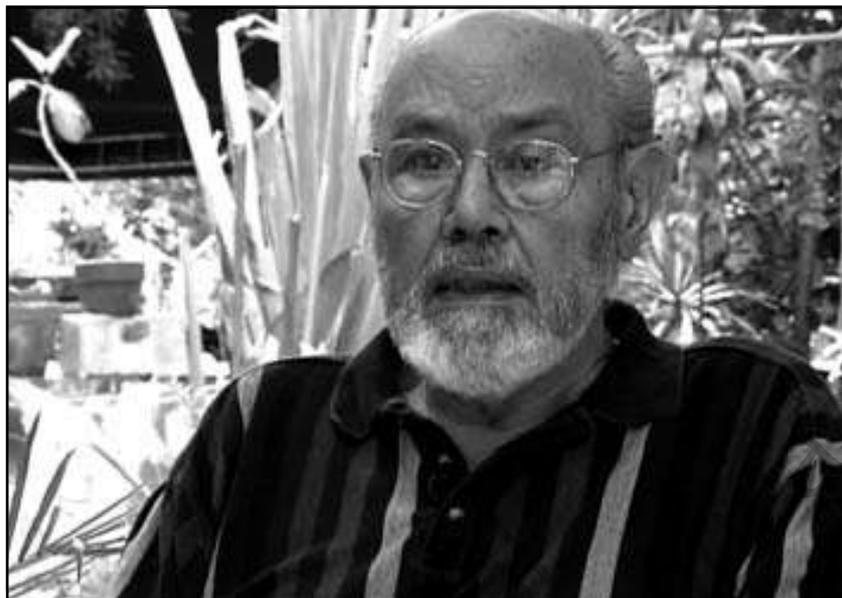
probablemente tienen poco arrepentimiento. Yo puedo entender eso y, al mismo tiempo, pienso que lo que pasó fue lo más desafortunado e innecesario, porque el hecho real fue que no hubo ningún plan para quitarle los niños a sus familiares.

Es una historia triste y una de las consecuencias del conflicto Cuba-Estados Unidos.

Así es, el conflicto largo, complicado, es una parte de las relaciones Estados Unidos-Cuba trágica, dolorosa. En 1960 había un conflicto entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia produjo una serie de cartas pastorales, en desacuerdo con varias acciones del Gobierno, es el escenario en el que los rumores se expandieron y fueron creídos, o sea, que los niños serían separados de sus padres y enviados a la Unión Soviética, a granjas colectivas, criados como ateos y demás. Los padres se atemorizaron y eso fue aprovechado por la CIA, por aquellos que comenzaron esos rumores, en los que muchos en la iglesia católica creyeron. Los clérigos extranjeros fueron entonces deportados.

Yo nunca entendí el argumento de que separando a los niños de su familia y enviándolos a los Estados Unidos se protegían los derechos humanos de las familias ya que, como ahora sabemos, los rumores eran falsos, los niños no eran separados de sus familias, así que esta dolorosa experiencia fue realmente innecesaria.

No sé cómo se originó la Operación Peter Pan, quién la comenzó. La CIA tuvo un desempeño en ello, Radio Swan transmitió esos rumores y luego hubo gente en Miami que participó. Ya sea que hubo un plan bien claro al comienzo, o que una cosa condujo a la otra, yo no sé, mi sospecha es que fue lo último, o sea, comenzó, una cosa condujo a la otra y, de pronto, hubo un éxodo de niños.



ÁNGEL FERNÁNDEZ VARELA

«Tengo muy buenas razones para considerar que la Agencia Central de Inteligencia de Norteamérica tuvo un papel decisivo en la Operación Mangosta, de la que es parte la Operación Peter Pan o Pedro Pan, como se le quiera llamar».

Miami, 1999

Abogado. En Cuba fue subdirector del periódico Información. Viajó, para residir en Miami de forma permanente, una semana antes de la invasión de Playa Girón, en abril de 1961. Su último trabajo en esa ciudad fue como presidente de la junta de directores (Chairman of the Board) del Banco Consolidado. Exagente de la CIA. A finales de los años noventa contó a su familia que la llamada ley de la patria potestad fue una ley falsa, que él ayudó a redactar. Falleció en Miami en el año 2001.

¿Quién fue el responsable de lo que hoy se llama Operación Peter Pan?

Tengo muy buenas razones para considerar que la Agencia Central de Inteligencia de Norteamérica tuvo un papel decisivo en la Operación Mangosta, de la que es parte la Operación Peter Pan o Pedro Pan, como se le quiera llamar.

¿Cuál era el objetivo?

El objetivo esencial era lograr la desestabilización del régimen cubano. Se vieron envueltas entre quince y veinte mil personas.

Muchos niños quedaron con problemas...

En definitiva, los niños y muchos mayores quedaron tocados para toda la vida por este proyecto. Es muy bueno considerar los que salieron bien, que son una minoría, pero los que salieron mal son una mayoría, porque fueron tocados en cuestiones vitales de su familia, de ellos como personas, para toda la vida.

Pero aquí muestran mucho los hombres de éxito...

Sí, porque siempre hay cinco, diez hombres de éxito que sobresalen, que son de los que se habla. De los que no se habla es de quienes tienen una historia triste. Realmente con el tiempo se ha visto que no obedecía a otro motivo más que a propaganda.

El padre Walsh dijo que fue por razones humanas, para que los hijos pudieran tener una educación religiosa.

Creo que monseñor Walsh estuvo en su papel como sacerdote; como sacerdote poner una mano definitiva en el asunto.

Dice Walsh que esto fue una acción del Gobierno norteamericano y no de la CIA.

Bueno, él sabrá, él debe tener mayor información que yo. Creo que obedece a la CIA.

¿Y el futuro de esos muchachos de volver a Cuba, a sus raíces?

En un grupo de gente hay una proporción que va a la derecha, otros a la izquierda y otros que se quedan en el centro. Que algunos opinen que fue una cosa desastrosa, creo que es de acuerdo con los hechos. A los que les fue bien, ¡qué bueno!, en definitiva les fue bien.

El hecho cierto es el resultado, hay que ir más allá de lo que vemos en cada momento y poder reorientar a la inmensa mayoría, o parte de esa mayoría, hacia una actitud positiva del asunto y volver a establecer de nuevo la relación entre cubanos, los de aquí y los de allá, y dentro de ellos, más que nadie, los Pedro Pan, porque son los más tocados.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



ÁLVARO FERNÁNDEZ PAGLIERY

«Mi padre, un día, a finales de los noventa –ya tenía ochenta años– sentado a la mesa de comer, en su casa en Miami Beach, junto a mi hermana, mi madre y mi cuñado, nos confesó que él tuvo que ver con lo que fue la Operación Peter Pan. Le molestaba mucho, le dolió siempre, era la espina que llevó hasta el día que se murió, por lo que esa operación afectó a los quince mil muchachos que se mandaron».

La Habana, 2009

Periodista. Hijo de Ángel Fernández Varela. Reside en Miami desde su llegada a los Estados Unidos en abril de 1960. Viajó a Miami con siete años de edad, acompañado de su madre y siete hermanos.

Mi padre murió en el año 2001, era Ángel Fernández Varela. Fue una de las personas cubanas más importantes, relacionadas con las operaciones de la CIA en 1959 y principios de 1960.

Un día, a finales de los noventa –ya tenía ochenta años– sentado a la mesa de comer, en su casa en Miami Beach, junto a mi hermana, mi madre y mi cuñado, nos confesó que él tuvo que ver con lo que fue la Operación Peter Pan. Le molestaba mucho, le dolió siempre, era la espina que llevó hasta el día que se murió, por lo que esa operación afectó a los quince mil muchachos que se mandaron.

Él nos contó que la famosa ley era falsa. No existía, y él ayudó a redactarla. Era la ley de la patria potestad sobre los niños, la idea de que iban a mandarlos a Moscú, a Rusia, a adoctrinarlos, es lo que se empieza a regar en Cuba. Fue entonces cuando muchos padres recogieron a sus hijos y los enviaron hacia Miami, donde los recibían personas de la iglesia católica, que tenían que ver con esta operación junto a la CIA; los ponían en campamentos, en casas de crianza con diferentes familias a cargo de ellos. Esa parte se conoce, los muchachos que acabaron donde acabaron, etcétera.

¿Esa fue la primera vez que él habló a ustedes?

Habíamos hablado sobre todas estas cosas desde los años sesenta. Yo sabía, él siempre nos habló, que eso fue una movida de la CIA, pero nunca admitió, hasta ese momento, que él tuvo que ver con la Operación.

¿Eso pesaba en su vida? ¿Su padre era religioso?

Sí, mi padre siempre fue católico practicante, iba a misa todos los días y precisamente la Operación Pedro Pan tuvo mucho que ver con la iglesia católica. Parte del plan fue que la Iglesia, el monseñor Walsh en

Miami, recibía a los niños, casi quince mil muchachos que acabaron participando en este plan. De ahí en adelante se conoce la historia, se ha escrito mucho sobre ello, pero siempre he pensado que es importante que se sepa que fue idea del gobierno de los Estados Unidos, puesta en funcionamiento por la CIA.

Se habla mucho de la cuestión de la separación de familias, se le echa mucha culpa al gobierno cubano por esa separación, y sí, en los cincuenta años de Revolución ha habido muchos errores de los dos lados, pero es importante que se sepa que el Gobierno que primero usó la familia como arma política fue el de los Estados Unidos y puedo decir también que en los últimos años lo repitieron, lo han repetido. En 2004, por las leyes que puso en vigor el gobierno de George W. Bush, se dejaba viajar –a los cubanos que residen en los Estados Unidos– una vez cada tres años a Cuba; el gobierno americano llegó al punto de definir quién era familia. Por eso creo que por razones históricas se necesita saber.

Su padre era religioso, ¿cree que uno de los problemas que él tenía en su vida era eso de los Peter Pan, por eso habló?

Lo que está diciendo es que en términos religiosos fue como una confesión. No sé, yo sí sé que él llevaba muchas cosas por dentro, durante los años él fue evolucionando con la cuestión de Cuba y la Revolución Cubana, su misma relación con Fidel Castro.

Él fue profesor de Fidel Castro en Belén, y creo que todo eso tuvo que ver también al final, tenía ochenta años y quería que se supiera la verdad. Algo que sí puedo advertir es que mi padre no mentía, así que no tengo duda ninguna de que lo que me dijo sobre la Operación Peter Pan fue verdad.

¿Y por qué cree que la CIA no da los documentos sobre esto?

¡Porque es una operación que da pena y la CIA no está dispuesta a entregar esos documentos de la Operación Pedro Pan! Es un bochorno lo que hicieron. Para mí, que me criaron católico, eso es pecado mortal. Lo que hicieron ellos es un pecado mortal que la Iglesia estuviera envuelta en eso. Si yo fuera la CIA posiblemente no quisiera entregar esos papeles tampoco.

Ahora viene un grupo de Peter Pan a Cuba, como grupo, y también creo que se publica bastante en el Miami Herald sobre los Peter Pan, ¿por qué ha salido otra vez a la luz pública todo eso?

No sé por qué le han dado tanta importancia recientemente en Miami a Peter Pan, no sé, verdaderamente no sé, pero creo que es importante que de nuevo se diga. A Peter Pan lo sacan cada tanto tiempo y siempre

muestran a los Willy Chirino, a las personas que les ha ido muy bien en los Estados Unidos y que fueron Peter Pan, pero de lo que no se habla bastante es del noventa y nueve por ciento de esos niños que salieron para allá y que en cierta manera les marcaron la vida, y a muchos que se la destruyeron, que han padecido muchas cosas, que fueron marcados por esa operación que los separó de sus padres, niños de seis, siete años y menos, que los mandaron solos. Es importante decir también que se les daba la visa, ¿por qué se les daba la visa a los niños nada más y no a los padres? Eso demuestra que había un tipo de conspiración para desestabilizar al Gobierno, porque si le iban a dar la *waiver*, la que entregaron a esos niños, lo lógico era que se la entregaran a la familia completa.

¿Cómo podía eso desestabilizar al gobierno cubano?

La base de todo, yo creo, es la familia, la fundación, la base de cualquier sociedad es la familia unida, y estaban rompiendo, quebrando, lo que era el núcleo familiar, ¡claro que van a desestabilizar!

Muchas familias sufrieron, aquí y allá, tenemos noticias de cómo se divorciaron por culpa de eso, uno echándole la culpa al otro. ¿Conoce a algunos de los Peter Pan?

Yo conozco a varios Peter Pan, sí, a algunos que les va muy bien y son amigos míos, pero desde luego, esto marca a cualquiera, todos lo llevan por dentro, a unos los afectó más que a otros, conozco a quienes son casos psiquiátricos también. Prefiero no hablar de nombres ni nada, pero conozco a las personas.

¿Y quizás haya algunos Peter Pan que no sepan que eran Peter Pan!

Puede ser, puede ser, posiblemente haya más niños así que los que se han contado. ¡Es horrible!

Yo me acuerdo de verlo con su papá, lo acompañaba, estaba muy unido con él.

Nos encantaba la política, éramos, en cierta manera, políticos los dos, discutíamos mucho la política, hablábamos de todo eso.

¿Aprendió mucho de su papá?

Él fue mi mentor, mi amigo, mi mejor amigo.

Hace poco falleció su mamá, ¿ella no se metía en la política?

No, pero indirectamente estaba metida, por culpa de mi padre, ¿no? Fue una mujer con mucho coraje, ¡mucho!, porque estaba detrás de mi padre siempre, una mujer que ayudó en todo lo que era ese momento.

¿Ella apoyaba las ideas de su papá?

Sí, ella apoyó siempre a mi padre. Es interesante que mencione a mi madre, porque fijese, somos ocho hermanos y salimos los ocho junto con mi mamá y mi abuela, nos fuimos todos para Miami. Mi padre se queda en Cuba y va después, y como él decía ella era la gallina con los ocho pollitos, ella sí que no se hubiese separado de nosotros de ninguna manera.

¿Es cierto una historia que escuché, que una vez Fidel se encontró con su padre en un lugar?, ¿qué pasó ahí?

Esto es un cuento que me hizo mi padre, debe haber sido en el año sesenta, después de abril, nosotros en abril fuimos para Miami. Papi se encuentra con Fidel en Casa Potin, el restaurante, estaban hablando y Fidel le dijo que sabía que Irene, mi mamá, y los muchachos, los ocho hijos, ya estábamos en Miami, y le preguntó que por qué nos habíamos ido. Mi padre le dijo: « ¡Ay, Fidel, tú sabes por qué!». Sí, Fidel sabía que nos habíamos ido. Tengo la impresión, y mi padre también, de que Fidel sabía lo que estaba haciendo mi padre: trabajando con los americanos y la CIA.

El caso de su padre es tan interesante porque hizo un cambio fuerte, ¿por qué?

A finales de los sesenta –debe haber sido sesenta y ocho, sesenta y nueve– ya él se había salido de lo que era la CIA. Conversando sobre Bahía de Cochinos, al final de esa conversación –estábamos hablando si habíamos ganado o perdido– me dice: «Álvaro, si hubiésemos ganado hubiese sido peor». Eso se lo dejo a ustedes para que lo interpreten.

Él vio desde muy temprano lo que estaba pasando en Miami, lo que se estaba desarrollando en Miami, quién estaba en Miami y llegó a esas conclusiones. Y fue cambiando hasta llegar al punto en que en los noventa, cuando visita a Cuba, sé que tuvo reunión, que vio a Fidel y a muchas otras personas y volvió con entusiasmo al ver las posibilidades que existían en Cuba, del futuro de Cuba.

Él fue evolucionando, yo no diría que cambiando, diría que evolucionando en su pensamiento. En una entrevista para la revista *Contrapunto* llegó a decir que Cuba podía ser la primavera del mundo. Encontré siempre muy interesante cómo fue evolucionando en su pensamiento.

¿Y sus hermanos tienen también las mismas opiniones?

Mis hermanos me han respaldado en todo lo que hago. No son tan políticos, cada uno tiene su estilo de vida, somos diferentes, pero lo que

sí puedo decir es que han respaldado mi trabajo, así como el de mi padre. Los ocho nacimos en Cuba, somos cubanos que vivimos en los Estados Unidos, y siempre hemos respaldado a Cuba como nación.

¿Y lo de Peter Pan? Ahora viene un grupo de Peter Pan a Cuba, ¿qué importancia da a eso?

Yo creo que es importante que todo cubano que viva en los Estados Unidos, que se fue, que vuelva, por lo menos para ver, para que camine, para que se reencuentre con su patria, eso es importantísimo. En el caso de los Peter Pan es más importante todavía, especialmente los que nunca han vuelto, es como el círculo de la vida. Es importante que lleguen a algún entendimiento con sí mismos, con Cuba, en una cuestión tan dolorosa como fue lo de Peter Pan.

¿Qué hace ahora?

Yo soy periodista y nosotros publicamos una revista por internet que se llama *progreso-semanal.com*.

¿Cuándo fue la primera vez que habló del papel de su padre en la Operación Peter Pan?

Cuando admito su papel en lo que fue Peter Pan, lo puse por escrito en *Progreso Semanal*, porque yo siempre he dicho que si se pone por escrito está para el resto de la historia, para que la gente lo sepa. Lo que me estimuló a escribir eso fue cuando el *Miami Herald* empezó una campaña sobre Peter Pan. Han creado una base de datos donde puedes comunicarte, tienen casi todos los nombres de las personas que participaron en esa operación. Es lo que me estimuló a escribir, para que se sepa lo que el *Miami Herald* y otras personas en los Estados Unidos no están dispuestos a hablar.

¿Y nadie lo publicó en Miami?

Nosotros lo publicamos, lo comentaron por radio, no en buenos términos cuando hablaban de mi padre, pero da lo mismo, lo importante es que se sepa.

¿El Miami Herald no lo publicó?

No, el *Miami Herald* no publicaría eso.

¿Y recibió alguna respuesta de alguna persona?

Recibí respuestas de muchas personas, hasta Fidel Castro habló sobre esto en una reflexión que escribí.

¿Y usted mismo siente un alivio también?

No se si es un alivio, pero son cosas que tengo que hablar.

¿Cree que su padre hubiera querido que diera esa información pública?

Sí, mi padre llegó al punto en que estaba dispuesto a dar él mismo la información, ya al final estaba enfermo, le costaba trabajo hablar, no le era fácil comunicarse y el orgullo que tenía no lo dejaba hacer entrevistas. Yo creo que usted tiene la última entrevista a mi padre.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



RUPERTO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

«...crearon una alarma tremenda, miedo en la gente, que le iban a llevar los hijos, que los hijos los mandarían a Rusia, y hubo quien decía que los metían en latas para hacer salchichas».

La Habana, 1999

Linotipista. Descubrió que la llamada ley sobre la patria potestad, que se imprimió en la imprenta donde laboraba, era falsa y lo denunció ante las autoridades.

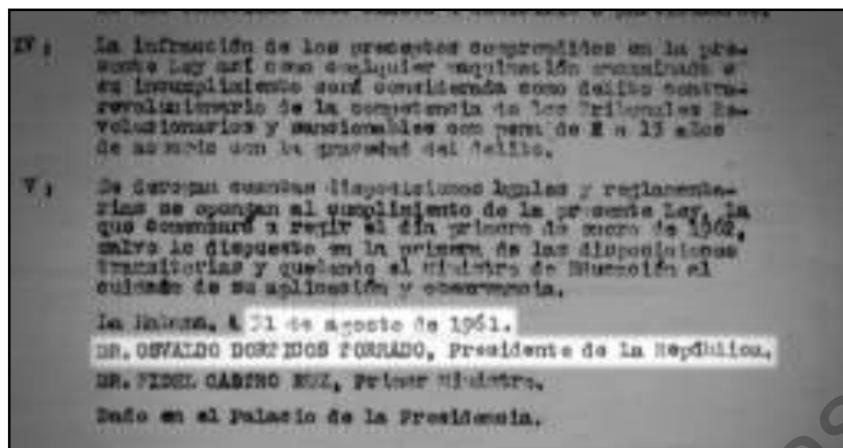
Cuénteme qué pasó en relación con la ley sobre la patria potestad, qué sucedió en aquellos años.

Mi nombre es Ruperto Hernández Rodríguez. Recuerdo que un sábado, el 15 de septiembre de 1961 –yo trabajaba entonces en una imprenta que estaba en Amargura y Cuba, y era el responsable del departamento de linotipo–, había tenido que salir a hacer unas gestiones, y cuando regresé mis compañeros me dicen muy alarmados que Garrido, dueño de la imprenta, había traído una ley sobre la patria potestad para imprimirla y me enseñaron la prueba. Cuando la leo pienso: «¡Pero esto está raro!». La fecha que tenía abajo me doy cuenta de que era falsa, porque en esos días el presidente Dorticós estaba en Japón y no podía estar en Japón y en La Habana el mismo día. Dije: «¡Esto es falso, aquí hay maraña!». Me di cuenta por la fecha y por lo que decía, que iba contra la lógica, ¡eso no podía ser!

Fuimos a ver a Garrido con un compañero que había trabajado allí, y le dije: «Chico, ¿esto qué cosa es?». Él me responde que lo había traído un señor y que ya se había llevado los impresos. En la máquina la tinta estaba todavía fresca, aún estaba el molde en la platina de la máquina y le digo: «Mira, actúa que esto está raro, o te han engañado o tú estás cometiendo una falsedad muy grande».

¿Y qué dijo Garrido?

Él era un hombre muy callado, se calló, no dijo nada. Al poco rato vino un carro de la Seguridad y se lo llevó. Después tuvimos que ir al juicio que fue en La Cabaña. Yo tuve que declarar y dos compañeros más, y dijimos la verdad, cómo fue todo.



Fragmento de la falsa ley sobre la patria potestad.

¿Qué dijo Garrido en el juicio?

A Garrido yo no lo oí, porque a nosotros nos interrogaron por separado. A mí me interrogaron y me dijeron que podía marcharme. No oí la declaración de los acusados.

¿Y supo qué pasó con Garrido y con los otros?

Los condenaron y cogieron una ramificación, creo que por Cienfuegos. Eso quedó aclarado, pero crearon una alarma tremenda, miedo en la gente, que le iban a llevar los hijos, que los hijos los mandarían a Rusia y hubo quien decía que los metían en latas para hacer salchichas. Eso creó un gran malestar.

¿Había quien creía eso?

Sí, cómo no. Ellos confundieron mucho a la opinión pública durante un tiempo, un tiempo nada más, después todo se aclaró.

Y la gente mandaba a los hijos para afuera.

Sí, cómo no. Esa era una «bola» que habían creado, una alarma muy grande, y mandaban a los chiquitos sin los padres, los mandaban primero. Así se fueron bastantes.

¿Y qué decía el rumor?

Que usted no tenía autoridad sobre sus hijos, que los hijos estaban a disposición del Estado. Una desintegración de la familia. Eso causó una gran alarma, porque los hijos son los hijos.

¿Usted nunca creyó eso?

Yo nunca lo creí.

¿Y qué sintió cuando vio la ley esa?

Yo la leí, estaba bien redactada, se veía que el documento estaba redactado por un abogado, por alguien que sabía, pero era falso, me di cuenta por la fecha. El abogado sabía mucho de leyes, pero no se dio cuenta de que Dorticós estaba en Japón y no podía firmar la ley en Japón. Esa fue la clave.

¿Y tiene alguna idea de quién redactó esa ley?

No sé decirle. Esa ley la trajo Garrido y a él se la dio un hombre.

Y cuando usted mira hacia atrás ¿cómo lo analiza?

Aquella fue una de las tantas maniobras de la contrarrevolución, apoyada y estimulada por los gobernantes de los Estados Unidos. Todavía siguen con campañitas, siempre inventan.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



FRANCISCO ARUCA

«Yo no quiero ni culpar a los padres ni culpar a los muchachos, lo importante es que ese plan fue basado en la mentira, porque era una de las tantas maneras de crearle problemas al gobierno revolucionario, y lo que se logró fue que miles de niños cubanos viajaran solos al exterior».

Miami, 1999

Detenido en enero de 1961 por actividad contrarrevolucionaria fue condenado a treinta años de prisión, de la que se evadió, se asiló en la embajada de Brasil y salió de Cuba en 1962. Fue fundador en 1974, junto a otras personas, de la revista Areíto; en 1978 participa en la iniciativa conocida como Diálogo, a favor de mayores vínculos entre la comunidad cubana radicada en los Estados Unidos y el pueblo de Cuba y de las relaciones entre ambos países. Constituyó la compañía Marazul, de vuelos chárteres a Cuba. En 1991 funda en Miami la emisora Radio Progreso y posteriormente la revista en internet Progreso Semanal. Comentarista político. Falleció el 10 de marzo de 2013.

¿Usted conoció acerca de la historia de los Peter Pan?

La Operación Peter Pan, en opinión de todos los conocedores, fue organizada por la CIA para incitar a los padres cubanos a que sacaran a los niños del país. Estamos hablando de los años 1960, 1961, 1962, es decir, al comienzo del período revolucionario, cuando sin ninguna duda, además de una gran confusión en Cuba, había un gran nivel de desinformación y deformación sobre los países comunistas, mayor del que hubo después.

Se hizo todo un plan que trató de demostrar a los padres cubanos que el Gobierno iba a eliminar el principio de la patria potestad, o sea, el poder de los padres de educar a sus hijos, tenerlos con ellos, y que iba a dictar una ley para eliminar ese derecho. Se derivaban, además, una serie de interpretaciones, hubo quien regaba por Cuba que a los niños cubanos se los iban a llevar para Rusia. Yo fui testigo circunstancial de que esto sucedía.

En el año sesenta era empleado del Banco Continental de La Habana y estaba a cargo del departamento de copias fotostáticas. Un día llega uno de los vicepresidentes del Banco, muy sigiloso, me da unos papeles y me dice: «Sácamele una copia a esto rápido que vengo enseguida». Y yo, que nunca me he caracterizado por ser un tonto, leí lo que me había dado de forma tan sigilosa. Era un proyecto de ley, con todas las palabras adecuadas, con toda la terminología legal, que se relacionaba con la eliminación de la patria potestad. Mi posición en aquel momento no era ni siquiera cercana a la que tengo hoy y me «tragué» aquel proyecto de ley, le saqué copia adicional, le di al tipo la suya y me quedé yo con una, que después le hice llegar a otros grupos que estaban contra el Gobierno, porque esa era la posición que teníamos nosotros entonces,

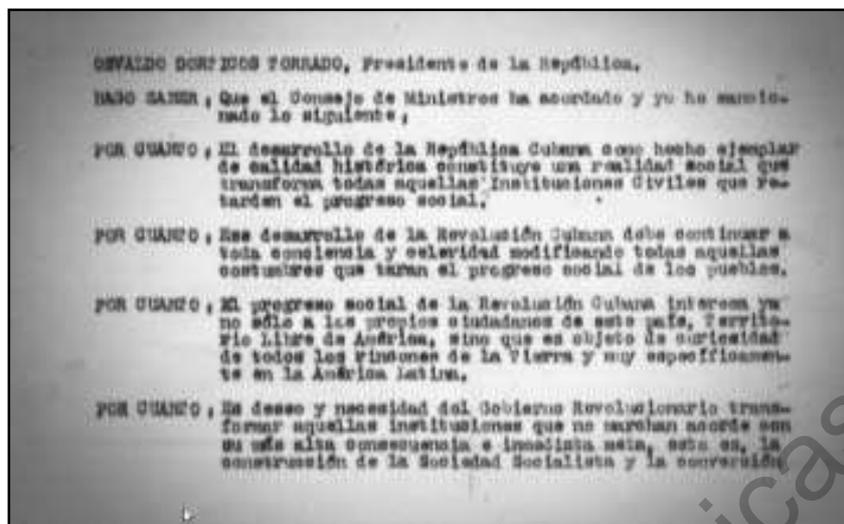
vamos a hablar claro. Y, por supuesto, eso fue falso, ese proyecto de ley nunca existió, o sea, que se tomaron la molestia hasta de escribirlo con la terminología necesaria y reproducirlo en forma sigilosa porque así lo hacían creíble. Ese proyecto de ley nunca existió, pero la gente se lo creía y eso motivó que miles de padres enviaran a sus hijos para el exterior solos, lo que llevó a una gran tragedia.

Yo no quiero ni culpar a los padres ni culpar a los muchachos, lo importante es que ese plan fue basado en la mentira, porque era una de las tantas maneras de crearle problemas al gobierno revolucionario y lo que se logró fue que miles de niños cubanos viajaran solos al exterior.

Tengo muy buenos amigos que son Peter Pan, entre ellos los que se alegran de que los hayan mandado, porque les fue muy bien con la familia con que los alojaron, hicieron muy buena carrera, y le dan gracias al gobierno de los Estados Unidos y a sus padres. Pero tengo amigos que los cuentos que me han hecho son para «ponerle los pelos de punta a uno», por los enormes sacrificios, las experiencias tortuosas que tuvieron, de todo tipo. Algunos de ellos los pusieron en lugares con otros niños que nadie sabía de dónde venían, y el problema no era que una familia los maltratara, a veces caían en ambientes donde, entre otras cosas, había quien abusaba de la condición de niños con prácticas sexuales, por quienes supuestamente los tenían a su cuidado.

Es decir, el producto de lo que fue en realidad una mentira, llevó a que muchos padres cubanos, creyendo que estaban haciendo lo mejor, mandaran a sus hijos solos al exterior y provocó una situación de tragedia enorme y de trauma para miles de niños cubanos, algunos de los cuales, todavía hoy, no pueden hablar del tema sin sentirse muy conmovidos. Fue algo dañino y absurdo, el gobierno cubano jamás intentó quitarle los hijos a sus padres, nunca sucedió.

Hay una versión, vamos a decir moderada, de: «No, no le quitaron los hijos a los padres pero les lavaron el cerebro», y ¿ustedes saben que esa versión también es estúpida? Claro, en aquella época se hablaba de que los comunistas le «lavaban el cerebro» a los muchachos; se pudiera haber dicho lo mismo de los católicos, porque yo salí con algunas conclusiones raras en mi cerebro, y, sin embargo, si algo demuestra la vida es que el ser humano se recupera de toda una serie de esfuerzos por meterle cosas en la cabeza, lo mismo religiosas que políticas. Y, sin hacer un análisis profundo del caso, la mejor prueba de que no existe tal cosa es cuántos jóvenes cubanos que nacieron en el período revolucionario están aquí, vinieron para acá, están en desacuerdo con esa sociedad o



Fragmento de la falsa ley que circuló en Cuba sobre la patria potestad.

están buscando mejores condiciones económicas. En aras del supuesto de evitar que le «lavarán el cerebro», lo que sí no debe hacerse es mentirles a unos padres para que pierdan el control y el contacto con sus hijos y mandarlos para el exterior. Al que le fue bien, porque cayó en buenas manos, démosle las gracias a Dios, y al que le fue mal todavía hoy está pagando el trauma. Hay niños que se sienten agradecidos por lo que hicieron sus padres y hay quienes no los perdonaron, es decir, un trauma que dura toda la vida. Se utilizaron instrumentos morales con fines políticos.

Hay personas que han regresado, sobre todo a partir de la visita del papa, y que están regresando, tratando de curar un poco las heridas. Y si algo quisiéramos es que nos sobrepusiéramos a las heridas del pasado, como todos las llevamos, para contribuir a un mejor futuro. Para mí fue alentador saber que de la misma forma que personas por principios religiosos se fueron de Cuba y no habían vuelto más, volvieron cuando el papa y se dieron cuenta de que, aunque sigan teniendo diferencias, «esto no es como yo pensaba, ni mi actitud de aislamiento total es la que debía ser». Muchos Peter Pan han regresado a Cuba, lo que los ha ayudado un poco a recuperarse y a sanar las heridas que estaban abiertas. ¡Ojalá que eso suceda! Es lo que nos hace falta para un futuro mejor si no queremos convertirlo todo en enfoques políticos estrechos.

No estoy culpando a los padres, yo creo que los padres actuaron engañados y la culpa es del que dijo la mentira.

Nosotros hemos oído como argumentos que se trataba de los derechos humanos de los padres que deseaban otra educación para los hijos, una educación religiosa y también sobre el papel de la iglesia católica, ¿qué usted piensa sobre eso?

Está por demostrarse si la Iglesia sabía de verdad lo que había aquí o no. Sin duda alguna la Iglesia desempeñó un papel, los niños eran recibidos por la iglesia católica y aquí hay sacerdotes, monseñor Walsh, uno de ellos, que fue importantísimo el trabajo que realizó. No tengo pruebas que demuestren que la Iglesia supiera que era un plan de la CIA. Aquella Iglesia de los años sesenta era profundamente anticomunista y fanática, de la misma manera que los comunistas de entonces eran anticatólicos fanáticos. Tenemos que ubicarnos en la época, pero no hay dudas de que la Iglesia de aquella época veía como algo positivo sacar a los niños del comunismo, y desempeñó un papel relevante. Es un poco la mentalidad de los tiempos. Pienso que la Iglesia no tiene una posición similar ahora.

Lo interesante, si se va a hablar de la CIA, es que hay investigadores que están tratando de hacer libros sobre el tópico, incluyendo a los que son opositores al gobierno cubano, y no han logrado que la CIA, todavía, elimine la prohibición a toda una serie de documentos de esa época, y estamos hablando de 1960 al presente. Hay investigadores frustrados, porque no se desclasifican los materiales, y mi opinión es que si se llega a demostrar que fue un plan de una institución oficial, el nivel de vergüenza para el gobierno de los Estados Unidos de aquella época será innegable.



EUSEBIO LEAL SPENGLER

«Yo te podría decir que hoy, mirando hacia el pasado, independientemente del triunfo individual, independientemente de las penas y los sufrimientos de otros, las lágrimas de los niños, el dolor de las familias, que yo vi, hacen de esta operación, que hoy se conoce con el nombre de Peter Pan, una página oscura y triste de la historia».

La Habana, 2009

Destacado intelectual cubano. Historiador de la ciudad de La Habana. Se ha distinguido, de manera particular, por la conducción de las obras de restauración del Centro Histórico de La Habana, declarado por la Unesco, en 1982, Patrimonio de la Humanidad.

A través de la Operación Peter Pan se produjo un éxodo de más de catorce mil niños que viajaron solos, sin sus padres, hacia los Estados Unidos. Hemos entrevistado a monseñor Walsh que explicó que el Departamento de Estado vino a él y le pidió ayudar a unos padres a sacar niños de Cuba. Comenzó en la Academia Ruston, cuyo director era James Baker.

Monseñor Walsh también nos dijo que el Departamento de Estado le pidió que continuara ayudando a los niños a salir de Cuba y que le darían suficiente dinero para tenerlos. Fueron ubicados en tres campamentos en la Florida y después en orfanatos o casas de crianza, por todos los Estados Unidos. A algunos les fue muy bien y a otros no.

De aquel tiempo, Eusebio, ¿qué recuerdas? Eras muy joven, pero ¿qué sabes?, ¿qué pasó?, ¿por qué los padres se asustaron?

Voy a intercalar el testimonio como historiador de ese tiempo que me tocó vivir también y un testimonio personal.

Yo formaba parte del Secretariado de la Juventud de Acción Católica, que era una de las tres ramas de la Acción Católica Cubana, que era la Juventud Obrera, la Juventud Estudiantil y la Juventud Acción, que era la juventud parroquial. Nuestro Secretariado, que era un ente nacional y de la provincia también, de la ciudad de La Habana, tenía a su cargo las organizaciones católicas de base de los jóvenes estudiantes, obreros o captados por los párrocos para integrar aquellos grupos de formación cristiana de base.

La primera que sufre el impacto de lo que está ocurriendo es la juventud, y es la juventud católica, la Juventud Acción Católica, porque es adonde comienzan a llegar las noticias de que se estaba produciendo un éxodo organizado de niños, porque existía el temor de que se iban a dictar leyes que quitaban o limitaban la patria potestad, quiere decir el derecho de los padres a la educación de sus hijos.

Existía un conflicto planteado con la jerarquía de la Iglesia y la Revolución, se habían escrito ya las pastorales de los obispos, en las cuales señalaban su gran preocupación ante el auge de lo que llamaban entonces las ideas del comunismo soviético, una profundización en la ideología del ateísmo; había todo tipo de rumores, todo tipo de comentarios, cuando ya estaba desencadenada la Revolución.

No se puede dejar de subrayar que en ese momento se estaba resquebrajando la antigua sociedad cubana, total. La Iglesia, que partía de la hipótesis de que seis millones de cubanos eran católicos por el hecho de estar bautizados, estaba dándose cuenta de que no era cierto, sino que había una gran masa de cubanos que creían a su manera, que no llevaban una vida sacramental cerca de la Iglesia, que se casaban sin cumplir los preceptos mínimos de la confesión y de la comunión, por solamente ponerte algún ejemplo, y se estaban produciendo en las iglesias enfrentamientos porque una parte de esos católicos ingresaba en las milicias, y otros, que habían sido hermanos de comunión, se iban del país.

Se estaban produciendo, unas tras otra, las leyes revolucionarias, las que muy pronto abordaron el tema de la educación, sobre todo porque los principales colegios confesionales eran poderosas organizaciones sustentadas en el capital, sustentadas en los bienes materiales de la Iglesia, las fincas, la propiedad inmobiliaria, las contribuciones de los fieles. Ciertos sectores de esa fidelidad estaban en fuga porque pertenecían a los grandes templos de la Quinta Avenida, de los principales lugares de La Habana donde estaba la alta, mediana y pequeña burguesía. Había también un fenómeno dentro de la Iglesia, y es que existía una gran mayoría del clero que era regular, quiere decir de las órdenes religiosas que no tenían su obediencia al obispo, al ordinario, como se le llamaba al obispo, sino que la tenían a sus cabezas de órdenes que estaban generalmente en España, era un clero español que había sobrevivido a la Guerra Civil Española, que venía con el terror de que se reprodujesen en Cuba esos acontecimientos.

Era un momento de confusión y de confrontación, eso es claro y lo recuerdo perfectamente. Dentro de las organizaciones de la Iglesia había también un gran desasosiego porque se temía, y era lo que decían los clérigos españoles, que se repetirían en Cuba los mismos sucesos de la república española. Hablaban de los niños que se llevaban a la Unión Soviética, hablaban de que la escuela privada iba a ser sustituida por una educación atea y anticlerical, que la Revolución terminaría pronto, que habría una intervención norteamericana o de los cubanos que esta-

ban en el exterior. Era un conjunto de noticias alarmantes que a su vez tenían como contexto las leyes revolucionarias, las emisoras de radio que comenzaban a ser escuchadas durante la noche y que transmitían noticias alarmantes y un rumor, por sobre todos, que era el más sobrecogedor y el más preocupante para muchos padres ignorantes y para muchos predicadores de la necesidad de enfrentar a la revolución atea y era que se iba a quitar la patria potestad a las familias sobre sus hijos, no solo en la educación sino que eso llegaría a todos los límites.

¿Y había una falsa ley?

Había un comentario sobre una ley del Gobierno en este sentido y, como todos los días, salían disposiciones revolucionarias de distinto tipo que enfrentaban las propiedades agrarias, la Ley de la Reforma Agraria y sus consecuencias; la Ley de la Vivienda, una ley de alquileres de vivienda, que había modificado la propiedad, y como la Iglesia, gran propietaria, y las órdenes religiosas, grandes propietarias de inmobiliarias, estaban altamente perjudicadas, eso se sabía pero no se decía, la confrontación aumentaba, tanto en lo puramente conceptual ideológico como en lo real político de la vida cotidiana. En ese contexto la noticia de que había comenzado una posibilidad de llevarse, rápidamente, los niños católicos, salvarlos de ese suceso, que los padres tenían que entregarlos a una organización que los recibiría en los Estados Unidos, que la separación sería breve porque en definitiva la Revolución no duraría lo que ella creía que iba a durar, todo eso provocó que en un determinado momento el éxodo en las parroquias fuera inmenso.

Tú te preguntabas «¿qué está ocurriendo?». Que se fue, que se van el día 30, que a tal niño hay que prepararlo a la carrera con el catecismo y con una serie de rudimentos de costumbres porque va a los Estados Unidos.

¿Tú te acuerdas?

Me acuerdo perfectamente, luego la desgracia de que muchas amigas y amigos míos, de mi propia generación, partían; no ya niños de ocho y nueve sino de catorce, de quince años, menores que yo en tres o cuatro años, que salían también, de los cuales en muchas oportunidades no volvimos a saber nunca más, porque o los padres se fueron o ya no supimos de ellos hasta después. Ahora, recientemente, he conocido de una de esas amigas mías de quien me despedí hace casi cuarenta años, ahora sé que está en Chicago, y hemos tenido hace unos días una interesante conversación tratando de llenar el tiempo perdido.

¿Y la nacionalización de las escuelas religiosas?

Bueno esa fue una gran batalla, porque ahora nos parece todo muy distante, pero también nos parece todo que fue ayer. Cuando triunfa la Revolución apenas habían pasado diez, doce años, de una gran campaña que se llevó a cabo en Cuba, por los sectores progresistas de la intelectualidad cubana, enfrentando el intento de eliminar el laicismo en la enseñanza y llevar la enseñanza religiosa a la escuela pública. Eso había sido una victoria alcanzada, se había frenado. Como respuesta al tema de la educación religiosa crecieron y se multiplicaron las escuelas confesionales, en detrimento de una pública que el Estado atendía poco o casi nada. Como resultado de todo eso, al triunfo de la Revolución las escuelas privadas, católicas, protestantes y laicas, pero privadas, eran un emporio de riqueza, donde poco tenían que hacer los niños de las clases más infelices. Había una escuela, por ejemplo, que estaba en la calle 23, que tenía un cartel que decía afuera: «Escuela para niñas pobres», que era sufragánea de una de estas escuelas privadas de religiosas. ¿Entonces el resultado cuál es? El resultado es que al producirse la nacionalización de la escuela, al declararse la educación pública, general, universal y laica, pues sucedió otra tremenda y gran confrontación, una confrontación que será respondida con pastorales de los obispos, con predicaciones airadas de los clérigos en los púlpitos los domingos y con la resistencia que –un grupo de católicos revolucionarios, que estaban con la Revolución, que querían la justicia social y los cambios–, hacían a todo esto.

Se crean incluso organizaciones, recuerdo una: «Con la Cruz y con la Patria», de la que formaban parte varios sacerdotes, recuerdo nombres de sacerdotes ilustres, personas muy progresistas, muy respetadas, y que no estaban de acuerdo con las medidas de reacción anticubanas que se iban tomando, justificadas también en el sectarismo que aparecía como un espectro en el lado de allá.

Dentro de la Revolución se estaba produciendo un fenómeno acelerador de los acontecimientos –también causante de no pocos errores en aquella época y posteriormente–, y que bajo el manto de un radicalismo revolucionario quería anticiparse a los resultados verdaderos de la Revolución, a veces forzar el desarrollo de la conciencia humana, había pequeñas mezquindades, apartamientos a veces de creyentes por no ser «personas confiables», y todo esto debilitaba la posición de cristianos y creyentes revolucionarios, los hacía acudir a dirigentes de la Revolución caracterizados por su sentido común, por su humanidad. Te voy a citar

casos como Celia,¹ como Haydee.² Todo esto era el caldo de cultivo de la época; en realidad, era un momento de gran confusión, y más que confusión podía definirse que estaba ocurriendo una revolución y cuando ocurre una revolución no hay un límite, sobre todo en los países hispanos, para dónde termina la razón y comienza la pasión.

¿No es un poco raro que un padre mande a su hijo lejos?

Era una locura, era una especie de locura, y al mismo tiempo una enajenación, hija de la propaganda, del radio, de las octavillas contrarrevolucionarias, del laborantismo de los pasillos. Todas estas personas se iban nucleando y aliando con los que pensaban igual, a veces salvando diferencias de clases que antes eran abismales, porque dentro de la propia Iglesia había una clara diferenciación de clases sociales, no era lo mismo una iglesia en la Quinta Avenida que la iglesia de la Caridad en el corazón de Centro Habana, no era esa la situación de la Catedral con relación a la iglesia del Espíritu Santo.³ Las propias organizaciones católicas estaban formadas en un lugar por personas más humildes, y en otro, por personas más adineradas. Todo esto era una gran confusión de intereses, por eso algunos desclasados y algunas personas que no tenían ningún sentido de pertenencia a una causa social eran arrastrados precisamente por esa propaganda a cometer locuras como aquellas. No solamente eso, yo recuerdo que un padre muy querido por nosotros nos decía: «Si ustedes encuentran –y quizás como paso previo nos decía esto para proponernos otra cosa después–, si logramos una organización católica en que podamos trabajar para cambiar las cosas y hacer otra cosa, pues no vacilemos en estar», es decir, para derrocar la Revolución.

Muchos mantenían en secreto que habían recibido los papeles de la partida y te decían de pronto: «Nos vamos mañana» o «Se los llevan mañana». Era realmente un gran desarraigo, gente llorando, niños que se despedían, las escenas en los barrios donde había una gran polarización entre la militancia del pueblo, la gente, la milicia, las movilizaciones,

¹ Celia Sánchez Manduley (1920-1980). Heroína de la Revolución Cubana. Figura legendaria desde los preparativos de la expedición del *Granma* y del inicio de la lucha guerrillera en la Sierra Maestra. Primera mujer combatiente del Ejército Rebelde, desempeñó importantes tareas y responsabilidades.

² Haydee Santamaría Cuadrado (1923-1980). Heroína de la Revolución Cubana. Participó en el asalto al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. Fue fundadora y presidenta, por muchos años, de la Casa de las Américas.

³ Considerada la iglesia más antigua de Cuba. Ubicada en un barrio popular de La Habana colonial.

que si hay un fuego, que si pusieron una bomba, había un gran acontecimiento realizándose en el país, y, al mismo tiempo, una acción muy fuerte del enemigo.

Ya yo pierdo la noción del tiempo: Playa Girón, la Crisis de Octubre, todo sucesivamente, todos los días había algo nuevo. Los que nos montamos en la Revolución, los que estábamos en ella vistiendo los uniformes de la milicia, en los Comités, etc., decididamente, no éramos bien vistos por nuestros compañeros de fe, y lo más grave es que, en determinados aspectos, tampoco nuestros propios hermanos y compañeros de la Revolución creían del todo.

¿Crees que alguna gente de la Revolución sabía que estaba saliendo tanta gente? Hay quienes plantean que por qué el gobierno cubano no hizo nada para pararlo.

Si el Gobierno hubiese complacido la trampa y hubiese frenado la salida, entonces daría la razón a los que afirmaban que estaba preparándose para impedir que los padres pudiesen determinar sobre el destino de sus hijos. Lo que sí estuvo claro es que, si en el aeropuerto o en cualquier lugar, un niño daba un escándalo diciendo: «No me voy», no se lo podían llevar. Quiere decir que a la fuerza no se podía sacar un niño de Cuba, esto era así. Se exigía, además, que ambos padres estuviesen de acuerdo con la salida de su hijo, porque de lo contrario se violaba el derecho de un determinado padre y había algunos que decían: «No, yo no estoy de acuerdo que se lo lleven».

Era un momento muy difícil. No cabe la menor duda de que en una revolución verdadera y en una gran revolución ocurren todas estas cosas, sobre todo cuando un factor externo tan fuerte, como era la injerencia norteamericana en los asuntos de Cuba, iba a caracterizar este proceso de una forma muy radical. Estaban también los temores del clero español, que era mayoritario, de que se repitiesen en Cuba los incidentes de la Guerra Civil Española, por eso la Revolución toma la sabia determinación de que saliera el clero español, para evitar que estas provocaciones trajesen como consecuencia lo que muchos deseaban: el incendio de la primera iglesia. Por eso esta es la única revolución en este continente, quizás la única en el mundo, en la que no hubo un sacerdote fusilado ni una iglesia incendiada. Hubo curas presos, los hemos conocido, los conocí y sé por qué estuvieron presos, pero de ninguna manera hubo ni religiosas ni sacerdotes en estas circunstancias.

¿Y quién tomó la decisión de mandar a los clérigos españoles afuera?

Yo pienso que la dirección de la Revolución toma la sabia decisión de enviar no a todos, sino a una parte. A las parroquias se llegó con un

listado diciendo: «Juan, Pedro y Antonio se tienen que ir». Es probable que en ese contexto se cometiese alguna injusticia, es decir, que se fuese alguien que verdaderamente no hubiese estado comprometido en esa idea.

Yo recuerdo que en República Dominicana, en ocasión de una visita oficial de nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro, monseñor Arnáez, que es obispo auxiliar de la capital de República Dominicana, se acerca, en el saludo oficial en Palacio, y le dice: «Yo, jesuita, fui expulsado de Cuba». El Comandante le abre las manos y le dice: «Padre, perdonemos a nuestros enemigos, olvidemos el pasado», y el jesuita le da un abrazo, muy conmovidos el uno y el otro. Es decir, estaban evocando acontecimientos de la Revolución que habían creado confrontaciones circunstanciales y que el tiempo había borrado.

¿Había una confrontación de la Iglesia, de la jerarquía?

Sí, la jerarquía católica de Cuba estaba bajo un espectro de recuerdos, primero no olvides que la Iglesia en Cuba, en el período republicano, comienza a rehacer su imagen, después del compromiso que la jerarquía de la iglesia católica hasta 1899 tuvo bajo la corona española y luego bajo la ocupación militar norteamericana.

En estos breves cincuenta años de República, la Iglesia trata de recuperar el espacio social que hacía mucho tiempo había perdido. Tenía, sin embargo, la idea de que poseyendo la educación privada, teniendo en su mano la administración de los cementerios, de los orfanatos, de los asilos para ancianos, de una serie de instituciones sociales y caritativas era depositaria de un gran poder moral. Ella creía con toda certeza ser la conciencia moral de la nación, que al mismo tiempo creía católica. Cuando tú lees los anuarios católicos decían: «Cuba, seis millones de católicos», no decía seis millones de bautizados. Entonces, una revolución que de pronto levanta la bandera de la justicia social, de la reforma agraria, de la educación para todos, de una vocación hacia la mujer y el niño, de todo lo que la Revolución significó, pero que es también una revolución antimperialista y que viene, además, con un signo social muy definido que la va a llevar, pocas horas antes de Playa Girón, a definir su carácter socialista, era vista por la Iglesia como un camino de error y perturbación.

No olvides que de acuerdo con las encíclicas pontificias el comunismo era intrínsecamente perverso y que la Iglesia no podía tener conciliación alguna con un régimen y con una predicación de justicia social sobre las bases que no fuesen las de la doctrina social católica, esbozadas por León XIII y Pío XI en sus encíclicas y llamamientos.

Todavía faltaba un poco de tiempo para que el papa Juan XXIII en su encíclica: «La paz en la tierra», pusiese como premisa que ya no era

imposible –lo que hasta ese momento no había sido recomendable ahora era conveniente– una unión entre creyentes y no creyentes en la búsqueda de la paz, de soluciones sociales. Eso aquí todavía estaba muy distante en la mentalidad de la jerarquía católica. Entonces la Iglesia decía: «Apoyamos las medidas justas, estamos de acuerdo con las transformaciones, pero no estamos de acuerdo ni queremos el comunismo ni queremos el ateísmo ni queremos todo esto», y fueron conformando un cuerpo de doctrina que los lleva, con profundos temores, cada día mayores, me consta, a la gran confrontación. Sin embargo, abajo, la feligresía, que no era tanta, se sentía aprisionada en esas circunstancias, y los que dentro de esa feligresía, que conocí muchísimos, sentían por la Revolución una simpatía natural porque habían padecido en su carne las desventuras de una vida muy poco favorecida en el período prerrevolucionario, que estaban hartos del crimen, de la discriminación, de no poder llevar a sus hijos a una escuela digna, conservaban su fe, pero vestían el uniforme de la milicia y estaban luchando por la Revolución.

¿En qué medida la Revolución afectó la enseñanza religiosa?, porque Walsh dice que ellos estaban protegiendo los derechos humanos, de los padres, porque querían que sus hijos tuvieran una enseñanza religiosa.

La enseñanza religiosa atraviesa en ese momento una crisis, es innegable. ¿Por qué?, porque se ve reducida a la catequesis que realiza la parroquia dentro o fuera de ella. Las catequesis fuera de la Iglesia estaban en crisis. ¿Por qué?, porque toda reunión –en un momento de confrontación, todos los días anunciando invasiones, todos los días anunciando penetraciones de grupos contrarrevolucionarios etc., etc.– tenía como reacción mayores controles por parte de las organizaciones revolucionarias y, lógicamente, como muchos sacerdotes estaban sindicados por una posición contrarrevolucionaria, en muchos casos la catequesis era vista injustamente como una forma de adoctrinamiento contra la Revolución. Entonces se reduce a la Iglesia, a que los padres católicos, o cristianos en general, enseñen a sus hijos una enseñanza religiosa.

No olvidemos que sobrevinieron después momentos muy difíciles, vendrían después la UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción) y muchas cosas como estas a las cuales fueron católicos, protestantes, artistas. Es un episodio de esta historia, yo lo veo todo dentro del proceso revolucionario, quiero decir, dentro del proceso, y veo que dentro de todas las grandes revoluciones que he estudiado y conozco, esta fue, a pesar de esos terribles momentos, la más generosa.

Yo le pregunté a Walsh si creía que la CIA sabía y dijo: «Bueno, si la CIA no sabía era negligente». ¿Tú crees que la CIA tenía que ver con todo esto? Hay quien dice que empezó como una operación de la Ruston Academy y que la CIA se montó sobre eso.

Todas las cuestiones cubanas de esa época, absolutamente todas, han sido manejadas desde los Estados Unidos por la Agencia Central de Inteligencia, no cabe la menor duda. No es una obsesión, no es una paranoia cubana, ellos lo han hecho, y lo podrán repetir, más en algo que era de tanta importancia y en lo cual estaba comprometido, según se sabía, el Departamento de Estado, tenía que estar la Agencia, sobre todo porque se había creado un dispositivo para la salida de Cuba con una base en Cuba, donde actuaban personas.

Yo te podría decir que hoy, mirando hacia el pasado, independientemente del triunfo individual, de las penas y los sufrimientos de otros, las lágrimas de los niños, el dolor de las familias, que yo vi, hacen de esta operación, que hoy se conoce con el nombre de Peter Pan, una página oscura y triste de la historia, no solo en las relaciones cubano-norteamericanas, sino en la historia de este proceso político en el que participan algunos cubanos de quienes ya la historia ha promovido un fallo muy particular, un fallo identificativo. Los conocemos, sabemos cómo actuaron, y yo te diría que actuaron en un proceso de manipulación política del sufrimiento de la gente, de un sufrimiento que podía ser real o imaginario, de algo que estaba ocurriendo o de algo que supuestamente iba a ocurrir, que los niños iban a ser llevados a la Unión Soviética, que iban a ser socializadas las mujeres, que la Campaña de Alfabetización, en medio de un país lleno de gente con necesidades angustiosas, como había planteado la Juventud Universitaria Católica, la Agrupación Católica Universitaria, dirigida por la Compañía de Jesús, que había hecho un estudio sociológico que todavía hoy se cita como fundamental para la comprensión de la Cuba prerrevolucionaria, donde eminentes jesuitas habían trabajado realizando una prospección real sobre la situación de Cuba.

Entonces la Campaña de Alfabetización, que era la transformación del país, que era llevar a los jóvenes al campo, a encontrar lo desconocido, porque los jóvenes iban a cruzar ríos, a subir montañas, a vivir en los bohíos, se crearon relaciones enteramente nuevas... y ellos afirmaban que se trataba de una fiesta lasciva, que los jóvenes iban a un verdadero acto de corrupción, que las jóvenes volverían embarazadas, en fin, era una campaña poco limpia la que se libraba en torno a lo que el

país estaba realizando. La Revolución buscaba a tientas el futuro y ellos trataban de aferrarse desesperadamente al pasado.

Varias personas participaron en eso, por ejemplo, Polita Grau, Albertina O’Farrill, que dice que el jefe era monseñor Walsh en Miami, y la jefa aquí una inglesa que se llamaba Penny Powers, quien murió aquí y nunca la detuvieron porque mandar niños afuera no era ilegal, ¿no?

No sé con qué cobertura actuaría entonces Penny Powers. Yo conocí a Albertina O’Farrill, una mujer muy simpática, muy bonita, una mujer muy apasionada, y no dudo que ella defiende esta página como un acto más de la vida azarosa y fantástica que ha llevado, pero en realidad, cuando piense en su conciencia, cuando medite en todo aquello, quizás yo descubra las mismas lágrimas y el mismo dolor que algunas veces escuché en sus conversaciones, sobre aquellos años de su juventud.

¿Y Polita Grau?

La familia Grau todos sabemos el lugar que ocupa en la historia de Cuba. Es también nuestra historia, no podemos desconocer que eso ha ocurrido, el expresidente murió en Cuba, rodeado de la fidelidad de un grupo limitadísimo de sus colaboradores, y con la inmensa decepción del pueblo cubano, porque el profesor de Medicina, el hombre que en su juventud había significado una esperanza, en el desarrollo de su vida política significó para Cuba el amparo de la corrupción, el reino de la venalidad, de la pobreza imaginativa desde el punto de vista político e intelectual, independientemente de su simpatía y de su carácter tan irónico que tanto recordamos.

Creo que Polita Grau pertenece a ese grupo de personas que vivieron a la sombra del presidente, y que incluso trataron de decir y de hacer pensar que este podía tener alguna relación con los acontecimientos que estaban sucediendo en Cuba. No es cierto, Grau estaba en otro mundo, el doctor Grau pertenecía ya a otra galaxia, estaba rodeado de algunos colaboradores, algunos de los cuales viven en Cuba, aún hoy, algunos de sus ministros, como por ejemplo Segundo Curti;⁴ yo he tenido la oportunidad de hablar con el doctor Lancís,⁵ conocí a varias de las personas de

⁴ Segundo Curti. Fundador del Partido Auténtico, creado en 1934. En 1944, el entonces presidente Ramón Grau San Martín lo designó ministro de Gobernación; en 1949 y 1950, fue ministro de Defensa en el gobierno de Carlos Prío Socarrás.

⁵ Félix Lancís Sánchez. Fundador del Partido Auténtico. Fue nombrado primer ministro durante el gobierno de Ramón Grau San Martín, en 1945.



Niños en campamentos. Imágenes tomadas de la película *The lost apple*, 1963



su entorno y puedo asegurarte que él estaba ya, como se dice en Cuba, más allá del bien y del mal, y quizás el símbolo del respeto que la Revolución tuvo siempre para este tipo de personas, es que él vivió hasta su muerte en su casa, que fue sepultado en Cuba y que ese día apareció una nota en el periódico anunciando que el expresidente de la República de Cuba había fallecido y señalaba la hora de su inhumación.

¿Y por qué estuvieron Mongo, Polita Grau y Albertina O’Farrill presos?

Polita, Albertina, Mongo estaban en organizaciones contrarrevolucionarias concretas, que todo el mundo sabía, cuyo objetivo era el derrocamiento de la Revolución, usando como vía la propaganda y la lucha armada. Entonces, lógicamente, esas sanciones que ellos cumplieron marcan una parte no solo de su propia historia, sino de las clases derrotadas con la victoria de la Revolución.

¿Polita no participó en tratar de asesinar a Fidel Castro?

Bueno, todos estos grupos tenían como objetivo extinguir la figura principal de la Revolución. Hoy que sabemos todos los proyectos CIA que se elaboraron para atentar contra Fidel, nos damos cuenta de que todos estos elementos, de una forma o de otra, contribuyeron a ello, y creo que, particularmente, ella estuvo en un proyecto del cual se siente orgullosa.

¿Sabe algo de la llamada ley de la patria potestad?

Se decía que había una ley, circularon versiones falsas de una ley que supuestamente había escapado del Consejo de Ministros o de la reunión del Consejo de Ministros, de la dirección de la Revolución. Se hablaba de artículos, se hablaba de edades, todo eso fue una gran farsa, una gran calumnia, y fue una de las tantas banderas que tomó la contrarrevolución para tratar de dividir al pueblo cubano.

El gobierno revolucionario y la dirección del país nunca concibieron entre sus proyectos ideales suprimir la patria potestad. Esta es una afirmación categórica, lo demás sería dar un espacio a una infamia que aún sostienen la fe de los sobrevivientes de aquella Operación Peter Pan. Al contrario, la Revolución trataba de transformar y cambiar la sociedad, de darle a la familia cubana un nuevo espacio para vivir, por eso los jóvenes salieron al campo, por eso el trabajo voluntario, independientemente de todo lo que pueda decirse, yo creo que fueron unas jornadas de las cuales todos somos herederos, de las cuales todos recibimos el reflejo de la luz y de las sombras, porque no hay un solo proceso político en la historia, y mucho menos una revolución, que no las proyecte.

No estamos diciendo en forma alguna que esta es una época exenta de errores, al contrario, la Revolución marcha como un ciclón social hacia adelante, muchas de las cosas que pudieron haber sido errores con personas, con individuos, o errores en la sociedad, en la construcción de una sociedad nueva, todavía hoy, y por mucho tiempo, lo rectificaremos.

¿Y por qué el gobierno cubano permitió el éxodo de tantos niños?

Como te decía antes, el gobierno cubano, la Revolución, no podía en forma alguna dar pábulo a la campaña impidiendo la salida de los niños. Lo que sí estuvo claro es que ningún niño que manifestase públicamente en el acto del embarque que no quería irse podía ser arrastrado fuera del país. Aún vienen muchos hoy a Cuba, y he conversado con muchísimos, ya de la Brigada Antonio Maceo, ya de la Brigada Venceremos, que recuerdan con tristeza cómo fueron llevados, algunos engañados.

Recientemente hablaba con un arquitecto, amigo, que vive en Miami, y me contaba cómo su familia le lleva diciendo que volverán, que van a volver pronto, que el fin de semana, etc., cuando en realidad, en su caso, el viaje era definitivo. En estos casos los niños iban solos, no iban con sus padres, porque si hubiera existido realmente una voluntad de salvar la familia, de ayudar a los niños de veras, habrían salido los niños con sus familiares, pero decían que no podían salir, que se le daba solamente la visa a los niños y que había una organización en los Estados Unidos que los recibirían, formada por cubanos y norteamericanos, y que irían a orfanatos, a casas de tránsito o a hogares familiares, donde se les recibiría.

Las familias hacían ese voto de confianza en medio de un profundo desgarramiento y cayendo en la propia trampa de la propaganda que ellos habían alimentado. Todavía hoy, como secuela de todo, nos queda quizás la inmoralidad del bombo, por donde supuestamente salen las personas que se escogen al azar, sin ningún interés en que se produzca una reunión de la familia, sin ningún interés de reunificar familias, sino confiando a la inmoralidad del azar la felicidad de los seres humanos. Para muchas personas no está claro el tema, para muchas personas el azar es relativo. Recientemente hablaba con algunos dirigentes católicos y me decían que es significativo que hoy, en las parroquias, los que resultan agraciados por el bombo son generalmente jóvenes profesionales, muchachos que tienen un porvenir dentro del país, lo mismo ocurre a veces con los que trabajan en un buen restaurante o tienen una determinada profesión, esos son los que se quieren llevar.

¿Qué edad tenías al triunfo de la Revolución?

Dieciséis. Yo tenía dieciséis años. Somos de la generación de la Segunda Guerra Mundial, 1942-1945. Lo que recordamos de aquel momento son también las impresiones que como jóvenes teníamos, habíamos sido formados para otra sociedad y de pronto estábamos en una revolución social, en medio de una revolución y estábamos, además, con nuestra formación católica, con nuestra idea de que se podía transformar la sociedad por el mejoramiento humano, por una experiencia justa, por la caridad cristiana, por la búsqueda de la perfección, por la justicia. Teníamos un lema que decía: «Justicia primero, caridad siempre».

Nos dábamos cuenta del trabajo que costaban nuestras iniciativas, los ricos en las iglesias eran muy duros de pelar para obtener de ellos contribuciones para las obras de caridad, había que ir prácticamente mendigando para ir obteniendo fondos para nuestras iniciativas, apoyar a determinados pobres, a determinadas familias. ¡Qué hablar de los niños negros! No tenían cabida en ninguna escuela católica, que no fuese la escuela parroquial, porque en ninguna escuela instaurada, y podemos ver los anuarios de las escuelas católicas, había un solo niño negro. Lógicamente los que parten a la alfabetización, a los campos, se dan cuenta también de otra realidad. En los campos no existían las iglesias, a los campos iban solo las misiones y sobre todo los misioneros protestantes. Era un campo de confrontación frente a un campesinado animista, cargado de necesidades apremiantes, adolorido de pobreza, para quienes la Revolución era una esperanza, era una transformación. La Revolución venía buscando a los hijos del guajiro y le decía: «No, no será un labrador, no será un guajiro como tú, irá a las escuelas de arte que están ahora en la Quinta Avenida». Y veíamos aquellos palacios, que hoy en su mayoría son embajadas, con sus puertas abiertas, porque los burgueses se habían ido el día antes y estaban llegando las niñas campesinas que venían a estudiar arte o corte y costura.

La Revolución tenía un ideal redentor, cuando hablo de ideal pienso hasta en un sentimiento idealista. Se decía que las prostitutas de La Habana fueron convertidas en choferes de alquiler, que habían ido a una escuela de rehabilitación. La Revolución quería cambiarlo todo, quería borrar de la mañana a la noche el pasado y construir una sociedad nueva, ¡y es verdad, quería demolerla, la Revolución estaba demoliendo la vieja sociedad cubana!, de la cual hoy podemos detenernos a salvar valores, que en medio de una revolución se pueden extraviar o perderse

en el oleaje del movimiento social. Hoy podemos rescatar una estatua, se fundaron los museos, se trataba de salvar el patrimonio, pero en realidad la intención de los revolucionarios y la nuestra, como generación joven, ya incorporada a ella, era contribuir a destruir y a cambiar ese pasado de injusticia.

La Iglesia no tenía una buena conciencia, ¿por qué?, era muy reciente todavía, en cincuenta años, en medio siglo, su compromiso con la sociedad colonial, de la cual solamente estaban exentos individuos y luminarias como un Félix Varela,⁶ y otros tantos que habían protestado contra un orden en el cual aparecían juntos el trono y el altar, el poder colonial, la esclavitud y la Iglesia. En la República luchó contra el sentimiento librepensador y laico de la masonería, que había inspirado tan profundamente con sus sentimientos de solidaridad, humanismo y anticlericalismo el concepto del cubano en general.

Un concepto de honorabilidad cubana era ser creyente, pero a su manera, sobre todo porque el clero mayoritariamente en Cuba era español y el primer sacerdote negro cubano fue ordenado en 1947, por el cardenal precedente, monseñor Arteaga, y fue el padre Arencibia, un cura que fue a trabajar a un barrio marginal, a la iglesia de Santa Bárbara. No encontrabas monjas negras, más que en las Oblatas,⁷ y un sacerdote negro, en una Cuba mestiza, donde la población negra era tan importante. Te podrás imaginar cuántas cosas había en esa lucha social del año 1959, contra la escuela privada y católica, que había sido elitista y exclusivista.

Que tú sepas ¿nadie estuvo preso por la Operación Peter Pan?

Que yo recuerde nadie guardó prisión, ninguna persona significativa guardó prisión por la llamada Operación Peter Pan. La inglesa, que fue la organizadora en Cuba, la persona que sirvió al menos de enlace entre todos estos clérigos y personas de organizaciones norteamericanas, murió en Cuba hace, me dicen, apenas cuatro años, en su casa, sin ninguna connotación y quizás recordando, como un capítulo de la historia de su vida, este del cual fue protagonista tan activa.

⁶ Félix Francisco José María de la Concepción Varela y Morales (1788-1853). También conocido como el padre Varela. Sacerdote, maestro, escritor, filósofo y político cubano que tuvo un importante desempeño en la vida intelectual, política y religiosa en la Cuba de la primera mitad del siglo XIX. El padre Varela es considerado uno de los forjadores de la nación cubana.

⁷ Orden religiosa católica, las Hermanas Oblatas Misioneras de María Inmaculada.

¿Y qué reacción tendría el gobierno cubano al saber que hay un grupo de los Peter Pan que quieren regresar como delegación?

No puedo hablar de lo que podría decir nuestro gobierno, pero sí puedo hablar de lo que ha hecho sistemáticamente la Revolución, y es que vendrían, que vendrían como vino la Brigada Antonio Maceo, que vendrían como ha venido la Brigada Venceremos, que vendrían como todo el que venga a Cuba con una bandera de amistad, haya nacido o no en Cuba. Vendrán a Cuba y yo estoy seguro de que ese viaje será una búsqueda de su raíz, un reencuentro con su pasado, y quizás se produzcan a partir de ese encuentro interesantes transformaciones y meditaciones en muchos de aquellos jóvenes, muchísimos de los cuales conocimos.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



CERRANDO EL CÍRCULO EN CUBA

En septiembre de 2009 cinco Peter Pan regresaron a Cuba como grupo. Así se cumplió el sueño de Elly Chovel, identificada por quienes la conocieron como un ser humano extraordinario, que con una labor tenaz y paciente, localizó a dos mil de esos niños y trabajó para su acercamiento. Elly no pudo ser parte del primer grupo de Peter Pan que regresó a Cuba porque falleció en el año 2007.

Fondo Editorial
Casa de los Americanos

CON LOS NIÑOS DE LA COMPAÑÍA DE TEATRO INFANTIL LA COLMENITA

SILVIA WILHELM: Somos los niños Peter Pan, nos llamaron así. ¿Ustedes saben quién es Peter Pan en la historia, en los cuentos infantiles?

NIÑA: Es un personaje infantil, un niño que no le gusta crecer y que vive en el país del Nunca Jamás.

SILVIA WILHELM: Perfecto. Nosotros somos todos cubanos y de niños nos llevaron fuera del país, por diferentes razones, muy complicadas, muy complejas, que no creo que es el momento de elaborarlas aquí, pero eventualmente salieron muchos niñitos como nosotros y como ustedes, de todas las edades, algunos chiquiticos, y nos llevaron a los Estados Unidos. Estoy hablando de hace casi medio siglo, casi cincuenta años, y hemos vivido la mayor parte de nuestras vidas en los Estados Unidos, pero nunca nos hemos olvidado de que somos cubanos.

ED CANLER: Lo importante es que salimos sin nuestros papás, salimos solos, a veces con hermanos, y a veces solitos. Alex salió solo. Entramos en un país completamente diferente, nadie habla español, todo el mundo inglés. Los amigos que teníamos aquí los perdimos, y después nos mandaron a orfanatos, donde hay niños sin padres, nos mandaron a todo tipo de situaciones y pasamos mucho tiempo solitos sin los padres. Afortunadamente creo que todos nosotros vimos a nuestros papás. Yo esperé un año entero, otros estuvieron tres años y algunos nunca vieron a sus papás, y eso es parte de la historia...

CANDI SOSA: Y no conocíamos a nadie ni el idioma...

CARLOS ALBERTO CREMATA: Cuando nos dijeron que ustedes venían y nos explicaron quiénes eran, los niños inmediatamente buscaron mucha información en internet, y ellos saben mucho, tendrán preguntas que hacer, pero ellos saben.



Carlos Alberto Cremata, director de la Compañía de Teatro Infantil La Comenita.



Encuentro con los niños de La Comenita.

SILVIA WILHELM: Yo creo que lo importante es que estamos de vuelta en Cuba, que nunca nos desconectamos de nuestras raíces cubanas y que estamos felices de estar de vuelta. Creemos que muchísimos más van también a hacer este peregrinaje, de volver a reconectarse con nuestra nación y con nuestro pueblo, y que al fin va a ser un cuento muy feliz. No crean que es un cuento triste, fue triste, pero como todos los cuentos, a veces son tristes y después terminan en un cuento muy feliz. Estamos en ese proceso de terminar un cuento que va a ser muy feliz, porque todo en la vida es una combinación de tristeza y felicidad. Nada en la vida es perfecto.

ED CANLER: Esta es la primera vez que nosotros regresamos a Cuba en grupo, hemos estado antes, pero nunca como grupo. Con nosotros está aquí la hermana de Candi Sosa. Ella no fue Peter Pan porque era demasiado jovencita y sus papás no la dejaron irse, pero entonces un día despertó y sus hermanitos ya no estaban en la casa, pasaron tres años para verlos, estuvo cuarenta y cinco sin venir a Cuba y está aquí por primera vez.

ALEX LÓPEZ: Creo que es interesante lo que acabamos de decir, hemos hablado de un cuento y creo que sí, va a terminar feliz, pero lo más importante que debe tener este cuento es que esto no vuelva a pasar, no solamente en Cuba, en cualquier país del mundo, que puede pasar y que ha pasado. Para mí eso sería la parte más feliz del cuento, que hemos regresado con mucho amor, con mucha paz, y hubiera querido ser uno de ustedes y haber participado en esto tan bello que ustedes nos acaban de regalar.

NIÑO: ¿Han visto algunos de los niños que fueron a los Estados Unidos por la calle?

SILVIA WILHELM: Tenemos muchos amigos que son Peter Pan. Son catorce mil que ya no son niños. Yo tengo nietos mayores que tú, así que ya no somos niños.

NIÑA: Cuando llegaron allá ¿los pusieron como en una beca o algo así, no en un orfanato?, ¿los pusieron a vivir juntos?, ¿y en esa convivencia se protegían entre sí?, ¿jugaban?, ¿a qué jugaban?

FLORA GONZÁLEZ: Yo fui con mi hermana que es menor. Yo tenía trece años y mi hermana once. Como era la mayor, mi mamá me dijo que tenía que proteger a mi hermana y así lo hice. Tuve la suerte de que llegué a una escuela en California, en un pequeño pueblo al norte de San Francisco. Éramos diez niños que habíamos llegado más o menos durante la misma época.

Yo llegué a los Estados Unidos en enero de 1962 y fui a un orfanato donde había muchos niños que no tenían padres y por otras razones.

Éramos diez cubanos y podíamos hablar español, lo más gracioso era que al principio para nosotros poder hablar español era lo más importante, porque es parte de nuestra cultura.

Al principio, cuando los otros niños nos veían tan unidos, se ponían bravos con nosotros porque hablábamos español. Tuvimos que fajarnos de vez en cuando para poder hablar español, y después nos separaron para que aprendiéramos inglés, pero esos diez niños que ahora están por todas partes en los Estados Unidos de vez en cuando nos reunimos, nos mandamos fotografías de nuestros hijos, de nuestros nietos. Cuando yo me casé, una de las muchachas estuvo allí, era mi mejor amiga, la invité a que fuera mi dama de honor en la boda. Nos hemos mantenido en contacto, aunque tenemos vidas muy distintas, vivimos en diferentes lugares de los Estados Unidos, pero de vez en cuando nos reunimos. Hay ese espíritu de familia que teníamos porque no estaban nuestros padres.

A mí me gusta mucho el hecho de que La Colmenita se considere como un grupo, como una familia, por eso me emocioné mucho cuando conocí cómo se formó, porque para nosotros esa idea de reunificación familiar es muy importante, no solamente la reunión de mi hermana y mía con mis padres, que ocurrió un año y medio después, sino la reunificación de la familia cubana que está en el exterior y la cubana que está aquí en Cuba.

NIÑA: Cuando eran niños ¿cómo pudieron encontrar el orfanato?

FLORA GONZÁLEZ: Bueno, tuvimos mucha suerte porque había algunas personas mayores que nos cuidaron, no estábamos completamente solitos, había algunas personas que nos llevaron de la mano y nos cuidaron. Es como Peter Pan que cuidó a Wendy y a todos los niños que estaban en la tierra del Nunca Jamás, por eso tenemos ese nombre.

Niño: ¿Cómo se sintieron ustedes cuando los separaron de sus familias?

CANDI SOSA: ¿A ti te han separado de tu familia alguna vez? ¿A algunos de ustedes los han separado de sus familias?

Niño: Solo cuando hemos ido de viaje, pero siempre ha sido por corto tiempo.

SILVIA WILHELM: Nos sentíamos obviamente muy mal, extrañábamos mucho a nuestra familia, pero pensábamos que la separación iba a ser muy corta, que nos íbamos solamente por unos meses, como cuando uno se va de vacaciones, al interior del país por un mes a ver a la abuela, y vuelve. Pensábamos que era por unos meses, jamás pensaron nuestros padres, la mayoría de ellos, por lo menos en mi casa, que la separación iba a ser de cinco años. Yo, por ejemplo, llevo más de cuarenta y ocho años

fuera de este país, pero no sabía cuando me fui lo larga que iba ser nuestra separación, no teníamos conocimiento de lo larga que iba a ser.

ED CANLER: A nosotros nos dijeron que iban a ser dos o tres meses, unas vacaciones en los Estados Unidos, pero creo que todos sabíamos que no era tan así tampoco.

NIÑA: Yo los busqué en internet y lo que encontré fue que a los padres de los niños Peter Pan les dijeron que la Revolución se los iba a comer y por eso se los llevaron para allá, eso fue lo que leí. Mi primo es Peter Pan, se lo llevaron para Miami, se encontró con su mamá en México y ahora vive en México.

NINO: A algunos de ustedes los adoptaron allá, los recogieron familias...

ALEX LÓPEZ: Yo viví con una familia un tiempo, me sacó del orfanato una familia norteamericana del estado de Michigan, él es profesor de Biología y mi mamá postiza, o como yo le llamaba, es enfermera. Viven en un pequeño pueblo ahora en New Jersey, exactamente en el mismo pueblo donde mis padres, cinco años después, fueron a residir y donde vivieron hasta que regresaron de vuelta a Cuba, repatriados.

CANDI SOSA: Yo fui a un campamento para niños, era un espacio que te buscaban donde te podían reubicar y después de ese campamento fuimos con una familia mexicana en California, donde todavía resido. Yo había cumplido los diez años para entonces.

ED CANLER: Yo tenía diez.

SILVIA WILHELM: Yo tenía catorce.

ALEX LÓPEZ: Yo, trece.

FLORA GONZÁLEZ: Yo, trece, y en el grupo en el que estaba en California había una niña de cuatro años y su hermanito de cinco.

NINO: Y la familia que los adoptaron ¿los trataron bien, eran amables con ustedes?

CANDI SOSA: No es adoptar, es que ellos tenían cierto permiso del Gobierno para cuidarnos en ese tiempo hasta que los padres pudieran ir. Es una pregunta muy difícil para responderte a ti, pero de alguna manera sí, nos ofrecieron llevarnos a las escuelas, nos atendían, nos daban de comer, tuvimos donde dormir. Yo personalmente tuve alguna experiencia mala con el que se supone que era mi papá, pero de alguna manera sí nos cuidaron.

ED CANLER: En mi caso yo estaba en un orfanato de monjas, nos cuidaban, pero de vez en cuando en los días festivos, días feriados, navidades, pascuas, normalmente buscaban familias de la ciudad que nos adoptaran

el fin de semana, por unos días, y nosotros nos pasábamos unos días con ellos. Me negué siempre, preferí quedarme en el orfanato, quería estar allí, porque yo decía: «Vivo en un orfanato pero no soy huérfano, tengo padres en Cuba y no voy a buscar padres aquí ni por un fin de semana». Yo era uno de los difíciles en el orfanato, las monjas querían sacarnos para ellas descansar, pero recuerdo que me quedé solo con otro muchacho, teníamos todo el orfanato, éramos los dos solos y nos negamos a ir con otras familias que no eran las nuestras. Yo esperaba a mis padres que estaban en Cuba.

SILVIA WILHELM: Me fui a los catorce años, primero a una casa en Miami donde nos cuidó muy bien una pareja cubana que se había ido de Cuba, que de verdad se portó como si fueran nuestros padres. No los olvidaré nunca. De ahí, doce de nosotras, todas niñas, nos fuimos para una ciudad que a lo mejor nunca ustedes han oído, que se llama Buffalo, donde hay mucho frío, en el norte de los Estados Unidos, y estuvimos las doce juntas en un orfanato por dos semanas, mientras nos compraban abrigos, botas, porque veníamos de Cuba donde nos vestíamos sin mangas, con ropa de algodón y en Buffalo estaba nevando, había mucho frío. Luego nos fuimos a un colegio católico donde las doce vivimos juntas e íbamos todos los días al colegio y nos convertimos en muy amigas. Éramos madres las unas de las otras. Tuve una experiencia muy solidaria que nunca olvidaré, fui tratada muy bien, tanto las monjas como el sacerdote que se ocupaba de nuestro grupo. Para nosotras fue una experiencia enriquecedora poder estar solas pero juntas en un momento difícil. Después, a los diez meses, fue mi madre y nos fuimos para Miami, donde resido.

Mi abuelo me dijo: «No te vayas a casa de nadie porque tú no eres huérfana y tú no vives en casa de nadie, tú te vas para un colegio cuando haya la oportunidad de un colegio». Ya había estado en los Estados Unidos antes de la Revolución, me habían enviado a un colegio de monjas, así que sabía lo que era el inglés, sabía lo que eran los Estados Unidos, lo que era vivir separada de mi familia, había tenido esa experiencia.

Cuando me voy no era tan extraño para mí ese vuelo y esa estancia, porque ya había tenido una experiencia similar, aunque, por supuesto, fue de un año nada más y volví para Cuba. En este caso te ibas sin saber cuándo volvías.

Todos salimos sin haber tomado la decisión, obviamente éramos niños y nuestros padres se encargaban de tomar las decisiones por nosotros, pero ahora estamos aquí por nuestra propia decisión. Nunca se debe olvidar que llega un momento en que uno tiene que tomar su pro-

pia decisión y gracias a Dios que hemos tenido el coraje de estar aquí. Es importantísimo.

NIÑO: ¿Ustedes ya se van a quedar a vivir aquí en Cuba?

SILVIA WILHELM: No, nosotros nos vamos esta semana.

NIÑA: A ustedes les dijeron dos meses, pero cuando vieron que pasó más tiempo y más tiempo ¿se decían «qué estamos haciendo aquí»? ¿Pensaban en algún momento que iban regresar con sus padres o no?

SILVIA WILHELM: A veces pensábamos que no íbamos a ver nunca más a nuestros padres ni nunca más regresaríamos a Cuba.

CANDI SOSA: Sin saber qué haríamos ni a dónde íbamos...

ALEX LÓPEZ: Lo que sucede es que el tiempo va pasando y uno pensaba que sería el mes que viene, que sería la próxima Navidad, el próximo fin de año y así iban pasando los años. Mis padres llegaron seis años después que yo, tenía diecinueve y me encontré en una situación muy rara, porque eran para mí unos extraños, habían también envejecido un poco.

NIÑO: ¿Eras muy chiquitico?

ALEX LÓPEZ: Yo tenía trece años cuando me marché.

NIÑO: Y cuando ustedes vieron que pasaba el tiempo, ¿no hicieron lo posible por contactar con Cuba y su familia?

CANDI SOSA: No teníamos manera de hacer contacto.

ED CANLER: Casi no había manera ni se podía hablar por teléfono.

CANDI SOSA: No había la oportunidad, se escribían cartas que tardaban muchísimo tiempo en llegar y muchísimo para recibirlas, así que pasaba mucho tiempo sin tener comunicación con ellos.

ALEX LÓPEZ: Mi viaje de regreso a Cuba por primera vez demoró dieciséis años, pero desde ese momento he perdido la cuenta de las veces que he regresado. Siempre se siente el regreso, antes esta era mi casa y yo vivía aquí, me marché. Uno forja una nueva casa y entonces lo más importante es que tenemos dos casas.

NIÑO: En la oportunidad que tuvieron de regresar ¿se encontraron con sus familias, con personas que ya habían visto de su familia o con otras personas que dejaron de ver de su propia familia?

SILVIA WILHELM: Dejé de ver a mi familia aquí por treinta y tres años, lo que pasa es que estoy viniendo desde 1994, he mantenido ese vínculo con la familia que no veía hacía muchísimo tiempo, y cada vez que vengo a Cuba, en los últimos quince años, he mantenido ese vínculo que, obviamente, no lo vamos a romper jamás.

EN LA CASA DE LAS AMÉRICAS

El encuentro se inició con la lectura por Nancy Morejón, Premio Nacional de Literatura, de un poema de su autoría dedicado a Ana Mendieta, cuya historia familiar, personal y como artista está muy relacionada con la experiencia de haber sido una niña enviada por sus padres a los Estados Unidos, cuando tenía apenas doce años de edad.

ANA MENDIETA

*Ana era frágil como el relámpago en los cielos.
Era la muchacha más frágil de Manhattan,
iluminada siempre por las lluvias de otoño,
calcinada su historia en las más tristes celosías.
Desde un balcón, Ana abría las ventanas
para asomarse a ver la multitud pasar.
Eran siluetas como de arena y barro
caminando sobre sus pies. Eran siluetas
como un ejército de hormigas silenciosas,
dispersas en el viento perenne de Cuaresma
o en una madriguera de cristal.
Ana adoraba esas figuraciones
porque le traían remembranzas,
viejas, sonoras, dulces remembranzas
de cierto callejón del Sur, en el Vedado.
Ana, lanzada al vacío.
Ana nuestra de la desesperanza,
esculpida tú misma en el cemento hostil de Broadway.*

*Un desierto, como el desierto
que encontraste en los orfanatos,
un desierto amarillo y gris te alcanza
y te sujeta por los aires.*

*Bajo el balcón de Ana, pasan los trenes apurados
como pasaba el agua por las acequias de otro tiempo
atravesando aquel pueblito extraño
de los álamos verdes y el farol encendido.
Sobre el balcón de Ana, de noble vocación habanera,
vuelan las mariposas tutelares,
vuelan las simples golondrinas que emigran
como es usual, como se sabe, como es costumbre
en las vastas ciudades enardecidas de confort y de espanto.*

*Ana, una golondrina está revoloteando sobre tu pelo negro
y el candor de ese vuelo presagiaba tu muerte.*

Ana

Una golondrina de arena y barro.

Ana

Una golondrina de agua.

Ana

Una golondrina de fuego.

Ana

Una golondrina y un jazmín.

Una golondrina que creó el más lento de los veranos.

*Una golondrina que surca el cielo de Manhattan
hacia un Norte ficticio que no alcanzamos a vislumbrar,
o a imaginar, más al Norte de tantas vanas ilusiones.*

*Ana, frágil como esas crucecitas vivas
que anidan en la cúpula de algunas iglesias medievales.*

Ana, lanzada a la intemperie de Iowa, otra vez.

Una llovizna negra cae sobre tu silueta.

*Tus siluetas dormidas nos acunan
como diosas supremas de la desigualdad,
como diosas supremas de los nuevos peregrinos occidentales.*

Ana sencilla. Ana vivaz.

Ana con su mano encantada de huérfana.

Ana durmiente. Ana orfebre.

Ana, frágil como una cáscara de huevo

*esparcida sobre las raíces enormes de una ceiba cubana
de hojas oscuras, espesamente verdes.*

*Ana, lanzada al vacío.
Ana, como un papalote planeando
sobre los techos rojos de las casonas del Cerro antiguo.
Ana, qué colores tan radiantes veo
y cómo se parecen a ciertos cuadros de Chagall
que te gustaba perseguir por cualquier galería
de la Tierra.
Tus siluetas, adormecidas,
van empinando el papalote multicolor
que huye de Iowa bordeando los cipreses indígenas
y va a posarse sobre las nubes ciertas
de las montañas de Jaruco en cuya tierra húmeda
has vuelto a renacer envuelta en un musgo celeste
que domina la roca y las cuevas del lugar
que es tuyo como nunca.*

PALABRAS DE BIENVENIDA DE ROBERTO FERNÁNDEZ
RETAMAR¹

El hermoso poema de Nancy Morejón a Ana Mendieta nos sitúa en el corazón de la razón que nos convoca hoy aquí. Tuve mucha admiración y mucho cariño por Ana Mendieta y quisiera extender esa admiración y ese cariño a todos aquellos quince mil niñas y niños que fueron enviados fuera de nuestro país. No podemos satanizar a los padres que tomaron esa decisión que tanto dolor iba a causar a tantas personas, remover antiguas fisuras; al contrario, que esta Casa de las Américas asuma el papel no solo de casa sino de hogar. Queremos recibir a quienes hubieran podido ser nuestras niñas y nuestros niños, y que hoy son adultos, en esta Casa, como se les recibe en un hogar. La tristeza no nos ganará en absoluto el corazón, sino la alegría de volver a encontrarlos. Esta tierra es también la tierra suya. Los Peter Pan tienen como ciudad definitiva esta, aunque conozcan muchas otras, y ojalá conozcan muchas otras con amor y ternura, con el amor y la ternura que merecen y que les entregamos de todo corazón.

¹ Roberto Fernández Retamar. Poeta, ensayista, editor cubano. Premio Nacional de Literatura en 1989 y presidente de la Casa de las Américas.



PALABRAS DE SILVIA WILHELM,
INTEGRANTE DEL GRUPO DE PETER PAN QUE VISITARON CUBA

Ante todo quiero dar gracias a los organizadores de este evento y, muy en especial, a Casa de las Américas, esta «casa» donde tantos acontecimientos relevantes para el acercamiento de diferentes pueblos y culturas han tenido lugar.

A continuación deseo presentarles al pequeño grupo de Peter Pan que se encuentra aquí con nosotros y me gustaría que me acompañaran en el escenario. Candi Sosa, de California; Eduardo Canler, de Tennessee; Flora González, de Boston; Alex López, de Washington, DC, y su servidora Silvia Wilhelm, de Miami. También quisiera que se nos uniera Ana Serrano, cuyos tres hermanos mayores, incluyendo a Candi, partieron como Peter Pan, mientras ella permaneció en Cuba con sus padres, quienes salieron años después. Ana visita Cuba por primera vez tras una ausencia de cuarenta y cinco años.

Estela Bravo, quien no necesita presentación, inició hace más de dos décadas la realización de un documental sobre los Peter Pan, y nunca ha abandonado su deseo de narrar la historia de la forma más exhaustiva y veraz posible. Esta vez estamos filmando en Cuba, donde todo comenzó. Muchas gracias, Estela.

Este grupo reunido aquí no habla a nombre de ninguna organización ni pretende hablar por los más de catorce mil niños cubanos que hace casi medio siglo dejaron su tierra en calidad de menores que viajaban solos. Solo hablamos en nombre de nosotros mismos, a título muy, pero muy personal.

Aunque muchos de nosotros hemos regresado a Cuba en varias ocasiones –en mi caso lo he hecho más veces de las que puedo contar–, este regreso juntos nos ha dado la oportunidad de compartir nuestras emociones y nuestras confusiones. Ha sido una experiencia tremendamente enriquecedora.

Salimos de Cuba a principios de los años sesenta por una decisión que, en aquel momento, nuestros padres tomaron pensando en nuestro bien. Hoy, la decisión de regresar ha sido nuestra.

Junto a la felicidad de estar aquí con ustedes sentimos una cierta tristeza pues nuestra buena amiga y fundadora de la organización Pedro Pan Group, Elly Chovel, no pudo hacer este viaje que tanto añoraba. Elly falleció hace dos años en Miami y solo regresó a la Isla durante la visita del Santo Padre en enero de 1998. Pero ella está aquí con nosotros sonriendo... de eso no hay duda alguna.

Confiamos de todo corazón en que este viaje y este documental incentive a miles de otros Peter Pan a regresar. Esperamos que futuras generaciones de cubanos, no importa dónde vivan, puedan, gracias a lo que hemos intentado hacer aquí esta semana, tener un mejor entendimiento de la Operación Peter Pan y de la trascendencia del regreso. Y que en la historia de Cuba y de ningún otro país jamás este episodio se repita.

Queremos que nuestros hijos y nuestros nietos puedan comprender con mayor claridad por qué nos fuimos y eso los haga entendernos un poco mejor.

Nos unimos al mensaje de todos los artistas y del pueblo cubano que el pasado domingo en la Plaza abogaron por la paz,² la paz entre todas las naciones, la paz entre los seres humanos, la paz dentro de la familia cubana, que es una sola.

Nosotros, el primer grupo que vuelve a Cuba como Peter Pan, hemos regresado a cerrar este círculo de nuestras vidas, a reconciliarnos y a hacer paz con nosotros mismos, nuestra historia y nuestra tierra.

Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 4 de septiembre del 2009

² Se refiere al Concierto por la Paz realizado en septiembre de 2009, en la Plaza de la Revolución, en La Habana.



Despedida en la Casa de las Américas.



ÍNDICE

Prólogo / 7
El documental de Estela Bravo y este libro / 9
Elly Vilano Chovel / 11
Silvia Wilhelm / 37
Ed Canler / 45
Raquel Canler / 55
Alex López / 65
Victoria Viejo y Osvaldo López / 77
Manuel Ramos / 85
María de los Ángeles (<i>Candi</i>) Sosa / 97
Ana M. Menéndez / 107
Flora González / 115
Gabriel Orozco Figueroa / 131
Ana Mendieta / 145
Juan Monje / 153
Zenón Arribalzaga / 159
Nelson Valdés / 169
Francisco Méndez / 181
Marina Ochoa / 197
Monseñor Bryan Walsh / 207
James Baker / 221

Marta Núñez / 229
Leopoldina (*Polita*) Grau Alsina / 237
Albertina O’Farril de la Campa / 247
Wayne Smith / 255
Ángel Fernández Varela / 263
Álvaro Fernández Pagliery / 267
Ruperto Hernández Rodríguez / 275
Francisco Aruca / 281
Eusebio Leal Spengler / 287
Cerrando el círculo en Cuba / 305

Fondo Editorial
Casa de las Américas



Entre 1960 y 1962, más de catorce mil niños cubanos viajaron a los Estados Unidos, solos, enviados por sus padres con visas especiales. Los padres creyeron el falso rumor de que perderían la patria potestad. Era una operación clandestina organizada por el Departamento de Estado de los Estados Unidos y la Agencia Central de Inteligencia (CIA). El padre Bryan Walsh de la iglesia católica tuvo un rol principal en el envío de los niños.

En septiembre de 2009, por primera vez en casi cincuenta años, un grupo de aquellos niños Peter Pan, hoy adultos, de diversas opiniones y lugares de los Estados Unidos, visitaron Cuba para explorar su pasado y ayudar a tender un puente entre ambas naciones.

Las entrevistas realizadas por Estela y Ernesto Bravo durante veinte años (1979-1999), a participantes y testigos de la Operación Peter Pan, aparecen recogidas en este libro.

